



Kat Falls

# LOS ABISALES

Una civilización en las profundidades del mar

Lectulandia

Una cadena de terremotos ha sacudido la Tierra y regiones enteras han quedado sumergidas bajo el agua. Los humanos viven ahora hacinados en ciudades. Los únicos que poseen un espacio propio son los habitantes del lecho marino, los Abisales.

Ty ha vivido toda su vida en el fondo del mar, ayudando en la granja familiar. Pero cuando unos forajidos atacan su casa, tendrá que luchar por salvar el único hogar que ha conocido. Junto a Gemma, una chica de Arriba que ha llegado hasta allí para buscar a su hermano, Ty se adentrará en las profundidades de la frontera submarina, donde no rige ninguna ley, y descubrirá oscuros secretos que amenazan con destruirlo todo.

Kat Falls ha creado un mundo sorprendente donde las profundidades del océano son peligrosas, la oscuridad puede ser mortal y, a veces, se necesita una fortaleza extraordinaria para sobrevivir.

**Lectulandia**

Kat Falls

# **Los Abisales**

**Dark Life - 1**

ePub r1.0

sleepwithghosts 23.08.14

Título original: *Dark Life*

Kat Falls, 2010

Traducción: Ana María Sánchez Prat

Editor digital: sleepwithghosts

ePub base r1.1

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para Declan, Vivienne y Connor,  
que me inspiran a buscar la diversión y lo “guay”.  
Y para Bob, el amor de mi vida.*

Escruté el profundo acantilado marino con la esperanza de descubrir un rascacielos caído; puede que incluso la Estatua de la Libertad, pero allí no había señal alguna de la Costa Este, solo un abrupto precipicio hacia la oscuridad.

Vi un fogonazo de luz cruzando junto a mí: un calamar vampiro, que dejaba a su paso una estela azul neón. La brillante nube se arremolinó alrededor de mi casco. Con cuidado de no romperla, me puse de rodillas, hechizado. Sin embargo, el mágico momento se vio bruscamente interrumpido por una serie de chispas verdes que salían de la garganta abisal que se encontraba algo más allá. Me dejé a caer, con todos los músculos de mi cuerpo en tensión. Solo una especie de pez brillaba como una esmeralda y se desplazaba en grupo: el tiburón linterna verde. Con una longitud de medio metro y tan mortíferos como las pirañas, podían hacer pedazos cualquier cosa de veinte veces su tamaño. Mejor no hablar de lo que eran capaces de hacer a un humano.

Debería haberlos visto llegar, incluso a tanta profundidad. Debería haber sabido que el calamar había lanzado su chorro fosforescente para confundir a un depredador. Ahora las luces que rodeaban mi casco hacían las veces de un faro aun más luminoso. Las apagué con la pantalla que mi traje de buceo incorporaba en la muñeca, pero era demasiado tarde; la campana para la cena ya había sonado y era imposible acallarla.

Saqué una pistola de bengalas de mi cinturón y disparé al centro del frenesí verde fosforescente. Dos segundos después, la luz explotó por encima del acantilado, dejando a los tiburones paralizados por la sorpresa, con los ojos y los dientes brillando. Saqué del barro el ancla de mi tabla manta a toda velocidad y me coloqué sobre ella. Tumbado sobre mi estómago, con las piernas colgando, giré los mandos y salí de allí a toda velocidad. Si mis pulmones no hubieran estado llenos de Liquigen, habría gritado.

No es que estuviera a salvo, porque en cuanto la luz de la bengala desapareciera los tiburones se abalanzarían sobre mí como los peces ventosa sobre una ballena. Pensé en enterrarme en el espeso fango del lecho marino; tumbarme junto a las almejas del tamaño de piedras ya había dado resultado antes. Me arriesgué a mirar hacia atrás. Como era de esperar, la oscuridad estaba salpicada de estrellas; sanguinarias estrellitas lanzadas en mi dirección.

Inclinando la manta hacia abajo, descendí en picado, solo para encontrarme con un reflejo metálico. ¡Un submarino! Choqué contra él y volqué. Los mandos de la manta se separaron de mis dedos mientras yo caía de espaldas. A medida que resbalaba por la pendiente del casco, busqué con desesperación un asidero, pero mis

esfuerzos fueron en vano hasta que mi pie golpeó el reborde y me detuve de golpe. Mi estómago tardó un buen rato en asentarse.

Sin nadie que la dirigiera, la manta se apagó automáticamente. Tendría que ir a buscarla más tarde; en ese momento necesitaba refugiarme. Sin embargo, sentía curiosidad por saber qué hacía ese pequeño ingenio en el fondo del mar, sin ninguna luz que advirtiera de su presencia. ¿Se trataría de un naufragio? De ser así no llevaba mucho tiempo sumergido, puesto que el pulido casco metálico no tenía crustáceos pegados.

Avancé a lo largo del reborde hasta que encontré la puerta redonda que daba a la cámara de descompresión. El panel de cierre colgaba de una bisagra y el borde tenía marcas de palanca. Vacilé, preguntándome cómo se habrían originado esos arañazos, cuando, de repente, en el casco se reflejó una luz de color esmeralda.

Pulsé con fuerza el botón de entrada. La escotilla se abrió como si fuera un ojo y el agua del mar inundó la pequeña cámara. Me precipité dentro de ella y giré sobre mí mismo para ver a los tiburones lanzándose contra mí desde todas las direcciones. Aplasté el botón interior con la palma de la mano. Cuando la escotilla se cerró, los tiburones se estrellaron contra ella como torpedos en miniatura. Desde dentro parecía como si la muerte estuviera llamando a la puerta. Me dejé caer contra la pared de la cámara y sonreí. No había nada que me entusiasmara más que escapar de unos depredadores.

¿Cuántas reglas acababa de romper? Visitar el Cañón del Sueño Frío: prohibido. Hacerlo sin nada aparte de una tabla manta: terminantemente prohibido. Explorar un submarino abandonado: fuera de toda discusión. No obstante, ahora tenía que refugiarme hasta que los tiburones se fueran. Era lo más sensato. Lo más seguro. Mis padres no tenían por qué saber del submarino ni de los tiburones; bastantes preocupaciones tenían ya con la banda de delincuentes que vagaban por el territorio.

Cuando la última gota de agua desapareció a través de la rejilla del suelo, me eché hacia atrás el casco y respiré hondo. El aire estaba rancio pero cumplió con su cometido; el oxígeno líquido de mis pulmones se evaporó. Encendí mi linterna, abrí la otra escotilla y me introduje directamente en una pesadilla.

De todas las superficies de la sala de máquinas goteaba sangre: paredes, bancos, armarios... Húmeda y brillante, formaba un charco alrededor de las herramientas de prospección que cubrían el suelo. Ralentiqué la respiración como si eso pudiera atenuar el penetrante olor metálico que invadía mis fosas nasales; un hedor que recordaba al resbaladizo puente ensangrentado de un barco ballenero. «Algún pescador ha despiezado aquí algo grande, nada más», me dije a mí mismo. Un pez sol o un marlín. No había razón para alarmarse. Excepto... Me adentré un poco más en la habitación. Por muchos desperdicios que hubiera, era imposible que un pez moribundo hubiera vaciado el arsenal de armas y mucho menos que lo hubiera

arrancado de la pared.

Rodeé la estantería volcada, paseé la luz de mi linterna por los armarios abiertos, todos ellos desvalijados, y me separé el cuello del traje de la garganta. Normalmente el casco no me molestaba cuando colgaba por detrás de mi traje de buceo, pero en ese momento me estrangulaba con su peso. Los tiburones que había fuera, golpeando el casco del submarino para encontrar una vía de entrada, tampoco hacían nada para calmar mi nerviosismo.

En cuanto dejaran de dar golpes, escaparía hacia la superficie. Sin embargo, el golpeteo no se detuvo, en todo caso se hizo más fuerte. Todavía peor: me di cuenta de que el sonido no estaba producido por los tiburones sino que eran...

Pasos.

Apagué la linterna y dejé que la oscuridad me envolviera. Puede que el submarino fuera fantasmal y estuviera salpicado de sangre, pero lo que avanzaba por el pasillo no era un espíritu. Me quité los guantes sin hacer ruido y saqué mi pistola de arpones de la cartuchera que llevaba a la espalda.

Los fantasmas no existían, pero sí los forajidos.

Durante meses, la banda de los Seablite había aterrorizado a los pioneros, saqueando todas las naves de suministro que se acercaban a nuestros asentamientos. A menudo me preguntaba qué pasaría si me encontraba con ellos.

Ahora, por lo visto, iba a tener oportunidad de descubrirlo.

Alcé la pistola por encima de mi hombro y el frío metal se me escurrió de los dedos. Cerré los dedos en el aire y conseguí atrapar el asa un segundo antes de que el arma chocara contra el suelo. En el pasillo, los pasos se volvieron apresurados.

Me agaché detrás de una caja y apunté hacia la puerta. Cuando las pisadas se acercaron, doblé el dedo alrededor del gatillo. Intenté normalizar mi respiración, pero no conseguí detener el temblor de mi brazo. Dispararle a un tiburón tigre hambriento era una cosa, pero no sabía si tendría valor para arponear a una persona, aunque fuera un despreciable forajido. De pronto, la luz de una linterna iluminó la habitación y se paseó por delante de mi cara, cegándome. Levanté el arma, oí un grito, que no era mío, y la luz se apagó. Me puse de pie y corrí hacia el pasillo, siguiendo el eco de las pisadas, hacia el puente del submarino.

Ese grito no era de un forajido.

Era de una chica.

—¡No voy a hacerte daño! —grité.

No hubo respuesta.

—Mira. —Dirigí la linterna hacia la pistola de arpones mientras la guardaba en la pistolera—. No tengas miedo.

En el puente reinaba el mismo desastre que en la sala de máquinas. Gracias a Dios no había charcos de sangre, pero las consolas habían sido desmontadas y del

techo asomaban cables, un puñado de los cuales se balanceaba como las algas marinas, lo cual me indicó que alguien acababa de pasar por allí. Cuando aparté los cables se encendió una luz y una voz chillona preguntó:

—¿Quién eres?

Sobresaltado, apunté la linterna hacia la voz con intención de contestar, pero enmudecí cuando una chica se acercó a grandes pasos hacia mí, agitando su larga trenza negra.

—¡Me has asustado! —exclamó.

Una de sus manos aferraba una linterna y la otra un cuchillo. A pesar del desafío que brillaba en sus claros ojos azules, ambas manos le temblaban.

—Lo siento —conseguí decir, a pesar de mi sorpresa.

La chica aparentaba tener más o menos los mismos años que yo: quince. Sin embargo, lo más asombroso es que era de Arriba. Seguro. Entre sus mejillas sonrosadas y su nariz pelada, su rostro era un ejemplo de la exposición a los rayos ultravioleta. Ella se detuvo de improvviso.

—¿Eres un fantasma?

Me quedé de piedra. Por una vez me habría gustado encontrarme con un Terrestre que no me hiciera sentir como una cosa rara. Yo no había hablado en ningún momento de sus quemaduras por efecto del sol.

Ella cuadró los hombros como si se preparara para lo peor.

—¿Lo eres o no?

Estuve a punto de asentir para ver su reacción.

—Estoy vivo y soy humano —dije en cambio—. Exactamente igual que tú.

—Brillas —me acusó ella.

¡Por el amor de la luz! De modo que mi piel brillaba. Eso no me convertía en un fantasma. Yo no era un esqueleto ni tenía vacías las cuencas de los ojos. Tenía los músculos desarrollados de trabajar en la granja y mis ojos tenían un tono verde alga, completamente normal.

—Yo no brillo —contesté—. Se llama fosforescencia —intenté que no pareciera que estaba a la defensiva—, y se produce por comer peces bioluminiscentes.

La chica se acercó un poco más.

—La gente no come peces que brillan en la oscuridad.

—Aquí abajo sí.

—¿De verdad? Eso es tan... —Saltó hacia delante y me clavó la linterna en las costillas. Grité de dolor al tiempo que ella gritaba más fuerte aún—. ¡Alquitrán caliente! Eres real.

Fui incapaz de contestar, ni siquiera con un sarcasmo; no solo porque el golpe que me acababa de dar me hubiera dejado sin aire en los pulmones, sino porque no me podía creer que hubiera pensado que podía atravesarme con su linterna. Caramba,

tenía suerte de que no hubiera utilizado el cuchillo para comprobar que era humano.

—Creía... —balbuceó—. Quiero decir que en la oscuridad, tú...

—Yo no brillo.

—No —estuvo de acuerdo, con demasiada rapidez, mientras guardaba el cuchillo—. Por supuesto que no. Lo siento muchísimo. ¿Estás bien?

Se acercó un poco más al tiempo que se apartaba el largo flequillo de los ojos.

—Viviré.

Aunque al día siguiente tendría un cardenal del tamaño de un pepino de mar.

—¿Has visto toda esa sangre al entrar? —preguntó ella.

—Probablemente sea de peces. —Al menos eso esperaba. Como la mayoría de los Terrestres, ella estaba demasiado cerca. Podía notar cómo aspiraba el oxígeno que me rodeaba y eso hacía que me mareara. Retrocedí—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Entré con la esperanza de que este fuera el submarino de mi hermano. Ahora espero que no lo sea... —Paseó la luz de su linterna por las consolas vueltas del revés—. Está aquí abajo, en algún lugar, buscando pepitas de manganeso.

—Nosotros las llamamos perlas negras. Bueno, al menos así es como las llaman los buscadores. Como tu hermano. Espera, ¿estás diciendo que estás sola?

—Tú lo estás —dijo ella, como si hubiera demostrado algo.

—Yo vivo aquí. Fui la primera persona que nació bajo el mar. Tú eres una... —¿Les molestaría a los Terrestres que les llamaran Terrestres? No lo sabía, pero desde luego yo odiaba que ellos llamaran Abisales a los pioneros.

—¿Una qué? ¿Qué soy?

—De Arriba —rectifiqué.

—Arriba. —Sonrió como si la palabra le divirtiera—. ¿Eso quiere decir «por arriba del agua»?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—¿Cómo sé...?

—Que soy de Arriba.

¿Lo decía en serio? Incluso aunque no hubiera comentado nada sobre el brillo de mi piel, toda ella proclamaba que era una Terrestre. Aún peor, mostraba todos los síntomas de un buzo aficionado.

—Por las pecas —me limité a decir en voz alta. Al ver su expresión de desconcierto añadí—: Los niños de aquí abajo no tienen. —A ella parecía que le habían salpicado toda la cara con arena mojada. Levanté más la linterna—. Y luego está tu pelo.

—¿Mi pelo? —Ya no parecía divertirse tanto.

—Tiene mechones de color.

Su cabello, aunque era más negro que el carbón, tenía mechones de color cobre.

¿Cómo era posible que el sol aclarara el pelo de las personas y sin embargo les oscureciera la piel? No lo entendía.

—Mechas... —Se apartó la trenza del hombro, escondiéndola de mi vista.

Extendí una mano hacia ella.

—Yo soy Ty.

Ella dudó antes de estrecharla, por supuesto sin quitarse el guante de buceo. Entre los colonos eso hubiera sido un insulto, pero, claro, los Terrestres rara vez exponían la piel, excepto del cuello para arriba y a veces ni siquiera eso.

—Yo soy Gemma.

—Gemma. —No pude evitar sonreír—. Como «Gema del Océano».

—¿Qué significa eso? —preguntó ella con expresión de sorpresa.

—Es lo que decimos aquí cuando encontramos algo bonito. —Me di cuenta de que parecía estar diciéndole que era guapa, lo cual no era mi intención aunque lo fuera. Se me secó la boca—. Ya sabes, como una concha. —Me aclaré la garganta—. O una babosa de mar.

—¿Las babosas de mar son bonitas? —preguntó con escepticismo.

—Algunas sí.

—Así es como empezaba la última carta de mi hermano. —Paseó sus dedos por la bolsa en la que había guardado el cuchillo—. Para la Gema del Océano.

—Bueno, si vive aquí, conocerá la expresión.

—Mira... He perdido mi mini submarino —dijo de golpe, a la vez que levantaba la barbilla, desafiándome a que me riera de ella.

Ni se me pasó por la cabeza hacerlo.

—¿Dónde has conseguido tú un mini submarino?

—En la Estación de Intercambio. Se lo alquilé a un viejo jugador de cartas. —Se separó del cuerpo el holgado traje de buceo—. Ahora voy a tener que pagárselo.

Ese tipo debía de ser un tahúr profesional. El Intercambiador estaba plagado de ellos.

—¿También le alquilaste este mono de buzo? Porque no se te ajusta bien.

Sólo de ver cómo la tela metálica colgaba, flácida, alrededor de su estrecha cintura, me entraban sudores. Los sensores estaban cosidos entre las capas de tela; si el traje no quedaba pegado al cuerpo, su ordenador no obtenía una lectura fiable de las constantes vitales.

Ella descartó mi preocupación con un gesto impaciente de la mano.

—Dejé el submarino junto a la cámara de descompresión, pero ahora no sé donde está.

—¿De verdad has bajado sola hasta aquí?

Era algo que no me entraba en la cabeza. Incluso los científicos expertos en las profundidades del océano llevaban una tripulación y gran cantidad de equipo.

—A ver si lo adivino. Crees que las chicas deberían ir con vestidos largos y «practicar la obediencia» para que la Crecida se detenga.

—No —contesté, con cuidado, aunque por su tono deduje que no compartía la creencia de Nuevo Puritanismo de que el calentamiento global era un castigo de Dios por nuestros pecados—. Solo que el fondo del mar es realmente peligroso.

—Podría comerme un calamar gigante, ya lo sé. —Puso los ojos en blanco—. He estado en el agua dos segundos.

—Si un calamar quiere comerte, no va a esperar a que te mojes. —Eso consiguió atraer su atención—. Un calamar gigante puede llegar a medir veinticuatro metros y pesar una tonelada. Es capaz de arrastrar a tu vehículo tan al fondo que la presión lo haría pedazos. Luego, ese mismo calamar, te sacaría de ahí como si estuviera succionando una almeja.

Su cara palideció bajo las pecas.

—Estás intentado asustarme.

—Sí —admití—, pero eso no significa que esté mintiendo.

No debería ponerse a bucear sin conocer los riesgos. Sin embargo, tenía que reconocer que tenía mucho valor.

—¿Cómo es posible que alguien quiera vivir aquí abajo? —preguntó encogiéndose de hombros.

—¿Tú familia tiene alguna tierra?

—Claro que no. No hay suficiente para todos.

—Mi familia es dueña de ochenta hectáreas.

Ella arrugó la nariz.

—En el fondo del mar.

—Sí, pero es nuestra. —Si viera lo grande y hermosa que era la granja de mi familia, puede que entonces lo entendiera—. Cuando cumpla dieciocho años, reclamaré tierra para mí. Cuarenta hectáreas entre dos colinas.

—Pareces un anuncio de la Ley de Granjas Submarinas. —Sonrió y dijo, imitando la propaganda—: «¡Marca la tierra que quieras, trabájala durante cinco años y será tuya!». Un momento... ¿Qué es ese ruido?

Un fuerte chasquido resonó a través del casco. Clavamos los ojos en el techo y luego los dirigimos hacia el agua oscura que había más allá de la bóveda panorámica. El chasquido se hizo más fuerte y rápido hasta transformarse en una vibración estridente; después, algo chocó contra la ventana curvada. Gemma gritó y levantó los brazos para protegerse la cabeza, pero el cristal no se rompió. En su lugar, algo oscuro sacudió la ventana, arrastrando una cadena gruesa.

—Un gancho de arrastre. —Apagué mi linterna y aparté a la chica para intentar ver a través de la bóveda—. Apaga tu luz.

Muy por encima de nosotros se cernía un submarino, cuyas luces exteriores

brillaban suavemente perfilando su contorno; un contorno que había oído describir muchas veces y siempre con tono temeroso. El pesado gancho golpeó el casco con un ruido sordo que reverberó a través de las suelas de mis botas y subió por mi columna vertebral. Me aparté de un salto.

—Vámonos de aquí.

Un sendero de luz se abrió paso a través de la oscuridad.

—¡Vamos! —urgí, pero la mirada de Gemma seguía fija en la cadena, que ahora, con el haz de luz, se veía tensa y retorcida—. Eso de ahí arriba es el *Specter* —intenté explicar—. Pertenece a...

Un par de botas aterrizó sobre la bóveda panorámica y dio otro golpe. Luego apareció el cuerpo tembloroso de un hombre. Cuando este soltó la cadena y descendió hasta la nave, otro hombre bajó tras él.

En ese momento, Gemma retrocedió hacia las sombras.

—¿Quiénes son?

Me agaché mientras los finos rayos de luz que emitían los cascos de los dos hombres recorrían el puente.

—Forajidos —susurré, al tiempo que tiraba de ella hacia abajo.

—¿En serio?

Miró hacia fuera con renovado interés, mientras los bandidos sujetaban el gancho de remolque. Cada vez que se movían, las luces de sus cascos bailaban sin control por el puente interior del submarino.

Me tanteé el muslo, donde tenía enfundado un cuchillo de sierra. Aún así, por muy hábil que fuera con un cuchillo y un arpón, sabía que no podría defenderme en un submarino lleno de hombres adultos. Teníamos que conseguir salir de esa trampa. Le di un codazo a Gemma y señalé el pasillo. Después de lanzar una última mirada a los forajidos, me siguió. Al llegar a la sala de máquinas, encendí mi linterna y crucé la escotilla. Ella se quedó quieta en el marco.

—¿Eso significa que esto no es sangre de pez?

—No lo sé —admití.

Hasta ahora no había pruebas de que la banda de los Seablite hubiera matado a alguien, solo un montón de historias desagradables y una bala en la pierna de un capitán; lo suficiente para convencerme de no desear meterme en líos con aquellos hombres. El casco gimió y crujió a nuestro alrededor.

—Deprisa. —Di un rodeo por la habitación para evitar la sangre—. Un vez que saquen este cacharro hundido del lodo, esto va a volar.

—No voy a salir. —Se metió en el pasillo—. Buscaré un lugar donde esconderme.

Quizá no debería haberle hablado de los calamares gigantes.

—Escucha —dije—, si la banda Seablite ha matado a alguien aquí —el

submarino dio una sacudida hacia delante y me así al borde de la escotilla de la cámara de descompresión para no caerme—, puedes estar segura de que van a tirar esto directamente al fondo del Cañón del Sueño Frío. ¿Quieres estar dentro cuando eso pase?

Ella entró a toda velocidad en la cámara de descompresión, pálida.

—Vuelve a decirme por qué vive la gente aquí abajo —dijo.

Apreté el botón para cerrar la escotilla detrás de ella.

—Cuando aspire esto, hazlo con fuerza.

Ella se puso más rosa que una anémona.

—¿Perdona?

—El Liquigen. —Le levanté el casco y abrí la válvula—. Algunos principiantes dejan bolsas de aire en sus pulmones; luego, cuando se adentran en las profundidades, la presión del agua les aplasta el pecho —expliqué, dando una palmada para causar mayor efecto.

La mirada fría que me lanzó podría haber hecho que volvieran a formarse los glaciares, pero mis palabras debieron causar efecto porque mordió la boquilla del tubo de Liquigen que estaba en la parte inferior de su casco e hizo un esfuerzo por llenar sus pulmones. Cuando tuvo arcadas y resopló, cayó contra la pared de la cámara, lo que hizo aparecer una luz roja intermitente situada encima de la escotilla exterior. Estaba asegurando mi propio casco cuando comprendí, con sobresalto, que Gemma no podía ser la responsable de la luz. Esa luz solo parpadeaba cuando alguien pulsaba el botón de entrada desde fuera.

Apagué mi linterna justo a tiempo. La escotilla se abrió y un torrente de agua entró en la cámara de descompresión, brillando como un chorro de sangre por efecto de la luz roja intermitente. El torrente creció hasta convertirse en una cascada y un remolino de agua fue subiendo por nuestros cuerpos. Saqué un trozo de cuerda de mi cinturón, até el extremo al cinturón de Gemma y la arrastré hacia la pared más cercana a la escotilla abierta.

En cuanto el océano llenó la cámara, un rayo de luz se abrió paso entre las burbujas. El foco de un casco. Esperé con los nervios en tensión mientras una figura negra entraba por la escotilla. En cuanto estuvo dentro de la cámara, salí de allí como una flecha, arrastrando a Gemma conmigo. Salimos a tanta velocidad que el desconocido debió de notar el movimiento del agua a su espalda porque se dio la vuelta. Era más joven de lo que esperaba, o puede que solo lo pareciera por su expresión de asombro al vernos. Con un rápido movimiento, se lanzó hacia delante, dejando ver unos dientes que habían sido limados hasta quedar en punta y blanqueados hasta ser tan transparentes como los colmillos de un pez dragón.

Puse a Gemma detrás de mí y pulsé con fuerza el botón de entrada. Mientras la escotilla se cerraba, el forajido asomó una mano para agarrarme el cuello. Las placas

de metal se cerraron alrededor de su antebrazo. Sus dedos me arañaron el pecho, no debido a sus intentos por atraparme, sino a la presión. Al echarme hacia atrás choqué con Gemma, empujándola fuera del casco, hacia el fondo. La cuerda que nos unía se tensó y luego me arrastró a mí también.

Por espacio de un instante me quedé despatarrado en el lodo, con las piernas entrelazadas con las suyas; luego me alejé a toda prisa de la máquina, llevándomela a rastras. Un segundo después, el submarino se elevó del lecho marino entre una nube de cieno, mientras se adentraba en la oscuridad.

Me levanté de un salto solo para volver a caer de espaldas en el fango cuando Gemma se aferró a mi cinturón. ¿Acaso creía que iba a abandonarla? La cuerda todavía nos mantenía unidos. Cuando nos levantamos a la vez, se aferró a mi mano como una morena a su presa. Me imaginé que esa fría oscuridad, y la intensa presión, debían de ser aterradoras si no se estaba acostumbrado, razón por la cual los otros colonos no abandonaban casi nunca la plataforma continental. No compartían mi fascinación por el Cañón del Sueño Frío, aunque era más ancho y profundo que el Gran Cañón y cien veces más escalofriante. Antes, el Sueño Frío recibía el nombre de Cañón Hudson, hasta que un pedazo de la Costa Este desapareció entre sus fauces abiertas. En la actualidad, la sima es sinónimo de muerte y destrucción para todo el mundo. Para mí, solo era un lugar en el que cuidarme de los depredadores.

Miré a nuestro alrededor por si había tiburones linterna verde. Al no ver ninguno, dirigí la luz de mi casco hacia la oscuridad y localicé mi tabla manta. Gemma acompañaba todos y cada uno de mis movimientos, con sus luces encendidas y el cuchillo fuera. El brillo atraería a todas las fieras de la zona y el cuchillo no detendría ni a la mitad de ellas, pero si moverlo de un lado a otro hacía que se sintiera mejor, estupendo.

Afortunadamente, su vehículo de morro puntiagudo estaba volcado en un lago de emanación fría a menos de doscientos metros de nosotros. Un caro juguete terrestre. Una verdadera preciosidad. Tensé la cadena del ancla para que ella pudiera trepar hacia el anillo de gel que era la puerta de entrada. Antes de seguir, me detuve para sujetar mi manta a la parte trasera del aparato, donde quedó flotando con aspecto de ser una manta raya de verdad, pero sin cola. Me contorsioné para entrar y caí en el asiento del piloto, a su lado. Era como estar en un cohete pequeño y perfecto.

Después de quitarme el casco respiré hondo para que el Liquigen de mis pulmones se evaporara. Como nos habíamos llenado los pulmones con líquido, y no con una mezcla de gases volátiles, nuestras posibilidades de sufrir el síndrome de descompresión eran reducidas. Aun así, me alegré al ver que Gemma había puesto en marcha el sistema de despresurización del vehículo. Expulsó el Liquigen entre toses, a mi lado.

—No tosas —le indiqué mientras colocaba los cascos detrás del asiento—. Es

demasiado esfuerzo para tus pulmones.

Ella tragó saliva, con los ojos húmedos.

—Sabes que esto no es realmente un mini submarino, ¿verdad? —Mis dedos se pasearon ligeramente por encima del panel del control—. Es una aleta a propulsión. No está pensada para bucear a gran profundidad. —Cuando toqué el icono que convertía los interruptores de palanca del panel en hologramas, me di cuenta de que ella me estaba mirando fijamente—. Lo siento. ¿Quieres dirigirlo? Después de todo lo has alquilado tú.

—No —contestó con voz temblorosa—. Estoy segura de que llevas pilotando submarinos desde los cinco años.

—Cuatro —corregí con una sonrisa que ella no me devolvió—. ¿Quieres que te lleve de vuelta al Intercambiador? —Ella asintió con un brillo, mezcla de alarma y de fascinación, en los ojos; la misma mirada que ponía mi hermana cuando veía mamíferos con pelo—. De todas formas, tengo que ir a informar de ese submarino.

Para evitar su mirada, busqué el interruptor que levaría el ancla. Ese tipo de expresión nunca auguraba nada bueno.

—¿Cómo has encontrado mi submarino a oscuras? —preguntó.

—Tu aleta propulsada —corregí—. Los mini submarinos no están equipados para ser veloces.

—No has contestado la pregunta.

Me encogí de hombros, aunque por dentro temblaba como una medusa. La había asustado. ¡Y yo que pensaba que estaba actuando con normalidad!

—Sólo he seguido la corriente —dije. Lo cual era verdad. Más o menos—. Cualquiera pionero puede hacerlo.

Empujé el acelerador y la aleta salió disparada, pegándonos al respaldo del asiento. Sabía que Gemma seguía mirándome porque notaba sus ojos clavados en mí. Intenté concentrarme en la emoción de la carrera, pero ni siquiera eso logró aflojar el nudo que tenía en el estómago.

—Es verdad, ¿no? —insistió con suavidad—. Eso que dicen de los niños pioneros.

—Dicen un montón de cosas, pero todas son tonterías. —Mantuve la vista en la pantalla gráfica y aumenté la velocidad—. Somos exactamente como tú.

—No, no lo sois.

Fue como si hubiera vuelto a clavarme la linterna. De hecho, lo habría preferido. Los cardenales desaparecen. Giré la cabeza para defenderme, pero la mirada de Gemma era tan brillante e intensa como la bengala que yo había lanzado contra los tiburones linterna verde. Y al igual que esas criaturas de las profundidades, me quedé paralizado.

—Confíesalo —dijo ella—. Tienes un Don Oscuro.

La expresión de mi cara no cambió.

—Los Dones Oscuros son un mito. —El tono de mi voz sonó distante a mis propios oídos. Casi aburrido. Estupendo. Volví a poner la mirada en el brillo azulado del panel de control y añadí—: Igual que los kraken<sup>[1]</sup>, por cierto.

—Has encontrado mi submarino, mi aleta propulsada, en un agua más negra que el alquitrán —señaló ella—. Nadaste directamente hacia ella.

—Si crees que soy capaz de ver en la oscuridad, estás equivocada. Lo único que he hecho ha sido seguir el río.

—¿Un río en el océano? —se burló ella—. Eso no tiene sentido.

Pisé a fondo el pedal para no sacudir la cabeza, indignado. Había un montón de cosas que ella no sabía sobre las profundidades del mar y sin embargo, ahí estaba, nadando a más de tres mil metros bajo la superficie del océano.

—¡Y decís que nosotros estamos locos! —mascullé.

—¿Quién lo dice?

—Vosotros. —Tiré de la palanca hacia mí, haciendo que la aleta subiera volando por la ladera del continente—. Los Terrestres.

—¿Terrestres? —No parecía haberse ofendido—. ¿Te refieres a la gente que vive...? —Movié la mano por encima de su cabeza con una sonrisa—. Arriba.

—Sí.

Dejó caer la mano.

—Estás cambiando de tema.

—Porque el océano está lleno de cosas reales de las que preocuparse como para prestar atención a los cuentos de algún pescador viejo.

—Vale, de acuerdo. —Se apretó el cinturón con muchos aspavientos—. Puede que tú no poseas un Don Oscuro, pero existen.

—Igual que las sirenas.

Los siguientes quince minutos viajamos en silencio, mientras, en el exterior, el mar era una mancha azul. Gemma clavaba la vista en la pantalla gráfica con los labios fruncidos.

Entre los Terrestres y los pioneros siempre había tensión. Después de todo lo que habíamos pasado: las inundaciones, el corrimiento de tierras submarino que cortó nuestros cables de comunicaciones y nos separó del mundo, y cincuenta y dos años de vivir bajo la Ley de Emergencia, cualquiera pensaría que nos llevaríamos bien. Sin embargo no fue así. Los Terrestres se aferraban a las porciones de tierra firme que aun quedaban y no entendían por qué nosotros no lo hacíamos también. Para ellos era

normal que cientos de miles de personas se hacinaran en una superficie de menos de tres kilómetros cuadrados, pero ¿vivir debajo del agua? Eso era antinatural. Aunque, la verdad, la gente que vivía en los pequeños municipios del océano tampoco inspiraba mucho respeto. Daba igual que fueran los habitantes del océano quienes proporcionaran la comida y vigilaran las fuentes de energía, como las mareas y los vientos hidrotermales; para ellos seguíamos siendo unos bichos raros.

Gemma debía de haber estado pensando más o menos lo mismo, aunque desde su perspectiva.

—Hay un chico que vive aquí abajo —dijo de golpe, a la vez que se volvía para mirarme—, que habla con los delfines.

Contuve un suspiro.

—Todos nosotros hablamos con los delfines. Son como los perros.

—Lo que quiero decir es que entiende lo que dicen. —Ahora que habíamos llegado a la plataforma continental, estábamos rodeados de bancos de peces; sin embargo, Gemma no apartó sus ojos azules de mí—. Se llama Akai. Un médico escribió sobre él en la revista médica.

—¿Lees revistas médicas?

—No, pero salió en todas las noticias de la web. Ese médico cree que el cerebro de Akai se ha desarrollado de otra forma debido a la presión del agua.

Puse los ojos en blanco, pero ella continuó:

—A los adultos no les afecta porque sus cerebros ya están formados. Solo los niños poseen Dones Oscuros.

—Buena teoría. —Tiré del mando para nivelar la aleta—. Esa debe de ser la razón de que la gente siga creyéndoselo aunque se demostró que ese artículo era mentira de principio a fin. Supongo que eso no se publicó por toda la red.

—¡Sabes lo de Akai! —exclamó con expresión triunfante.

—Lo que sé es que esas teorías descabelladas están destruyendo el Territorio de Benthic. —No pude contener mi rabia—. A la gente le da miedo trasladarse a vivir aquí porque piensan que sus hijos se van a convertir en mutantes.

—Yo creo que sería genial tener un Don Oscuro.

—Tus padres no. A ellos les preocuparía tu cerebro dañado.

—Mis padres están muertos.

Salté de la sorpresa. Lo había dicho sin más, como si no importara.

—Lo siento —dije.

—Estoy bajo la tutela de la Comunidad. No es para tanto.

La miré como diciendo que eso no me lo tragaba.

—¿Y si hacemos una cosa? Tú me crees cuando te digo que estoy bien y yo te creo cuando me dices que no tienes un Don Oscuro. —Una enorme bola brillante apareció ante nosotros, en el agua turbia. Una isla de luz en el mar de color cobalto

—. ¿Qué es eso?

—El Intercambiador —contesté sorprendido—. Aquí fue donde alquilaste la aleta.

—No, la alquilé por encima del nivel del agua, en un gran anillo flotante lleno de gente.

—Eso solo es el Muelle de Superficie. Hay un ascensor que te lleva a la parte de debajo de la estación. ¿Ves el cable?

El Intercambiador estaba a treinta metros de profundidad. Un grueso cable la unía a la plataforma flotante, mientras que unas cadenas de ancla tachonadas de pequeñas luces caían hacia las oscuras profundidades.

—¿Quieres saber lo que me gusta de la parte de arriba? —pregunté, intentando poner un tono alegre.

Ella dijo que sí con la cabeza.

—¡Llegar allí!

### 3

La aleta salió como un cohete del océano para entrar en otro mundo, lleno de aire y de sol. Cuando trazó un arco a seis metros sobre el mar, Gemma gritó encantada y aplaudió cuando caímos en picado salpicando agua en todas direcciones.

—¡Alucinante!

Me protegí los ojos, puse el motor en punto muerto y dejé que la aleta se meciera con las olas. La luz del sol era demasiado caliente e intensa para mis pupilas.

—¿Te encuentras bien?

Cuando se inclinó hacia mí para verme la cara, su trenza me rozó la muñeca, lo que me causó un estremecimiento.

—Estoy bien.

No lo estaba, pero podría fingir que sí en cuanto pasara un minuto. Hice un esfuerzo para quitarme la mano de los ojos y, con ellos entornados, contemplé el extenso océano que nos rodeaba. Como me pasaba siempre, la superficie fue una descarga para mis sentidos. Colores brillantes y sonidos agudos me agredieron. ¿Cómo podía alguien estar cómodo ahí arriba? La luz por sí sola hacía que se me quedara la mente en blanco y me provocaba un fuerte dolor de cabeza.

Deslicé hacia atrás el techo de la cabina, estremeciéndome cuando el calor me envolvió. Lo raro del aire natural era que, a diferencia del aire filtrado, tenía sabor; un sabor que adquiriría de lo que tuviera más cerca. En este caso, el sol y el océano, caliente y salado. Respiré hondo y calculé la distancia que nos separaba del Muelle de Superficie. Desde allí, el hueco del ascensor de cuatro alturas, coronado por un observatorio de cristal blanco, parecía un mástil con la vela desplegada. Sin embargo, a pesar de la lejanía, nos llegaba el estruendo de las voces. Odiaba los días de mercado. Por si fuera poco, no había venido equipado para la superficie. No tenía ni sombrero ni gafas de sol para protegerme, no solo de los mortíferos rayos ultravioletas, como la mayor parte de la gente, sino también de las miradas.

Me planté en mi asiento.

—Me reuniré contigo en el punto de atraque.

—¿Dónde vas...? —La pregunta de Gemma quedó interrumpida cuando me zambullí en el agua, de regreso al fresco abrazo del océano.

Mi humor mejoró de inmediato. Con dos patadas me puse detrás de la aleta, donde desenganché la tabla manta.

—¡Te echo una carrera! —le grité a Gemma, que estaba asomada al otro lado de la aleta.

Dio media vuelta a la vez que yo me subía sobre la manta. Giré los mandos y la

tabla surcó las olas como una bala.

—¡No has dado la salida! —gritó ella.

Detrás de mí, la aleta propulsada volvió a la vida con un rugido y pasó a mi lado con Gemma saludando desde la cabina descubierta.

Me levanté, puse el mando al máximo con un dedo del pie y la manta saltó hacia delante, mientras el viento y el agua del mar azotaban mi rostro. Había que admitir una cosa a favor de la superficie: aquí, sin la presión de toneladas de agua, todo se movía más rápido.

Según me iba acercando al Muelle de Superficie, el ruido se convirtió en algo agresivo. Vendedores vociferantes, compradores que regateaban y los chillidos de las gaviotas. Aminoré tanto la velocidad que la manta corrió el riesgo de hundirse y clavé los ojos en los tenderetes de brillantes colores instalados a un lado y otro de la cubierta de paseo. Más tranquilizadora todavía fue la visión de los botes que se apiñaban a lo largo del muelle de atraque, al nivel del agua. Menos mal que la mayoría de las personas que había en el Muelle de Superficie vestían túnicas con pantalones holgados, lo que indicaba que, probablemente, eran flotadores; es decir, gente que vivía en casas barco. Aunque no hubieran visto una piel brillante con sus propios ojos, la mayoría sabía lo que era, igual que los pescadores.

Yo casi nunca venía aquí. Hacía tiempo que había aprendido, y por las malas, que no era sitio para mí.

Aunque ahora, con Gemma por delante de mí, no había vuelta atrás. Rodeé una gabarra y divisé el *Seacoach* en la siguiente curva, con sus alas desplegadas como un gigantesco murciélago blanco a punto de alzar el vuelo. Mi inquietud desapareció cuando vi en el muelle a mi vecino, Jibby Groot, regando las membranas solares situadas entre los soportes de las alas para capturar la luz del sol y el viento.

—¿Necesitas remolque? —grité mientras me abría paso entre los barcos amarrados.

Jibby levantó su desgreñada cabeza rubia y sonrió de oreja a oreja al verme.

—¡Justo el tirillas brillante que quería ver!

—Yo no brillo.

Derrapé sobre una ola, levantando una cortina de agua que le cayó encima. Oí risas y aplausos cerca de nosotros y vi a varios chicos más, todos colonos novatos como Jibby, pasando el rato junto a la cabina de cubierta del barco. Mientras les devolvía el saludo, Jibby saltó al muelle circular.

—¿Dónde os dirigís? —pregunté cogiéndome de su mano.

Me arrastró hasta el muelle, con tabla manta y todo.

—A Paramus —contestó—. A la estación le falta de todo gracias a la voracidad de los forajidos, de modo que vamos a ver lo que podemos sacar. ¿Quieres venir?

—No puedo. —Plegué las alas de la manta para que fuera más fácil transportarla

—. Tengo que ir a ver al policía.

—Buena suerte. Está abajo, en la reunión municipal.

—¿Por qué no estáis vosotros allí? —pregunte sorprendido.

Estaba deseando enterarme de lo que iba a ser «un anuncio de vital importancia, referente a todos los residentes del territorio», según rezaba el letrero que habían colocado. Sin embargo mis padres eran de la opinión de que las obligaciones eran lo primero.

—Si quisiera estar encerrado y hablando sin parar —replicó Jibby—, seguiría viviendo en una ciudad superpoblada. —Una maliciosa sonrisa curvó sus labios—. El policía, Grimes, va a tardar varias horas en salir y también tus padres. Venga. Engancharemos tu manta detrás y haremos un poco de esquí acuático.

—Suenan muy bien, pero no puedo. Estoy ayudando a una persona.

No tenía por qué hablarle de Gemma a Jibby, que estaba a la busca y captura de una novia. El año anterior había intentado encargarse de una, pero cuando la que llegó era tan vieja como su abuela, pidió que le devolvieran el dinero.

—¿A una persona? —preguntó con curiosidad.

—¡Ty! —Gemma me estaba haciendo señas con ambos brazos desde el bullicioso muelle de abajo.

Ya no había forma de esconderla. Había aparcado entre una escalera de color naranja que llevaba hasta el paseo y una puerta que daba a una sala de embarque, una forma elegante para definir un hueco del Muelle de Superficie provisto de armarios y bancos. Los pescadores se agrupaban a su alrededor, con el torso desnudo, cada uno de ellos embadurnado con una pasta a base de zinc de distinto color, naranja, azul, verde, para protegerse del sol.

Jibby emitió un silbido apreciativo, se peinó el pelo húmedo con la mano y echó a andar hacia ella. Muy elegante. Como no me quedaba otra elección, me eché la tabla manta al hombro y le seguí. Alcanzamos a Gemma justo cuando los pescadores se dispersaban. El último de ellos le devolvió una fotografía plastificada diciendo:

—No le conozco.

—Es una foto muy antigua —gritó ella mientras el hombre se marchaba—. Imagínesele con más años.

—Hola —canturreó Jibby.

Ella miró hacia atrás, como si el saludo estuviera dirigido a otra persona, lo cual me irritó. Gemma sabía que Jibby la había saludado a ella y no a uno de los sudorosos y pintarrajeados pescadores que se abrían paso a empujones. Lo cierto era que algunos de ellos eran mujeres, pero ¿quién era capaz de notar la diferencia cuando estaban embadurnados hasta las cejas con una mezcla de pasta de zinc, mugre y escamas de pez?

Se la presenté a Jibby de mala gana.

—Así que —Jibby me dirigió una sonrisa de satisfacción—, tú eres *una persona*.

—Eso espero —replicó Gemma—. Normalmente soy una más entre un millón de personas.

—Bienvenida a Benthic, Gemma —Jibby extendió la mano—. Un lugar en el que no eres una más, sino una rareza.

Ella frunció el ceño como si no supiera qué decir a eso. Desvié la vista e inhalé el aroma salado del mar para aliviar el dolor que sentía detrás de los ojos. Gemma no había actuado con nerviosismo; al contrario, me había dado un golpe en las costillas con una linterna y no había dejado el tema de los Dones Oscuros.

—¿Le has visto por aquí? —oí que preguntaba.

Al girarme para mirarla vi que ponía la foto en la mano extendida de Jibby. Mi cabeza mejoró de pronto.

—¿Es tu hermano? —pregunté.

Ella asintió.

—Hasta ahora nadie le ha reconocido, pero cuando se hizo esta foto solo tenía catorce años. No tengo ninguna más reciente.

—Lo siento —Jibby le devolvió la foto—. No le he visto.

—Se llama Richard. —Paseó el pulgar por la imagen como si estuviera apartando el largo pelo de los ojos de su hermano—. Richard Straid.

—Te pareces mucho a él —afirmó Jibby.

Le miré con extrañeza, sin que ella lo notara. El parecido entre ambos hermanos era ligero, como mucho. Los dos tenían los ojos azules y el pelo castaño rojizo, pero el hermano de Gemma era un chico alto y delgado con rasgos demasiado grandes para su rostro. Sin embargo, a ella se le iluminó la cara ante la comparación.

—No te molestes en enseñar esa foto a los pescadores —le aconsejé—. Los buscadores no suben demasiado a la superficie. A veces alquilan camas en la estación inferior, pero la mayoría vive en sus plataformas y protegen sus parcelas de los buzos que quieren reclamarlas. Si alguien ha visto a tu hermano, será un colono.

Ella levantó la cabeza con interés.

—¿Cómo sé quién es un colono?

—Ahora mismo, la mitad del asentamiento está en la estación inferior, cariño. —Jibby le ofreció el brazo—. Te llevaré hasta allí.

—¿No te ibas a Paramus? —pregunté.

—Iré después.

—Pero yo tengo que bajar de todas formas —repliqué—, para hablarle al policía de ese submarino que hemos encontrado.

Jibby me miró con renovado interés.

—¿Qué submarino?

Noté con cierta envidia que su ego era como un pez volador coronando las olas:

no había forma de hundirlo.

—Tenía toda la pinta de ser de prospección.

—El interior era horrible; tenía las paredes cubiertas de sangre —añadió Gemma con un estremecimiento.

—Tripas de peces —la tranquilizó Jibby—. Sucede...

—Lo dudo —interrumpí—. La banda de los Seablite se lo llevó como si tuviera algo que esconder. Conseguimos salir de allí de milagro.

Jibby clavó los ojos en mí.

—Los Seablite solo roban barcos del Gobierno.

—Hasta ahora.

—¡Qué va! —contestó, como convenciéndose a sí mismo—. Los buscadores no tienen nada que merezca la pena coger.

Yo me encogí de hombros.

—Cuando un tiburón tiene hambre, come cualquier cosa. —Jibby palideció, pero continué hablando—: Mira, si vas a dirigirte hacia la costa, deberías irte ahora. Si sales más tarde, pondrás rumbo a casa después de anochecer cargado de provisiones frescas...

Él asimiló mis palabras.

—Encantado de conocerte, Gemma —soltó antes de dar media vuelta y salir corriendo por el anillo de atraque—. ¡Dejad de tomar el sol, chicos! Tenemos que ponernos en marcha.

Cuando los hombres del *Seacoach* se levantaron, me invadió una sensación de culpabilidad. Esperaba no haber encendido la mecha del pánico solo para poder estar a solas con una chica.

—Casi no brilla —dijo Gemma, mientras veía a Jibby saltar a la cubierta del *Seacoach*.

—Vino aquí hace solo dos años.

—¿Para reclamar terreno?

La miré, convencido de que se burlaba de mí por querer hacer precisamente eso, pero me devolvió la mirada con unos ojos tan transparentes como el cristal azul.

—Dentro de tres años, Jibby será dueño de cuarenta hectáreas.

Una voz se elevó sobre las olas mientras el *Seacoach* empezaba a moverse.

«Mi Gemma está en el océano. Mi Gemma es una joya del mar...» —cantaba Jibby, mientras manejaba las velas—. «Mi Gemma está en el océano. ¡No hay quien la pueda igualar!».

Gemma torció el gesto y volvió a guardar la foto de su hermano en la bolsa del cinturón.

—¿Desafina? —pregunté, contento de que no le hubiera gustado.

—Que vaya a tener cuarenta hectáreas no le da derecho a ser mala persona. —Me

miró con el ceño fruncido, como si yo tuviera algo que ver con la broma—. Vaaale, el mundo está repleto de chicas como yo. Lo entiendo.

Me eché a reír.

—¿Ves alguna otra chica por aquí?

Ella me miró con suspicacia, pero echó un vistazo alrededor.

—Ahí hay una. —Señaló con la cabeza los botes atracados detrás de mí—. ¿Qué quieres decir con eso?

Sin duda había visto a una flotadora, y eso no contaba. Una chica de una casa flotante nunca se quedaba fuera más tiempo del que tardaban sus padres en poner un correo. Sin embargo, cuando me di la vuelta, me sorprendí al ver un llamativo yate que se mecía en la rampa de al lado. En la cubierta, dos mujeres estaban tumbadas debajo de unas sombrillas brillantes. Por sus gafas y sus vestidos vaporosos eran del continente. Eso significaba pasarse tres horas en un barco, o más, según el viento, solo para hacer turismo. Normalmente acostubrábamos a estar solos, seguros de que lo que quedaba de «civilización» se encontraba a sesenta millas náuticas de distancia. Pero, de vez en cuando, la «civilización» se dejaba caer por allí para hacer fotos.

Un escalofrío me recorrió la espalda. En ese momento la mujer de amarillo me vio y contuvo la respiración; la de verde la imitó, como si su expresión de asombro fuera contagiosa. Por supuesto, a mí me daba el sol de lleno, lo que significaba que mi piel capturaba los rayos.

—Vámonos de aquí —le susurré a Gemma.

Ella señaló con el dedo un poste cercano.

—He dejado nuestros cascos en el submarino alquilado.

—Aleta —corregí de manera automática, antes de entregarle mi tabla manta—. Iré a por ellos y me reuniré contigo en el paseo.

Hice un gesto hacia la escalera, rogando en silencio que se diera prisa.

Pero ya era demasiado tarde.

A las dos mujeres les faltó tiempo para salir corriendo por la cubierta como si yo fuera una ballena jorobada a punto de zambullirse entre las olas. Con los cascos en la mano, salí de mala gana de la cabina al morro de la aleta propulsada.

—Lo siento —dije, señalando la sección del anillo de acoplamiento donde ellas estaban—. No puedo saltar tanto.

—¡Oh! —Se apartaron para dejarme sitio, pero no demasiado.

Cuando aterricé unos metros más allá, sus manos volaron hacia sus gafas de sol y escuché el familiar *clic-clic-clic* de los diminutos interruptores al ser apretados cuando empezaron a disparar las cámaras. ¡Y mis padres no entendían por qué odiaba visitar las ciudades!

—Tienes una piel preciosa —dijo la que iba de verde.

Por su voz parecía mayor, es decir, que debería saber que no se debía mirar a una persona con tanto descaro.

—Gracias. —Intenté largarme a toda prisa, pero la de amarillo me cortó el paso.

—¿Es de verdad? —Se echó hacia atrás el pañuelo que llevaba en la cabeza, dejando a la vista un pelo rubio, trenzado de forma complicada—. ¿No es pintura?

—Es muy real.

Al menos solo eran dos, y ambas eran mujeres. Eso podía soportarlo. Los hombres me producían una descarga de adrenalina. Daba igual lo educado o amable que fuera; si un hombre me miraba demasiado fijamente, o me observaba como si fuera un espécimen extraño bajo un microscopio, empezaba a asfixiarme como si mis pulmones hubieran dejado de funcionar.

—No me lo creo. —La mujer de amarillo se acercó más—. Estoy segura de que ese brillo desaparece al frotarlo.

Sabía que me estaba tomando el pelo, pero con sus ojos saltones, y embadurnada de zinc blanco, resultaba más aterradora que cualquier criatura abisal.

—¿Puedo probar? —preguntó con una sonrisita.

—¿Probar?

Se quitó unos de sus guantes largos.

—A borrarlo.

Cuando levantó su esquelética mano hacia mi cara, me recordó a una araña marina.

—Si no le molesta el aceite de pescado —contesté forzando una sonrisa.

Sus dedos retrocedieron a toda velocidad.

—¿Aceite de pescado?

—Todos los pioneros nos bañamos en él —expliqué muy serio—. De ese modo no nos secamos por vivir en agua salada.

Me lanzó una mirada calculadora.

—Te lo estás inventando.

—¡Oh, ya basta de ser tímido! —ladró la otra, entregándome varios billetes—. Ahora, quédate quieto y deja que te toque.

—¡Ty! —gritó una voz. Por encima de nosotros, en el paseo, Gemma estaba inclinada sobre la barandilla—. ¡Deja de presumir de piel! —me regañó a voces. Para mi horror, todos los hombres y mujeres a cien metros a la redonda se volvieron a mirarnos—. ¡Y no se te ocurra coger el dinero de esa cacatúa!

Las dos mujeres corrieron de vuelta a su yate, conteniendo su indignación.

Subí por la escalera hasta el paseo, donde me encontré a Gemma con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Que divertido! —dijo.

La gente que había a lo largo de la barandilla nos miraba ahora sin disimulo. Podía soportarlo, pero eso no quería decir que me gustara. Agaché la cabeza y me dirigí hacia la torre situada en el centro del Muelle de Superficie.

—¿Qué? —gritó Gemma detrás de mí—. ¿No vas a darme las gracias?

No estaba dispuesto a abrirme paso entre la sudorosa muchedumbre que había en el mercado, de modo que esperé a que me alcanzara y luego di un rodeo. Pero eso tampoco solucionó nada, porque Gemma no hacía más que pararse para mirar embobada las pilas de peces amontonados sobre las mesas y arrodillarse junto a las bateas rebosantes de langostas y bígaros. Cuando se paró por quinta vez, comprendí que lo que miraba no era la comida, sino la gente. Estaba buscando a su hermano.

—Pierdes el tiempo —le dije—. Los buscadores no paran aquí. Este es el mercado de pescado más caro del mundo.

—¿De verdad? —Miró alrededor con curiosidad—. ¿Por qué?

—Estos peces se pescan en alta mar, lo que significa que no se encuentran entre los restos de las ciudades destruidas por la Crecida. —Por el rabillo del ojo vi que un grupo de vendedores me señalaban—. ¿Podemos bajar ya?

Creí que lo había dicho con voz calmada, pero los ojos de Gemma se clavaron en mí como si me hubiera desplomado. Luego se fijó en los curiosos que nos rodeaban.

—¿Siempre te pasa lo mismo? —preguntó.

—Sólo cuando estoy Arriba.

—¿Cómo bajamos?

Señalé con un dedo la torre, que en realidad era el hueco de un ascensor. La única forma de llegar a ella era pasando entre toda la gente que abarrotaba el lugar, y yo no veía ni un solo hueco entre la multitud. El calor, la luz intensa y el mal olor de los peces muertos, me estaban agotando. Entonces Gemma se hizo cargo de la situación,

entrelazó sus dedos fríos con los míos y se zambulló entre el gentío, arrastrándome con ella. Se abrió paso entre los cuerpos pegados unos a otros, sin parar de decir «perdón», pero casi siempre apartándolos a codazos. Me aferré a su mano como a un clavo ardiendo para acabar chocando contra ella cuando se paró de pronto al llegar a un puente colgante, uno de los muchos que cruzaban el inmenso agujero que había en medio del Muelle de Superficie. Todos aquellos puentes estrechos conducían a la plataforma de la torre, suspendida en el centro, como si fueran los radios de una rueda.

—Es seguro —le dije antes de poner un pie en la malla de titanio de la pasarela. Un piso más abajo, los submarinos se alineaban en el anillo interior del muelle de ataque. Gemma me siguió, aunque sin soltar la barandilla. Señalé con un dedo el observatorio de cristal blanco que había sobre nosotros, el cual crujía al girar con el viento—. Esa es la comisaría.

Gemma avanzó un poco, mirando con aprensión el agua revuelta del pozo de lanzamiento.

—¿Te dan miedo las alturas? —pregunté retrocediendo hacia ella.

—Me da miedo caerme —contestó con voz tensa antes de salir corriendo hasta llegar a la plataforma de la torre.

Cuando pulsó el botón del ascensor, las puertas se abrieron para dar paso a un habitáculo transparente con una columna metálica en el centro. Gemma leyó los botones en voz alta.

—*Observatorio, Superficie, Alojamientos, Servicio, Entretenimiento, Acceso.* Vale —se burló—, está clarísimo.

—Observatorio y Superficie son los únicos dos niveles de la estación superior. — Pulsé el botón SERVICIO.

Cuando el ascensor abandonó la torre y descendió a través del pozo de lanzamiento, Gemma se apoyó en el plexiglás para mirar a la gente que había en las pasarelas colgantes. El ascensor cogió velocidad, pasó por el anillo interior y se sumergió bajo las olas. Gemma saltó hacia atrás con un jadeo, pero yo me relajé. Rodeado por el océano, volví a sentirme yo mismo.

Bajamos en picado por el agua iluminada por el sol, en silencio; luego, Gemma se fijó en la ranura que había junto al botón ENTRETENIMIENTO.

—¿Eso para qué es?

—Si no introduces una tarjeta de identificación de adulto, el ascensor no se mueve.

—O sea, que lo de «entretenimiento» es un eufemismo —aventuró.

—Lo de *Saloon* y *Sala de juegos* no cabía en el panel.

El ascensor se deslizó por el cable hacia el azul cada vez más oscuro de las aguas. Un pez espada pasó a nuestro lado, atraído por las luces.

—¡Qué pez más grande! —dijo Gemma impresionada.

—Y no es más que una cría —reliqué calculando que mediría unos dos metros—. Los peces espada suelen llegar a medir el doble.

El pez cambió de dirección entre un destello de escamas plateadas. Gemma recorrió el círculo del ascensor para ver cómo se alejaba.

—Hoy he visto más vida salvaje que... nunca. —Dirigió su atención a una nube dorada de peces limón—. A menos que cuentes a las ratas y a los perros silvestres.

—Explícamelo otra vez: ¿por qué la gente vive Arriba? —bromeé.

Ella mantuvo los ojos en los peces con una sonrisa triste. Treinta metros más abajo, la estación inferior se iba agrandando según nos acercábamos a ella, tan enorme como un zepelín submarino. El ascensor se introdujo en la abertura de la parte superior para detenerse, y abrir sus puertas, dos pisos más abajo.

—Bienvenida a Main Street —dije mientras salía a la Cubierta de Servicio.

Allí no se veía a nadie, solo escaparates oscurecidos.

Gemma se fue asomando a ellos, uno a uno.

—¿Por qué está todo cerrado?

—Nunca han estado abiertos. —Abrí la marcha hacia un pasillo que partía en abanico del corredor principal—. El Gobierno pensó que se establecerían aquí un montón de negocios, pero no fue así.

—¿Por qué? En el Muelle de Superficie hay cientos de compradores.

—En la estación inferior las cosas pueden ponerse difíciles. Asegúrate de volver a tierra firme antes del anochecer, cuando lleguen los mineros y los buscadores.

—No pienso irme hasta que encuentre a mi hermano.

Dejé de andar. Parecía que lo decía en serio.

—No, te lo digo en serio. Hoy es viernes. Esos hombres viven toda la semana en el fondo del mar y...

—Por favor. Puedo cuidar de mí misma. Soy fuerte.

¿Fuerte? Si no hubiera estado tan alucinado me habría echado a reír.

—De todas formas, nadie va a fijarse en mí. Puedo pasar por la hermana de cualquier chico. —De un manotazo, se apartó la trenza del hombro y se dirigió bailando hacia la pared transparente del extremo del pasillo.

—Por la mía no.

Le di alcance y decidí dejar el tema de momento. Le explicaría cómo eran las cosas después, antes de que la estación inferior se volviera realmente bulliciosa.

Nos metimos en el pasillo exterior. Toda la pared externa era una ventana, lisa por dentro, aunque escamosa por fuera. Los grandes paneles distorsionaban la panorámica solo cuando se superponían. Gemma se detuvo como si estuviera contemplando el océano, pero luego me lanzó una mirada de reojo.

—¿Por qué no has dejado que esa mujer te tocara? Era muy guapa.

Hice una mueca. Desde luego, los Terrestres tenían una idea distorsionada de la belleza; por ejemplo, les gustaban más los rascacielos que los arrecifes de coral.

—¿A quién le importa su aspecto? —pregunté mientras echábamos a andar por el pasillo exterior—. No quiero que me manosee una desconocida, bastante malo es ya que me miren fijamente y me hagan un montón de preguntas.

—¿Qué tipo de preguntas hace la gente?

Llegamos a la puerta de la sala de reuniones.

—Personales —contesté.

—¿Por ejemplo?

Unas voces airadas retumbaron al otro lado de la puerta, lo que me alarmó. Las reuniones municipales no solían convertirse en concursos de gritos.

—Vamos —me pinchó Gemma—, dame un ejemplo.

—«¿Brillas por todas partes?» —le contesté, exasperado.

—¡Ah! —Sus ojos brillaron de malicia—. ¿Lo haces?

No le respondí. Abrí la puerta y me asomé a la sala de reuniones. Las sillas estaban colocadas en semicírculo, pero casi todo el mundo estaba de pie; la mayoría vestía trajes de buceo. Puede que hubiera cincuenta personas, más o menos la octava parte de la población de la colonia.

Aunque estaban de espaldas a mí, pude notar la tensión que había en el grupo y reconocí a varios de mis vecinos. Benton Tupper, el representante de la Comunidad de Estados Colonizados, estaba de pie en el estrado, con su pelo ralo y sus gordos mofletes, que le daban el aspecto de un bebé demasiado crecido. Los cuarenta y cinco Estados disponían de dos representantes en la asamblea, que votaban en nombre de su Estado. Nosotros, como territorio de menor importancia, teníamos uno, que no tenía permitido votar y al que ni siquiera habíamos elegido. La asamblea nos había asignado a Benton Tupper y nosotros no podíamos hacer nada al respecto. Al menos era mejor que no tener representante, que era lo que les pasaba a las ciudades marinas. La Comunidad solo celebraba elecciones para elegir nuevos representantes cada veinte años, más o menos. Desde que la Crecida se convirtió oficialmente en catástrofe, vivíamos bajo la Ley de Emergencia, lo que significaba que algunos derechos habían quedado suspendidos. *No se puede cambiar el paso a mitad de la carrera*, decían los representantes con cada elección que se cancelaba. Una metáfora muy apropiada, teniendo en cuenta que el veinte por ciento del continente estaba bajo las aguas.

Tupper alisó la manga de su toga oficial de color azul.

—Bueno, ¿qué esperáis? —dijo—. Poseéis grandes extensiones de terreno; naturalmente, eso conlleva unos impuestos considerables.

—Considerables no es la palabra adecuada —soltó alguien, aunque no pude ver quién.

Poniéndome un dedo en los labios, mantuve la puerta abierta para que pasara Gemma y nos dirigimos en silencio al fondo de la sala.

—En vez de quejaros —sugirió Tupper—, deberíais agradecer que la Comunidad os permita pagar los impuestos con productos de la cosecha.

—Preferiríamos pagar en efectivo.

Reconocí la voz firme de mi madre y vi que estaba a la izquierda del estrado. Mi padre siempre bromeaba diciendo que mi madre parecía una amazona, pero solo por su estatura. Era una científica, no una luchadora. Cuando se puso de pie, parecía seria, pero no enfadada.

—En el mercado podríamos sacar por nuestras cosechas tres veces más de lo que el Gobierno dice que valen, y lo sabes.

Mi padre estaba sentado junto a ella, sumido en sus pensamientos, que era cómo reaccionaba normalmente ante cualquier problema. Se pasó una mano por el pelo, que se quedó de punta como las púas de un pez globo. Sin embargo, *Doc* Kunze, que era unos doce años más joven que mi padre, mostraba una expresión que se acercaba más a lo que yo sentía. Con sus largas piernas estiradas, a primera vista parecía relajado, pero con el ceño tan fruncido que las comisuras de su boca desaparecían en su oscura barba de varios días. Y lo que era más significativo, *Doc* se masajeaba alternativamente las palmas de las manos, llenas de cicatrices, cosa que solo hacía cuando estaba enfadado de verdad.

—Cosechas o dinero —ladró Raj Dirani, a la vez que señalaba con su puro de algas a Tupper—. En cualquiera de los dos casos, la Comunidad nos está sangrando.

Gemma se movió inquieta a mi lado. Me imaginé que Raj debía de parecer un verdadero salvaje con su traje de buzo abierto que dejaba ver su pecho, cubierto de un vello más grueso que el de una foca.

—¿Y qué conseguimos a cambio? —continuó con un gruñido—. Unos cuantos suministros de pésima calidad; un policía que odia la humedad; y un médico que ni siquiera puede cerrar los puños. No te ofendas, *Doc*.

Con una sonrisa irónica, *Doc* saludó a Raj y a la asamblea con el sombrero. De todas formas, lo que Raj acababa de decir de él no era verdad. *Doc* podía cerrar el puño, lo que no podía era operar. Y la enfermería de la estación no era un hospital, precisamente.

—No obtenemos nada al por mayor —dijo mi padre, levantándose—. Al menos últimamente. Hace meses que la Comunidad no nos manda suministros de Liquigen. Hemos tenido que empezar a usar la reserva para emergencias del Intercambiador. —Señaló el dispensador situado en la esquina, con su tanque de cristal vacío—. De verdad espero que la estación inferior no se vaya a pique durante su visita, Representante Tupper.

—Yo también —contestó Tupper en voz baja.

Unos dedos fríos me tocaron la mano.

—Es una broma, ¿verdad? —susurró Gemma—. Es imposible que la estación se hunda.

Tenía la cara más blanca que una perla y casi igual de brillante.

En ese momento, la sala se tambaleó, lo que quería decir que, en el Muelle de Acceso, algún submarino grande acababa de rozar el borde del conducto de salida mientras subía a la superficie. Era algo que pasaba continuamente, pero que Gemma, sin embargo, parecía no saber.

—¿Vas a vomitar? —le pregunté.

—No —contestó indignada. Luego lo pensó mejor—. Es posible.

Le acerqué la papelera con el pie.

—Muy bien, si todos habéis acabado de quejaros —dijo Tupper—, pasaré a la razón de mi visita.

Gemma me cogió la mano.

—¿Esto puede hundirse?

—Sí —murmuré—, pero no hay motivo para preocuparse.

En el estrado, Tupper se aclaró ruidosamente la garganta.

—En nombre de la Comunidad de Estados, he venido a pedir al Territorio de Benthic que nos ayude a capturar a la banda de los Seablite.

De la multitud surgieron exclamaciones de incredulidad y la estación se tambaleó otra vez. Oí que Gemma cogía aire... pero no por la sorpresa. Abrí la puerta.

—En el pasillo hay una salida de aire. Ponte debajo y te encontrarás mejor.

Ella asintió y salió de la sala.

—Para eso está la policía —replicó alguien.

Grimes, el policía, parecía estar sudando más de lo normal mientras se sacaba un frasco de pastillas del bolsillo.

—Está claro que necesita ayuda. —Tupper esbozó una sonrisa.

El policía se quitó la gorra; probablemente porque su pelo cobrizo se le había pegado al cráneo.

—Me gustaría verte limpiar todo el océano en un submarino apestoso —gruñó antes de destapar el frasco con tanta fuerza que las pastillas se dispersaron por el suelo.

Debía de dolerle muchísimo la cabeza, porque se agachó de inmediato a recogerlas.

El Representante Tupper extendió las manos sin hacerle caso.

—Siempre andáis diciendo que queréis que el Territorio de Benthic tenga más independencia. Que queréis autogobernaros. Tomaos esto como una oportunidad. Es vuestra ocasión de demostrar que podéis mantener la paz dentro de vuestro propio asentamiento.

—¿Los quieres muertos o vivos? —preguntó Raj.

Tupper sonrió.

—Como vosotros queráis.

Lo dijo con tanta frialdad que le hubiera puesto la piel de gallina a un cadáver. A mí no me gustaban los forajidos, pero lanzar una sentencia de muerte de una manera tan terminante parecía una clara equivocación. Y no fui el único que lo pensó. Mi padre dio un paso al frente, por fin, con expresión de enfado.

—¿Y si nos negamos? —preguntó.

—Hay tres incentivos para que colaboréis. —Tupper levantó un dedo, rodeado con un grueso anillo de oro—. Uno: la Comunidad interrumpirá todos los envíos al asentamiento hasta que la banda de los Seablite haya sido detenida.

Nadie dijo nada; el anuncio no era ninguna sorpresa. Todo el mundo sabía que el Gobierno había perdido mucho dinero con las cargas robadas. Abrí un poco la puerta y vi que Gemma estaba en el pasillo, debajo de la salida de aire del techo. Me saludó débilmente con la mano.

—Dos.

Me volví al tiempo que Tupper levantaba otro de sus rechonchos dedos.

—El doctor Teo Kunze ha sido reasignado a tierra firme.

*Doc* apartó la silla de un empujón y se puso de pie.

—El doctor Kunze no está dispuesto a irse.

—Eres un empleado del Gobierno, *Doc* —le recordó Tupper—, y no de los más apreciados precisamente.

*Doc* agachó la cabeza. A pesar de que su pelo negro le ocultaba casi toda la cara, vi que adquiría un intenso tono rojo. Me enfurecí por él. Todo el mundo daba por hecho que tenía una mancha en su expediente. Igual pasaba con el policía. ¿Por qué sino iba la Comunidad a destinarlos a un asentamiento experimental? Sin embargo, gran cantidad de pioneros acudían al fondo del mar en busca de un nuevo comienzo y se sobrentendía que, si una persona trabajaba duro y aportaba algo a la comunidad, nadie sacaría a relucir su pasado. Y menos delante de un montón de gente. A pesar de sus modales afectados y sus complicadas reglas, los Terrestres podían ser más groseros que un tahúr escupiendo algas de mascar.

—Siempre puedo renunciar y establecer una clínica privada aquí abajo —dijo *Doc* con voz tranquila, aunque sus ojos brillaban de rabia.

—No puedes si se te revoca la licencia para ejercer la medicina —replicó Tupper—. Irás donde se te diga que vayas. —Estiró un tercer dedo—. Por último, la Comunidad dejará de subvencionar nuevas granjas.

—¡No! —grité sin importarme que la asamblea descubriera mi presencia.

El Representante Tupper se acababa de cargar mi futuro con la mayor tranquilidad del mundo. ¿Qué se suponía que debía hacer yo si no podía reclamar un

terreno en el fondo del mar? ¿Mudarme Arriba y vivir encajonado? Lo llevaría peor que un pez en la arena. Mi padre miró en mi dirección con expresión taciturna.

—El equipo para establecerse no es un regalo —dijo mi madre, enfadada por fin—. Hay que pagar tres veces su valor en cultivos o el colono pierde la tierra.

—Estos cambios no tienen por qué ser de carácter permanente —declaró Tupper en un tono tranquilo que me dio ganas de tirarle una silla—. Como todos conocéis bien el terreno aquí abajo, no tardaréis nada en echar a los Seablite. Y una vez que los entreguéis, vivos o muertos, la Comunidad reconsiderará los beneficios de ayudar a prosperar al Territorio de Benthic.

—Suponiendo que la colonia sobreviva hasta entonces —dije con amargura.

Mi padre me ordenó que saliera al pasillo como si fuera un niño pequeño.

Gemma estaba un poco más allá, viendo nadar a una tortuga laúd, pero mi padre no la vio.

—Ty, esto es importante —susurró después de cerrar la puerta.

—¡Lo he oído! —*Reconsiderar los beneficios...* Eso no garantizaba nada—. La Comunidad no puede cambiar las reglas sin más y ordenarnos que demos caza a los forajidos.

Mi padre me indicó por señas que bajara la voz.

—No tienes que preocuparte por eso.

—Sí, sí que tengo. Si el Territorio se va a pique antes de que yo cumpla los dieciocho...

—Escucha, tengo que volver ahí dentro. —Su voz era ronca y daba la sensación de que le habían salido arrugas nuevas alrededor de la boca—. ¿Por qué estás aquí? ¿Ha pasado algo?

Dudé antes de contestar. Si informaba de que los forajidos probablemente habían asesinado a un buscador, ¿cuánto aumentaría la presión de Tupper sobre los colonos para que los capturaran?

—Nada —dije—. Olvídalo.

Más tarde se lo contaría a mis padres y al resto de los colonos, una vez que Tupper hubiera zarpado hacia el continente.

Mi padre frunció el ceño con extrañeza.

—¿Has venido al Intercambiador por nada? —preguntó, con la mano en el pomo de la puerta.

—Gemma quería ver el lugar donde vivimos —contesté, diciendo lo primero que se me ocurrió.

—¿Gemma? —En ese momento la vio y enarcó las cejas con sorpresa—. Hola.

No pude mirarla a los ojos. ¿Le entraría la risa ante la idea de tener ganas de ver una granja submarina?

—Hola. —Se acercó a nosotros sin dudar—. Siento que hayamos interrumpido

su reunión.

Mi padre nos miraba a uno y otro, desconcertado por su presencia.

—¿Tus padres están en el mercado?

—Su hermano vive aquí abajo. Es un buscador —dije yo, optando por dar la explicación más simple—. ¿Podemos coger la lancha? Solo será un rato. Volveré a buscaros a mamá y a ti —ofrecí, haciendo un esfuerzo para no dejar ver mi nerviosismo, mientras mi padre me miraba con atención.

—Vamos a dar un paseo con Pete —dijo por fin—. Vosotros divertíos. Me alegro de que hayas venido por aquí, Gemma —añadió como si se le acabara de ocurrir.

—Gracias —contestó ella, feliz.

—Ty nunca tiene ocasión de relacionarse con gente como tú.

—¿Una Terrestre?

—Una adolescente —corrigió mi padre con una sonrisa.

—¿Eres el único niño de todo el Territorio? —volvió a preguntarme Gemma.

Giré el timón de la gran lancha submarina de tamaño familiar, haciendo que ésta describiera una curva más cerrada de lo necesario.

—El único adolescente; hay más niños. —Gemma iba a conseguir que me sintiera como una cosa rara—. Somos veintidós.

Ella resopló de risa.

—Si hubiera veintidós niñas conmigo en el cuarto de las duchas, me parecería como si estuviera sola... ¡Mira!

Delante de nosotros, en el agua azul medianoche, una brillante pared asomaba como un géiser del lecho marino. Sonreí ante su expresión de alarma.

—Esa es nuestra valla. Está electrificada para mantener al ganado dentro y a los tiburones fuera.

—¿De qué está hecha? —Luego, cuando la lancha se aproximó más, ella misma se respondió—. ¡Burbujas!

El submarino penetró la densa capa de burbujas y apareció al otro lado. Gemma contuvo la respiración ante la luz, tan deslumbrante como un día de sol Arriba. Una cascada de peces envolvió el submarino y luego desapareció para dejar a la vista hectáreas de campos verdes. A distancia, unos peces más grandes se movían todos a la vez sobre el ondulante campo de algas, iluminado con los grandes bancos de luces que rodeaban nuestra propiedad.

—¡Guau! —susurró, girando para mirar en todas direcciones a la vez.

—Es bastante impresionante —admití. Estaba orgulloso de lo que mis padres habían creado en el fango, a ciento veinte metros por debajo del nivel del mar. Sobre todo porque la gente había dicho que era imposible hacerlo. Una inesperada oleada de tristeza me oprimió el corazón. Había elegido un terreno para mi propia granja; medido, más veces de las que quería admitir, las cuarenta hectáreas de tierra sin reclamar. Además, era perfecta: hermosa y llena de vida salvaje. Sin embargo, no podía entretenerme en pensar en eso. Señalé hacia un banco de gallinetas rosadas—. Tenemos un negocio adicional de venta de percas, pero nos dedicamos principalmente al cultivo de algas y plancton.

—¿Plancton?

—Nuestra pradera está en la superficie del océano. —Seguía sorprendida, de modo que añadí—: Comes plancton todos los días. ¿De qué crees que está hecha esa crema verde que te echas en la comida?

—No sé, pero de plancton no.

En ese preciso momento, un diminuto camarón brillante salió disparado del chorro de burbujas y cayó en la ventana del submarino.

—¡Mira! —exclamó Gemma—. Es una joya del océano.

—Sí —coincidí—. Lo ha absorbido el chorro de aire y ha hecho el viaje de su vida.

—¡Oh! —gritó al ver pasar un torbellino de peces de color azul intenso antes de pasarse al asiento trasero para seguirlos—. A esos no os los coméis, ¿no?

—No. Mi madre los conserva solo como adorno. Dice que son cómo las flores en un jardín.

—Pero son peces tropicales —dijo Gemma volviendo a su asiento—. ¿Cómo pueden vivir a tanta profundidad?

—El agua del mar es la misma con independencia de la profundidad. Lo único que tenemos que hacer es proporcionarles calor y añadir luz y oxígeno. Las burbujas —señalé la valla, que desde su lado parecía de plata— retienen el calor.

Al levantar la vista y ver que me estaba mirando fijamente, me puse nervioso.

—Tu piel me distrae —murmuró, más roja que un tomate. Señaló la plataforma flotante que cruzaba el campo—. ¿Para qué son esas jaulas?

Me aparté del panel de control, consciente de que su luz azulada hacía brillar las partículas fosforescentes de mi piel. Al menos había dicho que le distraía, no que le ponía los pelos de punta. Dirigí la nave hacia la plataforma llena de jaulas y tanques y fui nombrando el contenido de cada uno, según los íbamos viendo.

—Langostas. Cangrejos. Gam... —El jadeo de Gemma me cortó en seco—. ¿Qué pasa?

Ella apuntó con el dedo hacia el extremo más alejado de la granja.

—¡Mira esa medusa!

No pude evitar echarme a reír.

—Esa es nuestra casa. —La verdad es que parecía un medusa gigante, con sus tentáculos colgando entre las algas. Suponiendo que las medusas crecieran hasta tener el tamaño de las ballenas azules.

—¿Vuestra casa? —preguntó Gemma, con asombro—. ¡Pero si es blanda!

—Ya. Vuestros rascacielos tienen paredes rígidas y se asientan en el suelo, pero aquí abajo las cosas son distintas. Un edificio necesita algo de elasticidad. También tenemos otras construcciones más pequeñas donde guardamos a nuestras cabras y gallinas.

—¿Criáis animales de granja además de peces?

—No son para venderlos. Los tenemos por la leche y los huevos.

Lo cual me recordó que todavía tenía trabajo pendiente.

Mientras nos aproximábamos a la gigantesca campana ondulante que era mi hogar, la expresión de Gemma se suavizó.

—Es preciosa.

—Mi padre se inspiró en los invertebrados para diseñar todas las casas de aquí. Principalmente en las diferentes especies de medusas. Estas estructuras dan mejor resultado en el agua.

—¿Tú padre diseñó todos los edificios de Benthic?

—Un montón de ellos. —¿Es que pensaba que me estaba tirando un farol? Me sentí obligado a explicarlo—. Mis padres eran parte del equipo de búsqueda que construyó la primera granja. La especialidad de mi madre es la acuicultura, que es una forma elegante de decir «agricultura en el fondo del mar».

Nos detuvimos al lado de mi casa. Una estructura de plástico transparente envolvía la casa flotante, mientras que unas paredes con orificios hexagonales, parecidos a los de las colmenas de abejas y rellenos de una espuma de metal, daban forma al edificio. Dirigí el vehículo hasta un ventanal y señalé hacia el interior.

—¿Lo ves? Nuestra vida no es muy diferente de la vuestra.

Gemma me lanzó una mirada de reojo.

—Sí, todos nosotros tenemos peces nadando detrás de las ventanas.

—Aparte de eso.

Hice descender el submarino entre un banco de pargos colorados.

—Aparte de eso, tú casa es exactamente igual a cualquier apartamento de una ciudad, excepto que los apartamentos se reducen a una habitación —continuó ella, haciendo hincapié en la ironía— encajada en una torre de cemento cubierta de pintadas sobre el Juicio Final.

—No es posible que todos sean así de malos.

—Algunos tienen dos habitaciones —bromeó antes de ponerse seria—. La mayoría de la gente vive en pisos baratos debajo de las pasarelas mecánicas y en el metro, de modo que todo es sombrío.

Contempló la extensión de hierba.

Debajo de la casa, una cosechadora estaba amarrada dentro de un hangar. Apreté un icono del panel de control y la nave se elevó hacia el gran agujero brillante situado en la parte inferior de la casa.

—Esto es una piscina lunar —dije contestando a su mirada interrogante—. La atmósfera del interior de la casa está presurizada para impedir que entre el agua.

Salimos a la superficie de la enorme sala circular. El océano, apenas visible a través de las paredes de espuma metálica, proporcionaba al lugar un brillo acuoso.

—Sigo sin entenderlo —declaró Gemma—. ¿Por qué no está inundada de agua la piscina?

—¿Alguna vez has puesto un cubo boca abajo y has intentado sumergirlo? —Abrí la escotilla y me volví a mirarla. Ella asintió—. Nuestra casa es como el cubo —expliqué mientras guardaba el equilibrio sobre el casco curvado del submarino—. El

aire que queda atrapado no deja que el agua suba más de un determinado nivel.

—Hasta que el cubo se ladea —dijo Gemma, con nerviosismo, mientras se asomaba a la escotilla y miraba a su alrededor.

—Nuestra casa no se ladeará —le aseguré—. Las cadenas de las anclas la mantienen equilibrada y están amarradas a unos pilares que hay en el lecho marino.

Sobre nuestras cabezas, una pasarela rodeaba la habitación. Si hubiéramos venido en uno de los dos mini submarinos de mi familia habría utilizado la abrazadera para sacarlo del agua, pero esto era demasiado grande para guardarlo dentro.

—Por cierto —dije mientras saltaba al saliente sumergido de la piscina lunar—. No nos gusta que nos llamen Abisales.

—¿Porque en realidad no vivís en la zona abisal? —Se quedó mirando la franja de agua que había entre el reborde del submarino y la cornisa.

—No —contesté—. Porque es el término científico para las bacterias que no necesitan luz para vivir. Nosotros no somos bacterias. —Crucé la húmeda habitación a la vez que añadía sin molestarme en volver la cabeza—: Salta sin más.

En la sala de máquinas revisé los monitores, comprobé los niveles de presión, atmósfera y temperatura para asegurarme del estado de mi casa. Oí la salpicadura que produjo Gemma al saltar a la cornisa de la piscina lunar. Satisfecho de que la casa estuviera funcionando perfectamente, me reuní con ella y le dije dónde podía guardar el casco, los guantes y las botas. Luego metí nuestros tanques de Liquigen en unos huecos que había en la pared.

—Se rellenan automáticamente —expliqué.

Mientras revisaba los mensajes del videoteléfono, Gemma deambulaba por el vestuario.

—¿Para qué necesita tanto espacio una familia?

Sonreí al escuchar el tono de censura de su voz. A diferencia de lo que pasaba con la luz y el aire, el espacio no teníamos que importarlo.

—Para empezar, por los vehículos. —Solo el bloque instrumental ocupaba toda la parte derecha de la habitación—. La ducha está ahí —dije señalando una puerta situada a la izquierda—, en el vestuario. Será mejor que compruebes tus constantes vitales.

A Gemma le interesaba más el inmenso ventanal que había en el otro lado de la piscina lunar, detrás de cuyo cristal florecía una selva.

—Es un invernadero, ¿verdad? —preguntó. Se volvió de un salto al oír una zambullida en el agua, al lado del submarino—. ¿Qué ha sido eso?

—Probablemente mi hermana. Será mejor que le avise de que estás aquí. —Cuando me arrodillé al borde de la piscina lunar, Gemma corrió a ponerse a mi lado. Observé con atención las sombras de debajo de la casa, pero Zoe no estaba subiendo la escalerilla—. ¿Qué demonios...?

Cuando Gemma se inclinó, con las manos apoyadas en las rodillas, algo golpeó la escalera colgante.

—¿Qué era eso? —preguntó con un jadeo.

—Maldito si lo sé.

Me incliné más para ver mejor solo para encontrarme con que la piscina lunar lanzaba un chorro de agua, que me hizo caer de espaldas con un chapoteo. Al levantar la vista vi surgir del agua una espantosa criatura parecida a una serpiente. Sus ojos eran dos rendijas amarillas y una aleta roja coronaba su cabeza como si fuera una espada ensangrentada. Retrocedí deprisa, mientras Gemma me agarraba del brazo, intentando apartarme de allí. Durante una milésima de segundo, la criatura se mantuvo inmóvil sobre nosotros, luego se abalanzó sobre mí con las mandíbulas completamente separadas.

Las mandíbulas de la serpiente marina descendieron hacia mi muslo y se cerraron con fuerza. Me preparé para sentir el lacerante dolor de los dientes al atravesarme la piel, pero el dolor no llegó. En vez de alzarse con su trofeo entre las fauces, la cabeza de la criatura descasaba sobre mi regazo. Muerta.

—¡Vamos, levántalo! —gritó una voz apagada.

Al levantar la vista vi que una figura delgada, vestida con un traje de bucear verde, se aupaba por encima del borde de la piscina lunar. Por supuesto, era Zoe.

—No seas niño, Ty —dijo mientras se quitaba el casco—. Ese bicho no puede hacerte daño.

Le dirigí una mirada asesina, pero ella se limitó a dejar caer el casco al suelo.

—¡Por la luz! —Aparté la cabeza coronada de rojo de mi regazo y me levanté—. La próxima vez que vayas a tirarme un bicho muerto encima, avísame.

Zoe no me hizo ni caso; se sacudió sus rizos despeinados, se quitó los guantes y los tiró a la otra punta de la habitación, lejos de su armario para el equipo.

—No la vacíes aquí —ladré cuando se desató la cesta que llevaba en la cintura.

Pero ya era demasiado tarde: los peces muertos se deslizaron en todas direcciones, incluyendo una platija que llegó patinando hasta la puntera de la bota de Gemma. Zoe fue subiendo por la bota con la mirada y gritó alarmada.

—¿Tú traes a casa monstruos marinos y resulta que te asustas por verla a ella? —pregunté señalando a Gemma con el pulgar.

—Hola. Soy Gemma —saludó a pesar de que continuaba mirando con curiosidad a la serpiente marina que yacía medio fuera de la piscina lunar.

Zoe nos había dado un buen susto a los dos, pero Gemma parecía que ya se había recuperado. Una cosa sí que tenía que reconocerle: era fuerte.

—Esta es Zoe.

Gracias a Dios, Gemma no se la quedó mirando fijamente. Mi hermana, sin embargo, la miraba boquiabierta, con los labios formando un círculo perfecto, hasta

que yo le puse un dedo debajo de la barbilla y la obligue a cerrarla.

—Tiene nueve años —dije, como si eso explicara su reacción—. En fin, ¿qué es esa cosa? —le pregunté a Zoe, al tiempo que empujaba con el pie la serpiente de piel plateada—. ¿De dónde la has sacado?

Sentía curiosidad, pero también sabía que cuando mi hermana empezaba a hablar sobre alguna criatura se olvidaba de todo lo demás.

Y así fue. Miró con adoración a la fláccida serpiente marina.

—Es un pez remo, Ty. Es verdaderamente raro. Ayúdame a subirlo del todo.

No era lo que más me apetecía hacer, pero agarré al pez remo por la cabeza y lo saqué de la piscina lunar. Su cuerpo alargado cubrió el contorno de la habitación y aún no había terminado de salir. Saqué cerca de quince metros antes de llegar a la cola, y durante todo ese tiempo Zoe bailó alrededor del pez, inclinándose de vez en cuando para acariciarlo.

—Tu hermana es muy guapa —me dijo Gemma en voz baja—. Parece un...

—¿Ángel? —pregunté, poniendo a un lado la cola del pez remo.

Ella se puso colorada.

—Ya lo has oído antes.

—Una o dos veces —admití.

Aunque no entendía por qué le daba vergüenza. Incluso los otros colonos, que estaban acostumbrados a que los niños que vivían allí abajo tuvieran la piel brillante, se equivocaban al pensar que Zoe era una criatura angelical basándose en sus grandes ojos y sus rizos rubios. Cuando la conocían, cambiaban de opinión.

—Oye, renacuajo —la llamé—. ¿Dónde vas a meter este montón de carne?

—No es para comerlo —saltó ella—. Me voy a quedar con él.

Gemí.

—Está muerto, Zoe. Probablemente podrido. Va a apestarlo todo.

Gemma se arrodilló y olisqueó al animal.

—No está podrido —declaró.

Algo se retorció por la habitación. La platija, que antes yacía inmóvil, estaba ahora moviéndose.

—Y ese no está muerto —añadí yo.

Uno a uno los otros peces se estremecieron y luego, como ratoneras saltando a la vez, todos revivieron. Mis ojos se encontraron con los de Gemma. Estaba claro que la preocupante idea que había aparecido en mi mente, también había aparecido en la suya: puede que el pez remo tampoco estuviera muerto.

Gemma se puso rápidamente de pie, justo cuando la criatura despertó, abriendo y cerrando las mandíbulas.

Gemma se puso fuera del alcance del pez remo mientras yo saltaba por encima de sus anillos y corría hacia la rejilla donde estaban las armas. Clavarle un arpón al animal mientras se retorció iba a ser casi imposible, de modo que me decidí por la picana eléctrica. Le quité el seguro al tiempo que giraba sobre mí mismo, pero antes de que me diera tiempo a acercar el extremo electrificado al pez, Zoe me dio un empujón.

—¡No le hagas daño!

Intenté esquivarla por la izquierda y ella hizo lo mismo. Cuando se interpuso entre el pez remo y yo por tercera vez, casi rozando la punta de la picana, perdí la paciencia.

—Zoe, quítate de en medio.

La aparté a un lado, pero en vez de resistirse, se dejó caer al suelo y se enroscó en mi pierna.

Por más que lo intenté, no conseguí quitármela de encima. Me tenía anclado, como un peso muerto, mientras gritaba:

—Lo he capturado yo. Es mío.

Mientras tanto, Gemma iba saltando de banco en banco por la habitación, intentando adelantarse al inquieto pez y a sus dentelladas.

—¡Gemma! —Le tiré la picana, esperando que fuera lo bastante lista como para no tocar la parte electrificada.

La atrapó con las dos manos.

—¿Por qué extremo?

Sin esperar respuesta, pinchó al pez remo como si pretendiera matarlo a golpes, solo que no dio en el blanco porque la bestia no dejaba de retorcerse. Al menos había acertado al elegir con cual extremo atacar.

Zoe se levantó del suelo.

—¡Basta!

Cuando se disponía a cruzar la habitación corriendo, la cogí por la cintura y la levanté del suelo. Se revolvió incluso más que el pez remo, el cual por fin había encontrado el camino hacia la piscina lunar.

—¡No! —gritó Zoe mientras la criatura se iba desenroscando a medida que se sumergía en el agua.

Me dio una fuerte patada en la espinilla, se libró de mi agarre y se deslizó tras el pez, pero antes de que pudiera sujetarlo por la cola, el animal desapareció, dejando tan solo una ondulación en la superficie de la piscina lunar.

Zoe emitió un gemido de desesperación y corrió hacia la ventana para ver a la

serpiente sobre el campo de algas. Luego se volvió hacia mí.

—Me voy a chivar a papá de que me has empujado y agarrado.

—Díselo —repliqué, agotado por la tensión—. Pero asegúrate de decirle también por qué lo he hecho.

Me dirigí hacia Gemma, que ahora estaba armada por partida doble, con su cuchillo verde y la picana.

—¿Os pasan cosas como ésta todos los días? —preguntó mientras me entregaba el arma.

—Bastante a menudo —admití observando su cuchillo.

Ella lo mantuvo en alto.

—Me lo envió mi hermano.

—¿Lo encontró en el fondo del mar?

—Sí —dijo ella, con excitación, mientras me lo ofrecía—. Es antiguo. Maya.

Asentí, aunque no me sorprendía.

—Los corrimientos de tierras que sumergieron la antigua Costa Este también desenterraron muchas cosas. —Le devolví el cuchillo—. Es muy valioso.

—Richard me escribió que había sido tallado a partir de un único trozo de jade y que se usaba solo para...

—Ya lo sabe —interrumpió Zoe.

Gemma nos miró con sorpresa, primero a ella y luego a mí.

—Para sacrificios humanos —terminé yo, antes de mirar a Zoe con enfado—. Interrumpir a los demás es de mala educación.

Como de costumbre, pasó de mí.

—Espera a ver la habitación de Ty —le dijo a Gemma.

—Ella no quiere ver...

—¡Sí que quiero! —me cortó Gemma—. Ya lo sé: interrumpir es de mala educación. ¡Pero es que quiero verlo todo!

Zoe sonrió con expresión victoriosa.

—Sígueme.

—Tú no te vas hasta que hayas recogido todos los peces —dije yo, pero ella subió corriendo las escaleras que recorrían la pared circular exterior—. Sabes que cuando papá y mamá no están, quien manda soy yo —grité, mientras ella desaparecía. Rechiné los dientes y cogí un puñado de peces—. Ve —le dije a Gemma—. Yo subiré enseguida.

Ella se mantuvo indecisa, con los ojos clavados en los peces que se agitaban en el suelo.

Quizá estuviera pensando que era una crueldad dejarlos fuera del agua.

—Van a morir de todas formas. —Eché un jurel en la cesta—. Zoe se los da de comer a sus mascotas.

Cuando Gemma levantó la vista, su expresión no era de asco sino de desconcierto.

—No tienen ninguna marca. ¿Cómo ha conseguido atraparlos Zoe si ni siquiera tenía una red?

Me arrodillé para coger más peces, para evitar su mirada.

—Pone trampas.

—¿Ha cogido a un pez remo con una trampa? —preguntó Gemma con escepticismo—. ¿Cómo se dejó atrapar?

No podía responder a eso. Por suerte, Zoe apareció en las escaleras.

—Gemma, ¿no quieres ver la habitación de Ty? Tiene tres cuchillos de jade iguales al tuyo.

Fruncí el ceño. La única manera de que Zoe pudiera saber eso era que hubiera entrado a cotillear en mi dormitorio otras veces.

Gemma me miró con curiosidad y luego siguió a Zoe hasta el piso superior.

Tardé un rato en recoger el pescado, pero cuando por fin llegué al segundo piso, vi que las chicas todavía no habían entrado en mi habitación. Gemma debía de haber estado preguntando sobre todo lo que veía. Ahora estaba examinando el fregadero de la cocina, que tenía tres grifos.

—Caliente, fría y salada —explicó Zoe con impaciencia—. Vamos.

—¿Para qué necesitáis agua salada aquí dentro? —preguntó Gemma.

—Conserva la comida fresca —contesté poniéndome detrás de ellas.

Señalé con el dedo los tanques de peces y calamares vivos colocados a lo largo de las paredes. Gemma asintió con la cabeza, pero no dijo nada. Sin embargo, cuando Zoe abrió la puerta de mi habitación (algo que no le habría permitido hacer ningún otro día), su voz sonó asombrada.

—¡Alquitrán caliente! —susurró—. ¿Todo esto es tuyo?

Ahora que estaba en mi dormitorio deseé poder sacarla de allí. Las paredes estaban cubiertas de estantes cargados de tesoros que había sacado del fondo del mar. Había dagas y anillos; hachas y cálices; instrumentos náuticos e incluso un brillante casco de cobre, de buzo. Collares y amuletos colgaban de los postes de mi cama, mientras que primitivas deidades de piedra flanqueaban la ancha ventana. De repente, mi hobby parecía avaricia y obsesión.

—Ty ha recogido todo esto con sus propias manos. —Zoe giró sobre sí misma con los brazos extendidos.

—No son mías —dije en respuesta a la pregunta de Gemma—. Nadie puede adueñarse de estas cosas. Yo solo las restauro y luego las mando a los museos.

—Desearía que las chicas de la pensión pudieran ver esto. —Gemma se detuvo junto a un estante sobre el que había una docena de coronas y me miró—. ¿Puedo tocar una?

—Elige la que quieras —contesté.

Escogió una corona de oro con rubíes incrustados. *Española, hacia 1400*, catalogó de manera automática mi cerebro.

Zoe dejó de dar vueltas.

—¿Qué es una pensión?

—Es el sitio donde los padres mandan a sus hijos en cuanto cumplen los seis años. Bueno, si la familia se lo puede permitir. Mi estancia la paga la Comunidad.

—¿La gente manda lejos a sus hijos? —preguntó Zoe.

Fue una de las pocas veces que vi horrorizarse a mi hermana.

—Los padres van a verlos los fines de semana y los días de fiesta. —Al levantar la mirada de la corona, Gemma descubrió la expresión compasiva de Zoe—. Lo hace todo el mundo. —Se puso la corona en la cabeza—. Las pensiones no están mal, en serio. En la que yo estoy ahora hay un gimnasio y una biblioteca. —Se volvió hacia mí—. ¿Tienes un espejo?

Toqué el regulador de luz que había junto a la puerta y señalé hacia la ventana con la cabeza. El cristal se fue oscureciendo hasta reflejar la habitación.

—Alucinante. —Su sonrisa se hizo más ancha—. Es increíble.

—Lo controla el ordenador de la casa.

—No me refería a la ventana, sino a la corona. —Le sonrió a su imagen en el espejo—. Hace que parezca especial.

El estómago me dio un vuelco. ¿Por qué iba a querer nadie parecer especial? Esa no era más que una forma educada de decir «diferente», lo cual solo era ligeramente mejor a que te llamaran bicho raro a las claras.

—¿Tú no quieres vivir con tu familia? —preguntó Zoe.

La fulminé con la mirada para que se callara.

—La única familia que tengo es mi hermano —contestó Gemma—, y quiero vivir con él. —Sacó un papel doblado de la bolsa de su cinturón—. ¿Ves esto? Es un formulario de emancipación. Una vez que Richard lo haya firmado, seré responsable de mi propia vida. Nadie podrá decirme lo que tengo que hacer ni a donde tengo que ir.

—Necesito uno de esos —bromeé.

Ella recorrió con el dedo la línea de la firma.

—Por eso tengo que encontrarlo.

—Pon ahí su nombre y ya está —sugirió Zoe—. Nadie se va a enterar.

—La señora Spinner sí —Gemma volvió a guardar el impreso—. Tiene su firma archivada.

—¿Él también estuvo bajo la tutela de la Comunidad? —pregunté.

—Hasta que cumplió los dieciocho. —Se quitó la corona—. ¿Puedes volver a convertir eso en ventana?

Giré el regulador en dirección contraria. Gemma contuvo la respiración cuando el espejo se aclaró. Algo largo y oscuro se precipitaba hacia nosotros. Se estrelló contra el plexiglás, la casa se sacudió y nosotros caímos al suelo.

Nada más ponerme de pie, me pegué a la ventana e intenté ver dónde había ido a parar lo que nos había golpeado. Zoe me apartó de un codazo para asomarse también.

—¿Qué ha sido eso?

—Hewitt.

Di media vuelta y le ofrecí a Gemma una mano.

Ella se levantó sin mi ayuda.

—¿Qué es un Hewitt?

—Nuestro vecino.

—¿Por qué ha golpeado la casa? —gritó Zoe a mi espalda, mientras yo salía corriendo del dormitorio—. Ha sido una estupidez.

Fuera cual fuera la razón, sabía que no podía ser nada bueno.

Un casco de buzo asomó a la superficie de la piscina lunar mientras yo patinaba por el suelo mojado de la sala.

—¿Qué pasa? —pregunté cuando Hewitt Peavey salió del agua.

Hewitt se dejó caer al suelo y trató de hablar antes de haber limpiado sus pulmones de Liquigen, lo cual era muy mala idea.

—Respira —le advertí mientras soltaba las sujeciones de su casco.

Hewitt tenía doce años, pero el miedo hacía que pareciera más joven. Sus ojos verdosos estaban desorbitados por el terror y el brillo que mostraban habitualmente, que normalmente hacía que su piel morena destellara como el cobre bruñido, estaba ahora apagado.

—Forajidos —tosió.

El miedo me golpeó como un mazazo.

—¿En tu granja?

—Han dejado inconsciente a mi padre. —Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Los forajidos solo atacan a los envíos de suministros —arguyó Zoe mientras se pegaba a mí.

Yo sabía que eso no era verdad, pero en vez de decirlo le entregué el casco.

—Guárdalo —ordené antes de ayudar a Hewitt a levantarse—. Vamos.

—Mi padre estaba en un edificio exterior, hablando conmigo a través de su pantalla, cuando esa cosa blanca apareció sin saber de dónde. Un hombre.

—Sombra —murmuré yo.

—Atacó tan rápido que no me dio tiempo de advertir a mi padre. Luego se apagaron todas las luces de la granja. —Por su forma de hablar, parecía que todavía no se lo creía.

—Pero fue solo un momento, ¿no? —dije—. Luego se pondría en marcha el generador de emergencia.

—No, sigue a oscuras. Mi madre me mandó venir a buscar a tu padre. Ella está cuidando al mío. Cree que solo está inconsciente, no... —No pudo terminar la frase.

¿Toda la granja seguía sin luz? No podía crérmelo. Todas las cosas de las granjas, desde los inyectores de aire que creaban la pared de burbujas hasta los calentadores de agua y los ventiladores, funcionaba por generadores alimentados por agua hirviendo que salía de las chimeneas de roca situadas a kilómetros de distancia, en el lecho marino. Las fumarolas negras no dejaban de expulsar agua caliente porque sí. Sin embargo, ¿qué probabilidad había de que dejaran de funcionar al mismo tiempo los dos generadores de una granja? Tenía que haber sido un sabotaje.

Sin electricidad, el ganado de los Peavey se escaparía. Peor aún: su casa se derrumbaría.

—¿Quién es Sombra? —preguntó Gemma detrás de mí.

—El jefe de la banda de los Seablite —contesté.

Y el único miembro de la banda que no oscurecía el cristal de su casco mientras robaba. Según sus víctimas simplemente aparecía de la nada.

—Es albino —añadió Zoe, impaciente por contar los detalles más horripilantes—. Un albino con brillo. Todos los que le han visto dicen que la piel le brilla tanto que te arden los ojos solo con mirarle...

—Zoe, llama a papá y dile que vaya a casa de los Peavey. —Me dirigí a mi taquilla para coger mi casco. Por suerte, no me había quitado el traje de buceo—. Mi padre está en el Intercambiador —le expliqué a Hewitt—. Tardará media hora en llegar.

—¡Pero solo nos quedan dieciséis minutos y treinta y seis segundos! —Su pelo rizado apuntaba en todas direcciones—. Si el agua que rodea la granja, que está a sesenta y un grados, se mezcla con agua helada, la temperatura descenderá en treinta y dos minutos...

Yo no sabía la velocidad a la que podían enfriarse cuarenta hectáreas, pero no iba a ponerme a discutir sobre matemáticas en ese momento. Saqué una botella nueva de Liquigen de uno de los espacios de la pared.

—¿Vas a ir allí? —preguntó Zoe.

—Shurl necesitará ayuda. —Sujeté la botella al traje de buceo, a la altura del corazón e inserté el tubo que lo unía a la boquilla del casco.

—No puedes hacer nada —protestó ella—. No eres papá.

—Tú límitate a llamarle.

—Va a decir que no vayas.

Tenía razón.

—Llama primero a *Doc* —rectifiqué—. Dile que Lars está herido y que debería venir. Estamos más cerca de la enfermería. Y pásame una picana.

Hewitt miró a Gemma con nostalgia.

—Hueles como los Terrestres.

Ella se volvió hacia mí con la cara roja.

—Llamar a alguien Terrestre es insultarle, ¿verdad?

—Cuando lo dice Hewitt no —contesté mientras juntaba las costuras de mi traje de buceo. Inmediatamente, la tela se fusionó en un cierre invisible.

Desplomado en el suelo, Hewitt apoyó la barbilla en las manos.

—Ahí arriba los edificios no se desinflan.

—Voy con vosotros —Gemma cogió sus guantes y su casco.

—No puedes —dije, al tiempo que Zoe me lanzaba una picana. Me habría llevado

el rifle de arpones más grande que teníamos, pero pesaba demasiado—. Es posible que los forajidos estén allí.

—Están allí —aseguró Hewitt.

Gemma se abrió el traje de buceo y se enganchó una botella de Liquigen.

—Los forajidos no me asustan.

—Pues deberían —dijo Zoe mientras presionaba los símbolos del videoteléfono—. Te desuellan viva, te arrancan los ojos y te hacen bailar.

—¿Dónde has oído eso? —pregunté.

—En ningún sitio. Me lo he inventado —confesó—. Pero podría ser verdad.

—Ty, puede que sufra el síndrome de descompresión —dijo Hewitt, señalando a Gemma con la cabeza.

—Que sea una Terrestre no significa que sea una inútil —replicó ella mientras se ponía delante de mí—. Vais a necesitar ayuda.

«Sí. Muchísima», pensé. Miré a Hewitt, que estaba hecho un ovillo en el suelo, y el miedo se apoderó de mí. No tenía ni idea de donde me estaba metiendo. Quizá nos viniera bien la ayuda de Gemma.

—Vale —cedí, al tiempo que ponía un pie en el borde de la piscina lunar—. Nos llevaremos la cosechadora.

—Doc dice que no vayas —chilló Zoe desde la otra punta de la habitación.

—Ty, espera a que llegue tu padre —gritó Doc desde la pantalla.

Aseguré el casco para no oírle.

—Sólo dispones de cincuenta minutos —avisó Hewitt.

Gemma se reunió conmigo al borde de la piscina lunar.

—¿Qué pasará dentro de cincuenta minutos?

—Todos morirán —contesté.

Sin añadir nada más, aspiré una fría bocanada de Liquigen y me tiré al agua.

—¡Cuidado! —exclamó Gemma, cuando un banco de atunes envolvió la cosechadora.

Los peces, enloquecidos, me quitaban la visibilidad al intentar permanecer junto a la luz. Apagué los faros de la cosechadora y los atunes desaparecieron con la misma rapidez con la que habían venido. Debería haberlas apagado antes. ¿Quién sabía si la banda de los Seablite seguía estando por los alrededores? Una pareja de delfines pasó junto a nosotros emitiendo chasquidos de advertencia. Revisé el panel de control. El agua estaba caliente, demasiado para el fondo del mar. Debíamos de haber cruzado los límites de la propiedad de los Peavey.

A lo lejos se veían unos puntos rojos, es decir, que las luces de emergencia se habían encendido. Me dirigí hacia la casa de los Peavey, que parecía un pulpo gigante sujeto al lecho marino por sus tentáculos. Sus costados hundidos me indicaron que el suministro de aire presurizado había dejado de funcionar. Si no restablecía pronto la energía, la casa se desinflaría y se inundaría. El descenso de la temperatura mataría a sus bancos de peces de agua cálida como los mahi mahi y los pargos. El resto, sin una valla de burbujas que se lo impidiera, escaparía. La familia de Hewitt lo perdería todo.

—Vigila por si ves al *Specter*, el submarino de los forajidos. Lo has visto desde abajo, de frente parece un tiburón blanco gigantesco —dije, señalando con la cabeza el cristal panorámico.

—¿Con la boca abierta? —preguntó ella.

—Sí —contesté con sorpresa.

—¿Y una gran burbuja negra atrapada en la garganta? —Apuntó con un dedo la amenazante sombra gris que había a nuestra izquierda.

¡El *Specter*! Invertí el acelerador e hice que la cosechadora retrocediera como un calamar en retirada. Con un poco de suerte, al haber apagado las luces había evitado que los forajidos vieran la forma redondeada de un submarino. Empujé el acelerador para que la cosechadora bajara en picado, y la oculté en un campo de algas de nueve metros de altura.

Un instante después, el *Specter* se deslizó por encima de nosotros como un ágil y verdadero tiburón, pero diez veces más grande. El puente estaba situado en el estómago del submarino: una burbuja negra de plexiglás. Y ahí dentro, en algún lugar, estaba Sombra, un forajido que era más un fantasma que un hombre.

Gemma se tapó la boca con la mano. Seguí su mirada aterrorizada hacia la aleta caudal del *Specter*, donde estaba encadenado un cadáver descompuesto.

—Dicen que era un miembro de la banda que traicionó a Sombra.

—¿Por qué no le detiene nadie?

—La Comunidad nos ha encargado a nosotros ese trabajo. —No pude disimular la amargura de mi voz. ¡Como si los colonos, gente como mis padres, pudieran acorralar a la banda de los Seablite! El Representante Tupper estaba mal de la cabeza—. El policía nunca ha encontrado el escondite de la banda, por lo que es un poco difícil detenerlos. Algunos creen que viven en el *Specter*.

—Yo me volvería loca si no saliera nunca de él.

—Ella. Un submarino es una nave, y las naves son siempre del género femenino. De todas formas, ¿eliminar a un buscador no es de locos? —Vi que el *Specter* se iba alejando.

—¡Vamos a seguirles!

—Tengo que ayudar a Shurl y a Lars. —Maniobré para sacar la cosechadora del campo de algas—. Ahora.

—Eso puedo hacerlo yo. Tú deberías perseguir a los forajidos y descubrir dónde está su guarida.

—No pienso perseguirles. —Dirigí la cosechadora a toda velocidad hacia la casa hundida.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo?

—Sí —contesté sin sentir la más mínima vergüenza.

—Yo no.

—Eso es porque no has oído las historias que se cuentan de ellos. —Señale la casa que teníamos delante—. Además, ¿ves cómo se está hundiendo el piso de arriba? La casa de Hewitt está perdiendo aire segundo a segundo. Ahora, mira a tu alrededor, ¿ves todos esos peces a la deriva? Se están muriendo porque el agua se está enfriando demasiado para ellos. No sé cómo restablecer la energía, pero debe de haber algo que podamos hacer.

—Tienes razón —admitió ella mirándome de reojo.

—No quiero tener razón —murmuré mientras apuntaba la cosechadora hacia el ancho agujero situado en el parte inferior de la casa—. Quiero que esto no esté pasando.

La piscina lunar también estaba a oscuras, pero las luces rojas de emergencia delimitaban su contorno. Apagué el motor en cuanto salimos a la superficie, junto al submarino de los Peavey.

Cuando abrí la escotilla, una voz furiosa me dio la bienvenida.

—No te muevas. Tengo una pistola de arpones apuntándote.

Forcé la vista para ver en la oscuridad y me encontré con un arma a pocos centímetros de mi cabeza, con el cargador lleno de arpones en miniatura. Con su cara redonda y su enfado, Shurl parecía una versión fiera de una de las muñecas que Zoe

tenía, pero con la que no jugaba nunca.

—Soy yo, Shurl —dije levantando las manos para que no me disparara.

—¡Ty! —Para mi alivio, enfundó la pistola—. ¿Los has visto? —preguntó, mientras yo salía de la cosechadora—. Me refiero a los Seablite.

—Se estaban marchando —contesté desde el borde de la piscina lunar mientras miraba con preocupación las paredes deformadas.

—¿Tú padre está de camino?

—No llegará a tiempo.

—No deberías haber venido, Ty —me reprendió Shurl—. Es demasiado...

—Queríamos ayudar —intervino Gemma, asomando tan repentinamente por la escotilla abierta que Shurl se echó hacia atrás de un salto.

—Esta es Gemma —expliqué, mientras, encima de mí, el techo se arrugaba como un balón desinflado.

—¡Tengo que coger a los animales! —Shurl giró los talones y se fue corriendo.

—¡Shurl, la casa se está desplomando!

Ella se dirigió al ventanal situado al otro extremo de la húmeda habitación.

—No puedo abandonarlos.

Corrí detrás de ella, preguntándome por qué no guardaba a sus cabras y a sus pollos en un edificio externo, como el resto de los colonos. Cuando entré en el invernadero, un pollo corrió hacia mis piernas, aleteando.

Las asustadas cabras se agruparon alrededor de Shurl, balando a todo volumen.

—No pasa nada, mamá está aquí. —Levantó en brazos a un pollo, chasqueando la lengua—. No podemos permitirnos el lujo de reemplazarlos.

¿Y si estuvieran forrados de dinero los dejaría ahí? ¡Ni de guasa!

—Podemos llevar algunos en la cosechadora. —Levanté una cabra con las dos manos y salí del invernadero—. ¿Dónde está Lars?

Shurl me siguió con una gallina debajo de cada brazo.

—Le he sacado del edificio exterior. —Corrió hacia el submarino que estaba al lado de la cosechadora—. Me ha costado un montón meterle aquí dentro. Es una suerte que esté tan escuchimizado —dijo con voz temblorosa.

Sólo Shurl era capaz de describir a Lars como escuchimizado. A través de la ventana del submarino vi que estaba tumbado en el asiento del piloto. Los padres de Hewitt eran completamente distintos; Shurl, pequeña y de piel oscura, y Lars rechoncho y pálido. Ahora la sangre teñía de rojo el revuelto pelo rubio de Lars. Me ponía enfermo ver a aquel hombre orgulloso derribado de ese modo por un asqueroso forajido.

—¿Esta inconsciente? —pregunté.

Shurl asintió.

—Ha dejado de sangrar, pero...

El resto de la frase quedó silenciada por el cacareo de las gallinas que aletearon como locas cuando su dueña las dejó caer por la escotilla. A través de la ventana vi que aterrizaban encima de Lars, que no se movió.

—Ty —me llamó Gemma—, pásame el... —entornó los ojos para observar con atención la cabra que yo llevaba en brazos—, lo que quiera que sea eso.

¿No había visto nunca una cabra? Corrí hacia la cosechadora, pero tropecé y resbalé cuando la casa se hundía, llenando de agua el borde de la piscina lunar. Gemma perdió el equilibrio y su cabeza desapareció de la escotilla, pero volvió a salir enseguida. La chica era valiente. Salté al casco, le entregué la cabra, que no dejaba de dar coces y balar, y luego volví con Shurl al invernadero. En cuestión de minutos trasladamos a casi todos los animales a la cosechadora. Si los cálculos de Hewitt eran correctos, no nos quedaba mucho tiempo. Era una pena que no pudiéramos utilizar el mismo método para salvar a los peces de los Peavey.

Mientras le entregaba a Gemma el último pollo, Shurl paseó la mirada por la habitación.

—Hasta que se ha deshinchado, ha sido un buen hogar.

La pared más alejada se hundió como una plancha de aluminio bajo la presión de un puño gigante.

—Saca a Lars de aquí —le ordené—. Llévalo a mi casa. *Doc* se reunirá allí contigo.

—Queda una cabra más...

—Yo me ocuparé de ella. Tú vete.

Ella hizo un gesto con la cabeza para darme las gracias y se dejó caer en el asiento del piloto, al lado de Lars. Esperé a que el submarino desapareciera bajo las revueltas aguas antes de correr de vuelta al invernadero a por la última cabra. Acababa de cogerla por uno de los cuernos cuando un sonoro desgarró me inmovilizó. Algo se estaba rompiendo en el segundo piso. Con el corazón retumbándome en los oídos, arrastré a la cabra por la habitación.

La cosechadora dio una sacudida cuando me subí a ella con la cabra en brazos.

—¿Crees que podrás conducirla? —le pregunté a Gemma, mientras intentaba meter a la cabra por la escotilla.

—¡Claro! —contestó con lo que me pareció falsa confianza.

—El sistema de navegación te llevará de vuelta a mi granja. Lo único que tienes que hacer es pulsar donde pone «casa» una vez que hayas salido de aquí. Yo voy a ver lo que le han hecho los forajidos al generador. —Cerré la escotilla de golpe—. Llévala abajo.

En la habitación, el techo cayó al suelo. Salté de la cosechadora y corrí a coger una tabla manta de la pared. La habitación se inclinó, lanzando equipos de buceo y motos subacuáticas por toda la sala. Las taquillas se abrieron de golpe y su contenido

salió volando. Algo afilado me dio en la oreja mientras saltaba y esquivaba las herramientas sueltas. A través del ventanal vi que Gemma revisaba el panel de control a la vez que ahuyentaba a las aves que tenía en el regazo. Luces de colores iluminaban su cara mientras estudiaba los controles holográficos que flotaban delante de ella.

No habría servido de nada gritar, pero deseé que se diera prisa. Me ajusté de nuevo el casco y aspiré el Liquigen. Detrás de mí, la pared de metacrilato del invernadero se desprendió del techo, se tambaleó y se estrelló contra el suelo. La cosechadora desapareció por fin de mi vista. Me eché la tabla manta al hombro, salté a la piscina lunar y caí en las revueltas aguas.

Las cadenas que sostenían el edificio se desplomaron a mi alrededor mientras la casa se venía abajo. Vi que Gemma dirigía la cosechadora con desesperación entre las espirales de las cadenas que caían. Se ladeó y retorció. Un trozo de cadena chocó contra la parte de atrás de la cosechadora, pero Gemma se las arregló para alejarse a toda velocidad de la casa.

La seguí, luchando por abrirme camino entre la corriente de burbujas que creaba la cosechadora, hasta que salí de debajo de la casa. Detrás de mí, el edificio se derrumbó como una bestia moribunda, creando un remolino de agua que me arrastró hasta el fondo del mar.

Cuando la arena se asentó, encendí las luces de mi casco y contemplé los restos de lo que había sido el hogar de los Peavey. Chorros de burbujas que escapaban señalaban su descenso hacia el fondo del océano.

Me abracé a la tabla manta de Hewitt. Puede que los forajidos no fueran los responsables del baño de sangre del submarino abandonado, pero desde luego sí que lo eran de esto. Estaba furioso. Como si los colonos no se deslomaran ya lo bastante para mantener en funcionamiento sus granjas, criar peces y mariscos para los platos de los Terrestres y crear cultivos en el fango, ahora venía una banda de forajidos, perezosos e inútiles, y destruía todo lo que tanto trabajo les había costado conseguir.

Peces desorientados chocaban contra todas las partes de mi cuerpo. Los delfines, que se habían parado para disfrutar de una comida fácil, se gritaban ahora unos a otros para ponerse en movimiento. Los grandes depredadores no tardarían en acudir, atraídos por los espasmos de los peces moribundos. Si no salía pitando de allí, iba a acabar formando parte del menú del banquete. Sin embargo, no podía irme sin intentar al menos poner en marcha el generador. Quizá fuera una avería fácil de arreglar. O quizá una sirena llegaría nadando y me ofrecería su ayuda... Las probabilidades de que sucediera una de las dos cosas eran las mismas.

Utilizando las luces de mi casco, encontré el cable de electricidad que iba desde la casa doblada hasta el campo de algas. La pantalla de mi muñeca indicaba que la

temperatura del agua había descendido más de lo que los peces tropicales podían aguantar. Si no estaban muertos ya, lo estarían pronto. Me subí a la manta y seguí el cable hasta el campo, buscando el generador principal.

Las algas se agitaron delante de mí. Algo grande se estaba moviendo entre los tallos, atravesando el campo. Apagué el motor de la manta y me deslicé hacia el suelo. Sujeté la cuerda a mi cinturón, dejé que la tabla flotara y saqué la picana. No veía nada aparte de algas, pero sabía que lo que fuera que estuviera acercándose había ganado velocidad. Retrocedí rápidamente, lleno de pánico, y entonces me di cuenta de que me había alejado del límite del campo y que ahora estaba a plena vista.

Las algas que tenía delante se sacudieron como si estuvieran vivas, pero a medida que los últimos tallos verdes se separaban, un grupo de peces muertos se interpuso entre el campo y yo, bloqueándome la vista. Los aparté, pues sabía que sus cuerpos desparramados no tenían densidad suficiente como para ocultarme. Los peces sin vida se alejaron y entonces vislumbré algo grande que flotaba delante de mí. Antes de que pudiera saber qué era, la granja se llenó de luz.

La energía había vuelto.

Me protegí los ojos y parpadeé, a la vez que intentaba ajustar las lámparas lo más rápido posible. Separé los dedos que tenía sobre el casco y retrocedí horrorizado. Sobre mí flotaba un cadáver, todavía con el traje de buceo puesto. Blanquecino e hinchado.

Lleno de asco, me eché hacia atrás unos metros y luego volví a mirar. Los brazos hinchados y el enorme pecho indicaban que esa cosa llevaba muerta algún tiempo. *Esa cosa no*, me dije. Sin embargo, se hacía difícil pensar en él como en un ser humano mientras el cuerpo flotaba cerca de mí. Detrás del casco, la pálida cabeza calva del muerto relucía como si una lamprea le hubiera chupado hasta la última gota de sangre. Su piel estaba más blanca que la nieve. Lo único que no estaba blanco eran los ojos, completamente negros, tanto las pupilas como los iris y los globos oculares; todo estaba negro. Como si fueran agujeros en su cráneo.

De repente se me iluminó el cerebro y me quedé helado. Eso no era hinchazón, sino músculo. Y no estaba frente a un cadáver. ¡Ojalá! No, la horripilante cara que tenía delante era la de Sombra, el líder de la banda de los Seablite. Y estaba muy vivo.

Salté hacia atrás, batiendo las piernas a toda velocidad. El forajido no me siguió. Tenía la cabeza ladeada, como si estuviera decidiendo si suponía una amenaza para él o no. Otro grupo de peces muertos se puso en medio, bloqueando la visión de Sombra. La imagen de sus ojos ciegos me impulsó a coger la tabla manta y montarme en ella.

No, Sombra no era ciego. Si lo parecía era porque debía de llevar lentillas oscuras.

La corriente arrastró a los peces a la deriva. Giré la cabeza para mirar hacia atrás, pero solo vi el campo de algas. Arranqué la manta y puse rumbo a casa. La energía había vuelto, así que no había razón para quedarse allí. Con un poco de suerte, los cultivos se recuperarían del descenso de temperatura. Los faros iluminaron a unos cuantos peces medio comidos que iban a la deriva; era lo único que quedaba del ganado de los Peavey. Todo había desaparecido, bien porque había escapado o bien porque había muerto.

El miedo fue desapareciendo despacio y volvió la rabia. Los Seablite deberían haberse limitado a coger los suministros que necesitaban. No tenían por qué destruir la casa y la granja de los Peavey; todo lo que Shurl y Lars habían creado de la nada. Reduje la velocidad. Gemma tenía razón. Si seguía a Sombra y averiguaba dónde estaba la guarida de la banda, Grimes podría arrestar a todos sus miembros. Y, luego, el Representante Tupper podría «reconsiderar los beneficios de ayudar al desarrollo del Territorio de Benthic». Éramos nosotros contra ellos, así de simple. Colonos contra forajidos. Di media vuelta y volví al campo.

Era bastante fácil distinguir los tal os que ondulaban. Me situé a baja altura, sobre las algas, y seguí el camino que indicaban sus movimientos. Sombra se dirigía hacia el extremo del campo. Más allá se extendía la valla de burbujas que señalaba el límite de la propiedad de los Peavey. El final de la plataforma continental se encontraba a kilómetro y medio de distancia hacia el Este; a partir de ahí, el abismo. En su mayor parte, la plataforma bajaba suavemente hacia la llanura abisal, pero detrás de la propiedad de los Peavey no sucedía así. Hewitt y yo habíamos navegado a lo largo del borde muchas veces. Era un acantilado rocoso que caía en picado hasta el fondo marino, que se hallaba a más de tres kilómetros de profundidad. Montones de cuevas salpicaban la cara de ese acantilado. Tal vez, en una de ellas fuera donde los forajidos guardaban el *Specter*.

Todavía oculto entre las algas, me incorporé sobre los codos para ver cómo el forajido se alejaba. Dentro de la cúpula de metacrilato que era su casco, la parte

trasera de la cabeza calva de Sombra era de un brillante color blanco sobrenatural. Cuando avanzó hacia la valla de burbujas fue cuando vi la pistola de arpones sujeta a su espalda. Era exactamente del mismo tamaño que la que yo había decidido no traer porque me parecía demasiado voluminosa. Ojalá la tuviera ahora.

A mis padres no les haría ninguna gracia el plan, pero no estaban allí. Con el regusto amargo de la adrenalina en la boca, aceleré la manta y salí disparado hacia la pared de burbujas. Al otro lado, el mar era de color azul cobalto y uniforme. En la distancia distinguí un débil brillo. No era la bioluminiscencia verdosa de una criatura marina, sino el cálido destello de la corona de luces de un casco.

Seguí a Sombra hasta que, sin previo aviso, el destello se desvaneció como si se apagara una cerilla. Viré a la derecha, preguntándome si se había dado cuenta de que le iba pisando los talones. Reduje la velocidad y di una vuelta, pero, antes siquiera de que me diera tiempo de empezar a buscarle, una luz me deslumbró. Ahí estaba Sombra, de pie en el suelo marino, con las piernas separadas, la corona de luces encendida y la descomunal pistola de arpones en las manos. Al verme levantó el arma y apuntó.

Puse la marcha atrás, pero tardé demasiado. El impacto del arpón en la parte inferior de la tabla, estuvo a punto de arrancarme los dientes. Di media vuelta y aceleré para escapar, pero la tabla, en vez de salir disparada, emitió unas explosiones. Giré los mandos a tope; sin embargo, se paró por completo. Apagué el motor e intenté arrancarlo otra vez, cosa que pareció funcionar. La tabla volvió a la vida bajo mi cuerpo, pero empezó a caer hacia atrás.

Por más que giré los mandos no conseguí que la tabla avanzara, ni siquiera que dejara de retroceder. Me moví hacia delante para asomarme a ver qué pasaba. No me sorprendió ver que de la parte inferior de la manta sobresalía un arpón que se bamboleaba por efecto del agua. De lo que no me había dado cuenta era de que la punta estaba atada a una cadena. Me senté de un salto y vi que Sombra arrastraba poco a poco su captura, como un cadáver resucitado, sin sangre y con los ojos negros.

Salté de la manta y nadé hacia arriba, deteniéndome solo para apretar el botón que liberaba las aletas de mis botas. Sombra no podría atraparme a menos que soltara su lanzador de arpones, puesto que, aunque el peso del arma no le arrastrara hacia abajo, su tamaño hacía que lo tuviera difícil. Aun así, continué braceando, ahora en horizontal.

Al final me dolían los músculos por el esfuerzo. Dejé de nadar y fui cayendo hacia el suelo, sin dejar de mirar a todos lados. En ninguna parte se veía un destello que indicara la presencia de las luces de un casco; solo una extensión infinita de agua azul oscuro.

—¡Es lo más imprudente y peligroso que he escuchado en mi vida! —exclamó mi madre, cruzando a todo correr la habitación húmeda—. ¡Deberías haber esperado a que llegáramos!

Salí de la piscina lunar y me quedé en el suelo, agotado por el largo trayecto que había recorrido hasta llegar a casa. Mi madre me arrastró por los pies, sin dejar de hablar.

—¡Podrían haberte visto los forajidos! —Me desabroché el casco y estuvo a punto de arrancarme la cabeza al quitármelo—. Shurl dice que el *Specter* seguía allí cuando tú llegaste. ¿Qué narices te ha dado para que fueras allí sin que estuviéramos tu padre o yo?

—Déjale que recupere el aliento, Carolyn —dijo el doctor Kunze, apareciendo detrás de ella.

Respiré hondo. Si mi madre estaba así de enfadada conmigo solo por haber ido a la casa de los Peavey, de ninguna manera iba a comentarle mi encuentro con Sombra.

—Papá no habría llegado a tiempo —le dije—. ¿Gemma está aquí?

—Ya lo creo —contestó *Doc*. No sonreía, pero sus ojos oscuros brillaban como si estuviera a punto de hacerlo—. Shurl dice que no podría haber salvado a todos los animales sin vosotros dos, de modo que os está preparando un festín.

Me senté en el banco para quitarme las botas de bucear. No podía pensar en comida. Desde que me había encontrado cara a cara con Sombra tenía el estómago revuelto.

—Voy a cambiarme —anuncié.

Mi madre, por supuesto, no se dejó engañar.

—Tu padre sigue dándole vueltas a la avería del generador de los Peavey —dijo cruzándose de brazos—, intentando averiguar qué es lo que ha pasado, de modo que, ¿cómo te las has arreglado exactamente para llegar a casa?

No supe qué contestar. Si confesaba que había hecho todo el camino nadando, la bronca que iba a tener que aguantar duraría unos cincuenta años.

—Con la tabla manta. —Al ver que fruncía el ceño, añadí—: Llevaba una picana y mi cuchillo de buceo.

—Si estás sujetando una tabla no puedes defenderte de un tiburón blanco.

—Venga, Carolyn —dijo *Doc*—. Ningún tiburón va a morder a tu hijo; es más rápido que un torpedo. Además —continuó, al tiempo que me daba una palmada en el hombro—, te olvidas de que Ty prácticamente puede ver en la oscuridad. Se limita a esquivar a los tiburones, ¿verdad?

No me atrevía a contestar, así que me ocupé de secarme el traje de buceo.

—La cena ya casi está —dijo mi madre en voz baja—. Sube en cuanto te hayas cambiado.

Se dirigió al piso de arriba y yo estuve a punto de caerme del banco por la sorpresa. Es verdad que esperaba evitar una charla o algo peor, pero ahora que lo había conseguido, estaba asustado. Al menos debería haberse ido con un «ya hablaremos luego».

Dejé de pensar en mi madre cuando el maletín del médico se posó en el banco con un ruido sordo. La simple visión de esa caja de metal me ponía nervioso. Me levanté de un salto, listo para escapar de los recuerdos.

—Te agradezco que me hayas defendido, *Doc* —dije con el tono de voz más normal que pude—, pero estoy bien.

—Siéntate. Solo voy a comprobar tus constantes vitales.

Me clavé las uñas en las palmas de las manos para tener algo que me distrajera.

—¿No tienes que ocuparte de Lars?

—Le he dado unos puntos y algo para ayudarle a dormir. Tiene herido el orgullo, pero vivirá.

Cuando abrió su maletín, el apestoso olor a antiséptico asaltó mi olfato. Las gasas y el instrumental de acero olían igual; probablemente la mayoría de la gente ni lo notara, pero a mí me ponía enfermo.

—No se te ha hecho una revisión desde que llegué aquí hace cuatro años —dijo el médico—. Tus padres deberían haberte llevado a verme todos los años, sobre todo teniendo en cuenta que estáis viviendo debajo del mar. —Sacó un ecógrafo—. Tranquilo, no vas a notar nada.

—¡No! —exclamé, con más vehemencia de lo que pretendía.

No estaba dispuesto a permitir que ningún médico me examinara, ni siquiera uno que era amigo de la familia.

Se me quedó mirando con expresión de sorpresa y luego volvió a meter el ecógrafo en el maletín.

—De acuerdo...

Dejé que el silencio se alargara entre nosotros mientras sacaba ropa de mi taquilla. *Doc* estaba muy equivocado si pensaba que iba a darle alguna explicación.

—Sabes que puedes confiar en mí, Ty.

El tono cauteloso de su voz encendió mi ya alterado estado de ánimo. No era un niño caprichoso que había escupido su medicina.

—Si hay algo que quieras decirme —insistió—, sabes que no puedo contárselo a nadie sin tu permiso.

—Sí que puede —me abrí el traje de buceo—. Todavía no tengo dieciocho años.

—Pero no lo haré.

Me bajé el traje hasta las caderas y le miré.

Una sonrisa irónica curvó sus labios.

—Vale, ya lo pillo. —Cerró el maletín de golpe—. Te veo arriba.

Me concentré en respirar mientras le oía cruzar la habitación. Cuando empezó a subir las escaleras relajé los puños hasta que oí que se detenía de golpe.

—Ty, si vas a decirle a tu madre que has vuelto en una tabla manta —me aconsejó—, asegúrate de tener una. Es posible que la próxima vez se dé cuenta de que no es así.

Sólo cuando sus pisadas se desvanecieron en el piso superior, me desplomé sobre el banco, con el miedo todavía en el cuerpo.

Encontré a los otros en la habitación de Zoe. Estaban de espaldas a mí, pero me di cuenta de que los tres estaban rodeados de artefactos de mi colección. Hewitt, armado con una espada y una ballesta de ébano, también se había colocado un peto de oro. Gemma, que estaba asomada a uno de los acuarios de Zoe, iba equipada con brazaletes y la corona española que había estado admirando antes. Por supuesto, lo de Zoe era peor. Se había aprovechado a conciencia de que no estaba y se había puesto encima todas las piezas de joyería que había encontrado: una tiara, collares y un cinturón de pedrería. Era un milagro que se pudiera mantener de pie con el peso de tanto metal precioso y gemas.

—Tu habitación es increíble —le dijo Gemma a Zoe antes de que yo pudiera abrir la boca para quejarme.

Como poco, parecía demasiado agobiante. En todas las superficies reposaban tanques de vida marina y estaban adosados a las paredes. El cabecero de la cama era una mandíbula de tiburón y del techo colgaban trozos de cincuenta variedades de coral. Incluso la ventana era un acuario. Había colocado por fuera un comedero para que los peces estuvieran allí a todas horas.

—¿Por qué ese tanque es completamente negro? —preguntó Gemma.

—Porque a esos chicos les gusta vivir en la oscuridad. —Un brillo de maldad apareció en los ojos de Zoe—. ¿Quieres verlos?

Yo sonreí desde la puerta al ver que Gemma asentía, porque sabía lo que se iba a encontrar.

Zoe se dirigió hacia el interruptor situado en la pared, al lado del tanque.

—Voy a encender una luz azul para que puedas verlos, pero tienes que agacharte mucho.

Cuando Gemma se dobló por la cintura y apoyó las manos en las rodillas, Zoe pulsó el interruptor. Cuando el tanque se iluminó, apareció la cara de un pez repulsivo. Sus dientes eran como esquilas de cristal de distintos tamaños y sus ojos saltones y rojos. Solo un panel de cristal separaba las fauces abiertas del pez víbora de la nariz de Gemma, que saltó hacia atrás con un grito que hizo sonreír a Zoe de

oreja a oreja. Bajo la fantasmal luz flotaban una docena de especies temibles: calamares vampiro, peces pelícano y peces demonio.

—Los capturé en la llanura abisal. —Zoe recorrió amorosamente con un dedo el cristal—. Parecen malvados, pero son muy delicados.

Me invadió una ligera sensación de orgullo. Mi hermana había conseguido una increíble colección de especímenes raros. Ni siquiera mi madre, a quien se le daba muy bien cualquier clase de ser vivo, no sabía cómo se las arreglaba para que no se le muriera ninguno. La única explicación que encontraba era que mi hermana les daba cariño.

Zoe sacó un jurel de un cubo.

—¿Quieres ver comer a un pez víbora?

—¡No!

A pesar de la negativa de Gemma, Zoe abrió la rendija superior del tanque. Introdujo en él al agitado jurel y se desató la locura por la comida. Gemma y Hewitt gritaron asqueados, lo que me hizo reír. Zoe estaba demasiado ocupada vigilando a sus queridos monstruos como para fijarse en el resto de nosotros. Cuando Gemma se apartó del tanque y me vio, me dirigió una sonrisa tan deslumbrante que sentí una oleada de calor.

—Tu hermana ya no parece tan angelical —dijo mientras se acercaba a mí.

—Y eso que no la has visto en la jaula de los tiburones echando carnada al agua.

—Espero que no te importe. —Se tocó la corona que tenía en la cabeza—. Estábamos intentando animar a Hewitt.

Miré a Hewitt, que parecía feliz recubierto de oro.

—Habéis tenido una buena idea —dije.

—Deberías haber visto a mamá cuando le dijimos que habías ido a casa de los Peavey sabiendo que los forajidos estaban allí —se burló Zoe.

—Se puso hecha una verdadera fiera —añadió Hewitt con compasión.

—Si Gemma y yo no hubiéramos ido, tu familia habría perdido a muchos animales.

—Eso es lo que dijo mi madre —Hewitt dejó la ballesta—, pero la tuya contestó que tú vales más que una cabra. No entiendo por qué.

—Vas a pasarte meses quitando algas —predijo Zoe alegremente.

—¿Quitando algas? —preguntó Gemma.

Me encogí de hombros.

—Crecen por fuera de las paredes de la casa, de manera que tenemos que arrancarlas a mano.

—Son resbaladizas —añadió Zoe, que se veía que estaba disfrutando—, y se tarda una eternidad en quitarlas. Tanto que acabas con calambres en los dedos.

—Esa es otra de las cosas que son mejores Arriba. —Hewitt se tiró en plancha

sobre la cama de Zoe—. Nunca tienes que rascar la porquería de tu casa.

—Nosotros no tenemos casas —le corrigió Gemma.

—¡Exacto! —Hewitt se sentó—. Vivís todos juntos. ¿Te lo imaginas? Mires donde mires hay más gente. Te sumerges...

—¿Sumerges? —preguntó Gemma.

—Da igual cómo lo digas. Siempre hay alguien con quien hablar. Debe de ser genial tener tantos vecinos.

Zoe dejó de dar de comer a sus mascotas para escuchar.

—Mi pensión ocupa dos pisos en un edificio de setenta y cinco alturas con más de mil apartamentos —explicó Gemma—. Todas esas personas no son vecinos exactamente.

—Claro —estuvo de acuerdo Hewitt—. Es más como una gran familia donde viven todos juntos. Allí nadie está solo nunca. —Se volvió hacia Zoe—. Ni siquiera saben lo que significa esa palabra porque nunca necesitan utilizarla.

—¿Lo está diciendo en serio? —me preguntó Gemma al oído.

—Eso me temo.

Como era de esperar, Hewitt continuó:

—Nunca tienes que hacer nada solo, siempre hay alguien para ayudarte a conseguir comida. O a cosechar las algas.

A Gemma parecía que acababan de pincharla con una picana.

—Hewitt no va Arriba muy a menudo—le expliqué en voz baja.

Hewitt me oyó.

—¡Nunca! —Estrelló el puño contra el colchón—. ¡Nunca puedo ir Arriba!

—Porque sales corriendo en cuanto pones un pie en tierra —repliqué—. La última vez te metiste en el apartamento de un desconocido y casi matas de miedo a una mujer.

—Grité «hola» —se defendió Hewitt—. No sé por qué continuó chillando.

—Puede que porque estaba en ropa interior. —Yo sabía los detalles porque había oído a la avergonzada Shurl cuando se lo contó a mi madre.

Hewitt se cruzó de brazos, enfadado.

—Sólo quería ver cómo era por dentro un apartamento de Arriba.

Un submarino avanzaba a lo lejos por el campo de algas, dejando una estela de burbujas mientras se acercaba a la casa.

—Ha llegado papá —anunció Zoe.

—La energía ha vuelto y funciona bien —dijo mi padre mientras se abría el traje de buceo, como si estuviera impaciente por librarse de él. Yo me encargué de guardar el casco—. ¿Cómo está Lars?

—Se pondrá bien —contestó Shurl bajando las escaleras—. Gracias a Ty, cuando

llegamos nos estaba esperando el médico. —Cuadró los hombros—. Dame las malas noticias, John.

—Por lo que parece, no se han llevado mucho. Solo comida y Liquigen. Los cultivos se recuperarán.

—¿Y los peces?

Mi padre sacudió la cabeza.

—Se han ido. Pero nosotros tenemos de sobra. Si todas las familias os dan treinta peces, el año que viene vuestros bancos tendrán un buen tamaño.

Ella asintió y se secó las lágrimas.

—Vamos; la cena está lista.

Mientras nos dirigíamos hacia las escaleras, noté que mi padre me ponía su mano, caliente y pesada, en el hombro.

—Hoy has hecho un trabajo de hombres, Ty. Estoy muy orgulloso de ti.

«Si supieras que he perseguido yo solo a un peligroso forajido hasta mar abierto —pensé—, puede que no lo estuvieras tanto».

Entre la compañía, y que todos iban engalanados, parecía que estuviéramos en la cena de un día de fiesta. En cuanto Shurl vio a Hewitt y las chicas con sus adornos, se empeñó en que todos se pusieran algo de mi colección.

—Estamos vivos y juntos. Tenemos incluso una invitada especial —dijo, sonriéndole a Gemma—. Esta noche es una celebración.

Todos los mayores estuvieron de acuerdo. Mi madre escogió un collar de perlas «que siempre le había gustado»; el médico una vaina y una espada; mi padre se puso un medallón. El pobre Lars se pasó todo el tiempo dormido.

—Te ayudaré a limpiar y a etiquetarlo todo otra vez —me susurró mi madre mientras volvíamos al comedor y ocupábamos nuestros asientos.

—No pasa nada —contesté, a pesar de que yo no había elegido nada para mí. Hasta que los Seablite no hubieran sido capturados, no me parecía que hubiera nada que celebrar.

En el exterior, la luz de los focos gigantes que rodeaban la propiedad empezaba a perder intensidad, simulando el ocaso. *Doc* separó una silla para Gemma.

—¿Vas a volver a tierra firme esta noche, jovencita?

—No. Me voy a quedar en Benthic una temporada.

—¿Con quién te vas a quedar? —preguntó mi madre, dejando encima de la mesa una bandeja llena de langostas humeantes.

—Con nadie —contestó Gemma alegremente—. Voy a alquilar un camarote en el Intercambiador.

Todos nos quedamos paralizados. Si hubiera sabido lo que pensaba hacer se lo habría quitado de la cabeza inmediatamente.

—¿En la Colmena? —preguntó *Doc*, desplomándose en la silla.

Mi padre frunció el ceño.

—Creía que tu hermano vivía en Benthic.

Gemma asintió con la cabeza y contestó a los dos a la vez.

—Sí, pero todavía no le he encontrado.

Me alegré de que no intentara decirle a mi padre lo fuerte que era.

—¿Y qué pasa con tus padres? —preguntó *Shurl*.

—No tengo.

Mi madre y *Shurl* intercambiaron una mirada de tristeza.

—¿Hay alguien que se encargue de ti? —preguntó mi madre con cariño.

—La señora *Spinner*, la directora de la pensión; pero cuando *Richard* me mandó dinero para que me fuera a vivir con él, no firmó el formulario de emancipación. —*Gemma* señaló con el dedo el cuenco de comida que tenía delante—. ¿Ese es el pescado que hace que te brille la piel?

—No —contesté—. El rape no es bioluminiscente.

*Gemma* hundió los hombros.

—¿Quieres brillar? —preguntó *Hewitt* con incredulidad.

—¿Y quién no?

—La Colmena no alquila camarotes a nadie que no haya cumplido los dieciocho años, ¿verdad, *Theo*? —le preguntó mi madre al médico, a la vez que le pasaba un cuenco de calamares crujientes.

—No —contestó él mientras se llenaba el plato—. Va en contra de las normas del Intercambiador. Allí solo van exploradores y mineros.

—¿Allí es dónde viven los exploradores? —preguntó *Gemma*, muy excitada.

—Cuando son ricos —explicó *Shurl* mientras partía la langosta de *Hewitt*—. Venden las pepitas de manganeso y luego se gastan el dinero con las cartas y bebiendo.

Mi madre puso una mano encima de la de *Gemma*.

—Puedes quedarte con nosotros hasta que encuentres a tu hermano.

—Me gustaría, gracias.

Me miró y yo me sentí acalorado y nervioso, de modo que me concentré en echar una cucharada de gelatina de cangrejo en mi ensalada de algas.

—Puedes dormir en mi habitación —ofreció *Zoe*.

A *Gemma* eso pareció gustarle menos.

—Genial —murmuró *Hewitt*—. Yo dormiré en el museo de *Ty*.

—Mi macuto y todas mis cosas están en el Intercambiador —dijo *Gemma*—, en una taquilla que alquilé.

—*Ty* irá a buscarlas por la mañana —la tranquilizó mi madre.

—¿Cómo lo hicieron los forajidos? —preguntó *Doc*, mientras se servía un vaso

de vino de uvas de mar—. Me refiero a lo de cortar la electricidad en casa de los Peavey. Creía que era imposible hacerlo.

—Yo también —contestó mi padre, con tristeza—. Por lo que he visto, ha sido por un pulso electromagnético, pero lo que no sé es cómo lo han producido.

—Si Grimes reúne una patrulla —dije—, quiero formar parte de ella.

—Ni aunque te ponga una estrella de oro en el pecho —replicó mi madre con firmeza.

—Ese policía alérgico a mojarse no va a llevar una patrulla a las profundidades del mar —se burló el médico, agitando el cuchillo—. Ni siquiera sabe nadar. Él es quien debería ser enviado al Continente, no yo.

Una pinza de langosta rebotó en el plato de Shurl.

—¿Te marchas?

—A finales de semana —contestó él con resentimiento—. No tengo elección.

—Si los colonos... Mejor dicho, cuando los colonos detengan a los Seablite, podrás volver, ¿no? —pregunté.

—Detener a... ¿Qué? —Shurl nos miró uno a uno.

—Nos han asignado una tarea imposible —intervino mi padre, dejando su vaso—. No tiene sentido. El Gobierno lleva años presionándonos para que agrandemos las granjas, cultivemos más campos y criemos más peces. ¿Y ahora la Comunidad retira su apoyo por una banda de delincuentes? El océano está lleno de forajidos, ¿qué tienen de especial los Seablite?

El médico se encogió de hombros.

—¿Cuánto puede aguantar la colonia sin importar suministros?

—Una semana, puede que dos —contestó mi padre en tono grave.

—No —jadeó Shurl—. Tenemos un montón de comida y...

—Después de la reunión de hoy se ha gastado hasta la última gota de Liquigen del Intercambiador —explicó mi padre—. A los colonos les ha entrado el pánico porque sin Liquigen no podemos salir de casa el tiempo suficiente como para trabajar de verdad.

—Podemos comprar Liquigen en el Continente —dije.

—¿Y pagarlo a su valor real? —preguntó Shurl sin mucho entusiasmo—. Todo lo que ganamos se va en impuestos. Si no podemos comprar al por mayor, no podemos comprar.

—Y luego está el equipamiento —añadió mi padre—. Sin un traje de buceo o un purificador de aire, ni siquiera podremos arreglarlo, mucho menos conseguir uno nuevo.

—Lo de menos son los suministros y el equipamiento —intervino mi madre mientras tiraba la servilleta sobre la mesa—. Cuando se corra la voz de que los Seablite han hundido hoy una granja, muchos colonos pensarán en serio en volver

Arriba.

Recogió su plato y se fue del comedor.

Nosotros no. No podía haberse referido a nuestra familia. Miré a mi padre, pero cuando vi que no me tranquilizaba me dio la sensación de que mi futuro se hundía en el abismo, donde todo era deprimente e insondable.

Con la cadena de un ancla en la mano, tiré con todas mis fuerzas para atarla a un poste profundamente incrustado en el suelo marino. Una vez que mi padre puso en marcha las bombas de aire, la casa de los Peavey se infló enseguida. Cerca de mí, Gemma sostenía con decisión su cadena, a pesar de que tenía que estar de puntillas. Disimulé mi sonrisa cuando vi que se dejaba caer en el lodo para evitar que la corriente la arrastrara. Le toqué el brazo para indicarle que ya había asegurado el extremo de su cadena, entonces la soltó y me dio las gracias en silencio mientras su sección de la casa volvía a su sitio. Estaba como nueva.

El oscuro interior del hogar de los Peavey fue otra historia. Durante las pocas horas en las que la casa estuvo caída en el fondo del mar, pequeñas criaturas habían encontrado refugio en ella. Ahora los cangrejos se escabullían bajo nuestros pies, iluminados por la hilera de luces de emergencia empotradas en el suelo. Pequeños peces se lanzaban al fondo del agua poco profunda mientras Zoe lo salpicaba todo en sus esfuerzos por atrapar una raya azul.

—¿Por qué no se aplastó todo cuando la casa se derrumbó? —me preguntó Gemma—. Los armarios, por ejemplo.

—Cuando una casa se desinfla, se hunde, pero nunca se derrumba del todo —le expliqué, colgando una linterna de pilas en un gancho de la pared—. Para evitar que eso suceda hay una estructura de vigas de apoyo, y por dentro, todo, las paredes, esos armarios y los de arriba, están fabricados con materiales flexibles. Así que, aunque algo se aplaste, luego recupera su forma original.

—Tu padre debe de ser muy inteligente.

—No hizo el trabajo solo. Para construir la primera granja, mi madre y él vivieron en un gran centro de investigación submarina durante más de dos años con otros muchos ingenieros y científicos. Allí es donde se conocieron.

—¿No podemos encender las luces? —preguntó Hewitt en voz alta.

—Hasta que el agua desaparezca del todo no —aconsejó el médico, enganchando una linterna en la abrazadera que colgaba del vehículo—. Sé que los focos están sellados, pero ¿para qué correr el riesgo de que alguien se electrocute?

Yo estaba contento de que el médico se hubiera ofrecido a venir y de que mi madre se hubiera quedado en casa con Lars. A pesar de sus manos llenas de cicatrices, demostró ser de ayuda para volver a inflar la casa, pero lo más importante era que mi madre no habría reaccionado bien ante los techos que goteaban y el desastre general. El equipamiento asomaba del agua igual que sobresalían de la arena los edificios derrumbados que no habían desaparecido en el Cañón del Sueño Frío.

—Vamos a poner en marcha los ventiladores —dijo mi padre, enganchando otra linterna—. La limpieza de verdad la haremos mañana, cuando las cosas estén secas. Esta noche solo nos ocuparemos de lo que sea urgente.

Mientras encabezaba la marcha de los otros chicos al piso de arriba y a la cocina, el frío me caló hasta los huesos. Podía oír el débil borboteo del agua de un géiser submarino que volvía a recorrer las cañerías del suelo, pero el agua bombeada todavía tenía que calentar el aire de la casa. Las paredes de la cocina, generalmente acogedora, estaban negras y húmedas, y del techo caían gotas. Con expresión lúgubre y en silencio, Gemma y Hewitt limpiaron los armarios y el suelo, que estaban cubiertos de algas y de agonizantes criaturas marinas de los acuarios rotos. Zoe no hacía más que llenar con agua del mar cuencos y cubos, como una loca.

—Sujeta esto —dijo dejando en manos de Gemma un tarro.

Cuando Zoe recogió del suelo un pulpo rojo moteado y lo echó en el tarro, Gemma puso cara de asco.

—No te va a morder —la regañó Zoe.

Gemma buscó un sitio donde dejar el frasco, pero la encimera de la cocina estaba cubierta de acuarios improvisados. Cuando estaba a punto de decirle que ya lo cogía yo, el pulpo sacó uno de sus tentáculos del agua y lo enroscó en la muñeca de Gemma. Ella soltó un alarido y tiró el frasco por los aires, pero el pulpo no siguió el mismo camino; al contrario, se aferró a la muñeca a pesar de los frenéticos esfuerzos de Gemma por quitárselo de encima.

—No te muevas. —Fui corriendo a ayudarla—. Ya te lo quito.

Presa de pánico, Gemma sacudió el brazo sin parar hasta que el pulpo salió volando por la habitación y se estrelló contra la pared. Zoe corrió a por él, gritando. Cogió con ternura al cefalópodo y luego miró a Gemma con enfado.

—Podías haberle hecho daño.

—¿Hacerle daño? —barbotó Gemma—. ¡Ese trapo viscoso con ojos me ha agarrado la muñeca!

Hewitt y yo contuvimos la respiración al mismo tiempo. Zoe se puso de pie despacio y rabiosa, sin dejar de acunar al pulpo.

—¡No! —grité al tiempo que ponía a Gemma detrás de mí.

Hewitt se subió en la mesa de la cocina.

—¡Salid del agua!

—Zoe, cálmate —dije, intentando que mi voz sonara tranquila frente a la rabia de mi hermana—. Gemma no puede evitarlo. Es una Terrestre.

Gemma me empujó por la espalda.

—No sabe lo geniales que son los animales del mar —insistí—. No es culpa suya.

Zoe meditó mis palabras y luego, después de lanzarle una mirada asesina a Gemma, se fue de la cocina con el pulpo colgado de ella como si fuera un bebé. Yo

me relajé un poco.

Hewitt, todavía subido en la mesa, miró enfadado a Gemma.

—¿Estás loca? No se te ocurra nunca enfadar a Zoe. Jamás.

—¿Qué os pasa a los dos? —preguntó Gemma.

—Zoe no pelea limpio —murmuré.

—¡Por favor! —resopló ella—. El año pasado compartía residencia con más de cien chicas adolescentes. Las peleas no me impresionan. Creo que puedo entendérmelas con una niña de nueve años.

—Eres fuerte, ya lo sé. —Intercambié una mirada con Hewitt, quien estaba claro que estaba pensando lo mismo que yo.

«En una pelea con Zoe, da igual lo fuerte que seas».

Nos fuimos a la húmeda sala de estar, donde nos sentamos en sillas alrededor de una estufa portátil para intentar mantenernos en calor, sin hacer caso del goteo constante.

—No sé por qué mi madre se molesta en salvar las plantas del invernadero —murmuró Hewitt—. Deberíamos trasladarnos Arriba y ya está.

Zoe se reunió con nosotros, todavía con el pulpo en brazos, aunque lo había metido en un jarrón lleno de agua. Miró de mala manera a Gemma, que se frotaba las manos encima de la estufa. Hewitt lanzó otra mirada de desagrado hacia las escaleras por las que acababa de bajar Shurl, cargada de varillas para sostener las plantas del invernadero.

—Tus padres no se van a mudar porque la casa se haya derrumbado. La arreglarán en unos días —dije, dejándome caer en la silla que estaba al lado de Gemma.

—¡Los Seablite nos han atacado!

—¿Se llaman Seablite porque son una plaga en el mar<sup>[2]</sup>? —preguntó Gemma.

—Sí —contestó Hewitt con vehemencia, antes de pararse y preguntar—: ¿Qué es una plaga?

—En realidad —dijo Doc entrando en la salita y dejando un puñado de varillas—, el nombre viene porque escaparon de una prisión llamada Seablite.

Le miré con sorpresa.

—¿Dónde ha oído eso?

—En aquel tiempo yo trabajaba en el Departamento de Soluciones Nuevas. Intentábamos solucionar el problema de la vivienda. Eso fue antes de que mi reputación profesional quedara hecha trizas. —Esto lo dije con tono alegre, pero su sonrisa era forzada—. Mi trabajo era vigilar la salud de cualquiera que viviera en una vivienda experimental, como era Seablite. —Enseñó las palmas de sus manos, cada una de ellas con una cicatriz que iba de lado a lado—. Me lo hizo el cuchillo de un

recluso.

Zoe se incorporó para verlas más de cerca. Yo me quedé de piedra. Unos años antes, el médico me había contado cómo se había hecho esas cicatrices y que ya no podía operar por culpa de todos los tendones que se habían visto afectados; sin embargo, no había mencionado en ningún momento el nombre de la prisión.

—¿El Representante Tupper nos está presionando para que atrapemos a unos convictos fugados? —pregunté, con el estómago revuelto a consecuencia de la incredulidad y la indignación.

—Y no son unos convictos cualquiera —contestó él, cogiendo una silla—. Esos hombres eran tan peligrosos que estaban encerrados en una prisión experimental.

—¿Experimental? —preguntó Gemma.

—Seablite fue la primera, y la única, cárcel submarina que se construyó —dijo él antes de volverse hacia mí—. Seguro que has pasado por encima miles de veces.

—¿Cómo? —quise saber, sin poder creérmelo—. ¿Dónde está?

—Entre esta casa y el Intercambiador. Es el edificio que albergaba un laboratorio científico. Al menos, eso es lo que se le dijo a la gente.

—¿El que tiene un letrero que pone ESTRUCTURA INESTABLE? —pregunté.

El pequeño edificio de dos pisos era tan insulso que nunca me había fijado demasiado en él.

—Ese mismo —confirmó el médico.

—¿Por qué la Comunidad le llama laboratorio científico? —Estaba que echaba humo.

*Doc* enarcó una ceja.

—¿Qué crees que habrían hecho los colonos si hubieran sabido que el Gobierno había construido una cárcel de máxima seguridad dentro de los límites del territorio?

Era una pregunta retórica, pero la contesté de todas formas.

—Se habrían quejado.

¿Por qué me seguía sorprendiendo por las mentiras del Gobierno?

—Hora de irse —gritó mi padre desde la puerta.

—Espera —exclamó Zoe—, quiero escuchar lo de la fuga.

—¿Qué fuga? —preguntó Shurl, colocándose al lado de mi padre con una tomatera en un tiesto.

—Los Seablite no son solo un grupo de forajidos —le explicó Hewitt—. *Doc* dice que son psicópatas que escaparon y que no estamos seguros aquí...

—¿Cómo lo hicieron, *Doc*? —pregunté interrumpiendo a Hewitt—. ¿Cómo escaparon?

Shurl y mi padre se acercaron, tan intrigados como nosotros.

—Bueno, eso es lo que nadie se explica. —El médico se inclinó hacia delante, con los ojos clavados en la luz parpadeante del interior de la estufa—. Nadie lo sabe.

Una noche, la prisión se quedó sin energía; igual que ha pasado aquí. Pero es que, además, los guardias cayeron en un sueño profundo. Según comprobé luego, al examinarles, no habían sido drogados.

—Seguro que los forajidos les dieron un buen golpe en la cabeza —dijo Zoe.

—No creo —replicó *Doc* con seriedad—. No tenían nada que indicara algo así; ni chichones ni heridas. Y todos dijeron que al despertar se encontraban bien, cosa que sucedió treinta minutos después. Al principio ni siquiera se dieron cuenta de que los prisioneros habían escapado. La puerta que daba a la celda principal seguía sellada, y detrás de ella había dos más, también cerradas. No habían sido forzadas.

Todos nos inclinamos hacia delante, escuchando con atención, con las caras iluminadas por la luz anaranjada.

—Y las cámaras de vigilancia... eso fue muy extraño —continuó *Doc*, con suavidad—. Las cámaras solo grabaron interferencias durante treinta minutos exactos, y luego volvieron a funcionar como si no hubiera pasado nada.

Shurl parecía nerviosa.

—Eso no es más que una historia de miedo para asustar a los chicos, ¿verdad, *Doc*?

—Todo es cierto. —Levantó una mano como si estuviera prestando juramento—. Hace cinco años, los Seablite se esfumaron de sus celdas y nadie ha averiguado nunca cómo lo hicieron.

A Gemma se le iluminaron los ojos.

—Puede que uno de ellos tuviera un Don Oscuro. O que lo tuvieran todos. Vivían debajo del agua, ¿no?

—Lo pensé —le contestó *Doc*—. Es posible que en el tiempo que estuvieron en el fondo del mar desarrollaran habilidades desconocidas.

Mi padre se levantó, molesto.

—Cosas así son las que originan los rumores.

—Si estaban en prisión, eran adultos —dije—. Esa estúpida teoría solo se aplica a los niños.

—¿Y si no fuera solo una teoría? —preguntó *Doc*—. A nadie se le ha ocurrido ninguna explicación mejor para la fuga de los forajidos. —Miró a Zoe—. ¿Qué dices tú, ángel? ¿Tienes algún truco especial que enseñarnos?

Para horror mío, Zoe me miró como si me pidiera permiso. Por descontado, todos siguieron la dirección de su mirada.

—Olvida lo que te dije, renacuajo. —Mantuve un tono alegre, aunque quería estranglarla—. Tú tienes un don especial de verdad; no tienes por qué mantenerlo en secreto.

Hewitt se quedó boquiabierto.

—¿En serio? —preguntó Zoe.

—¡Claro! —contesté—. ¿Por qué no? Enséñales lo que puedes hacer, pero luego no me eches la culpa si todos se ponen a gritar.

Por una vez en su vida, Zoe se estremeció al ver que todos estaban pendientes de ella.

—¿Qué es lo que puede hacer? —*Doc* se echó hacia delante.

Yo me encogí de hombros.

—No hay mucha gente que sepa que puede... tocarse la nariz con la lengua.

Hewitt y Gemma aullaron mientras mi padre se echaba a reír.

—¿Lo ves? Te dije que nadie iba a querer saberlo. —Fulminé a mi hermana con la mirada—. Algunas habilidades es mejor guardárselas.

*Doc* era el único que no se había echado hacia atrás. Observaba a Zoe pensativamente. Demasiado. Yo atraje la atención de mi hermana e incliné ligeramente la cabeza hacia *Doc*. Ella esbozó una sonrisa, fingiendo inocencia, mientras sacaba su larguísima lengua y se tocaba con ella la punta de la nariz. Un coro de «¡No lo hagas!», «Para» y «No», surgió del círculo que formábamos. *Doc* se recostó en la silla con una sonrisa forzada.

Veinte minutos después, con el casco y el traje de buceo puestos, nadé hacia un comedero situado bajo uno de los edificios exteriores de los Peavey. Todos los demás se instalaron en el crucero que estaba suspendido sobre las algas. Tiré al recipiente de malla la bolsa de comida inservible que habíamos sacado de la cocina. Por desgracia, los Peavey ya no tenían peces que alimentar, pero se la comerían los cangrejos. Ellos comían cualquier cosa.

Mientras volvía al crucero, vi a Gemma asomada a la ventana de atrás. Al verme empezó a saludarme con la mano, pero luego se quedó quieta. Abrió la boca con expresión de sorpresa a la vez que señalaba con un dedo a algo situado detrás de mí. Cuando giró la cabeza para llamar a los otros, me volví para ver qué era lo que le había asustado.

Junto a la línea de luces, en el extremo más alejado de la granja de los Peavey, un voluminoso bulto negro flotaba por encima de las algas. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Habían vuelto los forajidos?

El misterioso bulto se acercó más. Era un submarino, sí, pero ni mucho menos tan grande como el *Specter*. Como si fuera una sombra, el submarino se deslizó de lado sobre el campo. Capturado por la corriente. Moviéndose al azar... a la deriva.

Si me había estado preguntando a dónde habían llevado los forajidos el ensangrentado submarino abandonado... ya tenía la respuesta.

—Iba a contártelo esta tarde —le expliqué a mi padre por encima del sonido de la ducha—, pero el Representante Tupper acababa de darte malas noticias...

El resto de la frase quedó en suspenso.

No era casualidad que mi padre hubiera elegido que tuviéramos nuestra «charla» en ese momento. La ducha, con sus sensores de salud empotrados en las paredes, era como un detector de mentiras. Seguro que se había colocado justo al lado de la pantalla del ordenador, situada en la parte de fuera del compartimento de la ducha, para comprobar a qué velocidad me latía el corazón cada vez que contestaba una pregunta.

—Eso no importa —dijo a través de la puerta de cristal esmerilado—. Deberías habérselo contado de todas formas. Hay que remolcar a ese submarino hasta el Intercambiador y *Doc* tiene que hacer pruebas para averiguar si esa sangre es humana.

Sin hacer caso de las lucecitas rojas parpadeantes de los sensores, cerré el grifo, cogí mi toalla de la percha que había dentro del compartimento y me la enrollé en la cintura. Cuando salí, mi padre estaba exactamente donde había imaginado: al lado de la pantalla del ordenador, observando cómo subía la presión de mi sangre.

—No quiero que nos ocultes nada. Ahora, dime, ¿hay algo más que debas contarme?

—El submarino no estaba en la propiedad de los Peavey esta mañana —admití, sabiendo que antes o después me iba a preguntar dónde lo habíamos encontrado al principio—. Estaba hundido en el Cañón del Sueño Frío.

Mi padre apretó las mandíbulas.

—¿Fuiste allí tú solo?

—Sí, pero esa no es la cuestión, papá. —Al ver que mi padre estaba a punto de insistir en que esa era, precisamente, la cuestión, me apresuré a decir—: Un submarino abandonado no habría subido hasta la plataforma continental. No habría podido. Los forajidos deben de haberlo remolcado por la pendiente hasta la casa de los Peavey.

—¿Y por qué iban a hacer algo así?

—Querían que lo encontráramos. —Estaba tan convencido que me sentí valiente—. Si no es por eso, ¿por qué no dejar el submarino en el cañón? Allí no baja nunca nadie.

—Excepto tú, está claro.

—Yo puedo cuidarme solo. Mejor de lo que crees. —Crucé el vestuario y cogí

otra toalla para secarme el pelo mientras me preparaba para la bronca que seguro me iba a caer encima.

—Si tienes razón —dijo mi padre con suavidad—, y el *Specter* llevó a ese submarino hasta la plataforma continental... Bueno, ha tenido que ser por algún motivo. Lo que pasa es que no sabemos cuál. Algunos dicen que los forajidos están locos, pero yo no lo creo. Está pasando algo y no puede ser nada bueno.

—A lo mejor la cosa se aclara cuando *Doc* averigüe de quién es esa sangre.

Mi padre me miró con dureza.

—¿No hay nada más que deba saber?

Lo había, claro que sí, pero negué con la cabeza. Ya había soltado suficientes bombas para una noche.

Una vez que me puse unos pantalones y una camiseta, abrí la puerta de mi dormitorio y me sorprendí al ver encendidas las luces y a Hewitt sentado en su saco de dormir, aunque hacía una hora que se había acostado. El motivo quedó claro cuando vi a Gemma en mi cama, balanceando el pie.

—Zoe ronca —explicó ella.

Llevaba puesto uno de los camisones de Zoe, que a ella le quedaba demasiado corto. Aparté la mirada y entonces me di cuenta de que Hewitt se había puesto el peto de oro encima del pijama.

—No puedes dormir con eso —le dije.

Se lo quitó de mala gana. Mientras volvía a dejarlo en su sitio, miré otra vez a Gemma con disimulo. ¿De verdad las chicas iban por ahí enseñando las piernas? Había visto fotos de antes de la Crecida, pero me seguía resultando difícil de creer. Dejando aparte lo que los Nuevos Puritanos decían sobre la decencia, cualquier chica que viviera Arriba acabaría en el hospital con quemaduras de tercer grado si expusiera tanta piel al sol.

—Entonces, ¿has oído hablar de él? —le preguntó a Hewitt, continuando con la conversación que había interrumpido con mi llegada.

—Es ese chico sobre el que escriben los Terrestres, ¿no? —preguntó Hewitt, sacudiendo su almohada, seguro que para evitar mirarme—. ¿El que tiene un biosónar?

—Creía que estabas cansado —le dije.

—¿Qué es un biosónar? —preguntó Gemma.

—Lo mismo que un sónar —Hewitt se metió en su saco de dormir—, con la diferencia de que quien manda la señal es un animal en vez de una máquina.

Ella puso cara de extrañeza.

—¿Qué señal?

Yo bajé la intensidad de la luz.

—Se está haciendo tarde.

Hewitt emitió un sonoro bostezo antes de murmurar la respuesta.

—Los chasquidos que emiten los delfines y las ballenas.

—Sí, eso es lo que hace Akai. Luego presta atención al eco y de alguna manera su cerebro lo convierte en imágenes. —Gemma se bajó de la cama—. ¿Le conoces?

—No —contestó él, tumbado de espaldas en el saco.

—¿Sabes? —dije con tono seco—. El médico que escribió ese artículo admitió que nunca había examinado ni conocido a ese tal Akai. Toda su teoría sobre los Dones Oscuros se basaba en apuntes de casos viejos.

—Estudió a otros niños —me contradijo ella.

—Otra mentira. Dijo que hizo su estudio con adolescentes de aquí abajo, pero hace cuatro años, cuando se publicó ese estúpido artículo, no había ningún adolescente en Benthic.

—¿Podemos hablar de otra cosa? —Gemma se acercó a mí—. A solas —añadió en voz baja.

Me froté la nuca con nerviosismo igual que hacía mi padre cuando no sabía qué contestar. ¿Cuántas preguntas podía hacerme sobre Akai y los Dones Oscuros?

—Claro —contesté por fin.

Ella puso cara de enfado, aunque yo no tenía ni idea de lo que había hecho mal esta vez.

—Desde luego, te ha costado decidirte —saltó Hewitt.

¿Habría sido eso?

—No es por ti —le dije a Gemma—. No me importa estar a solas contigo.

—Da igual. Olvídalo. —Se volvió para marcharse.

Apoyó un brazo en el hueco de la puerta para impedir que se fuera.

—Estaba pensando a dónde podíamos ir.

Llevé a Gemma más allá de la cocina sin hacer ruido. Oí a mis padres hablar en voz baja en la salita. Lo único que nos separaba de ellos era la pared opaca del hueco de las escaleras. Aunque no podía entender lo que estaba diciendo mi madre, por su tono de voz deduje que estaba fuera de sí.

Le hice señas a Gemma para que bajara por delante de mí.

—Hoy los forajidos casi matan a Lars. —Mi madre seguía hablando en voz baja, pero llena de rabia. No necesitaba asomarme para saber que tenía las manos apoyadas en las caderas y que sus ojos lanzaban chispas—. ¿Quién sabe lo que pasó dentro de ese submarino abandonado? El territorio ya no es un sitio seguro y lo sabes, John.

Gemma bajó la mitad de las escaleras, luego se dio cuenta de que yo no la seguía. Necesitaba escuchar la contestación de mi padre.

—Nunca ha sido seguro, Carolyn —respondió con voz cansada—. Pero ¿qué es peor, vivir con la amenaza del peligro, o seguros y a salvo sin una tierra a la que

poder llamar nuestra? ¿Es eso lo que quieres para nuestros hijos? ¿Vivir rodeada de millones de personas, sin espacio para explorar o soñar?

—Nuestro sueño se ha venido abajo —contestó mi madre con aspereza—. En vez de colonos, los que vienen son borrachos y jugadores. Y forajidos que roban a la gente que trabaja. —Cada vez estaba más enfadada—. ¿Y si Ty se hubiera quedado atrapado cuando se derrumbó la casa?

Rechiné los dientes. ¿Cuándo iba a entender que ya no era un niño pequeño? Podía nadar mejor que ellos dos juntos y percibir antes el peligro. Y, desde luego, era capaz de saber si una casa estaba a punto de hundirse.

—Las casas submarinas no se derrumban tan rápido —replicó mi padre—. Siempre da tiempo a salir.

Mi madre emitió un ruido de exasperación mientras Gemma se impacientaba cada vez más. Pensé en aparecer en la salita y ofrecerme a rascar toda la basura de la casa durante los próximos diez años si mis padres dejaban de hablar del tema.

—No quiero criar a mis hijos en un lugar que no tiene médico —susurró mi madre enfadada—. Y menos cuando Ty no hace caso de nuestras normas y corre más riesgos cada día; como por ejemplo, explorar submarinos abandonados.

Me quedé de piedra. Debería haber sabido que no iba a dejar correr ese tema. Ajena a la discusión que estaba teniendo lugar en la habitación de al lado, Gemma volvió a subir la escalera. Cuando pasó a mi lado, le cogí la mano y me llevé un dedo a los labios.

—¿De modo que es eso? —ladró mi padre—. ¿Quieres que abandonemos lo que hemos conseguido con tanto esfuerzo? ¿Qué nos rindamos?

Esperé a oír la contestación de mi madre, pero cuando escuché sus pasos cruzando la salita, supe que no iba a responder. Se estaba alejando de la discusión... y venía directa hacia nosotros. Arrastré a Gemma escaleras abajo y nos pegamos contra la pared. Mi madre salió como un tornado, sin mirar hacia abajo. Respiré aliviado y entonces me di cuenta de que había aplastado a Gemma contra la pared con un brazo cruzado sobre su pecho.

—¡Perdón! —murmuré, soltándola.

Ella bajó corriendo las escaleras y esta vez la seguí con el comentario de mi madre sobre las normas resonando en mi cabeza.

—¿Quieres ayudarme a echar un vistazo en el *Saloon*? —me preguntó Gemma en cuanto entramos en el invernadero y cerré la puerta—. Quiero ver si mi hermano está allí.

—¿Qué? ¡No! —balbuceé—. ¿Es que no has oído lo que acaba de decir mi madre? Si me salto otra de sus reglas, se llevará a toda la familia Arriba.

—Al menos estaréis juntos.

—Sí, todos apelotonados en una habitación. Sería como estar en el cielo.

Gemma frunció el ceño.

—Yo ni siquiera recuerdo a mis padres, y llevo tres años sin ver a mi hermano. Si pudiéramos estar juntos, me daría igual vivir en un armario.

Se apartó de mí y desapareció entre la vegetación.

Vale, ahora me sentía fatal.

—Te van a sacar a patadas del *Saloon* en menos tiempo del que tarda un tahúr en barajar las cartas. —Fui apartando las plantas de maíz hasta encontrarla—. Nadie va a dejarte salir del ascensor si no tienes dieciocho años.

Ella dejó de andar y asomó entre las plantas.

—¿Dieciocho? ¿Permiten entrar sin tener veintiuno?

—Como ya te he dicho, puedes establecer una granja a los dieciocho; en ese momento se considera que eres mayor.

—Yo parece que tengo dieciocho.

—Sí, y yo no sé nadar, no te fastidia.

—Apuesto a que puedes conseguir que entre.

—No —dije con firmeza.

Ella no sabía lo que estaba pidiendo. No había visto las peleas con cuchillos que yo había presenciado; y eso solo en el Muelle de Servicio.

Gemma se sentó en un tanque de agua depurada situada al lado de una gran ventana. Por encima de nuestras cabezas se balanceaban las copas cargadas de fruta de unos manzanos.

—No tengo autorización para venir a Benthic.

No me sorprendió enterarme de eso. Ya sabía que Gemma no era la clase de chica que pedía permiso.

—¿Te has escapado? —pregunté.

Ella asintió, a la vez que dibujaba el contorno de una estrella de mar que estaba subiendo por la ventana.

—Ahora mismo es probable que a la señora Spinner, la directora, le haya reventado una arteria. —La sonrisa de Gemma fue sombría—. Quiere un apartamento más grande, pero cada vez que desaparece un niño de su pensión pierde puestos en la lista de espera, lo cual es humillante para un adulto. El espacio es el mayor símbolo de estatus. De todas formas, yo desaparezco muchas veces, de modo que las posibilidades de mudarse que tiene la señora Spinner van de mal en peor. La mayor parte de las veces solo subo al tejado a echar un vistazo. Parece un horno y huele a alquitrán, pero es el único sitio donde no me siento atrapada.

Entendía esa sensación, la diferencia era que a mí me hacía sentir así cualquier sitio de Arriba. Un tejado ardiente debía de ser, simplemente, un rincón más del infierno.

Gemma me miró a los ojos

—La señora Spinner dijo que si desaparecía otra vez me mandaría a un reformatorio para delincuentes juveniles.

—¿Sólo por ir a buscar a tu hermano? —pregunté con escepticismo.

—A Richard le echó por menos. Lo único que hizo él fue colarse en una sala de tiempo para estar con la familia fuera del horario establecido.

—¿Una qué?

—Desde luego, no sabes mucho sobre la vida Arriba. —Elevó los ojos al techo con expresión despectiva—. Cuando los padres van a ver a sus hijos, alquilan una sala familiar, con sofás, juegos y una cocina. Cuando era más pequeña me pasaba los sábados dando vueltas por el recibidor, asomándome a las ventanas. Fingía que estaba alquilando una sala para mi familia.

Se me hizo un nudo en la garganta al imaginármela sola, en un pasillo lleno de gente que hablaba y reía.

—Da igual —continuó—, a veces, por la noche, ya tarde, Richard forzaba la cerradura de una de esas habitaciones y yo me reunía con él. Era muy pequeña, pero siempre me las arreglaba para escabullirme de cualquier dormitorio donde estuviera. Comíamos juntos y él me leía, como el resto de las familias. Luego lo limpiábamos todo para que nadie supiera que habíamos estado allí. Richard hacía que esa parte también fuera divertida.

—¿Por qué no podíais veros en una de esas habitaciones durante el día?

—No teníamos dinero. Por eso, cuando nos pillaron, la señora Spinner llamó ladrón a Richard. Había robado espacio, un delito muy grave. Entonces le mandó a un reformatorio y no quiso decirme a cuál. —A Gemma se le quebró la voz, pero sus ojos se mantuvieron secos.

¿Se culpaba a sí misma?

—Seguro que nunca se ha arrepentido de pasar tiempo contigo —dije.

Ella se encogió de hombros, como si no estuviera tan segura.

—Estuve cuatro años sin saber nada de él. Al final, cuando cumplió los dieciocho, le dejaron salir.

—¿Había cambiado?

—Solía reír mucho, pero cuando volvió apenas sonreía. Se fue al cabo de seis meses. Dijo que no podía soportar las multitudes. Creo que por eso terminó aquí abajo. —Me tocó el brazo—. Por favor, Ty: ayúdame a encontrarlo.

¿Cómo podía negarme a hacerlo?

—Cuando dije que te ayudaría, no me refería a esto —murmuré enfadado.

Estábamos en el Muelle de Servicio, plantados delante del ascensor que pasaba por el centro del Intercambiador. Quería ayudarla a encontrar a su hermano, pero tenía la desagradable sensación de que hacerlo podía acabar muy mal para mí.

—Lo has prometido —me recordó—. De todas formas, es de día. El *Saloon* estará vacío. Deberíamos habernos colado anoche.

—Día. Noche. Da igual. El Muelle de Entretenimiento estará hasta arriba. Los mineros y los buscadores reciben la paga los viernes y se quedan todo el fin de semana en la Colmena, de modo que los buscadores suben a jugar, igual que timoneles novatos y grumetes. Esconde el dinero. —Le empujé la mano hacia la bolsa que colgaba de su cinturón—. No puedes sobornar a nadie para que te meta en el *Saloon*.

Toda ella parecía estar pidiendo problemas, desde su actitud arrogante hasta su largo pelo suelto.

—Pero he enseñado la foto de Richard por todas partes —dijo volviendo a meter el dinero en la bolsa—. En el almacén, en la biblioteca, en la sala de ordenadores...

—Vale. Vamos a pasarnos por el Muelle de Acceso, donde podrás echar una ojeada a los buscadores cuando atraquen y salgan de sus submarinos.

—¿Y qué pasa con los que ya están en el *Saloon*?

Gemma tenía esa expresión que ya empezaba a reconocer: mandíbula tensa y labios apretados con determinación.

—Escucha —dije, cambiando de táctica—, hay algo que no te dije anoche. Cuando la casa se derrumbó, me encontré solo en el campo. Vi a Sombra.

Gemma puso unos ojos como platos.

—Estaba tan pálido que parecía un cadáver. —Hice una pausa y luego confesé—: Le seguí.

—¿Encontraste su guarida?

Estuve a punto de poner los ojos en blanco al escuchar su dramatismo. *Guarida*.

—No, me atacó y se apoderó de mi tabla manta. —Al escuchar su jadeo, continué hablando—: Te digo esto porque esa es la clase de hombres que hay en el *Saloon*. —Señalé el suelo para indicar el piso situado debajo del nuestro—. Te estás imaginando a gente como tu hermano, pero no es eso lo que vas a encontrar.

—¿Tenía los ojos de color rosa?

—¿Sombra?

Ella asintió. Su excitación me recordó la de Zoe cada vez que mi padre se

inventaba una historia sobre un monstruo marino.

—Ni siquiera tenía ojos. En su lugar solo había unos agujeros negros.

Gemma se tapó la boca con la mano.

—Al menos eso era lo que parecía. Estoy seguro de que no eran más que lentillas oscuras.

—Probablemente porque sus ojos son muy sensibles a la luz. He leído que hay un montón de albinos que son casi ciegos.

—A mí me vio muy bien. Se las arregló para acertar de lleno en mi tabla manta con un arpón.

Ella dejó caer la mano.

—Estás intentando asustarme.

En ese preciso momento se abrieron las puertas del ascensor y salió tranquilamente un minero. Gemma se apartó y chocó conmigo, lo que hizo que rebotara hacia delante, directamente contra él.

—Lo siento —murmuró.

—No pasa nada, guapa. —La sonrisa maliciosa del hombre dejó ver unos dientes amarillentos.

Cuando el tipo continuó su camino, miré a Gemma.

—¿Ves lo que te decía?

Ella sonrió de oreja a oreja y me enseñó una tarjeta de identificación. La tarjeta de identificación de un adulto.

No me lo podía creer.

—¡Se la has sacado del bolsillo!

Ni se inmutó.

—Ese truco me lo enseñó mi hermano.

Llamó al ascensor.

—Robar no es un truco. —Me puse entre ella y las puertas del ascensor—. Escúchame; ahí abajo vas a ser un pez ángel nadando entre anguilas.

—No me dan miedo las anguilas —afirmó mientras las puertas se abrían.

No estaría pensando en serio en bajar al *Saloon*. Estaba seguro de que se estaba echando un farol. Sin embargo, dio un paso y se metió en el ascensor.

—Ya te contaré cómo es cuando vuelva —dijo despidiéndose.

Le sujeté la mano y la saqué antes de que las puertas se cerraran.

—Si estás decidida a hacerlo, al menos sé inteligente. —La arrastré hasta el vestíbulo—. No puedes aparecer allí como una chica.

—¿Y cómo quieres que vaya? ¿Cómo una medusa?

Abrí la puerta de un trastero.

—Como un chico. —Saqué ropa de un contenedor grande—. Esta es la oficina de objetos perdidos del Intercambiador.

Le entregué una sudadera roja ajada. Ella arrugó la nariz.

—Ni hablar.

—Es verdad, estás acostumbrada a llevar ropa elegante.

—Todos mis vestidos son de segunda mano, pero no apestan a tabaco y sudor.

—La suciedad es buena si tienes en cuenta la compañía que vas a tener.

Le puse en las manos la sudadera con capucha. Ella puso cara de asco, pero se la pasó por la cabeza. La estudié mientras se la colocaba bien y se ponía la capucha para que casi todo su pelo quedara oculto. Con su largo flequillo sobre los ojos, casi podía pasar por un chico. Luego miré el conjunto en general y gruñí. Aquello no iba a dar resultado.

—Deja de mirarme el pecho —ladró ella.

—Es un problema.

—¿Perdona?

—Tenemos que hacer algo para esconderlo o todos los hombres que haya en el *Saloon* van a hacer mucho más que mirarlo fijamente.

Por primera vez, Gemma pareció insegura.

—Busca unos pantalones anchos ahí —dije señalando el contenedor de ropa—. Vuelvo enseguida.

Ella me cortó el paso.

—¿Dónde vas?

—A por una venda para que puedas aplastarte eso. —Mi preocupación fue más fuerte que mi vergüenza; sin embargo, sus mejillas enrojecieron como una puesta de sol sobre el océano—. Cuando entremos en el *Saloon* no hagas eso —le dije.

—¿El qué?

—Ponerte colorada. Hace que parezcas una chica. —Me dirigí hacia la enfermería.

—¡Soy una chica! —gritó ella.

¡Como si no lo hubiera notado!

Dudé al llegar a la puerta de la enfermería. Todo lo relacionado con aquella habitación me ponía enfermo: el olor, los armarios impecables y, sobre todo, el equipamiento médico. Solo con ver por el rabillo de ojo el carro de paradas se me revolvía el estómago. No obstante, me obligué a entrar.

—*Doc*, ¿estás ahí? —llamé.

Me dirigí al fondo, hacia su oficina, cuya puerta estaba abierta, pasando junto a cajas apiladas. No podía creerme que la Comunidad le hubiera destituido. ¿Y si algún colono resultaba herido de gravedad? Por mucho que me desagradaran los olores y los ruidos de la enfermería, si un tiburón me arrancaba una pierna prefería que fuera *Doc* quien me cosiera y no Raj o cualquier otro colono.

No estaba en su despacho, que parecía estar completamente recogido. Al dar media vuelta para irme di un golpe a una caja abierta y la volqué. Me agaché para recoger los archivos que se habían caído y me quedé helado al ver uno de los títulos: *Dones Oscuros: Un fenómeno submarino, por el Dr. William Metzger*. Era ese estúpido artículo del que Gemma no dejaba de hablar. Leí la página por encima:

«... llevando a cabo escáneres cerebrales en adolescentes que han residido bajo el mar durante largos periodos de tiempo. Los resultados revelan que sus cerebros tienen más áreas activas... En teoría, la intensa presión del agua estimula el desarrollo del cerebro, lo que da como resultado habilidades anormales... Muchos de esos adolescentes muestran características propias de la vida marina».

Me levanté y todavía tenía la hoja en la mano cuando entró *Doc*. No pareció que le molestara verme de pie, en medio de sus archivos desperdigados.

—¿Me buscabas? —preguntó.

—Necesito una venda —conseguí decir—. No es para mí —añadí cuando se me quedó mirando—. No hay nadie herido, pero la necesito.

—De acuerdo —dijo abriendo un cajón.

Respiré. No iba a pedirme explicaciones.

—¿Por qué tiene esto? —pregunté levantando el papel.

Me dio la venda enrollada.

—Cuando acepté este trabajo me bajaba todos los artículos que encontraba sobre el territorio para saber dónde me estaba metiendo.

—¿Se creyó todo lo que leyó?

Hizo una mueca.

—Llevaba demasiado tiempo siendo empleado del Gobierno como para eso. No era ningún ingenuo. La Comunidad tiene todo un departamento dedicado a

promocionar sus planes entre el público. —Se frotó la cicatriz de la mano—. O a desacreditar a cualquiera que perciba como una amenaza.

—Como los científicos que dicen que los océanos han dejado de crecer.

—Exactamente. Si la Comunidad no se encuentra en crisis, no hay motivo para aplicar la Ley de Emergencia. Los representantes estatales no están dispuestos a perder esa clase de poder.

Volví a meter el artículo en la caja y me agaché para recoger el resto.

—¿Te ha molestado ese artículo? —preguntó el médico, mientras se arrodillaba para ayudarme.

Me encogí de hombros y me volví hacia la puerta.

—Gracias por la venda.

—He metido en el ordenador principal una muestra de la sangre que encontramos en el submarino abandonado —dijo.

Me di la vuelta otra vez para mirarle, lleno de curiosidad.

—Si el ADN está en la base de datos del Gobierno —continuó *Doc*—, esta noche sabré de quien es.

—¿Así que era sangre humana?

—Sí —contestó con tono grave—. Y quien fuera que se desangrara en ese submarino no va a venir a recoger su equipo. Nadie puede vivir después de haber perdido tanta sangre.

Me estremecí. ¿Por qué razón iban los Seablite a matar a un buscador? ¿Qué podía tener este que ellos quisieran con tanta desesperación?

—Gracias por la venda —repetí mientras me daba la vuelta para irme.

*Doc* me puso una mano en el hombro.

—Tengo que hablar contigo sobre tu amiga Gemma.

Con bastante inquietud, le vi dirigirse hacia su escritorio.

—Esta mañana me han mandado esto. —Apartó su silla para que pudiera ver lo que había en su pantalla: una foto de Gemma con un caftán de cuello alto, probablemente sacada de una tarjeta de identificación—. Se la han enviado a todos los empleados del Intercambiador. Es un aviso de desaparición de una niña que se escapó de una pensión. —Me observó con atención—. Dice que robó dinero del despacho de la directora.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Va a denunciarla?

Se quedó pensando.

—No —contestó por fin—, pero otro lo hará.

—Entonces no tenemos demasiado tiempo.

*Doc* levantó una ceja.

—¿Para qué?

—Gracias —dije antes de echar a correr hacia la puerta.

—¡Es mi dinero! Richard me lo mandó y la señora Spinner se quedó con él. — Gemma echaba humo—. Dijo que me lo devolvería cuando dejara de ser responsabilidad suya, pero ¿cómo puedo dejar de serlo si Richard no firma los papeles de mi emancipación? Necesitaba el dinero para venir aquí.

—¿Cómo viniste?

—No quiero más sermones.

Me quitó la venda de las manos y se volvió a meter en el almacén de objetos perdidos mientras me quedaba esperando nervioso en el pasillo.

—El vestíbulo está vacío. Vámonos —dije cuando por fin salíó.

—O sea, que doy el pego.

—Sí.

Si uno la miraba con atención todavía podía ver que era una chica, pero no creía que la gente del *Saloon* se fijara demasiado en nadie. Algunos se lo podían tomar como un insulto. Me asomé a la esquina para comprobar si había alguien y le hice una seña por encima del hombro.

—Si vamos a ir al *Saloon*, tiene que ser ahora que no hay nadie por aquí.

—¿Quién va a detenernos? —se burló ella.

—En realidad —volví a armarme de paciencia—, si me ve algún colono no solo no me dejará ir al *Saloon*, sino que me cogerá por el cuello del traje de buceo y me llevará arrastras a mi casa.

—¿Por qué? —Gemma parecía realmente desconcertada.

—Esas personas son vecinos míos, y eso, aquí abajo, significa algo. El *Saloon* es el único sitio de Benthic donde, por suerte, nadie me conoce; pero ¿quién sabe? Puede que nuestro bibliotecario esté aquí abajo echando unos tragos.

—Eso es lo más bonito que he oído en mi vida —afirmó ella en voz baja.

—¿Qué nuestro bibliotecario bebe?

Ella se echó a reír.

—Que todo el mundo se preocupa por ti.

—Sí. Es muy bonito hasta que hago algo que no debo y mis padres se enteran por seis conductos diferentes. Por cierto, colarse en el *Saloon* cae de lleno en la categoría de cosas que no debo hacer, de modo que si has cambiado de idea...

—No. —Me echó una ojeada—. Pero si la gente está pendiente de ti, tú también deberías cambiarte de ropa.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor en el tercer subnivel, una avalancha de ruido cayó sobre nosotros. Iba vestido como un peón de la dársena, con un mono azul

y un gorro de punto que me había bajado hasta los ojos. No me preocupaba demasiado que los clientes me reconocieran, pero a lo largo de los diez años transcurridos desde que se construyó el Intercambiador, había conocido a la mayoría de los empleados. Salimos a una pasarela, cuatro pisos por encima del *Saloon*.

—¿Por qué hemos subido hasta aquí? —preguntó Gemma con asombro.

—Esta es la Colmena. Querías quedarte a dormir aquí, ¿recuerdas? —Señalé a cada lado del eje central, donde tres niveles de ventanillas cubrían las paredes, simulando una colmena gigantesca. Gemma se quedó atrás—. Si quieres ir al *Saloon*, tenemos que bajar tres escaleras.

A pesar de que hacía muchos años que no había estado en ese nivel, conocía su distribución porque lo había recorrido a mis anchas cuando mi padre supervisó la construcción del Intercambiador. En esa época, el Muelle de Entretenimiento daba sensación de serenidad, con sus paredes de cristal de cuatro pisos de altura y su panorámica submarina. Ahora la vista era la misma, pero las voces y el entrechocar de las jarras echaban por tierra cualquier sensación de paz.

Crucé la pasarela y me asomé a la barandilla para ver el *Saloon*. Era como observar desde arriba un criadero de anguilas, excepto que de vez en cuando aparecía una llama. Los cigarrillos de algas se apagaban continuamente y había que volver a encenderlos, de modo que las mesas tenían mecheros incorporados. En el bar, los hombres se empujaban unos a otros con paso inestable. Aún así, prefería chocar con jugadores y buscadores de petróleo que con un Terrestre rico. Miré a Gemma, que estaba pálida.

—¿Te lo estás pensando mejor? —pregunté.

Ella me miró con la furia de un cangrejo ermitaño defendiendo su concha.

—Vamos. Te vas a encontrar como si estuvieras en casa —la provoqué—. Con toda esa gente y ese ruido esto podría ser tierra firme. —Ella pegó la espalda al ascensor—. ¿Qué pasa?

Hizo una mueca y señaló la pasarela. La malla de acero era tan fina que a pesar de que había dos pasarelas más debajo de aquélla, era posible ver el suelo del *Saloon*. Con sus cables de suspensión y sus delgadas barandillas, toda la estructura parecía un andamiaje provisional.

—Vas a ser la persona con menos peso de las que han pasado por aquí.

Pisé con fuerza la pasarela que, por supuesto, tembló, pero eso era bueno. Cada una de las partes del Intercambiador estaba diseñada para ceder un poco. A veces mucho. El Muelle de Superficie se separaría automáticamente de la estación inferior en caso de que empezara a entrar agua en cualquiera de los niveles de abajo. De algún modo, me imaginé que a Gemma no le consolaría saber eso.

—Mira; es completamente segura —dije, pasando mi peso de un lado a otro, de forma que los tres niveles oscilaron.

Esa también era una buena señal en la arquitectura submarina, pero Gemma continuó pegada a las puertas del ascensor.

—Creía que estabas deseando encontrar a tu hermano.

Ella volvió a hacer intención de avanzar.

—¡Caramba! —refunfuñé. Acababa de mandar al cuerno la oportunidad de llevármela de allí, y todo porque quería que viera que el diseño de mi padre era seguro. Me puse a saltar haciendo que la pasarela brincara—. La verdad es que parece endeble.

—Sal de ahí —ordenó ella—. Ya.

Me encogí de hombros. Apoyándome en uno de los cables de suspensión, vi que se ponía en movimiento y echaba a andar por delante de la hilera de cápsulas dormitorio.

Debajo de nosotros resonaron unos pasos y una voz rugió:

—¡Fuera de mi camarote!

Miré hacia abajo y vi que había dos hombres en la pasarela inferior. Reconocí a uno de ellos; era Hathaway, «el Zurdo», el propietario de la Colmena.

—Ya no es tuyo —gruñó el Zurdo, encarándose con el otro.

Además de cobrar la tarifa por pasar allí la noche, «el Zurdo» no tenía mucho más que hacer aparte de mantener limpios los camarotes. La Colmena era un hotel muy rentable, en el cual las «habitaciones» eran poco más que ataúdes. Los buscadores las alquilaban para pasar la noche, mientras que las compañías mineras contrataban filas enteras y los mineros vivían en ellas durante todo el año.

Más abajo, la discusión por la falta de pago del buscador iba en aumento. La respiración de Gemma se aceleró cuando se asomó a mirar a los dos hombres, que a estas alturas habían llegado a las manos. Sus movimientos hacían que las tres pasarelas saltaran sin control. Gemma tragó saliva como si estuviera a punto de vomitar.

—No son más que anguilas y las anguilas no te dan miedo, ¿recuerdas?

—Esos no son anguilas —replicó ella—. Son psicópatas.

Cuando «el Zurdo» sacó una navaja de sierra, el buscador golpeó la escalera.

—Psicópatas con cuchillos enormes —rectificó Gemma—. Van a conseguir que esta estúpida cosa se caiga.

—Probablemente —asentí alegremente—. ¿Podemos irnos ya?

—¡No! —Se tapó hasta los ojos con la capucha—. No he venido al fondo del mar para dejar que me asusten un par de... —Gritó cuando el buscador pasó a nuestro lado a toda velocidad, seguido por «el Zurdo», que ahora estaba en la parte superior de las escaleras.

—Los chicos gritan —se defendió en voz baja al sorprender mi mirada de aviso.

—Y los hombres. Estoy seguro de que si seguimos por aquí oiremos a alguno.

—Asustarme no te va a servir de nada.

Se dirigió hacia las escaleras. «El Zurdo» le bloqueó el paso y la miró con desconfianza.

—Eres demasiado joven para estar aquí.

—Nos ha mandado mi madre —explicó ella con voz ronca—. Tenemos que buscar a mi padre y llevarlo a casa.

Para mi asombro, «el Zurdo» asintió.

—De acuerdo —dijo dejándola pasar—. Pero date prisa.

Me calé bien la gorra y seguí a Gemma por las escaleras hasta la pasarela intermedia.

—Buena actuación —admití a regañadientes—. Parecías un pionero de verdad.

Ella sonrió.

—Te estaba imitando.

—¿A mí?

—Algunas personas tienen cara de póquer, pero tú tienes voz de póquer: cautelosa y un poco ronca. La he imitado a la perfección.

El sonido de unas botas en la segunda escalera acabó con sus fanfarronadas. Le hice una seña para que se alejara de la parte superior de las escaleras.

—Si está subiendo alguien, no puedes bajar. No hay espacio. —No me pareció que mi voz sonara cautelosa ni ronca.

Ella se asomó a la barandilla y contuvo la respiración.

—Es tu amigo, Jibby.

—¿Está solo?

—Hay un hombre detrás de él. Un tío grande, con una barba negra muy espesa.

Debía de ser Raj, cuya boca era más grande que su ego. A ninguno de ellos le costaría reconocerme a pesar del disfraz. Giré en redondo, abrí una cápsula vacía y le hice señas a Gemma, que se metió dentro sin dudar. Me metí, como pude, detrás de ella y cerré la escotilla.

A los cinco años me encantaban esos camarotes, con sus estanterías, su mesa plegable y su pantalla de ordenador, todo ello empotrado en las paredes. Pero las cápsulas estaban diseñadas para albergar a una persona y parecían mucho más pequeñas ahora que cuando tenía cinco años. Cuando nos tumbamos boca abajo, resultó ser un sitio demasiado estrecho.

A través del cristal tintado de la escotilla, vi que Jibby llegaba a la pasarela.

—Grimes va a entregar el submarino abandonado a los guardacostas —dijo al pasar justo por delante de nuestro camarote.

Como había supuesto, junto a él apareció Raj Dirani, más grande y fuerte que nunca.

—Grimes no va a mover un dedo por un buscador asesinado. No se va a molestar

en buscar al cerdo que lo hizo.

Con un pie en la escalera, Jibby se paró a escucharle. Había acertado al tomar la decisión de esconderme. Raj se tomaba muy en serio las obligaciones paternas, probablemente porque había criado solo a su hija de veinte años. Me habría llevado de vuelta con mis padres sin dudarlo.

En el interior del camarote, Gemma se sentó sobre sus talones. La parte superior de su cabeza casi rozaba el techo.

—Genial —susurró—. Ojalá yo tuviera tanto espacio para mí.

Se inclinó por encima de mí, abrió una puerta empotrada en la pared y lanzó una exclamación de deleite al ver un frigorífico en miniatura.

—Shhh. Esos no son ruidos... —Me callé cuando Raj plantó una mano en el cristal de la escotilla y se apoyó en ella.

—La banda de los Seablite hundió la casa de los Peavey —continuó Raj—. De eso no hay duda. Si lo dejamos pasar, esos delincuentes pensarán que pueden apoderarse de todas nuestras cosas: cultivos, viveros... ¡Por su culpa no conseguiré que una mujer venga aquí!

—¿Nunca se te ha ocurrido que la culpa de eso sea el olor que despides? —oí que preguntaba Jibby.

Raj lanzó un bufido y se dirigió hacia la última escalera.

En cuanto sus botas desaparecieron de la vista, me tumbé de espaldas y me encontré a Gemma inclinada sobre mí. Me puso una mano en el pecho para conservar el equilibrio a la vez que se volvía hacia la pantalla situada sobre la escotilla.

—¡También hay teléfono! —Se volvió a sentar con una sonrisa—. Aquí tenemos todo lo que necesitamos. Podríamos estar escondidos varios días y ver quién pasa. Oye, estás brillando otra vez. —Me observó con atención durante unos segundos—. Creo que brillas más cuando sientes vergüenza. Puede que esa sea tu forma de ponerte colorado.

—No estoy avergonzado.

Ahora sí que mi voz fue ronca. Una voz de póquer total. Abrí la escotilla y salí de allí. La idea de pasarme días dentro de un camarote con ella era demasiado inquietante dada nuestra precaria situación. Necesitaba concentrarme. Al levantar la vista hacia la malla de acero de la pasarela, vi que Jibby y Raj desaparecían en el interior del ascensor.

—Y no brillo.

—¡Venga ya! —se burló ella, mientras salía del camarote—. Las luciérnagas no son nada a tu lado.

—Antes de que llegemos al *Saloon* —dije, en vez de preguntar qué era una luciérnaga—, necesitamos un plan.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo no acercarse a nadie. Solo buscar a tu hermano entre la gente... pero sin mirar a nadie a los ojos.

—¡A sus órdenes, capitán!

La seguí por las otras dos pasarelas sin dejar de darle más instrucciones en voz baja.

—Y no vayas enseñando su foto. No sabes si le cae mal a alguien.

—Entendido —contestó ella por encima del hombro mientras entraba en el *Saloon*.

Los borrachos nos rodearon, pero Gemma ni se inmutó. Se abrió paso entre la multitud tan tranquila, obligándome a seguirla. Por lo menos estaba obedeciendo el plan, pensé yo... Hasta que le dio una palmada en el hombro a un rubio delgado. Cuando él se dio la vuelta, le enseñó la foto de su hermano. Puede que si hubiera esperado a mirar bien los ojos helados del tío, no habría preguntado tan rápido.

—¿Le has visto?

El tipo tenía tres años más que nosotros. Lo más probable es que fueran dos y tuviera una tarjeta de identificación falsa; sin embargo, su expresión dura no tenía nada de joven. Tenía el pelo completamente liso, casi blanco, y tan largo que le llegaba casi al pecho. Miró la foto con atención. Por espacio de una milésima de segundo vi que una expresión de sorpresa cruzaba su rostro, pero cuando apartó la vista me pregunté si no me habría equivocado. Tan cordial como una barracuda, miró fijamente a Gemma. Me di cuenta con sobresalto de que la estaba estudiando, tomando nota de cada detalle de su cara.

Arrebaté la foto de las manos de Gemma.

—¿Le has visto o no? —pregunté, poniéndome en medio.

—No —contestó él con frialdad, antes de desaparecer entre la muchedumbre.

—¿Quieres hacer el favor de dejar de llamar la atención? —susurré enfadado.

Por algún motivo, la pregunta hizo que Gemma se echara a reír. Le tapé la boca con la mano a toda velocidad mientras los hombres giraban sus taburetes para mirar.

—De acuerdo, este es el trato —dije con mi mejor voz de hermano mayor—. Tú no vas a hablar mientras estemos aquí porque, aunque me imites, tienes voz de chica. Igual le pasa a tu risa. Y no vuelvas a tocar a ningún desconocido. —Ella me apartó la mano—. Lo digo en serio. Si no haces lo que te digo te llevaré directamente al policía y le diré que eres una fugitiva y que se te busca por robo.

Los ojos de Gemma ardieron de furia.

—¿Te ha quedado claro?

No dijo nada, solo echaba humo.

—¿Gemma?

—Me has dicho que no hable —siseó.

—¿Qué estáis haciendo aquí, chicos? —preguntó alguien detrás nuestro.

Me di la vuelta a tiempo para ver que el camarero levantaba de golpe la barra del bar y venía hacia nosotros como un huracán. Era viejo y le faltaba un ojo.

—No estoy dispuesto a perder mi licencia por un par de mocosos como vosotros.

Antes de que me diera tiempo a contestar, otro camarero se inclinó sobre el mostrador.

—Déjalos en paz, Otto. —Por el tono alto de su voz me di cuenta de que quien había hablado era una mujer—. Chicos, si sabéis lo que os conviene, será mejor que os larguéis de aquí —añadió.

Gemma me quitó la foto de Richard de la mano.

—No queremos causarles ningún problema, señor —dijo, con otra mala imitación de mi tono de voz pero utilizando un acento más áspero esta vez. Le entregó la foto al camarero llamado Otto—. Solo estamos aquí para buscar a mi hermano. No sabe que nuestra madre está enferma. ¿Le ha visto?

La expresión del hombre se suavizó.

—Ahora te sientes fatal, ¿verdad, Otto? —se burló la camarera—. La próxima vez pregunta antes de preocuparte por la licencia.

—Cierra el pico, Mel. —El viejo cogió la foto y la miró con su único ojo—. No. No recuerdo haberle visto. —Le pasó la foto a Mel.

Ella también sacudió la cabeza.

—No es que yo me acuerde de todos los idiotas que vienen por aquí —añadió, mientras me devolvía la foto—, pero intento vigilar a los jóvenes. Nunca se sabe lo que puede pasar en este pozo ciego.

—¿Por qué no nos dejáis la foto? —sugirió Otto—. Se la enseñaremos a estos matones cuando compren bebidas. Este sitio no es seguro para vosotros, chicos.

Estaba totalmente de acuerdo, pero antes de que pudiera convencer a Gemma o hacer cualquier cosa, me di cuenta de que el chico rubio estaba en una esquina, diciéndole algo al oído a un hombre enorme de piel oscura.

—Vámonos de aquí. —Puse una mano en la espalda de Gemma—. Ahora mismo. Pero ya era demasiado tarde. Los ojos del gigante estaban fijos en nosotros.

—Acabamos de llegar —susurró ella sin ceder a la presión de mi mano—. Haremos ver que nos vamos y luego nos mezclaremos con la gente.

No podía apartar los ojos del gigante sentado en la otra punta del *Saloon*. Tenía la espalda contra la pared de cristal, posición que tenía que ser intencionada. Su piel era tan oscura que prácticamente se confundía con el azul oscuro del océano que había fuera. Vestía pantalones y chaqueta, pero no llevaba camisa, lo que dejaba ver su pecho musculoso. Su rostro era impassible, como si estuviera tallado en granito. Sus facciones eran anchas y duras. Tenía la cabeza afeitada y...

Sentí como si me hubieran dado un golpe en el estómago al reconocerle.

Conocía la forma de ese cráneo; esa boca que era como una cuchillada. ¿Qué más

daba si la piel era negra en vez de completamente blanca? No había ninguna duda en absoluto.

Era Sombra.

—Sombra —siseé tirando a Gemma del brazo—. Está aquí.

Ella miró hacia la dirección que le señalé con la cabeza.

—¿Cómo puedes ver algo en...?

El resto de la frase quedó en suspenso cuando contuvo la respiración. No podía reprochárselo; el tamaño del tipo era como para asustar a cualquiera. Y lo que era peor, la estaba mirando directamente a ella. Gemma levantó la barbilla con actitud desafiante y le devolvió la mirada. Me puse delante de ella con la velocidad de una anguila para ocultarla de la vista del forajido. Ese no era el momento más indicado para que demostrara lo dura que era.

—Dijiste que era albino —susurró intentando asomar la cabeza para ver.

—Lo era —contesté en voz baja—. Es posible que se embadurne con pasta de zinc cuando roba a los barcos de suministros. No lo sé. Pero es él. —La conduje hacia la escalera—. Escucha, tienes que ir a buscar a Grimes. Debe de estar en el Observatorio. Dile que baje enseguida y tú quédate allí.

Ella se soltó de mi brazo y miró a Sombra por encima de mi hombro.

—¿Tú que vas a hacer?

—Esperar aquí para poder señalárselo a Grimes. —Me pregunté si iba a tener que ir empujándola, peldaño a peldaño.

—Pero...

—En cuanto el policía le detenga me reuniré contigo en el Observatorio.

Decirlo en voz alta me dio ánimos. ¿Quién iba a pensar que esa entrada furtiva en el *Saloon* era lo mejor que podía haber hecho para ayudar al territorio? Aunque ni mi padre ni mi madre lo verían así.

—El policía querrá saber con quién estoy —protestó Gemma—. ¿Qué le digo?

—Ya se te ocurrirá algo. —Después de haberla visto en acción no me quedaba la más mínima duda de que así sería.

Ella frunció el ceño y salió disparada escaleras arriba. Yo me di la vuelta y vi que Sombra se ponía de pie. Con expresión aburrida y decidida al mismo tiempo, el forajido se quitó la chaqueta y se la tiró a otro hombre, no al de los ojos azul hielo, sino a otro que tenía una sonrisa de oreja a oreja y el pelo negro recogido a la espalda con un pañuelo. Sin duda era otro miembro de la banda.

Sombra se puso debajo de la pasarela para ver el lento avance de Gemma más arriba. Unas campanas de alarma sonaron en mi cabeza, mandando vibraciones hasta las yemas de mis dedos. Salté hacia delante. De ninguna manera iba a permitir que se me escapara aquella oportunidad. Por muy asustado que estuviera, tenía que distraer a

Sombra hasta que llegara el policía y, si había suerte, con refuerzos.

Sombra vio que me acercaba, al igual que los tipos que tenía a ambos lados. Dominé mis nervios y seguí andando. Necesitaba una excusa para acercarme a ellos y la necesitaba rápido. Cuando estaba a tres metros de distancia de los forajidos, saqué la foto del hermano de Gemma. Ya tenía la excusa, pero a pesar de ello me paré para mirar a Sombra con más atención. Vista de cerca, su piel no era tan oscura como había creído. Unos tatuajes negros recorrían su ancho torso, se enroscaban en sus brazos y cubrían su cuello y su cabeza como los tentáculos de un calamar. No era de extrañar que se embadurnara la cara con zinc.

De repente, un borracho me empujó y la foto salió despedida de mi mano. Me lancé a por ella, aterrizando en una mezcla de escupitajos, alcohol y barro procedente del centenar de suelas que cubrían de suciedad el suelo del *Saloon*. A la vez que mis dedos tocaban la foto, un pie enfundado en una bota cayó sobre mi mano. Se me contrajeron los dedos de dolor. Un segundo después, el pie se levantó. Por lo menos la foto estaba plastificada. Mientras la guardaba en mi traje de buceo, me levanté, esperando encontrarme cara a cara con Sombra...

Pero no estaba allí.

Quien sí que estaba era su secuaz del pañuelo, que dejó caer su pie encima de la mesa. Me miró con una sonrisa de oreja a oreja, permitiendo que viera dos dientes de oro entre los otros, nacarados. El forajido de la mirada glacial descansaba ahora en la silla que Sombra había dejado vacía. Se me pusieron los pelos de punta.

Me volví sin moverme del sitio y paseé la vista por la ruidosa multitud que me rodeaba. Era imposible que Sombra hubiera tenido tiempo de cruzar el *Saloon* en dirección a las escaleras. Me abrí paso a través de los cuerpos en movimiento para comprobar las mesas de juego situadas a lo largo de la pared del fondo, pues podía haberse mezclado con los jugadores, pero no vi ninguna cabeza oscura y calva entre estos y Sombra no parecía el tipo de hombre que se escondería debajo de una mesa. Sin embargo, no había otro sitio donde esconderse. La pared exterior era un gran conjunto de ventanas que daba a un mar crepuscular. La Colmena empezaba en la primera pasarela, de modo que no podía haberse metido en un camarote sin subir antes las escaleras.

—¿Buscas a alguien? —preguntó el forajido de pelo negro. Tenía la actitud despreocupada de un trabajador eventual.

—Sí.

Acorté la distancia que nos separaba. Puede que esos dos pertenecieran a la banda de Sombra pero no eran prisioneros fugados. Ambos eran demasiado jóvenes para haber estado en prisión cinco años antes. Apenas parecían lo bastante mayores como para estar en el *Saloon*.

Le enseñé brevemente la foto al de los ojos azules.

—Le has reconocido, ¿no? —pregunté, con más seguridad de la que sentía—. Te lo he notado en la cara antes, en el bar.

No movió ni un músculo, simplemente continuó mirándome fijamente con frialdad.

—Déjalo, Bonito —le regañó el otro—. Estás asustando al chaval.

—Ya he dicho antes que no —dijo Bonito con voz grave y letal.

—¿Bonito? —balbuceé.

—¿No lo es? Aunque solo por fuera. —Los ojos del de pelo negro brillaron de diversión—. Yo soy Anguila.

—No son vuestros nombres de verdad —dije como un idiota.

Él sonrió.

—No quiero complicar las cosas.

El encendedor de gas situado en el centro de la mesa emitió una llamarada, sobresaltándome. Lo más sorprendente de todo fue que la llama desveló el brillo de la piel de Anguila.

—¡Brillas!

—¡Quien fue a hablar! —replicó él con una carcajada.

Eso no tenía sentido. Para que alguien llegara a tener un brillo evidente, aunque fuera tan débil como el de Anguila, hacía falta pasarse años comiendo peces abisales. Solo la gente que vivía en el fondo del mar tenía fácil acceso a esos peces. Desvié mi atención hacia Bonito. Por supuesto, ahora que sabía lo que buscar, vi un indicio de brillo en su pálida piel. Sin embargo, la banda de los Seablite había aparecido hacía menos de un año.

—¿Desde cuándo vivís en el mar? ¿Y dónde?

El Territorio de Benthic era la única colonia submarina del mundo y yo sabía que Anguila y Bonito no habían sido nunca colonos, ni con esos nombres ni con ninguno.

Un cuchillo destelló en la mano de Bonito. Antes de que me diera tiempo a reaccionar, Anguila me arrancó la foto de los dedos.

—¡Eh!

—¿Quién es? —preguntó, mirando atentamente el retrato.

—No lo sé —contesté sin perder de vista la navaja de Bonito.

Anguila levantó una ceja con escepticismo.

—No lo sé —insistí—. Una Terrestre la colgó en Internet. Según ella es un buscador en Benthic. Ofrece un puñado de dinero a quien le encuentre. — Intercambiaron una mirada entre ellos que no fui capaz de interpretar. Extendí la mano para que me devolviera la foto—. Si no podéis ayudarme...

—¿A dónde ha ido el otro chico? —preguntó Bonito.

Se refería a Gemma.

—A ninguna parte. Se ha puesto nervioso y se ha largado.

Anguila se recostó en la silla, aparentemente despreocupado.

—¿A buscar al policía?

No me dejé engañar. La pregunta era tan peligrosa como el cuchillo que tenía Bonito en la mano. Volví a fingir que era estúpido.

—¿Por qué iba a hacer eso?

Anguila miró hacia algún lugar a mi espalda.

—Por nada. —Me tiró la foto.

—Sé que no le vais a causar problemas a este joven —dijo una voz conocida en tono de advertencia.

Me di media vuelta y vi que Mel estaba detrás de mí con un rifle de descargas en la mano cuyos dos dientes apuntaban a la cabeza de Anguila.

—Se ha acercado a nosotros —protestó Anguila, levantando las manos con actitud burlona.

Mel utilizó el rifle para indicarme que me fuera.

—Y ahora os está dejando.

—Gracias —murmuré al pasar a su lado.

—Nos veremos cuando cumplas los dieciocho —contestó ella.

—Si es que vive tanto tiempo —oí que siseaba Bonito.

Eché a correr hacia las escaleras sin mirar atrás.

—¿Entonces de repente, ¡zas!, desapareció? —se burló el policía, sin separar los ojos de uno de los muchos telescopios colocados alrededor del Observatorio.

Aquella era la oportunidad de que Grimes arrestara a Sombra; sin embargo, daba la sensación de que no le importaba lo más mínimo.

—Tiene que creerme —insistí enfadado. Al hablar con él me estaba arriesgando a sufrir la ira de los forajidos; además, mis padres se iban a enterar de que me había colado en el *Saloon*. A pesar de ello tenía que convencer a Grimes de que utilizara la información—. Nos vimos cara a cara ayer, en la propiedad de los Peavey. Ese hombre del *Saloon* es Sombra.

Las paredes del Observatorio eran de cristal. Solo el hueco del ascensor, situado en el centro de la habitación trapezoidal, ocultaba la vista del océano infinito y del horizonte. Me había deshecho de mi ropa de peón, pero Gemma seguía llevando la sucia sudadera roja y los pantalones anchos. Estaba tranquilamente sentada en el banco que delimitaba todo el espacio y mantenía la cara oculta con la capucha. No obstante, estaba seguro de que estaba deseando salir de allí.

Grimes se enderezó y clavó sus ojos en mí.

—¿Qué estabais haciendo tu primo y tú en el Muelle de Entretenimiento? Y no intentes convencerme de que alguno de vosotros tiene dieciocho años.

Tardé un segundo en darme cuenta que al decir primo se refería a Gemma. Ya

sabía yo que se le ocurriría algo.

—Es la primera vez que viene —contesté—, y quería enseñarle...

—¿Cómo malgastar el tiempo de un oficial del Gobierno? —me interrumpió Grimes con un bufido de burla—. Solo hay una forma de salir del *Saloon*, chaval, y es subiendo por las escaleras. Así que, dime: ¿por dónde salió tu forajido?

—Ya le he dicho que no lo sé —contesté.

Rechiné los dientes. Otro adulto que me trataba como a un niño.

—Y por si fuera poco, ese hombre es albino —dijo Grimes con tono condescendiente—. Lo dicen todos los que han sufrido sus robos.

—Puede que se embadurne la cara con pasta de zinc —supuse—. Así puede estar bebiendo en el *Saloon* sin que nadie le reconozca.

—Tú lo has hecho. O al menos eso dices.

—Por la forma de su cara.

Grimes me lanzó una mirada escéptica.

—Algunas veces —le expliqué, indeciso—. No veo los colores.

—¿Eres daltónico... a veces?

—Sí, de modo que me concentro en el contorno de las cosas. —Miré a Gemma, pero no parecía estar prestando atención. Estaba demasiado ocupada acariciando la pared de cristal, como si quisiera asegurarse de que era imposible caer al Muelle de Superficie, que se encontraba varios pisos más abajo—. Mire, sé que es Sombra —le dije a Grimes—. ¿Quiere al menos bajar a la estación inferior y buscarle?

—Me sacáis de quicio.

La mano de Gemma se quedó inmóvil.

—¿Quién? —preguntó bruscamente.

—Tú no. Los Abisales. —Grimes me señaló con un dedo—. Están faltos de oxígeno. Sobre todo los niños.

—No les gusta que les llamen los Abisales —declaró ella mientras levantaba la barbilla con rebeldía.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Un día? Quédate un tiempo y lo comprobarás. Vivir en la oscuridad hace que se vuelvan locos. Les hace ver cosas que no existen.

—Ty no vive en la oscuridad.

—Te aseguro que no vive bajo la luz del sol —Grimes me miró—. ¿Cuánto es el máximo de tiempo que has pasado Arriba, chaval? ¿Un día? Ni siquiera eso. Ir a por provisiones supone un viaje de seis horas, ida y vuelta.

—Viví Arriba cuatro meses.

El policía se acercó a Gemma.

—Es por la presión del agua, ¿sabes? —Le puso una mano sobre la cabeza y apretó—. Les aplasta todo el tiempo y eso les trastorna el cerebro.

Ella se libró de su mano.

—Usted vive aquí abajo.

—Gracias por su tiempo, Grimes —dije, indicándole a Gemma el ascensor.

—Yo vivo ahí —corrigió el policía señalando sus habitaciones, situadas en el piso de arriba—. Y no me dedico a nadar por el fondo del mar. Si Dios hubiera querido que nos llenáramos los pulmones de líquido, nos habría hecho peces.

Gemma se reunió conmigo en el ascensor con el ceño fruncido.

—Iré a buscar el submarino —dije pulsando el botón de llamada—, mientras tú recoges tus cosas. —Ella no dijo nada, pero lanzó una mirada asesina al policía por encima del hombro—. Sabes cómo llegar al vestíbulo, ¿verdad? —Abrí la puerta que daba a las escaleras que había al lado del ascensor—. Está dentro del Muelle de Superficie. Tienes que bajar por la escalera...

—Sé donde están las taquillas.

Dejé que la puerta de las escaleras se cerrara.

—¿Te pasa algo?

—¿Por qué dejas que te hable así? —preguntó ella.

Miré hacia atrás para ver si Grimes estaba escuchando, pero no; estaba sentado detrás de su escritorio, abriendo un frasco de píldoras como si ya nos hubiéramos ido.

—Sólo está enfadado por estar destinado aquí.

—¿Eso significa que puede tratarte como si fueras basura? ¿Por qué no te has defendido?

—Es policía. —Me hubiera gustado que ella hablara más bajo—. ¿Qué le iba a decir?

—Que cerrara su estúpida boca.

—Vale. Y darle una razón para que piense que los colonos no solo están locos sino que además son unos maleducados.

El ascensor anunció su llegada con un timbrazo.

Gemma abrió la puerta de las escaleras de un tirón.

—¿Nunca te cansas de ser tan bueno?

Me puse como un tomate.

—¡No soy tan bueno!

Ni mucho menos. Pero ella se metió en el hueco de las escaleras y cerró la puerta.

—¿Algún problema con el ascensor, chaval? —preguntó Grimes desde su escritorio.

Me metí en el cilindro transparente sin contestarle y apreté el botón del Muelle de Acceso. Cuando las puertas se cerraron, me dejé caer contra la columna central y respiré hondo. El ascensor abandonó la torre y descendió velozmente, dejando atrás el anillo interior de acoplamiento. Busqué a Gemma en los puentes colgantes, pero no la vi antes de que el ascensor se hundiera bajo la superficie del océano.

—Te daba por muerto —dijo una voz ronca.

Me dio un vuelco el corazón.

Al darme la vuelta vi a Sombra apoyado contra la pared transparente del ascensor, con sus ojos negros brillando como los de un tiburón. La columna central me había impedido verle.

—Te dejé en el fondo del mar. —La voz de Sombra era hipnótica—. Sin ningún medio de transporte y sin armas. —Sus musculosos brazos estaban cruzados sobre su enorme pecho—. ¿Cómo es posible que sigas vivo?

El agua rodeaba el ascensor, dándole un brillo fantasmal. Congelado en el sitio, tomé nota de cada detalle del forajido. La piel salpicada de cicatrices, los tatuajes negros que cubrían su cabeza, su cuello y sus brazos como tentáculos, y sus ojos oscuros... completamente normales. No era de extrañar que se pusiera lentillas negras cuando intentaba pasar por albino.

Me aparté de la columna.

—No sé quién eres...

—No me mientas. —Apretó el botón de PARADA DE EMERGENCIA con un nudillo. El ascensor se detuvo con un salto—. Sé cuándo me han descubierto.

Su furia no fue más que un destello, pero más que suficiente para que me olvidara de fingir.

—¿Qué es lo que quieres?

—Empecemos con lo que le has contado al policía.

—¿Sobre qué? —Deslicé los dedos hacia la funda de mi cuchillo, negándome a dejarme llevar por el pánico.

—Me has visto tal como soy en realidad. Eso bien vale una palmadita en la espalda. —El forajido avanzó un paso—. Teniendo en cuenta que Grimes lleva un año nadando en círculos, buscando a un albino.

Bajó la mirada y sus ojos se clavaron en mi mano.

—Le he dicho que eras de piel oscura. —Me enderecé y dejé el cuchillo en la funda. Solo entonces levantó Sombra la mirada—. Pero no me ha creído.

—¿De verdad? —preguntó.

Intenté imitar la actitud despreocupada que había mostrado Anguila en el *Saloon*.

—Grimes odia a todos los colonos. Cree que estamos locos y que somos idiotas por vivir bajo el mar. —Hubiera jurado que los tatuajes se estaban moviendo por sus brazos como serpientes de mar—. Me ha echado de su oficina por hacerle perder el tiempo.

Parpadeé y los tatuajes de Sombra volvieron a estar en su sitio.

—No me has contestado —me regañó Sombra.

—Sí, yo...

—Cualquiera habría desaparecido en mar abierto. Habría sido devorado. Sin embargo tú no. ¿Por qué?

—Suerte —dije.

La sombra de una sonrisa asomó a sus labios.

—Algunos lo llamarían don. —Me observó un instante—. Un Don Oscuro.

—Eso no existe —dije con rigidez—. Los Dones Oscuros son un mito.

Unos dientes blancos destellaron en las sombras cuando rodeó la columna.

—Yo debería saberlo —insistí siguiéndole con la mirada—. Si algún niño tuviera uno, ese sería yo, puesto que nací bajo el mar.

—Eso es interesante...

Cuando me giré para no perderle de vista, Sombra me agarró por la nuca.

—Estaba planeando ahogarte. —El tono de su voz era tan duro como su agarre—. Silenciarte... para siempre.

Se me desbocó el corazón.

—Pero has nacido y has crecido como Abisal —continuó—, y eso es importante. —Sus dedos se clavaron en mi piel—. No dejes que nadie sepa nunca —apretó más fuerte— que eres diferente. Y menos un títere del Gobierno.

Me soltó y volvió a apretar el botón de emergencia.

Cuando el ascensor reinició su descenso, apreté los dientes para contener la tos. No quería darle esa satisfacción.

Sombra me miró como si supiera, exactamente, lo que estaba haciendo.

—Chaval, te voy a dar una oportunidad. Una. —Las puertas del ascensor se abrieron—. Como vuelvas a hablar de mí, te mato.

Sin más, salió del ascensor y desapareció en las sombras.

Todavía conmocionado por mi encuentro con Sombra, dirigí el mini submarino a toda velocidad hacia la superficie y atravesé las olas. ¿Por qué había dejado que me fuera? ¿Por qué no me había matado?

No había sido por piedad.

No, había sido por otra razón. Aunque no estaba seguro de cuál.

Cuando las gotas se asentaron alrededor del mini submarino en forma de huevo que pilotaba, vi a Gemma en el muelle, con una bolsa de lona grande en el suelo, junto a sus pies. De espaldas a mí, se quitó rápidamente los sucios pantalones anchos y los lanzó a través de una puerta abierta al interior de la sala de visitantes.

Conduje hasta una rampa vacía que había varios postes de atraque más allá y abrí la escotilla. A pesar de que solo era media tarde, el cielo era tan oscuro como el del anochecer, lo que para mí era perfecto. Levanté la cara hacia las nubes grises y di la bienvenida a la sensación de la lluvia sobre mi piel. El agua me despejaba la mente. Incluso desapareció la palpitación que sentía en la zona del cuello por donde me había agarrado Sombra.

Los fines de semana no había mercado de pescado, de modo que el Muelle de Superficie estaba casi desierto; exactamente como a mí me gustaba. Solo una pareja de pescadores se abrió paso a través del aguacero.

Mientras permanecía en el asiento, un escalofrío recorrió mi cuerpo: y no por el aire, sino que fue una sensación de alarma. ¿Por qué? Revisé el Muelle de Superficie. Algo no estaba bien, pero no sabía exactamente qué.

—¡Gemma! —grité—. Aquí...

El resto de la frase se quedó atascado en mi garganta cuando un movimiento atrajo mi atención. En el paseo, una forma oscura se deslizaba contra el telón de fondo del cielo gris. El perfil era humano, pero la figura carecía de rasgos. Una sombra, aunque no había ni sol ni un hombre cerca para proyectarla.

—¡Ty!

Gemma me saludó con la mano, ajena al parche de oscuridad que se iba agrandando según se acercaba a la barandilla situada sobre ella. Recogió su bolsa de lona y echó a correr por el muelle en mi dirección. La sombra dejó de moverse. Cuando levantó la cabeza para verla marchar, contuve la respiración. Donde deberían haber estado los ojos, refulgían dos brasas gemelas... que después se extinguieron y la sombra desapareció.

—¿De verdad vas a decirles a los otros colonos que Sombra no es albino? —preguntó Gemma cuando se lo conté todo.

Habían pasado quince minutos desde que la extraña sombra se había esfumado. El mini submarino descendía hacia el azul oscuro de las profundidades a través del agua.

—En cuanto lleguemos a casa.

—¡Pero Sombra ha dicho que te matará!

—Me da igual lo que dijera. Yo no obedezco órdenes de forajidos, ni guardo sus secretos.

Nivelé la nave a una profundidad de veinte metros, donde solo los rayos más intensos del sol penetraban en el agua, pero en esa cota no era probable que encontráramos submarinistas ni redes de pesca.

—¿Y qué pasa si va a por ti?

—Espero que lo haga. Aquí abajo hay más de doscientas granjas. Si Sombra las registra una a una para encontrarme, alguien se verá obligado a dispararle un arpón.

—Quizá espere a que vuelvas a aparecer por el Intercambiador.

Me dio un vuelco el estómago ante tal idea.

—Puede. Pero si los colonos saben que no es albino, es posible que podamos cogerle. Con Sombra en la cárcel, Benthic tendría una oportunidad.

—Quieres decir que tus padres se quedarían y tú podrías reclamar tierras dentro de tres años.

—Dos y medio. Sí, esa es mi esperanza —admití.

—Bueno, yo espero que se lo coma una ballena asesina.

—Las orcas no comen personas. —Cogiendo el timón con una mano, abrí con la otra la bolsa de mi cinturón—. Todavía tengo la foto de tu hermano.

Mientras se la entregaba, me di cuenta de que la impresión que tenía del chico delgado y pecoso había cambiado. El día anterior solo me había fijado en que su hermano y ella tenían el mismo pelo rojizo y los mismos ojos azules. En ese momento vi el brillo en los ojos de Richard y que esa sonrisa era sincera y cariñosa. Por supuesto, ahora sabía que había puesto en peligro su libertad para asegurarse de que su hermanita no se sintiera abandonada.

—Sería más fácil si tuviera un aspecto menos corriente —dijo Gemma, cogiendo la foto—. Como tú.

Sus palabras tuvieron el efecto de un golpe bajo.

—Yo no tengo un aspecto fuera de lo normal.

Ella sonrió.

—Si no fuera por el brillo de mi piel, sería completamente normal. —Sabía que parecía como si estuviera a la defensiva, pero no podía evitarlo. Gemma se rio por lo bajo y yo enrojecí—. ¿Te estás riendo de mí?

—Sí —contestó—. ¿Crees que aquellas mujeres de ayer querían tocarte solo por tu piel?

—Nunca habían visto brillar a nadie. Pasa continuamente.

¿Por qué se empeñaba en hablar de cosas que yo ya había olvidado?

—Eres idiota —afirmó, conteniendo a duras penas la risa—. Si estuviéramos en tierra firme, las chicas me romperían un brazo para poder ponerse a tu lado.

—Si pretendes decir que les gustaría, te equivocas. Las chicas de tierra firme vienen al Intercambiador. No sucede muy a menudo, pero si paso por allí cuando están ellas, ¿sabes lo que pasa? Dejan de hacer lo que estaban haciendo y se quedan mirándome.

—Estoy segura.

—No me miran en el sentido que tú piensas. Es como si yo formara parte de un espectáculo flotante. —Igual que me estaba mirando ella en ese momento.

—¿Sabes qué? Que tienes razón —dijo pasado un momento—. Si no fuera por tu brillo serías igual que todo el mundo. —Una sonrisa curvó sus labios—. Y si las chicas te miran, no les hagas ni caso.

Yo me relajé.

—No soy tan susceptible.

—No, en serio, ignóralas por completo.

Gemma estaba muy contenta por algo, pero vete a saber por qué. Sus palabras eran confusas, como el limo enturbiando el agua.

Volvió a mirar la foto, cerró un puño y presionó la imagen contra su pecho.

—¿Qué significa eso?

—Algo que solíamos hacer a través del patio interior de la pensión —contestó—. Richard se quedaba junto a la ventana del dormitorio de los chicos y me esperaba. —Alzó el puño—. Esto significaba «Sé fuerte», y esto —se llevó el puño al corazón—, que me quería.

Volví a mirar el panel de control y a comprobar nuestra posición para no tener que hablar, por si se me quebraba la voz. No era de extrañar que para ella fuera tan importante ser fuerte. ¿A Zoe le importaba tanto lo que pensara de ella? Lo dudaba mucho; pero, claro, yo no era su único pariente vivo.

—¿Qué estás mirando? —preguntó Gemma.

—Todo lo que hay a nuestro alrededor y por encima —contesté, encantado de cambiar de tema. Pasé el dedo por el gráfico ondulante del suelo marino y luego me incorporé al darme cuenta de algo—. ¿Sabes una cosa? Estamos cerca del edificio que *Doc* dijo que era la prisión Seablite.

—¿En serio? Vamos... ¿Qué es eso? —Se inclinó sobre mí para poner un dedo en una esquina de la pantalla.

La tela metálica de mi traje de buceo evitó que notara el calor de su brazo

extendido sobre mi pecho, pero me lo imaginé.

—Ahí está —dijo, señalando la ventana.

Seguí su gesto con la mirada y vi algo grande y oscuro a la derecha. De repente, lo que fuera aquello se echó hacia atrás. Maldije en silencio. Me había dejado distraer tanto por ella que no había prestado atención al monitor. Dirigí el mini submarino hacia arriba y una silueta apareció en la pantalla del sónar. Se me secó la boca.

—¿Es una ballena? —preguntó Gemma, apoyándose en mí para ver mejor el monitor.

La mole volvió a desaparecer de la pantalla con la misma rapidez con la que había aparecido. Levanté la vista para mirar a través del techo de cristal de la cabina.

—Las ballenas no evitan las lecturas del sónar.

Intenté conservar la calma.

—¿Crees que eso ha desaparecido de nuestra pantalla a propósito?

—Sí.

Necesitaba un plan; y rápido. Aunque enviara una señal de socorro, nadie podría llegar a tiempo.

—¿Es un submarino?

Sólo existía un submarino con esa forma. Cogí aire.

—Es el *Specter*. Sombra debe de habernos seguido desde el Intercambiador.

—¡Acelera!

—No podemos ir más rápido...

El golpe de un centenar de piedras al chocar contra el techo interrumpió mis palabras.

—¿Qué ha sido eso?

—Una red.

Señalé con la cabeza hacia el cristal panorámico, que estaba cubierto de una malla de titanio. Imposible atravesarla. Empujé la palanca del timón para que la nave cayera en picado, en un intento por pasar bajo la red. Pero la trampa ya se había cerrado. Nos habían atrapado como a un fletán y lo único que tenían que hacer era recoger la captura.

Al mirar a través de la escotilla, vi al *Specter* suspendido sobre nosotros en el agua azul. Un círculo de luz apareció en la parte inferior del submarino de los forajidos cuando se abrió la cubierta de babor. Una gruesa cortina de plástico con una X recortada en el centro protegía la entrada. Los forajidos recogerían su captura situando nuestra nave justo debajo de la entrada hasta que la escotilla pasara por el centro del corte. Aseguré el cierre de la escotilla, aunque sabía que eso solo los entretendría un poco, pero no evitaría que abrieran la cabina como si fuera una almeja.

—Pero Sombra dijo que te iba a dar una oportunidad —dijo Gemma.

Luché con el mando para poner el submarino marcha atrás. El motor respondió con un chirrido.

—Mintió —dije—. ¿Te lo puedes creer?

—No hace falta que te pongas sarcástico.

—Lo siento. No estoy acostumbrado a que me cace un forajido.

El *Specter* se lanzó hacia delante, arrastrándonos consigo. Aporreé el panel de control. Nuestro motor no tenía nada que hacer frente al del *Specter*. Me di por vencido y lo apagué. El mini submarino saltó hacia arriba de inmediato.

—De ninguna manera voy a permitir que Sombra nos capture.

—Ty, ya nos está capturando.

—No, está cogiendo el submarino. —Puse en marcha un pulso de baja frecuencia que me permitiría encontrar la nave más tarde—. Pero nosotros no vamos a estar dentro. Vamos a saltar.

Ella se quedó boquiabierta.

—A este ritmo, para cuando consigan tenerlo en posición y rompan la escotilla, habrán recorrido un kilómetro y medio. Sombra no va a saber por dónde empezar a buscarnos.

—¡Ahí fuera puede haber tiburones!

—¿Prefieres que te secuestren los forajidos? —Le puse un casco en las manos.

—¿Es eso o que me coman viva? Mmm, difícil elección.

—¿Quién está siendo sarcástica ahora?

Me miró como si fuera culpa mía que estuviéramos atrapados en una red. Estuve a punto de señalarle que era ella la que se había empeñado en ir al *Saloon*.

—Nadaremos hasta la casa de los Peavey.

—No pienso salir de este submarino.

—Allí hay muchos colonos.

—No sé nadar.

Yo me quede mudo de la sorpresa.

—¿Has venido al fondo del mar y no sabes nadar?

—No lo conviertas en un drama.

—Vale, escucha —dije, intentando que el tono de mi voz sonara tranquilizador—. No hace falta que sepas nadar. Vamos a caer. ¿Caer sí que sabes, no?

—A los tiburones nos les importa si nadas o...

—Si aparece alguno sacaré mi picana. Te lo prometo. Tenemos que irnos; ya.

Ella no se movió.

—Ni hablar. A esta profundidad es imposible ver un tiburón hasta que ya te ha arrancado la cabeza.

—Si un depredador viene hacia nosotros, lo sabré.

—¿Cómo?

No tenía más remedio. Tenía que decírselo. Tenía que confiar en ella.

—Tengo un Don Oscuro —confesé sin mirarla. Me concentré en ponerme el casco y sujetarlo en su sitio.

«Tengo un Don Oscuro». ¿De verdad había dicho eso en voz alta?

—Dijiste que no existían —me acusó ella.

—Mentí. A veces no soy «tan bueno». Ponte el casco.

Gemma se quedó paralizada por la sorpresa, o quizá por la incredulidad; no sé. Le quité el casco de las manos y se lo puse en la cabeza.

—Puedo ver a partir de los sonidos —expliqué, sellando su casco—. Se llama biosónar.

—¡Eres Akai!

—Sí —admití—. Ese es el nombre que los médicos pusieron en mi expediente. Significa «nacido en el mar». ¿Podemos irnos ya?

Tiré de la palanca situada a un lado de mi asiento para tumbar el respaldo.

—¿Qué alcance tiene?

Tiré de la palanca de su asiento y se quedó tumbada cuando el respaldo se echó hacia atrás.

—Un kilómetro y medio por lo menos.

Me arrastré hasta la trampilla de salida y saqué el pie. Por suerte la red no había envuelto del todo la parte inferior de la nave.

—Voy a colgarme del borde exterior. Tú respira Liquigen y luego sígueme lo más rápido que puedas.

—¡Espera!

No sabía si era porque tenía más preguntas sobre mi Don Oscuro o si es que seguía asustada por saltar, pero no me paré a averiguarlo. Me llené los pulmones de Liquigen y me impulsé a través del anillo de goma, sujetándome al borde de la trampilla al salir. Mi cuerpo se zarandeó contra la parte inferior del mini submarino debido a la velocidad del *Specter*. Gracias a Dios, el pie de Gemma asomó enseguida. Mientras ella salía, rodeé su cintura con un brazo y luego solté el borde del anillo. Caímos juntos a través del agua de color medianoche.

Gemma se giró entre mis brazos para quedar frente a mí, puso las manos alrededor de mi cintura y se aferró tan fuerte que nuestros cascos chocaron. Detrás del cristal sintético, tenía los ojos cerrados con fuerza.

Muy por encima de nosotros, el *Specter* seguía su marcha, arrastrando al mini submarino. Genial. Los forajidos no nos habían visto salir. No iba a pasarnos nada y tampoco a la nave, me dije. Lo más probable era que los bandidos la soltaran cuando vieran que la cabina estaba vacía. Luego tendría que ir a buscarla.

Gemma abrió los ojos mientras el océano se oscurecía a nuestro alrededor. Pasamos a través de una bandada de jureles que lanzaban destellos plateados bajo la tenue luz del sol. Cuando un pez vela nos adelantó, unas rayas de color azul eléctrico aparecieron en sus costados para despistar a los jureles. Noté que los brazos de

Gemma se tensaban alrededor de mi cuerpo. La miré a los ojos esperando ver el miedo en ellos, pero para mi sorpresa estaba sonriendo ante la belleza de la vida salvaje que nadaba delante de nosotros.

Encendió las luces de su casco. Yo hice lo mismo, pero la luz solo nos proporcionó una visibilidad de seis metros. Emití una serie de sonidos para saber qué había más allá. Los chasquidos que hice con la laringe eran demasiado agudos para que Gemma los oyera. Los había ido perfeccionando con los años hasta encontrar el sonido que regresaba más rápido y era más fácil de emitir. Luego mi cerebro creaba una imagen a partir del eco; igual que la pantalla del sónar de un submarino, con los picos y los valles del suelo marino dibujados en 3D.

Utilizando el lenguaje de signos, le dije a Gemma que apretara el botón que hacía que salieran las aletas de las punteras de sus botas. Al ver su expresión de desconcierto, anoté otra diferencia entre crecer Arriba y hacerlo bajo el mar. Bajo el mar aprendíamos el lenguaje por señas antes que el verbal. Pero, claro, nosotros teníamos que comunicarnos con los pulmones llenos de Liquigen. Presioné el botón de control de su pantalla de muñeca, aunque, incluso con las aletas, parecía no entender que tenía que mover las piernas para permanecer a flote.

Los ordenadores de nuestros trajes de buceo tiñeron automáticamente nuestros cascos para la visión ultravioleta y el paisaje que teníamos debajo apareció con un relieve bien definido. Aterrizamos en medio de una enorme nube formada por al menos mil medusas rosas, ninguna de ellas más grande que mi puño. Las aparté con cuidado para abrir un camino.

Un sifonóforo giró delante de nosotros, creando la impresión de que era una brillante red de pesca de la que colgaban campanillas de plata. Gemma retrocedió hacia mí. Suponiendo que no había visto nunca ninguno, cogí su mano y la acerqué al sifonóforo. Luego lo toqué haciendo que se enroscara y ondulara, consciente de que el guante de mi traje de buceo me protegía de sus tentáculos urticantes. Con un golpe rápido, rompí una porción. No se trataba de un animal, sino de centenares, unidos unos a otros. Hice saltar la parte luminosa desprendida en la palma de mi mano y luego se la envié a Gemma. Sus ojos se abrieron maravillados. Cuando la atrapó, la suave luz amarilla le iluminó la piel.

Hice un gesto con la cabeza para indicarle que teníamos que movernos, pero ella no podía apartar los ojos de la criatura. Si un sifonóforo la impresionaba tanto, que esperara a pasar algún tiempo aquí abajo. De repente, deseé enseñarle todos los sitios maravillosos que había descubierto. Y los animales. Quería ver que su rostro se iluminaba así otra vez.

Por fin seguimos nuestro camino hacia la granja de los Peavey. Había pasado muchas veces por la zona en submarino, pero nunca andando por el suelo marino. Emitía rápidos chasquidos cada dos por tres y esperaba la respuesta del eco. No había

depredadores grandes moviéndose a lo lejos. Solo vi delfines, cien por lo menos, nadando, saltando y comiendo cerca de la superficie. También percibí sus chasquidos y los interminables ecos que cayeron sobre nosotros, aunque sabía que la mayor parte de los sonidos eran demasiado agudos para los oídos de Gemma.

Cuando distinguí el silbido característico de un gran macho buceando a mayor profundidad que el resto, le llamé para que se acercara. No invité a toda la manada porque me imaginé que Gemma se llevaría un susto si cien delfines descendieran de golpe sobre nosotros. Fue una decisión inteligente, teniendo en cuenta que saltó como si hubiera sufrido una descarga eléctrica cuando un solo delfín mular, de tres metros de longitud y cuatrocientos cincuenta kilos de peso, se dirigió en picado hacia nosotros. El delfín se apartó a un lado en el último segundo, enseñándonos su pálido vientre al pasar a toda velocidad. En el tiempo que tardó en volver, Gemma ya se había dado cuenta de lo que era. Esta vez, cuando pasó a nuestro lado, se quedó muy quieta, con los brazos pegados al cuerpo, como si quisiera dejarle sitio para pasar, aunque su cara reflejaba la más increíble mezcla de emociones que había visto en mi vida: estupefacción, euforia y temor, todo a la vez. A lo mejor tendría que haber llamado a toda la manada.

El delfín nos dejó cuando llegamos a un terraplén empinado. A Gemma no pareció importarle demasiado que la visibilidad fuera limitada, porque se fue directa hasta la cima de la colina sin esperarme. Una vez allí, se paró de golpe.

Nadé hasta ponerme a su lado y entonces lo entendí. El paisaje que se extendía a nuestros pies estaba plagado de huesos gigantes que los carroñeros habían dejado diseminados después de devorar una ballena muerta. Por su aspecto, parecía haber sido hacía unas semanas. Los cartílagos flotaban en el agua como jirones fantasmales. Cogí a Gemma de la mano y la conduje hacia el borde del terraplén, luego la sujeté más fuerte y salté.

Bajamos flotando por una enorme pared de roca, evitando por los pelos los grandes picos de piedra que sobresalían de abajo. Cuando nuestras botas tocaron el suelo, el lécimo se llenó de vida. Las lampreas salieron del lodo y se enroscaron alrededor de nuestras botas como un millar de serpientes. El cieno que había bajo nuestros pies eran los restos de la carne de la ballena, que ahora estaban descompuestos, de manera que solo las lampreas eran capaces de tragárselos. Gemma saltó para apartarse de ellas y fue entonces cuando se hizo evidente su incapacidad para nadar. En vez de seguir moviendo las piernas o usar las manos para mantenerse a flote, dejó de moverse y volvió a hundirse hasta el suelo. No pude evitar sonreír ante sus esfuerzos. Y en cuanto descubrió que me estaba riendo, se resignó a andar.

Mientras pasábamos por debajo del esqueleto gigante, empecé otra vez con los chasquidos. Al percibir algo cuadrado y fortificado a nuestra izquierda, decidí hacer un desvío rápido antes de dirigirme hacia la casa de los Peavey.

Sujetando la mano de Gemma, la llevé hacia el horroroso edificio de dos pisos. Ahora veía la prisión Seablite, oscura y abandonada, con mis propios ojos. La primera vez que había pilotado por allí, hacía unos años, sus ángulos y rincones me hicieron pensar que era una reliquia de Arriba, de principios del siglo XXI. Una que había sobrevivido al corrimiento de tierras del fondo del mar que había mandado a la mayoría de los edificios inundados al Cañón del Sueño Frío. Ahora, ante el edificio intacto, vi que era un extraño híbrido entre las arquitecturas terrestre y submarina. Suspendido por encima del suelo marino, equilibrado sobre altos pilones, era evidente que había sido construido aquí abajo. Sus pequeñas ventanas eran redondas y fabricadas con cristal sintético, exactamente igual que las de los submarinos antiguos. El conducto de una cámara de descompresión bajaba desde el piso inferior hasta el lecho del mar.

Sobre la oxidada puerta abierta brillaba el símbolo que indicaba que era una estructura poco segura. Casi todos los edificios de Arriba situados a lo largo de la costa exhibían un círculo amarillo atravesado por un relámpago, aunque eso no impedía que violentas tribus de okupas vivieran en los rascacielos semi hundidos.

Al acercarnos, Gemma señaló el círculo amarillo, pero yo me encogí de hombros y seguí adelante. La Comunidad había mentido al decir que era un laboratorio científico y estaba bastante seguro de que lo de «estructura insegura» era mentira también. El edificio parecía bastante estable. Cuando Gemma volvió a señalar con el dedo, me di cuenta de que estaba mirando más arriba del símbolo, a las letras grabadas en la pared de metal, que decían: SEABLITE.

Sabía que mis padres me habrían prohibido husmear en el interior, pero tal vez encontrara alguna información o una pista que ayudara a los colonos a atrapar a los forajidos. Tomé una decisión y le indiqué a Gemma que esperara junto al hueco del ascensor. Antes de que hubiera dado dos pasos, fui arrastrado hacia atrás por el cinturón. Al darme la vuelta apenas pude ver la cara de Gemma, solo la forma de su cabeza. Lo había olvidado: era imposible que fuera a limitarse a esperar sentada.

El ascensor no funcionaba; sin embargo había una escotilla abierta en el techo. Nadé hacia ella y la crucé. Gemma intentó seguirme. Hizo un buen esfuerzo, pero por más que movía las piernas no podía despegar los pies del suelo más que unos segundos. Pensé en dejarla al pie del hueco del ascensor por su propio bien. ¿Y si me equivocaba en cuanto a la estabilidad del edificio? De todas formas, ella había elegido venir... Al siguiente salto, cogí su mano y la aupé hasta el hueco del ascensor.

Afortunadamente, una vez allí no hizo falta que subiera nadando, ya que había una escalera empotrada en el muro. Subimos hasta el primer nivel, en el que había una serie de puertas de ascensor abiertas. Toda la planta estaba inundada. Emití unos chasquidos y vi mentalmente que el agua terminaba a media altura de otro conjunto

de puertas de ascensor abiertas. Le indiqué a Gemma que teníamos que seguir subiendo.

Cuando puse el pie en el último peldaño, emergí del agua y salí del conducto. El mar había inundado el segundo piso del edificio, pero solo me llegaba a la cintura. Gemma salió inmediatamente detrás de mí. Cuando la luz de mi casco iluminó la oscuridad, golpeé la pared que tenía más cerca. El sólido metal anticuado no rebotó ni cedió, parecía bastante firme.

La pantalla de mi muñeca indicaba que el nivel de oxígeno era normal así que solté el cierre de mi casco. Gemma hizo lo mismo y yo saqué la linterna de mi cinturón. Paseé la luz por los remaches y vigas de hierro mientras el goteo del agua resonaba por la habitación.

—¿Puedo llevar la linterna? —preguntó Gemma tiritando.

Se la pasé y juntos contemplamos la extraña escena. Las paredes estaban oscuras y mojadas. El océano iba entrando, gota a gota, a través de las grietas del techo. En la superficie del agua, a la altura de nuestras cinturas, flotaban antiguos trajes de buceo y botellas de Liquigen, como si hubieran sido abandonados el día anterior. Gemma enfocó la linterna a la puerta enrejada que había en el otro extremo de la habitación y luego iluminó una pared con ganchos de los que colgaban varios pares de esposas corroídas.

Me acerqué para verlas mejor.

—¿Por qué estas son tan largas? —La cadena que había entre las esposas medía más de medio metro.

—Para que los presos puedan trabajar —contestó ella—. En el edificio que hay enfrente del mío hay una penitenciaría. Todos los días, los guardias meten a los hombres en los ascensores exteriores y los llevan hasta la calle. —Tocó una de las largas cadenas—. Los convictos llevan esposas como estas para poder limpiar la basura.

—Los que había aquí no limpiaban nada. —Saqué del agua un cedazo que flotaba en ella y pasé los dedos por los agujeros—. Buscaban perlas negras.

—No parece tan malo.

—¿Te gustaría pasarte todo el día en el cieno, filtrando barro?

—Bueno, visto así...

—Es un trabajo agotador.

—Seguro que los forajidos se hartaron de hacerlo y por eso huyeron —dijo ella, que parecía excitada por la idea.

—O se hartaron del ruido.

Los crujidos y chirridos llevaban molestándome desde que habíamos entrado allí. Cada movimiento del agua que nos rodeaba, y la porquería que había debajo, hacían que la estructura metálica se retorciera y comprimiera. Puede que esa forma de

arquitectura formara parte del castigo de los prisioneros. ¿Quién iba a querer vivir en habitaciones cerradas de paredes sólidas? Era antinatural.

Me zambullí en la siguiente sala; la oficina de los guardias. Revisé la hilera de taquillas medio sumergidas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Gemma.

El haz de luz de la linterna creaba un extraño efecto en los muebles de acero inoxidable, haciendo que brillaran y lanzaran destellos.

—Echar un vistazo.

Todos los cajones estaban vacíos.

—¡Ah, no, de eso nada!

Se subió a un escritorio metálico hundido y cruzó las piernas. Hubiera parecido que estaba en una fiesta si no fuera porque estaba sumergida en el agua hasta la cintura. Me miró expectante.

—¿Qué pasa?

—¡Tu Don Oscuro!

Me pregunté si sería demasiado tarde para decir que había mentido para conseguir que saliera del submarino, pero una simple mirada a su cara me aconsejó que no me molestara en hacerlo.

—¿Por qué lo mantienes en secreto? —preguntó.

Me moví hacia la puerta abierta al fondo de la habitación, pero ella fue más rápida. Dio un salto y extendió los brazos para bloquear la puerta.

—¿Qué más da que todos sepan que puedes hacer esa cosa tan guay?

—Porque todos los colonos se irían del océano y no vendrían más familias nuevas a vivir aquí, por eso. —Me agaché para pasar por debajo de su brazo y salí a un pasillo oscuro—. Mis padres han trabajado muy duro para lograr lo que tenemos —dije, volviendo la cabeza—, igual que todos los que viven aquí. ¿Crees que quiero ser el responsable de que fracase la colonia?

Gemma empezó a andar a mi lado.

—Por lo menos, dime cómo fue. ¿Te despertaste una mañana y te diste cuenta de que podías hablar con los delfines?

—No puedo hablar con ellos. —Sorprení su mirada de impaciencia—. Vale. Los delfines y las ballenas pueden oír mis chasquidos, y cuando yo oigo los suyos soy capaz de saber a qué se deben: felicidad, peligro o comida. Pero no mantenemos conversaciones.

A lo largo del pasillo se veían puertas cerradas; era un bloque de celdas. Intenté abrir la primera de la derecha, pero estaba cerrada con llave. Gemma apuntó la linterna hacia mi cara como en un interrogatorio.

—¡Está bien! —cedí, protegiéndome los ojos con la mano—. No fue de la noche a la mañana. Cuando cumplí los nueve, el océano me fue pareciendo cada vez más

ruidoso, pero a nadie más se lo parecía. También percibía más sonidos cuando estaba fuera del agua, de modo que me imaginé que lo único que pasaba era que mi sentido del oído estaba mejorando. Pasado un tiempo podía distinguir entre el sonido original y su eco, de manera que empecé a hacer ruiditos y a calcular las distancias con ese método. Luego, un día, todas las piezas encajaron y me di cuenta de que podía ver lo que oía.

—¿Por qué? ¿Qué estabas haciendo?

—Nada. Estaba tumbado en la cama con los ojos cerrados —contesté recordando todos los detalles de esa mañana—, y mi madre me llamó para desayunar. Cuando le contesté, oí que mi voz rebotaba por toda mi habitación. Y entonces me di cuenta de que podía ver mi dormitorio sin necesidad de abrir los ojos.

—¡Genial!

—No, fue raro.

—¿Corriste a decírselo a tus padres?

Dudé un momento. ¿Quería revivir todo aquello? Ni de broma.

—Sí —admití por fin—. Se lo conté.

Me concentré en intentar abrir otra puerta, pero también estaba cerrada. Cuando me aparté, ella volvía a estar a mi lado.

—¿Y? —preguntó.

—Y me arrastraron Arriba y me llevaron a un montón de médicos. —La garganta se me estaba cerrando tanto que pronto no sería capaz de tragar saliva—. Después de varias semanas de análisis de sangre y escáneres de cerebro, los médicos no encontraron nada, pero querían seguir haciéndome pruebas. —Esa era una manera suave de decirlo—. El hospital no quiso darme el alta y luego intervino el servicio de menores. Mis padres tuvieron que recurrir a los tribunales para recuperarme, y aun así parecía que el juez iba a fallar en su contra y ponerme bajo la tutela de la Comunidad. De modo que fingí que ya no podía hacerlo.

—¿Los médicos te creyeron?

—Lo dudo, pero no podían demostrar que era mentira. Cuando utilizo mi sónar ven actividad en una parte de mi cerebro que la mayor parte de la gente no usa. Cuando no uso mi habilidad, no hay actividad. No podían alegar nada para retenerme más tiempo. Tengo suerte de que mi verdadero nombre no aparezca en los expedientes. Ese médico que escribió el artículo del que siempre estás hablando, el doctor Metzger, nunca llegó a conocerme. Oyó hablar del caso y sacó toda su información del hospital. Mis padres se enfadaron mucho.

—Pero ellos saben la verdad, ¿no? Saben que puedes seguir haciéndolo.

Me di la vuelta y probé otra puerta. El pomo se movió pero la puerta continuó cerrada.

—¿Mentiste a tus padres?

Apoyé todo mi peso en la puerta, que se desprendió de sus bisagras oxidadas y cayó al suelo. Apenas pude conservar el equilibrio cuando el agua penetró en la habitación. En lugar de dirigir la linterna al oscuro interior, Gemma continuó enfocándome a mí.

—Lo entiendo. No quieres convertirte en un experimento médico, pero...

—No hay peros —la interrumpí bruscamente—. Los médicos le echan la culpa a la presión del agua, dicen que eso es lo que hizo papilla mi cerebro. Les dijeron a mis padres que se trasladaran Arriba de forma permanente. Bueno, tengo una imagen bastante clara de cómo vive tu gente, como sardinas en lata, encima unos de otros. No te ofendas, pero prefiero arriesgarme a tener daños cerebrales.

—¡Son tus padres!

—No decir algo no es lo mismo que mentir.

—¿Cuántos años tienes? ¿Seis? ¡Pues claro que es lo mismo! —Entró chapoteando en la habitación.

—Es bueno saber dónde pones el límite —me burlé—. Mentir está mal, pero robar solo es un truco que te enseñó tu hermano.

Me dio la espalda e inspeccionó la habitación con la linterna. Estaba claro que la conversación había terminado. Era una pena que no lo hubiera hecho antes.

La seguí entre los camastros alineados en la habitación. La mayoría de los colchones habían desaparecido, pero las mantas y las sábanas colgaban de los barrotes, como ropa puesta a secar en la oscuridad. La luz de la linterna se paseó por los carteles pegados en las paredes. Un dibujo de un hombre haciendo paravelismo. Cómicos. La foto de una niña pequeña de pelo color fresa y sonrisa desdentada.

El peso del océano presionaba el edificio fortificado, haciendo que crujiera y protestara.

—Salgamos de aquí. En este lugar no voy a descubrir nada sobre los forajidos, al menos nada que tenga sentido.

Todavía de espaldas a mí, Gemma dirigió el foco de la linterna hacia la foto de la pared, situada junto a uno de los camastros de arriba. Se acercó a verla mejor.

—Probablemente fuera la hija de algún prisionero —supuse poniéndome a su lado.

Ella me puso la linterna en las manos y trepó hasta la litera superior. Levantó con cuidado la cinta adhesiva que sujetaba la foto. Sus movimientos eran espasmódicos, impacientes. ¿Qué estaba haciendo? Cuando despegó de la pared la última esquina de la foto, su respiración se volvió agitada.

—¡Eres tú! —exclamé, al entenderlo de repente. Ella acunó la foto entre sus manos—. ¿Por qué no me dijiste que tu hermano estaba en la cárcel?

—¿No lo entiendes? —dijo con voz rota—. Esto no era una cárcel.

Iluminé otra vez los pósters y comprendí a qué se refería. Paravelismo y cómicos.

Esas no eran el tipo de imágenes que los adultos pegarían junto a sus camas. Y menos si eran duros criminales.

—Era un reformatorio —jadeé.

Aquí era donde Anguila había adquirido su brillo. Y también Bonito. Ellos eran los que habían estado esposados mientras lavaban nódulos de manganeso.

Las paredes emitieron un sonido chirriante de metal contra metal que me produjo un escalofrío. De repente me acordé de que *Doc* había conocido personalmente a los reclusos de Seablite. Había monitorizado su salud. La última noche, cuando contó la historia de la fuga de los forajidos, sabía que en aquella época eran menores. Más jóvenes que yo. Y aun así había dejado que creyéramos que eran adultos, había dicho que Seablite era una prisión, aunque nadie metía en la cárcel a niños de trece años. ¿O sí?

—No lo entiendo. —Hice un esfuerzo para descubrir por qué *Doc* había tergiversado las cosas—. ¿Por qué iba a querer la Comunidad obligar a unos niños a vivir aquí abajo?

La expresión de Gemma se volvió amarga.

—El espacio es un lujo. —Levantando las piernas, se subió en la litera, con su larga trenza enroscada en el cuello, como un collar—. La Comunidad no está dispuesta a desperdiciar ni un milímetro con delincuentes juveniles.

—¿Tu hermano pasó aquí cuatro años?

Al pasear la mirada por la deprimente habitación, sentí una punzada de pena por los chicos que formaban la banda Seablite. No era de extrañar que siguieran robando los envíos de suministros. Si yo hubiera estado encerrado allí, también estaría enfadado con el Gobierno.

Gemma apoyó la frente en las rodillas como si no quisiera escuchar mi pregunta. O quizá estaba intentando negar con todas sus fuerzas la conclusión obvia: que era posible que Richard formara parte de la banda. Se abrazó las piernas, tiritando. Su traje de buceo no era adecuado porque le venía demasiado grande. A menos que lo que le provocaba los temblores no fuera el aire helado.

Me acerqué más a ella.

—¿Estás bien?

Ella sacudió la cabeza.

Puede que un Terrestre hubiera sabido qué decirle, pero yo me quedé ahí, sin saber qué hacer, sintiéndome inútil y preguntándome si debería acariciarle el brazo o si se tomaría a mal que lo hiciera.

—Por favor —murmuró sin levantar la cara—, déjame sola.

Sintiendo un intenso dolor detrás de los ojos, nadé por el oscuro pasillo del primer nivel de Seablite, que estaba completamente inundado. Gemma probablemente pensaba que no me importaba nada su tristeza, lo cual hacía que me sintiera peor que si hubiera sabido la verdad: que era un completo idiota.

Toqué el suelo y de él se elevó una nube de lodo. Había una puerta abierta. No quería molestar a Gemma en ese momento, así que supuse que podía echar un vistazo. Crucé el umbral, pero, antes de que pudiera echar una ojeada al interior de la habitación, el feo hocico de un granadero chocó contra mi casco. Aparté al pez y seguí avanzando. Las luces de mi casco se reflejaron en armarios metálicos y una camilla, proporcionando a la habitación sumergida un brillo fantasmal. Al girar sobre mí mismo, me di cuenta de que estaba en la enfermería.

Trastabillé hacia atrás y sentí un sudor frío. Como no me lo esperaba, no me había preparado para aquello. En ese instante me invadió una sensación de pánico y soledad, igual que me pasaba siempre que algo me hacía recordar el tiempo que había pasado en el hospital. Pero justo cuando mi ansiedad empezaba a borrar el presente, una vibración grave resonó en la habitación. Antes de que me diera tiempo a escuchar con atención, había desaparecido. Me quedé suspendido en el agua, con la esperanza de que hubieran sido imaginaciones mías. Y entonces volvió a producirse. Mis oídos captaron el sonido mientras se intensificaba y me relajé. En algún sitio, no demasiado lejos de allí, estaba cantando una ballena jorobada. Cerré los ojos y dejé que la música me envolviera. Con un poco de suerte, un piso más arriba, Gemma también la estaría escuchando y la canción de la ballena la consolaría tanto como a mí.

Cuando el solitario animal empezó otra vez, calculé que estaría como a un kilómetro y medio de distancia y que se iba acercando. Se me ocurrió una idea. Una idea loca y maravillosa. Crucé a nado las puertas abiertas del ascensor, subí por el hueco y emergí en lo alto de las escaleras mientras se apagaba el canto de la ballena.

Entonces fue cuando oí que Gemma pedía socorro a gritos.

Me zambullí bajo el agua y bucéé hasta la habitación de los guardias. Salí a la superficie en silencio y vi que estaba acuclillada en lo alto del escritorio. En ese mismo instante me vio salir de debajo del agua, saltó hacia atrás, dejó caer la linterna y sacó el cuchillo de jade.

—¡Gemma, soy yo! —Me solté a toda prisa el casco—. ¿Qué pasa?

—¿Por qué no puedes entrar andando por la puerta como cualquier persona normal? —preguntó en cuanto pudo volver a respirar.

—Nado más deprisa de lo que ando. ¿Estás bien?

Justo entonces, la ballena empezó a cantar otra vez. Gemma se aferró a mi brazo.

—¿Has oído eso?

Giró en todas direcciones, buscando el origen del sonido.

En ese momento comprendí el porqué de su miedo.

—A ver si lo adivino. Crees que es un fantasma.

El miedo fue desapareciendo de su expresión a medida que la verdad se iba abriendo paso en su cabeza.

—Es una ballena, ¿verdad? Una estúpida ballena.

—Las ballenas no son estúpidas.

Mi sentido del humor había vuelto.

Ella levantó una ceja y señaló una luz brillante que cruzaba el pasillo a toda velocidad.

—Supongo que sabes lo que es...

—Un pez linterna.

Quizá no debería haberla interrumpido como un sabelotodo, porque frunció el ceño como si yo hubiera puesto el pez linterna ahí solo para fastidiarla.

—Me has dicho que me fuera —le recordé.

—No sabía que me iban a perseguir un aullido inhumano y una cosa brillante. Cualquiera habría pensado que era un fantasma.

—¿Persiguiéndote?

Ella se puso las manos en las caderas, dejando claro que no lo encontraba gracioso.

—Sabías que estaría muerta de miedo al cabo de cinco segundos, ¿no?

—No, no lo sa...

Ella no me dejó terminar.

—Y luego has vuelto para partirte de risa a costa de la tonta de la Terrestre.

—Si eso fuera verdad, me habría traído algunos amigos. —Recogí la linterna y se la entregué. En ese momento, el canto de la ballena subió de volumen—. ¡Vamos! Ya casi está aquí.

La cogí de la mano y tiré de ella hacia el hueco del ascensor, contento de que no liberara sus dedos de los míos de un tirón.

—Las ballenas son curiosas. —Me coloqué bien el casco—. Si salimos y encendemos las luces de nuestros cascos, puede que se acerque a vernos.

—¿Y por qué narices íbamos a querer algo así?

Le puse el casco y se lo aseguré.

—Lo único que tienes que hacer es hundirte —dije.

Nos llenamos los pulmones de Liquigen y saltamos al agua oscura que llenaba el hueco del ascensor.

Una vez fuera, el canto de la ballena era incluso más fuerte. Gemma se llevó las

manos a ambos lados del casco, como si se tapara los oídos, mientras yo desenrollaba el trozo de cuerda de mi cinturón. La cuerda tenía enganches en ambos extremos y estaba revestida de caucho blando. Aseguré el cabo a mi cinturón, luego hice una lazada y lo enganché a la guía principal. Vi que la ballena seguía lejos, avanzando a unos doce metros del lecho marino.

Cuando vi que las luces de nuestros cascos no bastaban para atraerla, imité uno de los chasquidos cortos y sociales de las ballenas jorobadas. Por supuesto, la gigantesca criatura dejó de cantar a través de sus dos orificios nasales y descendió. Moviendo sus largas aletas laterales, se dirigió directamente hacia nosotros con sus más de treinta toneladas de peso. Vista de frente no era demasiado bonita, con su cara cubierta de protuberancias velludas y cicatrices que probablemente habían sido producidas por los dientes de una orca. Miré a Gemma para observar su reacción. Parecía asombrada, pero no se apartó.

Justo antes de alcanzarnos, la ballena emitió lo que parecía una señal de saludo. El sonido estaba por debajo de la frecuencia que hasta yo podía oír, pero sentí la vibración del agua. Puede que Gemma también la percibiera porque pareció relajarse e incluso sonrió cuando la ballena pasó justo por encima de nuestras cabezas. Haciendo un esfuerzo para mantenerse erguida al paso del animal, Gemma extendió el brazo, tocó sin temor a la criatura de cincuenta metros y arrastró los dedos a lo largo de una de las estrías que iban desde su barbilla hasta su vientre cubierto de percebes.

Me coloqué en posición, de modo que justo cuando su cola descendía, deslicé por las aletas el lazo improvisado que había hecho y luego me até la cuerda al antebrazo. En cuanto cerré el lazo, la cuerda se aflojó. Con una sonrisa, Gemma me rodeó el cuello con los brazos y se pegó a mí. Un instante después, la cuerda se tensó de golpe.

Nuestros ojos se encontraron por espacio de un segundo y descubrí que la excitación de Gemma igualaba la mía. Luego fuimos arrastrados. Volamos a través del agua, riendo y zarandeándonos sin parar en la estela de la ballena.

Yo agarrado a la cuerda; y Gemma a mí.

Justo cuando llegamos a la valla de burbujas de los Peavey, desenganché el lazo de la cola de la ballena y descendimos al suelo. Aparté las burbujas y encabecé la marcha a través del campo de algas, pero tuve que pararme antes de llegar al final. Al ver la expresión interrogante de Gemma, señalé un submarino que acababa de llegar, arrastrando una red cargada de peces de roca. Cuando un montón de colonos se juntó para soltar la red y descargar cubos, aprovechamos el jaleo para pasar sin que nos vieran.

Señalé con un dedo a mi madre y Gemma la miró mientras ella destapaba un contenedor. Una nube azul saltó del recipiente; un grupo de sábalos adultos. Cada familia del territorio había traído algo de su propio criadero para reponer lo que Shurl y Lars habían perdido. Mi madre sonrió y nos saludó con la mano al vernos. Sabía que creía que acabábamos de llegar del Intercambiador después de recuperar la bolsa de Gemma. Ahora iba a tener que reavivar sus temores contándoles al resto de los colonos mi encuentro con Sombra. A nuestro alrededor, mis vecinos se hicieron señas unos a otros a toda velocidad. Me pregunté si Gemma entendería que estaban preguntando quién era ella.

Lars corría de un lado a otro, moviendo las manos sin parar, mientras los colonos nadaban hacia la piscina lunar y subían al interior de la casa. Gemma dio un salto para seguirles, pero volvió a hundirse de inmediato. En lugar de recordarle que sacara las aletas de las botas, hice señas a los colonos que estaban junto a la piscina lunar. Al instante se desenrolló una escalera de cuerda que estuvo a punto de darle un golpe al bajar. Cogí la escala, la tensé y, describiendo una curva con el brazo, le indiqué que la utilizara. Pensé que se enfadaría por mi broma, pero me sorprendió con una sonrisa de agradecimiento antes de empezar a subir hacia la casa.

Dentro del vestuario, los colonos se quitaron los cascos y se secaron los trajes de buceo con toallas hasta que la tela metálica quedó reluciente. Saludé y contesté a todos los que me llamaban o me sonreían, pero mis ojos estaban fijos en mi padre, que estaba al otro extremo de la habitación hablando con un grupo de colonos que no habían estado presentes en la reunión con Tupper del día anterior.

Gemma, sentada al borde de la piscina lunar, respiró hondo para limpiarse los pulmones a la vez que miraba a su alrededor con curiosidad. Rogué para que no dijera nada sobre el brillo de los otros niños.

Unas exclamaciones de sorpresa y desaliento llenaron la habitación.

—¡No pueden hacerlo!

—¿Qué va a significar eso para nosotros?

Estaba claro que mi padre acababa de comunicarles la decisión de la Comunidad de abandonar el territorio. Con el corazón en un puño, coloqué mis botas y mi casco contra la pared.

—Ty —susurró Gemma—. Esos niños nos están mirando.

—Te miran a ti.

Puse su casco al lado del mío.

—¿Por qué?

—Jibby te lo dijo ayer y no le creíste.

En el otro extremo de la habitación, mi padre subía las escaleras seguido de un grupo de colonos furiosos. Los que se quedaron se dedicaron a limpiar la zona del equipo.

—Hola, Pete —saludé a un vecino—. ¿Está *Doc* aquí?

—Sí —contestó él—. Arriba. Hola, Gemma —añadió con una sonrisa.

Gemma se quedó boquiabierta, aunque reaccionó enseguida y le devolvió la sonrisa.

—Vale, ya lo entiendo —me dijo—. Aquí soy algo que no se ve todos los días.

—Algunos incluso dirían que un bicho raro.

Sus ojos brillaron de alegría como si acabara de hacerle un cumplido.

—Mira detrás de ti —dije cuando la superficie de la piscina lunar empezó a borbotear. Gemma se dio la vuelta para ver una forma oscura que subía por el agua y se detenía a sus pies—. Es un submarino —la tranquilicé—, no otra espeluznante ballena cantarina.

Ella me dio un empujón.

La escotilla del submarino se abrió y se oyó la voz de mi madre.

—¿Quién me echa una mano con toda esta comida?

Al momento se formó una fila de gente que se fue pasando bandejas y cuencos, sacándolos por la escotilla y llevándolos al piso superior.

—¿Lo ha hecho todo ella sola? —preguntó Gemma mientras me pasaba un pastel de piña de mar.

—No, todas las familias han contribuido con algo. Mi madre se ha encargado de recogerlo todo para traerlo hoy. Es más fácil descargar un solo submarino —le expliqué.

—¿Gemma! —Jibby se abrió paso entre la fila hasta llegar a nosotros—. ¿Qué te parece Benthic?

Me pasó una bandeja de tortas de cangrejo sin despegar los ojos de Gemma.

—¡Me encanta!

—¿Sí? ¿Qué parte?

Yo no salía de mi asombro. En un solo día había presenciado una pelea a cuchillo, se había librado de que la capturasen los forajidos y había descubierto que su

hermano había sido enviado a un reformatorio submarino. Esa no era exactamente la mejor imagen del Territorio de Benthic.

—Esta. —Señaló con un gesto la hilera de colonos que hablaban entre ellos.

—¿Quieres quedarte para siempre? —preguntó Jibby—. Tengo cuarenta hectáreas de tierra.

Al ver que Gemma ponía cara de extrañeza, se lo tradujo.

—Te está pidiendo que te cases con él.

Ella tosió para disimular la risa.

—¡Soy demasiado joven!

—¡Ah! Bueno... —A Jibby se le cambió la cara—. Es que esto es asquerosamente silencioso si no tienes a nadie cerca —masculló.

—Siempre eres bienvenido a nuestra casa —dije—. Ya lo sabes.

No hizo ni caso.

—¡Ya sé! ¿Qué tal si te quedas una temporada? El tiempo que quieras —le dijo a Gemma—. Tengo tres dormitorios vacíos. Puedes elegir el que quieras. Caramba, puedes quedarte con toda la casa. Yo me trasladaré a uno de los edificios exteriores.

Al ver que ella tardaba en contestar, salí de la fila para mirarla de frente.

—No te lo estarás pensando, ¿no?

—¿Una casa entera? —preguntó ella con mordacidad—. Nunca he tenido una habitación para mí sola.

Yo no sabía si estaba bromeando o no. Di media vuelta y me dirigí hacia las escaleras.

—Mientras lo piensas voy a preguntarle a *Doc* por ese sitio que hemos encontrado.

—¡Sin mí no! —exclamó.

Dejó en las manos de Jibby una cazuela llena de marisco y corrió detrás de mí.

—La invitación sigue en pie —gritó Jibby—. Vale indefinidamente.

La planta principal de la casa de los Peavey estaba llena a rebosar de colonos ocupados en limpiar los destrozos. *Doc* estaba en la salita, discutiendo acaloradamente con un grupo de personas. No me vi capaz de empezar a hacerle preguntas delante de los demás. Estaba demasiado enfadado por sus mentiras de antes, de modo que me sentí aliviado cuando Shurl se abalanzó sobre mí y me puso una bandeja en las manos.

—Ty, ¿quieres empezar la fila del bufé? La comida está empezando a enfriarse. Y tú, Gemma, cariño, coge dos raciones de todo. Estás tan delgada que la marea de una piscina podría hundirte.

Obedecí las órdenes porque, cuanto más lo pensaba, más cuenta me daba de que quizá no fuera una buena idea hablar de los Seablite delante de Gemma cuando ella

sabía que su hermano era uno de los «prisioneros fugados» de la historia de *Doc*.

Después de servirnos comida del generoso despliegue de la mesa, Gemma y yo nos reunimos con Hewitt y Zoe en las escaleras que conducían a los dormitorios. Detrás de las ventanas, las luces que delimitaban la propiedad fueron perdiendo intensidad hasta imitar la pálida iluminación de la luna.

—¿Por qué pareces tan desanimado? —preguntó Gemma a la vez que se sentaba al lado de Hewitt—. Me parece increíble lo rápido que se ha arreglado tu casa.

—¡Qué suerte tengo! —Hewitt cogió la pinza de cangrejo que tenía en el plato.

—No creerías en serio que tus padres iban a trasladarse Arriba, ¿verdad? —pregunté sentándome dos escalones más arriba—. Son más fuertes que todo eso.

—Pero yo quiero vivir en un sitio donde no tenga que pasarme el día trabajando además de hacer los deberes del colegio. Los Terrestres —señaló a Gemma—, no tienen que hacer nada. Aprietan un botón y tienen comida. Tocan un interruptor y la basura desaparece. Giran un pomo y entran los amigos.

—¿De verdad? —Zoe le dio un golpecito para que se sentara a su lado. Hewitt cambió de escalón al instante.

—A mí no me mires —dijo Gemma encogiéndose de hombros—. Yo no soy tu modelo de Terrestre.

—Esa clase de vida inútil es la que destruyó este planeta —estallé—. La gente quería que todo fuera fácil y que estuviera a mano. Mira donde nos ha llevado eso.

—¿Por qué tú no eres como los otros Terrestres? —preguntó Zoe.

—Yo estoy bajo la tutela de la Comunidad.

—¿Y? —Hewitt me dio la espalda.

—Bueno, las familias pagan para que sus hijos vivan en pensiones —explicó Gemma—, mientras que a mí me trasladan a cualquier dormitorio que tenga una cama libre ese mes. No pasa nada —continuó rápidamente—. La mayor parte del tiempo estoy con niñas pequeñas y son divertidas. —Sonrió—. Les he enseñado todas las palabrotas que sabía a niñas de seis años.

—Por favor, no... —me apresuré a decir.

—¡Enseñamelas! —gritó Zoe al mismo tiempo.

—... se las enseñes a Zoe —terminé.

Ella abrazó a Gemma.

—¡Mis padres te adoptarán! Siempre han querido tener más hijos, ¿verdad, Ty? Los quieren —continuó como si yo le hubiera contestado—. Pero no han tenido más porque mi madre se asustó mucho cuando Ty fue al hospital.

Hewitt estaba concentrado en apartar los guisantes de su plato.

—Gracias —dijo Gemma con una sonrisa—. Pero voy a irme a vivir con mi hermano.

—Aún tienes que encontrarle. ¿Y si ni siquiera está en Benthic? —preguntó Zoe.

—Sé que está aquí —respondió Gemma después de dirigirme una mirada de pánico—. Lo único que no sé es a qué se dedica.

—Ya basta, renacuajo —intervine.

Quería que Zoe dejara en paz el tema del hermano de Gemma, pero también quería escuchar lo que decían, en voz cada vez más alta, los que estaban en la otra habitación.

El gruñido de Raj Dirani se oyó con toda claridad.

—Tupper dijo que vivos o muertos. Yo digo que la próxima vez que alguien vea al *Specter*, le lance un torpedo.

—Enseguida vuelvo —dije, dejando mi plato a un lado.

Recorrí en silencio el pasillo y me escondí en un rincón de la cocina, por si a mis padres se les ocurría pensar que no tenía edad suficiente para esa clase de conversación. Los mayores habían dejado de volver a llenar los armarios y estaban reunidos en círculo.

—¿Los ejecutarías sin un juicio? —preguntó mi madre con vehemencia—. Aunque Tupper lo permita, sería tomarse la justicia por su mano, y eso ni es justicia ni es nada.

Lars se tocó el vendaje que tenía en la cabeza con expresión ceñuda.

—Tenemos derecho a protegernos nosotros mismos.

—Si empezamos a saltarnos las leyes —dijo mi padre—, esta no será una comunidad que merezca la pena salvar. Me uniré a una cuadrilla siempre y cuando la intención sea encontrar a los forajidos y entregárselos a la Policía Marítima.

—¿Crees que habrá algún juez que los condene? —preguntó *Doc* sin levantar la voz. Al ver el ceño fruncido de mi padre, levantó sus manos llenas de cicatrices—. Lo único que digo es que, como sabes, el sistema legal está saturado. Las cárceles de tierra firme están hasta arriba y lo mismo sucede con los barcos prisión. A menos que las pruebas sean sólidas como una roca, el criminal sale libre.

—*Doc* tiene razón —dijo Lars—. Sabemos lo que sabemos, pero no tenemos pruebas. Ni siquiera conocemos sus identidades. Sus guantes de buceo no dejan huellas dactilares y cuando roban a los barcos de suministros mantienen sus cascos oscurecidos.

—Sombra no. —Raj se quitó el cigarro de algas de la boca—. Es muy difícil no distinguir a un albino en un grupo de sospechosos.

—Sombra no es albino. —Las palabras salieron de mi boca antes de que me diera cuenta.

Todos los que estaban en la cocina se volvieron a mirarme.

—¿Por qué dices eso, hijo? —preguntó Lars.

El alma se me cayó a los pies. Había planeado hablarles de mi descubrimiento, pero ese no era el lugar ni el momento. La expresión de furia que apareció en la cara

de Raj me dio miedo.

—John, tu hijo dice que Sombra no es albino —gruñó Raj—. ¿Qué sabe él que nosotros no sabemos?

—Ya le he dicho a Grimes todo lo que sé —tartamudeé.

Raj aplastó su cigarro en una taza.

—Ese espalda seca tiene cerebro de mosquito. Sería incapaz de pescar un pez en una bañera.

—Dinos exactamente lo que le dijiste a él —exigió Lars.

Haciendo caso de lo que había dicho Gemma sobre tener secretos, lo solté todo. Cómo me había encontrado con Sombra cara a cara en el campo de algas y que luego le había reconocido en el *Saloon*. Ni siquiera me callé mi encuentro con él en el ascensor ni la captura del submarino, aunque vi que mis padres intercambiaban una mirada que me heló el alma. Sabía lo que estaban pensando; que no se podían fiar de que yo siguiera las reglas y me mantuviera a salvo.

—¿Por qué iba Sombra a utilizar pasta de zinc? —preguntó Shurl cuando terminé de hablar—. ¿Por qué no se limita a oscurecer su casco como el resto de la banda?

—Porque si te toparas con él le reconocerías por su tamaño —masculló Lars—. O al menos sospecharías. Sin embargo, si crees que es albino, te centras en eso.

Raj desenfundó su pistola.

—El tamaño no detiene a un arpón —dijo, a la vez que comprobaba que el tambor estaba cargado de mini arpones.

—Esta discusión ha ido demasiado lejos. —Mi madre lanzó una mirada severa a todos los reunidos—. Raj, deja el arma.

—Claro —dijo él enfundándola—. Pero volveré a sacarla en cuanto llegue al Muelle de Entretenimiento. —Miró a Lars—. ¿Vienes?

—No podría detenerme ni un corrimiento de tierras. Vamos a decírselo a algunos de los otros también para que nos acompañen.

—Sombra no está allí ahora —indiqué—. Ya os he dicho que el *Specter* vino a por nosotros.

No sirvió de nada. Salieron de la cocina hechos una furia, dejándome hecho polvo, con la duda de si había hecho bien en contarles todo aquello. La mirada de decepción de mi padre me indicó lo que estaba pensando.

—Voy a buscar a Zoe y a Gemma —dijo mi madre—. Nos vamos a casa.

Shurl y ella salieron de la cocina. Lo mismo hizo mi padre.

Estaba a punto de seguirles cuando *Doc* me detuvo, cogiéndome del brazo.

—Espera un minuto —me ordenó en voz baja. Parecía desconcertado por algo, incluso preocupado—. Descríbeme otra vez al hombre que has visto en el *Saloon*. El que tú crees que es Sombra. Pero esta vez háblame de sus facciones, no del color de su piel.

—¿Por qué?

—Dame ese gusto.

Eso era lo último que me apetecía hacer.

—He encontrado Seablite —dije en cambio.

Me miró con dureza, pero algo en mi expresión debió de indicarle que no iba a poder conmigo.

—No está escondida —dijo con resignación antes de coger su plato de comida.

—No era una prisión —declaré sin poder disimular la rabia—. Era un reformatorio.

—Técnicamente sí —reconoció encogiéndose de hombros—. Si hubieras conocido a esos chicos, lo entenderías. Todos ellos eran sociópatas y criminales.

—Solo eran niños —repliqué—. Más jóvenes que yo. Y la Comunidad los tuvo esposados en el fondo del mar.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—Mintió cuando dijo que era una prisión. Estaba encubriendo lo que hizo el Gobierno.

*Doc* dejó el plato de golpe en la encimera.

—¿Crees que no me gustaría hablar de lo que pasó allí? ¿Qué no lo he intentado? —Sus ojos oscuros lanzaban chispas—. Hace cinco años, la Comunidad clasificó de confidencial el incidente de Seablite y si alguien se atrevía a hablar de ello le despojaban de todo lo que era importante para él. A mí me degradaron y desacreditaron. Así que no me des lecciones de honestidad, Ty. Todos tenemos nuestros secretos.

Vacilé, pero no encontré ninguna razón para ocultarlo.

—El hermano de Gemma fue enviado a Seablite.

*Doc* se quedó más blanco que el papel.

—¿Cómo se llamaba?

—Richard Straid.

*Doc* se frotó una de sus palmas con cicatrices, repentinamente pensativo.

—Te acuerdas de él. ¿Forma parte de la banda? —pregunté, expresando la preocupación que me acosaba desde que Gemma encontró su foto en la pared del reformatorio.

—No —contestó *Doc*, todavía sumido en sus pensamientos—. Era el buscador que asesinaron en el submarino.

La tristeza me invadió como el veneno de un pez globo. Tristeza por el chico pecoso de la foto, pero sobre todo por Gemma.

—El ordenador ha confirmado la identidad hace una hora —continuó *Doc* en voz baja, mirándome a los ojos—. El ADN de Richard Straid estaba en el sistema porque pasó una temporada en una institución del Gobierno: un reformatorio.

—Debió de discutir con los otros —conjeturé en un intento por hacer que todo aquello tuviera sentido—. Luego Richard se convirtió en buscador por su cuenta. ¿Y después qué pasó? ¿Los miembros de la banda decidieron que no podían confiar en él?

—Debía conocer sus verdaderos nombres —coincidió *Doc*.

—Así que le persiguieron y le mataron.

La idea me puso enfermo. Quizá fuera mejor no decírselo a Gemma. ¿Qué tenía de malo dejar que creyera que su hermano seguía por ahí, aunque no pudiera encontrarlo?

—Como acabamos de hablar, lo mejor es decir la verdad siempre que se puede —señaló *Doc* como si me hubiera leído el pensamiento—. Tráela y se lo diré.

—No hace falta —dijo una voz calmada detrás de nosotros—. Lo he oído.

Gemma permaneció sentada como un lirio durante el viaje de regreso a la granja; inmóvil, pálida y frágil. Mis padres intercambiaron miradas y susurros de preocupación durante todo el camino; *Doc* se lo había contado todo excepto lo de que Gemma era una fugitiva. En eso *Doc* mantuvo su promesa y no dijo nada, cosa que daba igual, porque el videoteléfono empezó a sonar en cuanto salimos de la piscina lunar. Cuando mi padre contestó, la cara de una mujer llenó la pantalla.

—¡Oh, no! —Gemma se escondió detrás de mí—. Es la señora Spinner. La que siempre me manda de un sitio a otro.

Sorprendido, volví a mirar la pantalla del teléfono. Había dado por hecho que la directora de la pensión de Gemma era una Nueva Puritana. Pues estaba equivocado. La señora Spinner era el ejemplo perfecto de una clase de Terrestre completamente distinta, porque su apariencia no tenía nada de natural. Su pelo súper rizado brillaba con tantos colores como los del pez loro, mientras que su rostro parecía haber sido pintado con tiza. Como de costumbre, el contraste me puso los pelos de punta.

—¿Es usted John Towson? —preguntó con un tono tan agradable que no me lo tragué.

—Sí —contestó mi padre, como si a él tampoco le engañara.

—Soy Eudora Spinner, la directora de la Pensión Elmira —dijo con una sonrisa—. Esta noche he recibido una llamada del policía Grimes. Me ha dicho que es posible que tenga usted a una de nuestras pupilas.

Mi padre hizo una seña a Gemma para que se acercara. Estuve a punto de cogerla de la mano y esconderla, pero mis padres nunca accederían a mantener su presencia en secreto.

Gemma anduvo despacio hasta detenerse delante de la pantalla.

—Hola, señora Spinner.

La mujer chasqueó la lengua suavemente.

—Gemma, ¿cómo puedes preocuparme de esta forma?

La actitud de Gemma siguió siendo cortés, pero no contestó.

—Bueno, es una suerte que los profesores se acordaran de todas tus preguntas acerca de Benthic. —La sonrisa de la señora Spinner se convirtió en una sonrisa de lástima—. Supongo que no has encontrado a tu hermano.

Gemma se contempló las uñas sin mover un solo músculo de la cara.

—¿Se te ha ocurrido que quizá, solo quizá, no quiera que le encuentren? —La señora Spinner unió las yemas de los dedos, como si estuviera pensando—. Richard cumplió los veintiuno hace seis meses, ¿no? Gemma, querida, creo que ya es hora de

que aceptes la dura realidad: si hubiera querido ser tu tutor legal, ya habría venido a buscarte. —Suspiró con dramatismo—. No sé cómo te las arreglas para conservar tus ilusiones año tras año, creyendo que le importas a tu hermano, cuando él no se ha molestado en venir a verte desde que tenías doce.

—Le he dado muchos problemas, ¿verdad, señora Spinner? —preguntó Gemma, con tono arrepentido, aunque yo sabía que no lo estaba porque tenía los puños apretados detrás de la espalda—. Espero que no haya retrocedido más puestos en la lista por mi culpa. Sé las ganas que tiene de salir de ese pequeño apartamento lleno hasta los topes.

La señora Spinner lanzó un bufido de indignación y su máscara de amabilidad se hizo pedazos.

—¡Oh, no! ¿La han puesto al final de la lista de espera? —exclamó Gemma, fingiendo asombro—. Lo siento muchísimo.

—¿Que lo sientes? —siseó la señora Spinner agitando sus coloridos rizos—. He descendido un puesto por cada hora que has estado desaparecida. Créeme, niña: cuando vuelvas, vas a aprender el verdadero significado de «lo siento».

Mi madre, que había permanecido al lado de Gemma durante toda la conversación, le puso un brazo protector sobre los hombros.

—Señora Spinner —dijo mi padre colocándose al otro lado de Gemma—. Nos gustaría ofrecerle a Gemma una alternativa. Nos gustaría mucho que se quedara a vivir con nosotros.

—Suponiendo que quiera quedarse debajo del mar —añadió mi madre.

—Ni hablar —ladró la señora Spinner antes de que Gemma tuviera tiempo de decir algo—. Nunca pondríamos a un tutelado en un asentamiento experimental en el fondo del mar.

La rabia me impulsó a hablar.

—¿Es mejor mandarla a un reformatorio?

—¿Mejor que vivir con los Abisales? —se burló la señora Spinner—. ¡Por favor! No hace falta decir lo que la presión del agua está haciéndoos, y no voy a permitir que esa niña desagradecida me demande dentro de diez años porque ha sufrido daños cerebrales. Señores Towson, me temo que no reúnen las condiciones que la Comunidad exige a los candidatos a padres adoptivos.

Un músculo se contrajo en la mandíbula de mi padre y supe que le estaba costando un gran esfuerzo no sacar su mal genio.

—Es posible que no sigamos viviendo aquí mucho tiempo más —dijo.

Se me cayó el alma a los pies.

—Bueno, cuando hayan vuelto a la civilización y estén instalados, son ustedes libres de rellenar una solicitud de adopción. Mientras tanto, señorita Straid —contestó la señora Spinner clavando los ojos en Gemma—, mañana a las siete de la mañana te

presentarás en el Intercambiador. Grimes se ha ofrecido amablemente a escoltarte hasta tu nuevo destino.

—¿Cuál es? —preguntó Gemma con voz apagada.

La señora Spinner sonrió de una manera desagradable.

—El Reformatorio Altoona para Niñas Rebeldes. No me cabe la menor duda de que te encontrarás como en casa con las otras acusadas.

Gemma no esperó a que el videoteléfono se apagara para salir corriendo, escaleras arriba.

No podía moverme. Unas correas me sujetaban los brazos y las piernas y me mantenían tumbado. Al incorporar la cabeza vi que estaba atado a la cama de un hospital, sin camisa ni zapatos. Me moví de un lado a otro con desesperación, pero lo único que conseguí fue que las correas se me clavaran en la carne. No sé de dónde apareció una máscara de gas que se cernió sobre mi cabeza. Me retorcí hasta que noté calambres en el cuello por el esfuerzo. Unos dedos de acero me sujetaron la cabeza mientras la máscara cubría mi boca y mi nariz. Sofoqué los gritos y contuve la respiración. Al intentar ver a la persona que me estaba sujetando, descubrí a un hombre con un gorro de cirujano que presionaba la máscara. Mis pulmones se llenaron de gas. Se me nubló la visión y...

Me desperté de un salto en la oscuridad, con las sábanas empapadas de sudor. Otra pesadilla. ¿Es que no iban a terminar nunca? Me puse de lado y escuché los sonidos de la casa: el suave zumbido del generador y los purificadores de aire. Eso ayudó a que mi corazón se tranquilizara. Salí de la cama y apoyé la frente contra el frío cristal de la ventana. Nada sospechoso acechaba en el campo de algas. De repente, una zambullida un nivel más abajo rompió el silencio. Era un ruido bastante familiar, pero no era frecuente oírlo en mitad de la noche. ¿Quién estaba entrando o saliendo por la piscina lunar a esas horas?

Bajé corriendo las escaleras y descubrí que las luces del vestuario estaban apagadas. Eso me preocupó. Me deslicé por el palo central del hueco de las escaleras y aterricé con un golpe sordo en el nivel inferior. La única luz que iluminaba la habitación era la de los focos que marcaban los límites de la propiedad y estaban al mínimo. A pesar de todo, pude ver a Gemma revolviendo el contenido de una taquilla; probablemente buscando su traje de buceo, porque volvía a llevar puesto el mini camión de Zoe. El mini submarino cabeceaba en el centro de la piscina lunar, lo cual me tranquilizó. Utilizar la pinza para coger un mini submarino, llevarlo hasta la piscina lunar y soltarlo en el agua era una operación bastante complicada en una habitación iluminada, pero, por lo que veía, el duro borde de la piscina no le había arañado los costados ni rajado el cristal.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, mientras encendía las luces situadas al final de las escaleras.

Ella giró sobre sí misma, con expresión culpable y decaída.

—Vas a escaparte otra vez —dije.

Ver su bolsa de lona al lado de la piscina lunar me produjo un vacío en el pecho.

—Solo estaba cogiendo prestado vuestro submarino —balbuceó ella—. No se me

ocurre otra manera de ir al Intercambiador. Lo iba a dejar allí.

—¿Qué vas a conseguir con eso?

—Pediré que me lleven al Continente en un hidroavión o en una casa barco. O viajaré de polizón.

—No pares en el Intercambiador —le aconsejé, deseando poder dominar el temblor de mi voz—. Podrías toparte de repente con Grimes. Sigue hasta Paramus y deja el submarino en el muelle de la Policía Marítima. Nosotros lo recogeremos luego.

—¿Vas a dejar que me lleve el submarino? —preguntó ella, desconcertada.

—¿Y cómo podría impedírtelo? No voy a dispararte.

—Podrías ir a despertar a tus padres.

—Sí. Y a Zoe también. Y luego los cuatro nos sentaríamos encima de ti hasta que apareciera la Policía Marítima.

Ella se relajó.

—Eso no parece que vaya a ser divertido para ninguno.

Toqué su bolsa con el pie.

—¿Llevas comida?

Cuando negó con la cabeza, abrí la puerta del invernadero, saqué una cesta hecha de algas marinas y se la lancé. Luego arranqué dos manzanas del árbol más próximo y se las tiré también.

—Siento mucho lo de tu hermano.

Ella asintió, pero no me miró a los ojos.

—Te pareces mucho a él —murmuró mientras metía las manzanas en la cesta—. Él también se preocupaba por los demás. No solo por mí, sino también por los chicos que había en su dormitorio. Daba la cara por ellos aunque eso significara meterse en problemas. —De pronto pareció que se le ocurría una idea—. Ven conmigo.

—¿Al Continente?

—No, más lejos. Tú no quieres vivir Arriba. Compraremos un barco con el dinero que me mandó Richard y nos iremos.

—¿Adónde?

—A cualquier sitio. ¿Qué tal las Islas Colorado?

Yo me puse como un tomate al imaginarnos a los dos juntos en un barco.

—No puedo.

Ella desvió los ojos hacia la ventana situada detrás de mí.

—Ty...

Respiré hondo para resistir. No sabía cómo volver a decir que no cuando la idea me gustaba tanto.

—Dijiste que las luces de fuera nunca se apagan del todo —continuó ella, señalando detrás de mí. Todos los focos que delimitaban la granja se estaban

apagando uno a uno. Corrí hacia la ventana. La última luz se apagó y los campos se quedaron a oscuras. Gemma se pegó a mí—. ¿Qué está pasando?

La luz del interior de la casa iluminaba las algas que estaban más cerca. Excepto una zona que, por lo que noté, se correspondía con la sombra de la casa. No, eso era imposible. La casa era la fuente de luz, de modo que no podía proyectar su propia sombra. Ahí fuera, un piso más arriba, había algo. La sombra se fue oscureciendo y agrandando. Fuera lo que fuera, estaba descendiendo.

Pegué la cara a la ventana para tratar de ver más arriba, pero no vi nada. Era una pena que no pudiera utilizar el sónar a través del espeso plexiglás. Lo que fuera mantenía su posición un piso más arriba. Me aparté de la ventana. Las ballenas no se quedaban quietas y los tiburones no alcanzaban ese tamaño.

—¿Ty?

Gemma siguió mi mirada. Luego, cuando se inclinó para ver mejor, algo enorme y negro cayó por delante de la ventana. Se apartó de un salto.

La cogí de la mano, con el corazón acelerado.

—¿Eso era...? —preguntó mientras la arrastraba hacia los árboles frutales.

—Forajidos.

Abrí de un tirón la puerta del invernadero y echamos a correr hacia las escaleras, pero nos paramos de golpe en el centro del vestuario cuando la sombra se deslizó junto a otra ventana; esta vez lo bastante cerca como para ocultar todo lo demás. El *Specter* fue describiendo círculos, cada vez más rápido, como un tiburón acercándose a su presa. Empujada por el movimiento del agua, la casa empezó a retorcerse sobre las cadenas que la anclaban al suelo, obligándonos a balancear el cuerpo para conservar el equilibrio.

—¡Vete! —grité empujándola hacia las escaleras, mientras yo corría hacia el intercomunicador de la casa y le daba un puñetazo al botón—. ¡Papá, despierta!

—¿Ty? ¿Qué está pasando? —La voz de mi padre estaba despejada; sin duda se había despertado cuando la casa empezó a moverse.

—¡John, los focos de fuera están apagados! —oí gritar a mi madre.

—El *Specter* está dando vueltas sobre nosotros —les dije—. Creo que los forajidos han desconectado la energía de fuera, pero no sé cómo.

La respuesta de mi padre fue un juramento que habría hecho enrojecer a un minero.

—¿Dónde estás...? —Su voz se apagó, al mismo tiempo que todos los sonidos de la casa. Y todas las luces.

—¡Ty! —Gemma solo había llegado a la mitad de las escaleras.

—No pasa nada.

El generador de emergencia se pondría a funcionar enseguida. Aunque en casa de los Peavey no había sido así, aquí sería distinto. Era mi casa y sabía cómo funcionaba

cada centímetro. Pero los segundos pasaron y lo único que se oían eran los pasos nerviosos de mis padres en el piso de arriba. Por fin, una hilera de luces rojas de emergencia parpadeó alrededor de la piscina lunar, mientras por fuera, unas lucecitas verdes señalaban la estructura de la casa. Me relajé un poco y esperé a oír el familiar zumbido del purificador de aire al ponerse en marcha. Luego recordé que todas las luces de emergencia se alimentaban de una batería. El generador auxiliar seguía más callado que un muerto.

El miedo hizo que se me encogiera el estómago. Otra vez la misma pesadilla. Íbamos a perder nuestro criadero, nuestras cosechas y nuestra casa en cuestión de treinta minutos, igual que Shurl y Lars. Eché a correr, me quité la camiseta y la tiré al vestuario.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Gemma inclinada sobre la barandilla, con la cara pálida bajo la tenue luz.

Me paré debajo de ella.

—No va a pasar nada. Los forajidos robarán algunas cosas y luego se irán, igual que hicieron en casa de Hewitt.

Al menos eso esperaba yo, pero por otro lado me preguntaba si lo que estaba pasando era culpa mía. Sombra había amenazado con matarme si le contaba a alguien lo que sabía de él, y lo había hecho. ¿Y si había venido a por mí?

—¡Ty! —gritó mi padre desde arriba.

—¡Estoy abajo! —contesté—. Ve a despertar a Zoe —le dije a Gemma—. Luego encerraos en su dormitorio. No abráis la puerta hasta que me oigáis al otro lado.

No esperé a que me contestara; corrí hacia la otra punta de la habitación, abrí de un tirón mi taquilla y saqué mi traje de buceo.

Mis padres bajaban a toda velocidad por las escaleras, cerrándose los trajes de buceo, obstaculizados por Gemma, quien por fin estaba subiendo.

—El *Specter* viene por estribor —anuncié mientras me ponía el traje de buceo.

El *Specter* apareció junto a la ventana del extremo más alejado del vestuario, dejando a su paso una tormenta de burbujas.

—Están intentando asustarnos para que no salgamos —gruñó mi padre—. Lo más probable es que quieran el equipo y los suministros de los edificios auxiliares.

—¿Qué quieres hacer? —preguntó mi madre al tiempo que enfundaba su pistola de arpones.

—Te diré lo que no voy a hacer, y es entregar nada sin pelear —juró mi padre.

Mi madre asintió con nerviosismo, sacó dos botellas de Liquigen de los soportes de la pared y le entregó una a mi padre.

Cuando el *Specter* pasó por delante de la ventana más próxima, me aparté. Estaba tan cerca que parecía como si quisiera atravesar la envoltura acrílica de la casa. En algún lugar del interior de ese submarino estaba Sombra, una idea que me provocó

escalofríos.

Mi madre me entregó una picana.

—Vete arriba con las niñas.

—Ni hablar. Disparo tan bien como vosotros dos, y desde luego mis ojos ven mejor que los vuestros en el agua.

—¡Sí, pero quiero que veas que tienes dieciséis años! —dijo mi madre en voz baja y amenazante.

—Le necesitamos, Carolyn —intervino mi padre—. Vigila la piscina lunar —me dijo—. Dispara a cualquier cosa o persona que intente pasar.

—Menos a vosotros.

Mi padre sonrió con ironía.

—Menos a nosotros.

Mi madre me cogió del brazo.

—Si vienen muchos, no te hagas el héroe. Sobre todo si uno de ellos es Sombra. Esconderse no es ninguna vergüenza. ¿Me has entendido?

—Si es Sombra, intentaré acertar.

Mi madre no discutió. Siguió a mi padre al interior de la piscina lunar, con la pistola de arpones en la mano. Al verles desaparecer bajo el agua, sentí un escalofrío de miedo. Los tiburones no tardarían en llegar a darse un festín con los peces moribundos del vivero. Mis padres tendrían que hacer frente a los depredadores, tanto humanos como animales, a oscuras. Pero que yo me quedara ahí, temblando de miedo, no iba a ayudar a nadie. Subí corriendo las escaleras para ver si las chicas se habían encerrado en el dormitorio de Zoe, pero me las encontré en el descansillo, con sus camisones blancos y una expresión de ansiedad en la cara.

—Es culpa mía —susurró Gemma—. Esto no habría pasado si no te hubiera convencido para que me llevaras al *Saloon*.

—¿Habéis estado en el *Saloon*? —preguntó Zoe en voz tan alta que me estremecí.

—A Hewitt no le convenciste para que te llevara al *Saloon* y sin embargo atacaron su casa —señalé. Si alguien tenía la culpa de todo aquello, lo más probable es que fuera yo—. Venga —hice un gesto hacia los dormitorios—, encerraros por dentro.

—No —Gemma sacó su cuchillo de jade—. Quiero ayudarte.

—Ayúdame manteniendo a Zoe a salvo.

Zoe gritó de indignación.

—¡Puedo cuidarme sola!

Gemma cruzó su mirada con la mía por encima de la cabeza de Zoe, y asintió en respuesta a mi súplica silenciosa.

—Ty lo ha dicho solo para que no me sintiera mal —le dijo a Zoe—. Lo que quiere en realidad es que tú me vigiles a mí. La Terrestre inútil soy yo.

Rodeó a Zoe con un brazo e intentó llevarla de vuelta al pasillo con amabilidad.

Zoe no estaba dispuesta a irse y se zafó de su brazo.

—Voy a ir contigo —anunció—. Quiero ver un forajido.

Parecía muy excitada por la idea.

—Vas a poner en peligro a papá y a mamá —susurré enfadado—. Si te atrapa un forajido, morirán intentando salvarte. —Ahora Zoe parecía asustada y yo me aproveché de ello—. Ve a tu habitación, echa el cerrojo a la puerta y bloquéala.

Mientras las chicas se marchaban, oí un chapoteo en el vestuario.

Bajé con cuidado, con la picana preparada. A pesar de las luces de emergencia del suelo, la habitación estaba a oscuras. Aun así, distinguí una sombra ovalada que flotaba en la piscina lunar. Emití varios chasquidos, con la esperanza de estar equivocado, pero no, mi sónar confirmó lo que ya suponía. Junto a la cosechadora cabeceaba mi nave, con la escotilla abierta. Supe al instante cómo me había encontrado Sombra. Era asquerosamente fácil. No había tenido más que entrar y pulsar el icono que ponía CASA. Me asusté. Sombra estaba dentro de la casa. Los círculos del *Specter* solo habían sido una distracción para hacer salir a mis padres. Ahora, en algún lugar, entre la oscuridad, Sombra esperaba el momento oportuno para atacar.

Unos golpes resonaron en la ventana que tenía a mi izquierda. Al girar, vi un grupo de atunes que chocaban contra el cristal. Un tiburón martillo se lanzó entre ellos y se llevó uno. ¿Dónde estaban mis padres?

No podía dedicarme a pensar en eso. Sombra estaba cerca y esa certeza borró cualquier otro pensamiento de mi cerebro. Me fui acercando a la zona de equipamiento sin dejar de emitir chasquidos. Allí lo único que había era vehículos. Por supuesto, el sónar no podía decirme si había algo escondido detrás de ellos. Avancé otro paso y apoyé mi pie descalzo en un charco de agua fría. El repentino escalofrío que recorrió mi cuerpo agudizó todos mis sentidos. Mis padres no habían salpicado agua al sumergirse. El charco lo había hecho alguien al salir de la piscina lunar.

Debería estar asustado por saber que Sombra había venido a matarme, pero lo que estaba era furioso; muy, muy furioso.

¿Por qué no había cambiado de arma antes de ir a ver cómo estaban las chicas? Para usar la picana tenía que tocar a mi objetivo con ella, y no tenía intención de ponerme al alcance de las manos de Sombra. Emití más chasquidos, pero no descubrí nada, aparte de máquinas. Bajo la tenue luz verde, las paredes de espuma metálica emitían un brillo fantasmal.

Reuní valor y me moví deprisa hacia la estantería de las armas, pero tropecé con algo. Lo levanté con la punta de la picana para intentar averiguar qué era.

Una chaqueta de piel de tiburón.

Por si todavía me quedaba alguna duda de que Sombra estaba ahí, esto dejaba las cosas claras. Solté la chaqueta como si fuera la camisa de un reptil, enfundé la picana y corrí hacia la estantería de las armas. Una vez allí, mis dedos pasaron por encima de la escopeta de arpones de tamaño normal y se cerraron alrededor del frío acero de la otra, más grande, que pertenecía a mi padre. La saqué con las dos manos. Era larga, pesada y del tamaño de un hombre. Mi padre la tenía para las raras ocasiones en las que un tiburón atravesaba nuestra red de burbujas. No me gustaba la idea de disparar a un hombre con ella, pero no tenía elección. Un arpón pequeño puede que no detuviera a Sombra, a menos que le atravesara el corazón.

Me dirigí hacia el centro de la habitación emitiendo chasquidos otra vez. Presté atención al eco y visualicé mentalmente el vestuario, tan claramente como si todas las luces de la casa estuvieran encendidas. Y ahí estaba el intruso, saliendo de detrás de un submarino, pegado a la pared. Mis ojos no podían verlo, pero en mi mente, la sombra que había al otro lado de la habitación tenía la forma tridimensional de un hombre. Un hombre tan grande y alto que solo podía ser Sombra. Mi sónar era tan potente que incluso sabía que tenía el torso desnudo por la forma en que rebotaban en él los sonidos. La piel del forajido producía un eco más agudo que el de la tela de sus pantalones.

Sombra encendió una linterna pequeña e iluminó el suelo y las paredes para echar un vistazo rápido a la habitación. Me tranquilicé al comprender que yo tenía ventaja. Sombra no podía ver en la oscuridad. Mientras yo permaneciera apartado de la luz de la linterna, y no me acercara a las luces de emergencia, no me descubriría.

Levanté el rifle de arpones, apoyando la culata contra mi hombro. Los brazos me temblaban por el esfuerzo de estabilizar la pesada arma. Emití otra serie de chasquidos y luego utilicé la imagen que se formó en mi mente para apuntar. Iba a ser difícil, porque Sombra se movía con rapidez a lo largo de la pared. Sin embargo, si no me daba prisa, al cabo de un minuto habría llegado a las escaleras y, una vez en el segundo piso, con todas sus habitaciones, sería mucho más difícil encontrarle, y no digamos tener un disparo limpio. Cogí aire, lancé otro chasquido, localicé a mi blanco y apreté el gatillo.

El retroceso del arma me mandó volando hacia atrás mientras expulsaba el arpón. En el mismo instante en que aterricé en el suelo, se oyó el golpe del acero al clavarse, acompañado de un grito estrangulado. El arpón había dado en el blanco. ¿Le había matado? Me estremecí ante la idea.

Al incorporarme, vi que la linterna de Sombra rodaba por el suelo. Cuando utilicé el sónar, me quedé sin respiración ante la imagen que se formó en mi cerebro. Sombra estaba pegado a la pared. Clavado en ella. El arpón sobresalía de su brazo izquierdo, justo por debajo de su hombro. Su respiración se volvió jadeante y dejó de intentar liberarse. Mi sónar no podía decirme por qué había dejado de moverse.

¿Había muerto o solo lo fingía para que me acercara? Giré en redondo y corrí hasta el otro extremo del vestuario, patinando en un charco. Necesitaba saber si Sombra seguía siendo una amenaza. Cogí una linterna de emergencia y desenfundé mi picana.

Dejé la linterna en el borde de la piscina lunar, desde donde iluminaría toda la habitación, me puse frente a la pared a la que Sombra estaba clavado y encendí la linterna. Lo que apareció ante mis ojos me dejó paralizado en el sitio. El cuerpo de Sombra estaba completamente rojo. Incluso sus ojos. ¿Sangre? Intenté dar algún sentido a la espeluznante visión que tenía delante. Estaba demasiado conmocionado para darme cuenta de que Sombra había cogido el arpón con las dos manos hasta que, con un grito de dolor, lo desprendió de la pared que tenía detrás. Luego apoyó las palmas de las manos en el extremo sin punta y empujó para sacarse el arpón por la espalda, sin dejar de gritar.

El sonido del arpón al caer al suelo me devolvió de golpe a la realidad. Sombra estaba libre. Y venía a por mí.

Levanté la picana, pero había perdido mi oportunidad. Corrió hacia mí, pasando del rojo al negro hasta que volvió a hacerse prácticamente invisible. Debería haber apagado la linterna para tener ventaja, pero él estaba casi encima de mí antes de que tuviera la posibilidad de hacerlo.

Giré sobre mí mismo, apuntando la picana hacia el forajido que me acosaba, pero con la piscina lunar a mi espalda no tenía por donde escapar. Sombra me arrebató la picana de las manos y la lanzó hacia la otra punta de la habitación, donde se estrelló contra los armarios de herramientas. Quise sacar el cuchillo, pero él era demasiado rápido. Me arrancó el cuchillo del cinturón y lo tiró a la piscina lunar. Antes de que yo pudiera zambullirme también, cayó sobre mí con tanta fuerza que mi cabeza chocó contra el suelo y un intenso dolor atravesó mi cerebro.

Me obligué a conservar la consciencia. El brillo de la linterna jugaba sobre la piel negra y resbaladiza de Sombra. Mientras yo retrocedía sobre el charco, sus ojos se fueron enrojeciendo hasta que sus pupilas quedaron convertidas en dos rendijas de fuego. Me plantó su pie descalzo en el pecho y me dejó clavado en el suelo.

—¿Dónde está la chica? —gruñó.

Sacudí la cabeza. Antes dejaría que me matara que entregarle a Gemma y a Zoe. Una gota de sangre de Sombra cayó sobre mi mejilla. Al apartar la cara para evitar que la sangre que salía de su herida me cayera encima, un movimiento captó mi atención. Entre las piernas separadas de Sombra vi a Zoe asomada a los barrotes de las escaleras.

Gemma la cogió por el brazo y trató de obligarla a subir. Zoe intentó soltarse, pero Gemma tiró de ella, peldaño a peldaño, poniéndola casi fuera de la vista, hasta que... Zoe le mordió en la muñeca. Con fuerza. Cuando Gemma abrió la mano y la soltó, Zoe echó a correr escaleras abajo. Al oír los ruidos, Sombra se dio la vuelta. Le

clavé las uñas en la pierna para intentar liberarme, pero lo único que conseguí fue que me pisara con más fuerza.

Zoe se paró al pie de las escaleras, con su camisón, sus rizos revueltos y un tiburón de juguete en los brazos mientras Gemma desaparecía de la vista en la parte superior de las escaleras.

—¡Apártate de él! —ordenó Zoe con voz temblorosa, pero cargada de amenaza.

Sombra la miró de arriba abajo.

—Un encanto —dijo—, pero no es la que quiero. ¿Dónde está la otra? —Al ver que no contestaba, me pisó con tanta fuerza que el dolor me quitó la respiración—. Busco a la del muelle de atraque.

—¡Basta! —gritó Zoe.

—Dímelo —me advirtió. Sus pupilas se fueron agrandando hasta que sus ojos estuvieron completamente rojos—, o se lo preguntaré a ese ángel de ahí.

—Adelante, pregúntame, cara de idiota.

—¡Zoe! —grazné mientras le hacía señas para que se marchara, pero acabé gritando cuando una de mis costillas se rompió bajo la presión del talón de Sombra.

—¿Dónde está? —preguntó el forajido, escupiendo cada palabra.

—¡Aquí! —Gemma bajó a toda velocidad las escaleras y se puso delante de Zoe, apartándola de la vista de Sombra—. Por favor, no le hagas daño.

Tiró al suelo su cuchillo de jade.

Sombra le hizo señas con un dedo para que se acercara. Cuando me moví con fuerzas renovadas, me miró como si mirara a un insecto y estuviera decidiendo si matarlo o no. Sombra se iba a llevar a Gemma y yo no podía hacer nada para evitarlo... Pero había alguien que sí podía.

—¡Zoe! —jadeé—. ¡Hazlo! —Entre las piernas separadas de Sombra, vi que mi hermana salía de detrás de Gemma—. ¡Ahora! Toca el...

Mis palabras acabaron en un grito cuando el pie de Sombra volvió a apretar y me rompió otra costilla. A pesar del dolor, obligué a mis ojos a permanecer abiertos para ver a Zoe de rodillas junto al charco que se había extendido por el suelo del vestuario. Sumergió un dedo en el agua.

Un segundo después, sentí una oleada de dolor producida por una descarga eléctrica que atacó a todas las terminaciones nerviosas de mi cuerpo. Sobre mí, Sombra se convulsionó como si le hubiera caído un rayo y luego se quedó rígido. Cuando se desplomó, sentí otra oleada de dolor y todo se volvió negro.

Desperté con un regusto a quemado en la boca y un dolor de muelas terrible. Alguien estaba llorando cerca de mí. Debía de ser Zoe. No necesitaba verla para saber que se estaba meciendo sobre los pies, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta de par en par. Nadie en el mundo era capaz de aullar como ella. Debía de haberse muerto una de sus mascotas. Abrí los ojos para decirle que la ayudaría a cazar a otro monstruo si dejaba de hacer ese ruido tan horrible.

Parpadeé para protegerme de la intensa luz y los aullidos de Zoe se detuvieron de repente. Cerré los ojos y decidí utilizar mi sónar en vez de la vista, pero cuando me moví para emitir los chasquidos, sentí un dolor ardiente en el costado. Con un gemido, entorné los ojos para mirar a Zoe, que me devolvió la mirada llena de asombro. Luego mi cama se inclinó hacia delante y ella desapareció de mi vista.

No, no era una cama, sino una camilla, comprendí cuando mi cabeza empezó a despejarse.

—Ahora tenéis que salir de la habitación —dijo una voz. La de *Doc*.

Algo me rodeaba tan fuerte el pecho que cada respiración era un suplicio. Eché la cabeza hacia atrás y vi que me estaban introduciendo en algo que parecía un cilindro metálico.

—Estás consciente —dijo *Doc*—. No te muevas; esto no te va a doler nada.

Cuando el cilindro se acercó, unas luces extrañas parpadearon en su interior. El pánico se apoderó de mí mientras los recuerdos invadían mi mente como fantasmas. Me estaban metiendo en un aparato de resonancia magnética. Me revolví y las costillas me ardieron.

—Ty, no te muevas —ordenó *Doc*.

Al incorporar la cabeza vi que tenía los labios apretados con decisión. Me tiré de la camilla y me sujeté al borde por si las piernas no me sostenían, pero lo hicieron. Corrí hacia la puerta sin llevar encima nada más que una bata de hospital.

—¡Vuelve! —gritó el médico, detrás de mí.

Empujé la puerta batiente y salí a la enfermería donde encontré a mi familia reunida junto a una hilera de camas. Gemma también estaba allí. Cuando mis padres me vieron, se acercaron corriendo. El primero en llegar fue mi padre, que me tumbó en una de las camas antes de que me desplomara.

*Doc* entró empujando la puerta con los ojos clavados en mí.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó—. Ha salido corriendo como si fuera a matarle —les dijo a mis padres.

—Dale un minuto, *Doc* —pidió mi padre, a la vez me daba un apretón en el

cuello para tranquilizarme.

Mi madre se sentó en la cama de al lado. Me cogió una mano con dedos temblorosos y se frotó la cara con mis nudillos. En el otro lado de la habitación, Gemma movía hacia delante y hacia atrás el carro de reanimación de la enfermería, como si estuviera meciendo una cuna.

—¿Quién sabe cuánta electricidad ha soportado? —dijo *Doc*—. Necesito comprobar su cerebro por si ha sufrido algún daño y...

—¡No! —grité.

Un movimiento a los pies de la cama captó mi atención. Era Zoe, todavía en camisón, que apretaba su tiburón de juguete como si su vida dependiera de ello.

—Por favor, no te mueras —murmuró.

—No me voy a morir —me burlé.

—No quería hacerte daño. —Sus sollozos hacían que fuera difícil entender lo que decía.

Los sucesos de la noche aparecieron de repente en mi cabeza. Mi miedo, el dolor intenso cuando se me rompieron las costillas... y Sombra. Sobre todo, Sombra. Encima de mí y aterrador; con ojos brillantes como brasas.

—Sombra —jadeé sacando las piernas de la cama.

Mi madre me apretó la mano y me sujetó.

—Está encerrado —me tranquilizó mi padre—. Grimes se lo va a llevar a la costa dentro de una hora y nunca volveremos a verle.

Mis ojos volaron hacia Gemma, que parecía tan afectada como yo. ¿Qué les había contado?

—¿Qué es esto? —preguntó mi madre, alarmada, mientras me tocaba el brazo.

Al mirar, vi una extraña señal en forma de pluma que empezaba en la cara interna del codo y me subía por el bíceps. Parecía como si alguien hubiera dibujado mis venas con tinta púrpura.

—Una figura de Lichtenberg —contestó *Doc*—. Grimes dice que Sombra tiene una exactamente igual.

Cuando recorrió con el dedo las ramificaciones, me encogí de dolor.

—Aparecen en la gente que ha sido alcanzada por un rayo —explicó *Doc*—, pero puede producirlas cualquier tipo de descarga eléctrica. —Miró a Zoe.

Ella se removió y abrió la boca para hablar, pero yo me adelanté.

—Fuiste muy lista al meter la picana en el charco, renacuajo. Verdaderamente inteligente.

En el otro extremo de la habitación, Gemma dejó de mover el carro y frunció el ceño.

—Sí —murmuró mi hermana secándose las lágrimas con la mano—. Eso es lo que hice.

—Antes has dicho que no te acordabas de lo que habías hecho —corrigió *Doc*.

—Estaba asustada —le interrumpí con los ojos clavados en Zoe—. Cogió la picana del suelo. Lo más probable es que no se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

Zoe asintió, con los labios apretados.

—Yo le dije que la metiera en el charco —añadí.

El médico se puso delante de Gemma.

—¿Tú viste lo que pasó?

—¿Hay algún problema, *Doc*? —preguntó mi padre.

—Dentro de cuarenta y ocho horas me iré de aquí para siempre. —La mirada de *Doc* se posó en mí—. Si te pasa algo, esta es tu oportunidad para averiguarlo; después estarás solo.

Me tensé de rabia.

—A mí no me pasa nada —afirmé.

¡Cómo si fuera a confiar en él, después de saber que nos había mentido a propósito para que creyéramos que Seablite era una prisión!

—Vamos a darle a Ty un poco de tiempo y ya veremos cómo evoluciona —sugirió mi padre.

—¡Es un niño! —*Doc* se volvió hacia él—. No sabe lo que le conviene. ¿Es que no tienes ninguna autoridad sobre él?

—Alguna —contestó mi padre con ironía.

—Es una negligencia no hacer que le examinen. Pura negligencia —dicho esto, *Doc* salió muy ofendido de la habitación.

—Ahora que Sombra ha sido arrestado —dijo mi madre rápidamente para llenar el silencio—, todo el mundo cree que el resto de la banda desaparecerá. Creo que te gustará saber que nos estamos replanteando lo de irnos a vivir Arriba. —Sonrió y me entregó un montón de ropa doblada—. Puede incluso que la Comunidad ofrezca una recompensa por su captura.

Miré a mi padre, que me devolvió la mirada con una sonrisa. Eso fue suficiente para que las costillas dejaran de dolerme durante un momento.

En cuanto salieron de la habitación, me apresuré a ponerme unos pantalones ajustables a la cintura. Al quitarme la bata de papel me fijé en la marca en forma de pluma. Me dejé caer en la cama mientras me enfrentaba al hecho de que esa señal era la segunda cosa que Sombra y yo teníamos en común. Después de lo que había presenciado no había forma de negarlo: Sombra tenía un Don Oscuro.

Las felicitaciones y los aplausos estallaron en cuanto abrí la puerta del comedor. Jibby, Raj y los Peavey alzaron sus jarras.

—¡Por Ty!

Jibby me puso una copa en las manos.

—Estamos celebrando la captura de Sombra.

—¿Qué hora es?

—Medianoche —contestó Shurl sonriéndome.

Gemma se acercó a mí.

—Tenemos que hablar —susurró.

Me llevó hasta una mesa vacía.

Bien, ahora podríamos ponernos de acuerdo sobre lo que íbamos a contar.

—Tienes que decirles que los Dones Oscuros existen —dijo en cuando estuvimos sentados encima de la mesa.

—¿Qué? ¡Ni hablar!

—La gente tiene que saber que Sombra tiene la facultad de camuflarse.

—¿Por qué? Por mucho que cambie el color de su piel no puede escaparse de una cárcel.

—Para Zoe y Hewitt eres un ejemplo —me regañó—. Probablemente lo seas también para otros niños. Se fijan en ti porque eres mayor, ¿y qué les estás diciendo? Que se avergüencen de sí mismos.

Miré a Zoe, que parecía más pequeña que de costumbre, acurrucada en el regazo de mi madre y abrazando su tiburón de juguete. Aparté la mirada y pasé de la sensación de culpabilidad que se estaba apoderando de mí.

—Me pone malo que la gente me observe. Los colonos estarán pendientes de si estoy sano, porque si lo estoy pensarán que no tienen que preocuparse por sus hijos. Los Terrestres estarán pendientes de si me afecta la presión del agua. No quiero convertirme en un espécimen; quiero ser normal.

—Pero no lo eres —dijo Gemma—. Eres diferente. Especial. Eso tienes que admitirlo. Y para que lo sepas, no es normal querer ser normal. La gente normal quiere ser especial.

—¿Así? Aquí abajo quien es especial eres tú. Tanto que un forajido ha querido raptarte. Pero, para que lo sepas, lo contrario a «normal» no es «especial». Es «anormal». Y no voy a admitir eso delante de nadie. Jamás. Lo único que conseguiría sería un viaje solo de ida Arriba y más exploraciones médicas. No, gracias.

—Te necesito, chico —dijo una voz detrás de nosotros. Al darme la vuelta vi a Grimes. Le sonrió a Gemma—. ¿Creías que me habías engañado? No llevo aquí tanto tiempo como para no reconocer a una mujer cuando la veo. Tanto si es joven como si no.

Me interpuse entre ellos.

—Creo que va usted a llevar a Sombra a la costa.

—Eso es. Pero antes... —Me dio una palmada en la espalda—. Quiero que le identifiques como el delincuente que estuvo a punto de matarte.

—Yo también estuve allí —Gemma saltó de la mesa—. Y estuve consciente todo el tiempo. ¿Mi identificación no tiene valor?

—Por supuesto —contestó el policía encogiéndose de hombros—. Vamos a echarle un buen vistazo.

—¿Adónde vamos? —preguntó Gemma cuando el ascensor se detuvo en el Muelle de Acceso.

Las puertas del ascensor se abrieron frente a la inmensa ventana del pasillo exterior. La piel del policía adquirió un brillo grasiento cuando salió al corredor.

—Le he encerrado en el hangar de almacenamiento.

—¿Sombra está muerto? —pregunté, sorprendido.

—No —se rio el policía—. Si la descarga no acabó con alguien tan poquita cosa como tú, ¿crees que iba a matar a ese pedazo de bestia?

—¿Por qué le ha metido en el almacén? —pregunté mientras Gemma y yo le seguíamos.

—En algún sitio tenía que encerrarle —masculló el policía, observando con inquietud el mar que había detrás de la ventana—. La Comunidad le da a *Doc* todos los artilugios médicos que pide, pero yo no tengo una cárcel.

Sacó un frasco de pastillas del bolsillo de su chaqueta y se tragó dos sin agua.

—¿Está usted bien? —preguntó Gemma.

Grimes sacó otro frasco de pastillas con mano temblorosa. Esta vez eran cápsulas. Abrió una, se echó el polvo de dentro en la lengua e hizo una mueca al notar su sabor.

Me detuvo de golpe.

—¡Está mareado!

—¿Y? —Se secó las gotas de sudor que perlaban su frente—. Eso es lo que le pasa a la gente normal cuando se ve obligado a estar en una trampa mortal debajo del agua.

Giró rápidamente la esquina y se dirigió hacia el almacén.

Le seguí.

—Por eso no quiso ir al *Saloon* ayer. Le daba miedo bajar a la estación inferior.

—Que me maree no quiere decir que tenga miedo —ladró el policía.

Puede que no siempre, pero, a juzgar por su expresión, en ese caso desde luego que lo tenía.

Introdujo una llave en la cerradura de las puertas dobles. Abrió la puerta y nos hizo un gesto para que entráramos. Puse un brazo delante de Gemma para impedirle que entrara.

—¿Sombra está suelto ahí dentro?

El policía enrojeció hasta las orejas.

—¿Te crees que soy idiota, chico?

Miré a Gemma a los ojos y los dos apretamos los labios para contener la risa.

—No, señor.

Entramos en el espacio grande y oscuro. Puede que Grimes no fuera idiota, pero no sabía nada del Don Oscuro de Sombra; no le había visto confundirse con el ambiente hasta el punto de volverse casi invisible.

—Seguid andando —nos indicó el policía, mientras las puertas se cerraban detrás de nosotros—. Está al fondo.

Las bombillas que colgaban del techo, espaciadas entre sí, apenas emitían la luz suficiente para ver las celdas que se alineaban en las paredes.

—Los colonos alquilan espacios para almacenar lo que les sobra —le expliqué a Gemma mientras caminábamos por el centro del pasillo.

—No solo los colonos. —El policía nos condujo hasta el final del pasillo. En el rincón más alejado había una celda independiente, medio a oscuras—. Estoy seguro de que al biólogo marino que guardó esto no le importará que lo usemos —se rio—. Los barrotes son de titanio puro.

Una jaula para tiburones.

Gemma se escondió entre las sombras.

—No quiero que me vea.

Asentí con la cabeza. Seguramente Sombra ya le estaba causando pesadillas. Seguí al policía hasta el haz de luz.

—Sal para que este chico pueda identificarte —ordenó Grimes.

No hubo respuesta.

El policía golpeó los barrotes con un palo blanco.

—Sal o te aplicaré una descarga dos veces más larga que la de la última vez.

Se oyó el sonido de alguien al ponerse de pie. Una caja voló a través de la jaula, en dirección a la luz, y se estrelló contra los barrotes. El policía saltó hacia atrás con un grito.

—Solo estaba cambiando de sitio mi asiento —dijo una voz profunda.

Luego Sombra salió a la tenue luz. Su piel era otra vez de color café y llena de pequeñas cicatrices. Tatuajes negros rodeaban su cuello y su cráneo. La única ropa que llevaba encima eran unos pantalones, ya que había dejado su chaqueta en el suelo de nuestro vestuario. Seguramente prefería tener el torso desnudo porque así le era más fácil camuflarse. Siempre y cuando no lo hiciera delante de Grimes.

A través del vendaje que llevaba en el brazo izquierdo salía sangre. Si le dolía la herida, desde luego, no lo demostró. Apoyó un pie en la caja y el brazo derecho sobre la rodilla, dejando a la vista la quemadura en forma de pluma impresa en su antebrazo.

—¿Qué tal las costillas? —preguntó con tono burlón.

—Sí —le dije al policía—. Es el que se metió en nuestra casa.

—¿Estás seguro de que me viste, chaval? —preguntó Sombra.

—Sí, lo está —soltó el policía. Pero después se echó hacia atrás con una mueca—. ¿Qué dem...?

Me tambaleé al ver que los ojos de Sombra se congelaban hasta volverse blancos. Se lanzó contra los barrotes, haciéndome retroceder a trompicones.

—¿Seguro que me viste a mí? —preguntó mientras su piel se cubría de un millón de puntitos de luz.

El policía gritó. ¿O fue Gemma, que seguía escondida entre las sombras?

Aparté la vista de la exhibición de luces de Sombra y vi que Grimes corría hacia el pasillo. Al girar en una esquina, el uniforme se le enganchó en el borde de una de las jaulas de almacenamiento. Aterrorizado, soltó de un tirón la manga y desapareció. Sus veloces pasos resonaron por el almacén hasta que se oyó el sonido distante de la puerta al abrirse. Cuando se cerró de golpe, sentí que mi mundo, cuidadosamente construido, saltaba en pedazos.

Ahora todo el mundo sabría que los Dones Oscuros no eran un mito. No había forma de negarlo. Apreté la mandíbula y los puños y me enfrenté a Sombra.

—¿Tenías que enseñárselo?

Con la piel todavía brillando, se apoyó contra los barrotes de su jaula con despreocupación.

—¿Y tú por qué lo ocultas?

Le fulminé con la mirada, pero no contesté.

—¿Qué más te da lo que piense la gente? —preguntó.

—A ti te importará cuando Grimes vuelva con los otros.

—Eso te preocupa —observó Sombra—. ¿Sabes por qué? —preguntó con suavidad.

Me preparé para otro de sus trucos. Por supuesto, su cara se suavizó y las marcas desaparecieron. Después, cada centímetro de su piel empezó a brillar hasta volverse reflectante, como el mercurio. Incluso sus ojos. Se convirtió en un espejo humano. Mi propio reflejo me devolvía la mirada, asustada e intensa, superpuesta en el cráneo de Sombra. *Eso es una estupidez*, quise gritar, pero tenía la garganta cerrada. Yo no era como él. Para nada. Ese hombre era un delincuente peligroso. Había asesinado al hermano de Gemma.

—Presume de ello, chaval. —La piel de Sombra se oscureció y volvieron a aparecer los tatuajes—. Haz que se acostumbren.

—¿Me estás dando consejos?

—Serás una buena publicidad, chaval. —Los tatuajes se desparramaron como la tinta derramada hasta que cada centímetro de su cuerpo, hasta los ojos, se volvieron negros—. Eso nos ayudará a todos. Incluso a ti.

—No necesito ayuda. No soy yo el que está en una jaula.

—No todas las jaulas tienen barrotes. La reputación, por ejemplo, puede

encarcelarte. —Ahora su voz era atronadora—. Y también un secreto.

—Y ser un delincuente.

Su resoplido burlón resonó en la oscuridad.

—Intentamos salir adelante Arriba, pero los chicos carecían de habilidades sociales, así que no tuvimos más remedio que alejarnos de la gente civilizada. —La sonrisa del forajido flotó en el interior de la jaula como la del gato de Cheshire: sin cara—. Atacamos sobre todo a los barcos del Gobierno. Se me ocurrió mientras estábamos en Seablite, extrayendo perlas negras por valor de un millón de dólares. Nunca vimos ni un penique de todo ese dinero, ni obtuvimos nada a cambio. Ni siquiera estudios. La Comunidad está en deuda con nosotros.

—Casi destruisteis la granja de los Peavey. —Me puse a pasear por delante de los barrotes—. ¿Es que su propiedad parecía un barco del Gobierno?

—He dicho «sobre todo».

Un susurro me dijo que se estaba alejando, como si la entrevista hubiera terminado.

—Se te da muy bien poner excusas —intervino Gemma desde su escondite—. ¿Tenías alguna para matar a mi hermano?

En cuanto ella habló, la piel de Sombra se cubrió de luz. Gemma le había sorprendido. Experimenté una punzada de satisfacción. El forajido no era un ser superior, puesto que no había notado su presencia.

Cuando Gemma salió de su rincón, su rabia se podía palpar en el aire.

—Se llamaba Richard Straid.

El color cubrió a Sombra como una ola al romper, devolviendo a su piel el tono oscuro y los tatuajes. Buscó en el bolsillo de sus pantalones.

—¿Este? —Sombra enseñó una foto; la de Richard—. La encontramos en el mini submarino que sacamos ayer.

Gemma saltó hacia delante con un grito.

—¡Dame eso! —introdujo el brazo entre los barrotes.

—¡Gemma, no!

Una sonrisa asomó a los labios de Sombra como si estuviera complacido por la valentía de Gemma. Pero en un visto y no visto, su expresión se volvió helada y la sujetó por la garganta.

—Trae la llave —me ordenó—. ¡Ya!

Al ver que no me movía, apretó más fuerte el cuello de Gemma y la obligó a mirarme. La desesperación que vi en sus ojos me desgarró el corazón.

—Si no has vuelto dentro de cinco minutos —me avisó Sombra con un tono tan frío e impenetrable como las profundidades abisales—, no tardará en dejar de respirar.

—¡Y un cuerno voy a volver allí! —escupió el policía, sudoroso y temblando mientras subía su submarino a la piscina lunar—. Si esa chica es tan estúpida como para meterse en problemas, se merece lo que le pase.

—¡Si no abre usted la jaula la matará!

—Dime qué ha sido eso —exigió volviéndose hacia mí.

—¿El qué? —pregunté sin saber a qué se refería.

Grimes me agarró por la camisa y me sacudió.

—*Doc* tenía razón, ¿no? Vivir aquí abajo os hace algo.

—¡*Doc* nunca ha dicho eso!

—¿No? En mi oficina tengo un informe firmado por el doctor Metzger que dice lo contrario. Así es como se llamaba *Doc* antes de cambiarse el apellido por Kunze.

Le miré boquiabierto. ¿*Doc* había escrito ese artículo? ¿A eso se refería al decir que había intentado contar la verdad sobre lo que había pasado en Seablite?

La vanidad hizo que la ira de Grimes se apaciguara un poco.

—No lo sabías, ¿verdad?

—Da lo mismo —dije, endureciendo la expresión de mi cara—. Se llame como se llame ahora, Metzger demostró ser un fraude.

—Nada de eso, chico. El Gobierno dijo que lo era para que la gente siguiera emigrando al océano. Pero a mí no me engaña. —Grimes me atrajo hacia sí—. Ahora vas a decirme lo que puede hacer ese criminal.

Intenté soltarme del agarrón del policía.

—Lo único que sé es que puede cambiar de color.

—Pero podría haber más, aparte de cambiar de color...

Pensé en Zoe y su poder para aturdir a un tiburón o electrocutar a un hombre con una descarga de energía. Asentí.

El policía me soltó tan rápido que trastabillé hacia atrás.

—Tú también posees uno, ¿verdad? Me refiero a un Don Oscuro.

—No. Yo...

—¡Cállate! —Me lanzó una mirada cargada de odio y miedo—. No voy a volver ahí. —Sacó una pistola eléctrica de la cartuchera—. Dale con esto y la soltará de inmediato.

—Sombra la está utilizando como escudo y la jaula está metida en un rincón. No hay forma de darle a él sin herir a Gemma.

—El rarito eres tú. Ya se te ocurrirá algo.

Saltó al reborde de su submarino y abrió la escotilla de un tirón.

Furioso, sujeté con fuerza la amarra del submarino.

—Entrégueme la llave.

—¿Para que puedas soltarle? Ni por todo el espacio de la Comunidad. Enviaré un barco de policías para que le cojan.

—¿Le parece que este es un mal destino? —Tiré de la amarra y Grimes se tambaleó intentando conservar el equilibrio—. Si Sombra mata a una niña mientras está bajo su custodia, imagínese donde podrían mandarle después.

Con la llave firmemente sujeta en mi mano, corrí por el almacén. Cuando giré la esquina, al final del pasillo, vi que Sombra había puesto a Gemma al lado de la puerta de la jaula. El forajido me sonrió mientras ella mantenía la vista en el suelo.

—¿Dónde está el policía? —me preguntó cuando me acerqué a la jaula.

—Grimes no quiere saber nada de ti. —Le enseñé la llave.

Sonrió como si yo fuera un niño pequeño inventando una gran mentira.

—Está fuera, con la pistola en la mano, esperando a que yo salga por la puerta —conjeturó Sombra—. La pregunta es si ha tenido tiempo para traer a más gente armada.

—Te he traído la llave; ahora, suéltala. —Eché la mano hacia atrás para tirarle la llave.

Sombra golpeó los barrotes con un hombro.

—No la tires. Acércate.

Obedecí.

—Todo saldrá bien —le susurré a Gemma, a pesar de que Sombra estaba justo detrás de ella.

En cuando quité el cerrojo de la puerta, Sombra la abrió de un tirón y, antes de que me diera tiempo a apartarme, me cogió del brazo y me lanzó a la otra punta de la jaula sin soltar a Gemma en ningún momento. Salió, la sujetó con la otra mano y cerró la puerta de una patada. El pesado cerrojo se cerró.

—¡No le dejes ahí! —gritó Gemma.

Ignorando la súplica, el forajido dobló con ella la esquina y salió de mi vista.

—Llama al policía y dile que vas a salir sola —le oí decir—. Luego abre la puerta.

Dijo algo más, pero las palabras me llegaron demasiado amortiguadas como para entenderlas.

La puerta del almacén se abrió. Me pegué a los barrotes.

—¡Grimes, aunque no le veas está fuera!

Sin embargo, la única respuesta que obtuve fue el distante sonido de la puerta al cerrarse. Le di patadas a la cerradura de la jaula. Me imaginé la escena: Sombra camuflado contra las paredes de espuma metálica, deslizándose por el corredor para

robar un submarino y escapar.

El silencio se hizo interminable. ¿Se había llevado a Gemma como rehén? Me estremecí al pensarlo. De pronto, la puerta del almacén se abrió de golpe y unos pasos a la carrera golpearon el duro suelo.

—¡Ty! —Gemma dobló corriendo la esquina, con la llave en la mano—. ¡Ya voy!

—Sombra le ha dejado fuera de combate con su propia arma —me explicó Gemma mientras introducía la mano por debajo de la chaqueta del policía.

—No te molestes en comprobar si le late el corazón. Está respirando —dije poniéndome de pie—. Asegúrate nada más de que no le sangra la cabeza. Enseguida vuelvo.

Salí corriendo por el pasillo hasta llegar al inmenso vestuario, donde había un videoteléfono. Llamé a *Doc* y le hice un rápido resumen de lo que había pasado.

—Daré la voz de alarma y les diré a los otros colonos que Sombra anda suelto —dijo él—. Tú quédate con Grimes. Ahora mismo voy para allá.

Cuando volví, Grimes no solo había vuelto en sí, sino que intentaba levantarse.

—Suéltame —le ladró a Gemma, que estaba procurando que no se moviera.

—Está usted herido —dijo ella.

—*Doc* viene de camino —le anuncié—. Conviene que le eche un vistazo a su cabeza. Ha recibido un buen golpe.

Grimes apartó las manos de Gemma y se levantó.

—Mi cabeza está perfectamente. Y mi memoria también —añadió lanzándome una mirada elocuente—. Así que no vengas a decirme...

Una sirena de alarma cortó sus palabras mientras el sonido se extendía por todo el Intercambiador avisando de una Alerta Roja. Aunque Grimes afirmara que su memoria estaba en perfecto estado, ahora parecía desconcertado.

—Es por Sombra —le expliqué—. Ha escapado...

El policía dio media vuelta y se dirigió al vestuario.

—¿Qué está haciendo? *Doc* viene para acá.

—Y no me va a encontrar —replicó Grimes sin dejar de andar.

Gemma y yo nos miramos.

—Bueno, no es un chichón demasiado grande.

A pesar de todo, le seguí hasta el borde de la piscina lunar a la vez que paseaba la mirada por el vestuario por si Sombra estaba escondido en alguna parte. Como era medianoche, el Muelle de Acceso estaba desierto. De todas formas, la mayor parte de la gente atracaba sus submarinos a lo largo del anillo interior del Muelle de Superficie. Podía imaginarme el caos que debía de reinar allí ahora mismo con la Alerta Roja. Aunque a esas horas no habría demasiada gente, solo los que estuvieran bebiendo en el *Saloon* o acostados en la Colmena. Seguro que la alarma había interrumpido el tiempo de relajación y descanso de unos y otros.

—¿Se va a marchar sabiendo que hay un delincuente suelto? —le pregunté a

Grimes mientras se subía al submarino.

—Tú has sido el idiota que le ha dejado salir —replicó antes de meterse en la cabina y cerrar la escotilla de golpe.

—Esa no es excusa para que salga corriendo —grité, aunque sabía que lo más probable era que no pudiera oírme.

Cuando empezó a sumergirse bajo las aguas, paseé la mirada por la habitación desierta y no vi a Gemma. La imagen del vestuario lleno de sangre del submarino de su hermano invadió mi mente y me estremecí. Esperaba que Gemma hubiera vuelto al Muelle de Servicio y se hubiera reunido con mis padres.

Cuando por fin llegué al comedor, me encontré con que Hewitt y nuestras familias estaban allí. Mi madre corrió hacia mí.

—*Doc* ha dicho que los dos estabais bien, pero no ha tenido tiempo de contárnoslo todo. ¿Qué ha pasado ahí abajo?

—¿Cómo ha escapado Sombra? —quiso saber Lars.

Pasé de sus preguntas y revisé las mesas vacías.

—¿Gemma está aquí? —pregunté intentando dominar el pánico.

—No. No la hemos visto desde que se fue contigo —contestó mi madre.

Una puerta se abrió detrás de nosotros y entró Jibby.

—Nunca había visto que un sitio se vaciara tan deprisa —afirmó Raj, que entró justo después de él.

—¿Quién queda? —preguntó Lars.

Raj se encogió de hombros antes de contestar.

—Nosotros.

—¿Habéis visto a Gemma por algún lado? —pregunté.

Los dos negaron con la cabeza.

—Voy a ver si está en el Muelle de Superficie —les dije a mis padres.

—Venimos de allí —intervino Jibby—. No queda nadie.

—Tendríais que haberlo visto. —Raj sonrió y desenfundó su pistola de arpones—. Todos los barcos y submarinos saliendo al mismo tiempo por culpa de un forajido de nada que se ha fugado. Cobardes.

—¿Dónde está Grimes? —me preguntó mi padre.

—Se ha ido.

—¿Que se ha ido? —preguntó Shurl—. ¿Habiéndose fugado un prisionero?

—Ni siquiera quiso esperar a que *Doc* vendara su estúpida cabeza —contesté.

—Parece que estamos solos.

Raj parecía muy contento al decir eso mientras se entretenía en llenar de pequeños arpones su arma.

—Lo que no consigo entender es cómo un criminal de ese tamaño ha podido sorprender a Grimes —observó Lars—. Puede que ese policía sea un fanático, pero

no está ciego.

Al comprobar que todos se volvían a mirarme, se me contrajo el estómago.

—Yo estaba encerrado en el hangar de almacenamiento, de modo que no vi lo que pasó. —Lo cual era verdad, pero Gemma tenía razón cuando decía que ocultar información era una forma de mentir—. Tengo que encontrar a Gemma —anuncié, antes de salir corriendo de allí.

Corrí por el pasillo y al girar en la esquina vi que las puertas del ascensor se cerraban. Aporree el botón de llamada con los ojos clavados en el luminoso que indicaba los pisos, y me sorprendí al ver que el ascensor se detenía en el Muelle de Entretenimiento. Sin embargo, Raj había dicho que en el Intercambiador solo quedábamos nosotros...

Cuando el ascensor volvió a subir, por fin, vi el nombre escrito en la tarjeta de identificación que había en la ranura y supe, exactamente, quien había bajado al *Saloon*, aunque no sabía por qué. La tarjeta era de un tal Policía Matt Grimes. Genial. Gemma había robado a un hombre inconsciente.

En cuanto pisé la pasarela, vi a Gemma, tres pisos más abajo, paseando por el *Saloon*, que estaba desierto y a oscuras, aunque se veían jarras medio llenas en las mesas y cigarrillos de algas que se consumían en los ceniceros. Bajé corriendo el primer tramo de escaleras y me detuve en el segundo. Acababa de abrir la boca para llamarla cuando un movimiento detrás de ella hizo que se me cerrara la garganta. Una sombra se despegó de la ventana. ¡Sombra! Se fue acercando a ella, aclarándose a cada paso que daba.

—¡Detrás de ti! —grazné.

Pero era demasiado tarde. Con la velocidad de ataque de una cobra, Sombra le rodeó la cara con una mano y le tapó la boca. Pasé por encima de la barandilla de la escalera y me deslicé hacia la primera pasarela. Yo no llevaba ningún arma encima, de manera que no tenía forma de impedir que le hiciera daño. Caí sobre la malla del suelo y me levanté de un salto.

—¡Déjala en paz!

Sombra la puso de cara a mí. Salí disparado hacia el lado contrario de la plataforma colgante, en dirección a las escaleras que llevaban al *Saloon*, mirando de vez en cuando por encima de la barandilla.

Mientras Gemma levantaba la mirada hacia Sombra, la piel de este se transformó hasta que su color oscuro desapareció; incluidos los tatuajes. Pero no se convirtió en albino. Aparte del vendaje de su herida, solo la quemadura en forma de pluma marcaba su piel. La marca de la descarga, idéntica a la que él tenía, me provocaba dolor en el brazo. Me detuve patinando en el descansillo de la última escalera. ¿Por qué Gemma no estaba haciendo nada para escapar? Sombra no la estaba sujetando

con fuerza, todo lo contrario. Sombra levantó la vista. A medida que sus ojos me buscaban se iban poniendo blancos y luego se volvieron azules. De repente lo entendí.

Sombra era el hermano de Gemma.

Era un Richard muy distinto al de la fotografía, pero, a pesar de su cabeza afeitada y sus músculos, era evidente que el hombre que estaba delante de ella era su hermano; el hermano pálido, pecoso y de ojos azules. Cuando la transformación se completó, Gemma le rodeó con sus brazos y yo me sentí enfermo. ¿Había sabido todo el tiempo que era Richard? Por su forma de abrazarle estaba claro que no se acababa de enterar.

Incapaz de apartar la mirada del encuentro entre ambos, bajé, mientras lo que había pasado se repetía en mi cabeza, con un sentido nuevo. La silueta oscura del muelle era Sombra observando a Gemma mientras ella se quitaba el disfraz. Puede que fuera entonces cuando la reconoció. Así que cuando nos persiguió el *Specter* no era a mí a quien quería, sino que estaba intentando recuperar a Gemma. Y la noche anterior, cuando se metió en nuestra casa, había ido a por ella.

El mal cuerpo dio paso a la rabia cuando comprendí que me había engañado para ayudarme a escapar. Pisé el suelo del *Saloon* con un golpe seco que reflejaba lo que sentía.

Gemma se dio la vuelta y me vio. Tras un momento de silencio, quedó claro que no sabía qué decir, de manera que hablé yo.

—Ha sido una actuación muy buena. De verdad me hiciste creer que estabas muerta de miedo.

—¡No sabía que era Richard hasta que te fuiste a buscar al policía y nos quedamos solos!

—Seguro —dije.

—¿Cómo iba a saberlo? —preguntó antes de volverse hacia Sombra—. ¿Por qué no me dijiste anoche quien eras?

—Quería verte a solas. El resto del mundo cree que he muerto. —Me lanzó una mirada dura—. Y será mejor que siga siendo así.

¿Qué me importaba su amenaza tan poco sutil? Ahora sí me creí que Gemma no sabía quién era hasta hacía media hora, y eso hizo que me sintiera algo mejor en vez de un imbécil total.

—¿Llenaste el interior de ese submarino con tu propia sangre? —le preguntó Gemma—. Pero *Doc* dijo que nadie podía perder tanta y seguir vivo.

—La almacenó —aventuré—. La fue congelando, litro a litro, a lo largo del tiempo.

Sombra sonrió de oreja a oreja.

—Ya sabía yo que eras un chico listo.

—¿Y en qué te beneficia a ti que yo me calle? —pregunté enfadado—. Se te busca como Sombra.

—La policía no me preocupa. Tengo una amenaza más grande pendiendo sobre mí. Tú también, solo que no lo sabes.

—¡Cómo si me fuera a creer algo de lo que dices! La Comunidad está abandonando al territorio por culpa tuya y de tu banda.

—Es lo mejor que podría pasar. No es bueno depender de la Comunidad, chaval. —El tono de su voz se volvió irónico—. Alguien podría aprovecharse de la situación. Le fulminé con la mirada.

—Ty, por favor —suplicó Gemma suavemente.

Sin embargo, no acababa de creerme que ese malnacido fuera su hermano. A pesar de sus ojos claros y sus pecas, ese hombre irradiaba peligro y tenía la voz hipnótica de Sombra.

—¿Tienes el dinero que te mandé? —le preguntó a Gemma a la vez que le tiraba de la trenza.

Ella asintió.

—Es dinero limpio, no robado. Guárdalo para el colegio.

—¿Colegio? —se burló ella—. Me voy a ir contigo.

Él le soltó la trenza, sorprendido.

—Esto es una visita, nada más.

—No he hecho todo este viaje, ni me he arriesgado a ser devorada, solo por una visita. Dijiste que algún día tendríamos una casa propia. Con nuestra propia sala privada.

Una leve sonrisa curvó los labios de Sombra.

—Cuando dije eso eras una niña pequeña.

—¿Y qué? Ese recuerdo es el que me ayudó los fines de semana, cuando se reunían todas las familias —dijo ella—. Y en las vacaciones. No me importaba estar sola porque tú habías dicho que cuando crecieras haríamos todas las cosas que las familias de verdad hacían juntas. —Se cruzó de brazos como si quisiera recobrar la compostura—. El día que cumpliste veintiún años te estuve esperando. Tenía un regalo y un pastel para ti, y las maletas hechas...

Miré a Sombra, pero saber lo que estaba pensando a partir de su expresión era como intentar adivinar lo que sentían los dioses de piedra que tenía en mi habitación.

—Y cuando *Doc* dijo que estabas muerto, yo... —Se calló—. Da igual, volvía a estar sola, con la diferencia de que esta vez no me quedaba ni siquiera la esperanza de estar contigo para que las cosas fueran bien. —Le miró a los ojos—. ¿Pensabas decirme siquiera que estabas vivo?

—Sabes que lo habría hecho —contestó él, y parecía que lo decía en serio—. Pero eso no cambia nada. Esta noche vas a volver Arriba.

—¿Por qué no puedo vivir contigo en el *Specter*?

Sombra echó la cabeza hacia atrás y se rio. Su risa era como el retumbar de un terremoto subacuático.

—¿Vivir con delincuentes? —resopló—. ¿Para eso me he pasado tres años destripando peces?

Gemma se quedó rígida, pero, antes de que pudiera seguir discutiendo, un ruido retumbó en el *Saloon* y una luz cegadora cayó sobre nosotros.

—¡Quietos! —ordenó una voz desde arriba, mientras unos pies, calzados con botas, resonaban en la escalera.

Sombra se dio la vuelta y corrió hacia la ventana mientras una ardiente luminosidad caía sobre él y le seguía. Situado sobre la primera pasarela, el foco proyectaba una luz tan intensa que era imposible saber quien lo dirigía.

—¡Mira! —exclamó alguien cuando la piel de Sombra se volvió de un verde translúcido.

A pesar de haberse mimetizado con la ventana que tenía detrás, el haz de luz hacía visible su contorno, evitando que desapareciera por completo. El segundo foco le encontró también, iluminando sus piernas enfundadas en unos pantalones oscuros.

Hecho una fiera, Sombra levantó una mesa del bar y se la tiró al hombre que estaba en las escaleras y que sostenía uno de los focos. El hombre dio un grito, soltó el reflector y se apartó de un salto, aterrizando con un golpe sordo. Sombra se lanzó a por él, oscureciéndose mientras lo hacía. La otra luz le persiguió por todo el *Saloon* mientras él iba apartando mesas y sillas a patadas. El hombre que estaba en el suelo gritó cuando un puño casi invisible le arrebató la pistola de arpones de la mano. Sombra se paró encima del caído... Lars.

Un afilado arpón mortal se clavó en la parte superior de una de las mesas metálicas del bar, haciendo que Gemma y yo nos apartáramos a toda velocidad.

—Deja de disparar —ordenó una voz familiar desde la primera pasarela.

Aunque a esa distancia quien había hablado no era más que una sombra, supe que era *Doc*.

—Jibby, nos vas a dar a nosotros con tus disparos —ladró otra voz. La de Raj.

Los que habían venido para detener a Sombra no eran policías; era gente que yo conocía.

Sombra saltó para cogerse a una barra vertical y fue subiendo a pulso por ella, con la pistola de Lars metida en la cinturilla de los pantalones. Al llegar a la primera pasarela, saltó por encima de la barandilla. Gracias al foco vimos cómo subía por la segunda escalera e iba palideciendo escalón a escalón hasta que su piel se puso del color del marfil y sus ojos de un rojo encendido.

—Aparta —gruñó poniendo un pie en el peldaño inferior.

Jibby se apartó a toda prisa, sin soltar el foco.

—No vas a ir a ninguna parte —gritó Raj, apuntándole con su pistola de arpones. El haz de luz enfocaba a Sombra, convirtiéndole en una diana perfecta.

—Diles que paren —me pidió Gemma cogiéndome del brazo—. A ti te escucharán.

Me libré de su mano.

—Puede que sea tu hermano, pero sigue siendo un forajido. Se merece ir a la cárcel.

Sombra se tambaleó a mitad de la segunda escalera, como si le hubieran disparado en el vientre. *Doc* se puso bajo la luz, enseñando la pistola de aire comprimido que usaba para poner vacunas, aunque esta vez debía de estar cargada con algún tranquilizante.

Buscando los escalones a tientas con los pies, Sombra se sujetó a la escalera con una mano mientras con la otra buscaba la pistola que llevaba en la cintura, pero se retorció como si un puño invisible le hubiera golpeado en el hombro. Sus dedos se fueron soltando uno a uno y cayó a la pasarela inferior, haciendo que toda la estructura se moviera de un lado a otro peligrosamente.

Gemma corrió por el *Saloon* hasta llegar justo debajo del lugar donde yacía Sombra. Tenía las mejillas llenas de lágrimas y respiraba con dificultad, pero se lo quedó mirando sin decir nada.

—¡Caramba! Tenías razón, *Doc* —dijo Lars, asombrado, mientras se ponía de pie al lado de Gemma—. ¿Cómo sabías que ella nos llevaría hasta Sombra?

Sentí una oleada de asco. *Doc* había sabido todo el tiempo que Sombra era Richard Straid y había dejado que Gemma creyera que su hermano había muerto, aunque sabía que habíamos visto a Sombra vivo pocas horas antes, en el *Saloon*.

Cuando Sombra se puso de lado, en su piel parpadearon luces como si su sistema nervioso se hubiera vuelto loco.

—Lo está volviendo a hacer —avisó Raj bajando con estrépito las escaleras.

*Doc* se agachó sobre Sombra, que intentaba ponerse de rodillas.

—¿Cómo puede hacer eso? —La voz de Jibby era una octava más alta de lo normal.

—Ya os lo dije —contestó *Doc* apuntando la pistola de aire comprimido contra el pecho de Sombra—. No es normal.

Yo me encogí.

Sombra se sentó y se arrancó una gruesa aguja del brazo.

—Me sorprende que haya vuelto al océano, *Doc*. Sobre todo teniendo en cuenta que la última vez las cosas no fueron demasiado bien —dijo—. Su reputación quedó destruida, ¿verdad?

*Doc* le disparó otra aguja que brilló como un dardo de plata entre sus costillas, pero Sombra se limitó a sonreír.

—¿Le siguen doliendo las manos? Al menos no se las corte del todo.

Me puse enfermo al saber que Sombra era el responsable de las cicatrices que *Doc* tenía en las palmas de las manos.

Raj le dio una patada en el estómago. La aguja salió volando de la mano de Sombra, rodó por la pasarela y cayó por una grieta. Gemma se apartó de un salto mientras la aguja rebotaba, con un sonido metálico, en el suelo del *Saloon*.

Lars pasó corriendo a mi lado y subió las escaleras mientras Raj le ataba las manos a la espalda a Sombra y le quitaba la pistola. Los dos tenían la misma expresión que Grimes: una mueca de miedo y odio. El Don Oscuro de Sombra le convertía en un monstruo y no pude evitar preguntarme si algún día me mirarían a mí también de esa forma.

Cuando Lars entró en la pasarela, me quedé paralizado de miedo. Miré a Gemma, pero ella estaba mirando a Sombra y no había visto la soga que Lars llevaba enrollada al hombro. Ni que terminaba en un lazo.

—¿Pretende silenciarme, *Doc*? —gruñó Sombra. Al oírle, Gemma salió de debajo de la pasarela para ver lo que estaba pasando más arriba—. ¿Le da miedo que le cuente a esta buena gente cómo comprobaba sus teorías utilizando a un puñado de niños?

—Delincuentes juveniles con antecedentes criminales —replicó el médico antes de hacerle una señal a Lars con la cabeza para que le entregara la soga a Raj.

Sombra se puso de rodillas a pesar de tener las manos atadas a la espalda.

—Huérfanos. Todos bajo la tutela de la Comunidad. —Su piel se volvió completamente roja—. Pudo experimentar con nosotros a su voluntad. Sin interferencias de nadie.

—¡Cállate!

*Doc* hizo un gesto de impaciencia y Raj lanzó al aire un extremo de la cuerda, que se enroscó en una viga de acero que pasaba por debajo de la segunda pasarela.

Agité la escalera.

—No podéis hacer eso —grité, a pesar de que el dolor de mis costillas era un recuerdo de lo que Sombra era capaz de hacer.

Cuando Raj tiró de la cuerda, la lazada se hizo visible.

—¡No! —Gemma subió a toda velocidad hasta la primera pasarela.

Yo me quedé quieto junto a la segunda escalera. Si mi padre estuviera allí, habría puesto fin a aquella pesadilla, pero no estaba y no había tiempo para ir a buscarlo al comedor.

—¡Jibby! —gritó Lars—. ¡Llévatela de aquí!

El corazón me dio un vuelco al ver que Gemma intentaba obligar a Lars a soltar la barandilla para poder pasar.

—Es mi hermano —protestó ella.

Estaban a seis metros del suelo del *Saloon* y, sin embargo, Gemma peleaba con tanta ferocidad que si Lars se hubiera apartado de repente, ella se habría caído.

Jibby apoyó su foco contra una viga y se acercó más.

—Puede que no sea una buena idea, ¿eh?

—¿Te has olvidado de ese submarino lleno de sangre? —preguntó Lars.

—¡Era la sangre de Sombra! —dije yo, avanzando—. ¡No ha matado a nadie!

Detrás de Sombra, Raj ató el extremo de la cuerda a la viga de acero que bordeaba la pasarela.

—Podríamos llamar a la policía —sugirió Jibby con voz hueca—. Que se lo lleven ellos.

—¿Para que pueda volver otra vez? —*Doc* apretó tanto la barandilla que los

nudillos se le pusieron blancos—. Ya os lo he dicho, no existe celda ni prisión de la que no pueda salir.

—Tiene una opinión demasiado alta de mí —dijo Sombra arrastrando las palabras—. Y solo porque me escapé de su casa de los horrores. Eso no quiere decir nada.

—De esto no vas a poder escaparte. —Raj dejó caer el lazo de la soga sobre la cabeza de Sombra.

El alarido de Gemma despertó a Jibby, que se puso detrás de ella y la obligó a darse la vuelta para que quedara de frente a él.

—Lo siento —murmuró, antes de que ella se recobrar de la sorpresa. Luego se la echó al hombro como si fuera la pesca del día.

Subió rápidamente la segunda escalera, con Gemma gritando y dándole puñetazos en la espalda.

Yo me coloqué al pie de la escalera por si la dejaba caer. Al ver en esa posición la distancia que la separaba del suelo del *Saloon*, Gemma dejó quietos los puños.

—¡Ty, no les dejes hacerlo!

Echó el brazo hacia atrás, por encima del hombro de Jibby, y después me tiró algo. Me aparté y dejé que lo que fuera que me había lanzado rebotara en la malla del suelo. Era su cuchillo de jade.

Cuando me agaché a recogerlo, pensé que me iban fallar las piernas. ¿Qué les detuviera armado con un cuchillo? Vale. Pero, aunque pudiera hacerlo, ¿quería? Con Sombra muerto, Benthic tendría una oportunidad, Mis padres conservarían su granja. Lo único que yo tenía que hacer era... nada.

Por encima de mí, Jibby se metió en el ascensor con Gemma y las puertas se cerraron. Ahora que la estructura había dejado de moverse, Raj se subió a la barandilla. Pasando un brazo por un poste vertical, atrapó el lazo y tiró del nudo corredizo. La delgada barandilla se dobló con su peso, crujió por la parte que estaba soldada a la viga y se rompió. Raj saltó a la pasarela justo a tiempo.

Aunque Lars tenía la pistola de arpones apuntándole a la sien, Sombra sacudió la cabeza como si quisiera aclarársela. Se había desplomado por el tranquilizante que le habían disparado, pero le iban a colgar de todas formas. Allí mismo. Sin juez ni jurado.

Raj le dio una patada al otro extremo de la barandilla, que al tercer intento se rompió y cayó con estrépito al suelo, mucho más abajo. Quedó una pieza de forma irregular que asomaba del poste como la cabeza de un hacha.

Me lancé hacia delante, horrorizado, pero *Doc* me sujetó por el brazo.

—Esto lo hacemos por el bien del territorio, Ty. Para que siga en marcha. Quieres tener tu propia granja, ¿no?

Sí, quería; pero no así.

Raj rodeó a Sombra y levantó el pie. La realidad me sacudió como una bofetada.

Iba a tirarlo de la pasarela de una patada. En el preciso instante que echó la pierna hacia atrás para coger impulso, liberé mi brazo de un tirón y me situé de un salto entre el bandido y el borde de la pasarela.

—¡Apártate, Ty! —rugió Raj.

Si le daba una patada a Sombra me tiraría a mí al suelo del *Saloon*.

—No sabes lo que es capaz de hacer —gruñó *Doc*.

—No —asentí—, pero he visto lo que es capaz de hacer usted.

Cuando Sombra se apartó para darme un poco más de espacio, vi que le brillaban los ojos bajo sus espesas pestañas. El tranquilizante no le había afectado tanto como quería hacer creer.

Por encima de nosotros, las puertas del ascensor se abrieron.

Esa era la única distracción que yo necesitaba. Mientras los otros levantaban la vista yo alcé el cuchillo de jade.

—Arrodíllate —susurré.

Sombra obedeció al instante, tensando la cuerda que iba desde su cuello a la viga. Descargué el cuchillo sobre ella a la vez que intentaba mantener el equilibrio cuando unas botas resonaron dos pasarelas más arriba, haciendo que toda la estructura oscilara. A pesar de ello, seguí cortando, muy pendiente del precipicio que tenía detrás. El cuchillo cortó por fin la última hebra de cuerda y Sombra se levantó de un salto. Me di la vuelta y me encontré delante del cañón de una pistola de arpones.

—Apártate, Ty —ordenó *Doc*.

A su lado estaban Raj y Lars, con expresión preocupada de repente.

—Traiga a un juez y me apartaré.

Miré hacia atrás y vi que Sombra se contorsionaba para pasar el cuerpo entre los brazos, de manera que ahora tenía las manos atadas por delante.

—Haz lo que te ha dicho *Doc* antes de que salgas herido, hijo —dijo Lars, con tono preocupado.

—Si fuera como cualquier otro forajido —*Doc* apuntó a Sombra—, podríamos actuar según las reglas. Pero no lo es.

Gemma apareció en lo alto de las escaleras con mi padre y Jibby, uno a cada lado de ella. Detrás venía más gente. No iban a poder bajar a tiempo para impedir que *Doc* disparara. En ese instante, Gemma contuvo la respiración y yo noté que Sombra desaparecía detrás de mí. Giré en redondo y descubrí que no se había caído, sino que había saltado y ahora colgaba del trozo de barandilla en forma de sierra que asomaba de la viga. Se contorsionó para que el borde afilado del metal cortara la cuerda que le ataba las manos.

—¡Aparta! —*Doc* me empujó a un lado y apuntó la pistola de arpones hacia Sombra, que se retorció en el aire justo debajo de nosotros.

Respiré hondo y dije a voces:

—Tengo un Don Oscuro. ¿Me va a quitar mis derechos?

Mi confesión resonó en el *Saloon*. Todo el mundo dejó de moverse. Mis padres se quedaron inmóviles en las escaleras, con Zoe y Hewitt asomando por detrás de ellos. Todo el grupo, hombres a quienes conocía de toda la vida, se me quedó mirando. Y *Doc* también, con la diferencia de que él me miraba con expresión triunfante, probablemente porque por fin había conseguido que admitiera lo que él siempre había sospechado.

La cuerda que rodeaba las muñecas de Sombra se rompió con un sonoro chasquido y él cayó al suelo.

Todos bajaron corriendo las escaleras que daban al *Saloon*; menos yo, que rodeé la viga con una pierna, me deslicé por ella y llegué el primero. Pero para cuando mis pies tocaron el suelo, no se veía a Sombra por ninguna parte.

Mis padres fueron los primeros colonos en llegar y la expresión de sus caras era de tristeza.

—Lo sabía —dijo mi madre. Miró a mi padre—. Te dije que esa cosa no había desaparecido.

—¿Por qué nos dijiste que ya no podías hacerlo? —me preguntó mi padre.

Los demás, incluidos Hewitt y Zoe, se reunieron alrededor de mis padres.

—Habríais abandonado la granja —contesté.

Mi madre parecía a punto de llorar.

—Solo es una casa.

—El océano es mi hogar.

—Ty —dijo mi padre—, vivir aquí no merece la pena si...

—A mí no me pasa nada malo, soy como cualquier otro chico, excepto que yo tengo ese don.

Detrás de mí, alguien se puso a aplaudir de forma lenta y rítmica. Me di la vuelta y vi a Sombra, en su versión verde oscuro translúcido, apoyado contra la ventana, donde debía de llevar todo ese tiempo, fundido con el telón de fondo del mar.

Zoe se soltó de la mano de mi padre, corrió a ponerse a mi lado y miró a los colonos.

—¡Yo también tengo un Don Oscuro! —declaró—. Puedo electrocutar a la gente. —Señaló a Sombra con un dedo—. A él le dejé sin sentido.

Hewitt dio un paso adelante, aunque a regañadientes, y se puso al lado de Zoe.

—Yo también tengo uno.

Lars frunció el ceño.

—¿Qué?

—Soy un genio —masculló Hewitt.

Su padre soltó un bufido.

—No he dicho que no fuera un crío —dijo Hewitt a la defensiva—, pero no

necesito pensar para hacer cálculos.

—Eso te convierte en un genio de los números, cariño —dijo Shurl con suavidad—. Hay mucha gente con ese don.

—¿Puede esa gente decirte la presión atmosférica que hay en cualquiera de las salas de este edificio solo con pasear por ellas? —preguntó Hewitt—. ¿O la temperatura exacta del agua con solo meter en ella un dedo del pie?

Nuestros padres se removieron inquietos. En sus caras se veía una expresión de asombro, pena y, lo peor de todo, arrepentimiento.

—Tenemos que alejarlos de la presión del agua —dijo mi madre de pronto.

—Si nos trasladamos Arriba ahora —continuó Shurl, mirando a Lars—, mientras es todavía joven...

—¿Su don desaparecerá? —se burló Sombra—. Yo viví Arriba durante un año, después de lo de Seablite, y no me «curé».

—¡Esto no quiere decir que no debemos trasladarnos Arriba! —Hewitt corrió hacia sus padres—. Vale la pena intentarlo.

—Yo no me muevo de aquí —declaré con firmeza—. Estoy perfectamente.

—Eso no lo sabes seguro. —La expresión de mi madre era feroz.

—Yo sí. —Sombra dio un paso adelante—. Estamos más sanos que vosotros, los «normales». Nuestro sistema inmunitario es mejor. Pero no hace falta que me creáis a mí, preguntadle a *Doc*. No hay ni un centímetro de mí que no haya estudiado.

Nos volvimos unos hacia otros y vimos que el médico no estaba entre nosotros. Luego, al mirar hacia arriba, vimos que estaba parado delante del ascensor, esperando a que las puertas terminaran de abrirse.

—¡Detenedle! —gritó Lars.

Gemma era la única que no había abandonado la pasarela después de que yo hiciera mi gran anuncio. Mientras los otros colonos subían la primera escalera, ella terminaba de subir la segunda y corría a por la tercera. Desde el *Saloon* vi que *Doc* se metía en el ascensor.

—Niña, aprieta el botón —rugió Raj—. No dejes que se vaya.

Gemma llegó a la pasarela superior, donde se paró un instante para mirar hacia abajo. Yo sabía que no le gustaban las alturas, pero el miedo no la detuvo. Toda la estructura de pasarelas se movió de un lado a otro mientras ella corría hacia el ascensor y yo estuve a punto de animarla a gritos.

Con la mano abierta se lanzó hacia el botón de llamada, pero *Doc* asomó lo suficiente del ascensor como para cogerla por la muñeca y arrastrarla al interior con él.

—¡No! —grité, pero las puertas se cerraron con Gemma atrapada dentro.

Los demás continuaron subiendo, pero no llegaron a tiempo. Para ir al Muelle de Acceso tendrían que esperar a que el ascensor volviera, y yo estaba seguro de que allí

era a donde se dirigía *Doc* para huir en un submarino. Noté que *Sombra* me miraba.

—¿Conoces un camino más rápido? —me preguntó.

—El conducto de servicio. —Señalé una escotilla situada en el eje central.

Cuando corrió hacia la escotilla y apretó con fuerza el botón de apertura, le seguí, pisándole los talones.

Mientras bajaba por la escalera del estrecho conducto, oí que abría de una patada la escotilla de abajo y se aupaba para salir.

Un momento después lo seguí al Muelle de Acceso y vi que alguien había puesto una tabla manta entre las puertas del ascensor para que no pudieran cerrarse.

En el otro extremo de la habitación, *Doc* sostenía una pistola de arpones mientras sujetaba al *Gemma* por el brazo como si su vida dependiera de ello.

—Un paso más —le advirtió a *Sombra*—, y la meto ahí dentro. —A su lado, en la enorme piscina lunar, flotaba un mini submarino.

—¿Cree que no voy a seguirle? —preguntó *Sombra* con voz suave.

—Ese es el último submarino —contestó *Doc* apuntándole con la pistola.

Recorrí la sala con la mirada y comprobé que era verdad. Allí no quedaba ningún vehículo.

—Y este es el único *Liquigen* que queda. —*Doc* señaló con la cabeza las ranuras vacías de la pared.

Arrastró a *Gemma* hacia la escalera que había en el borde sumergido de la piscina lunar, se puso la botella de *Liquigen* debajo del brazo y la pinchó con el arpón alojado en su pistola. La botella dejó escapar su contenido con un siseo. El médico la tiró entonces a la piscina lunar, donde se quedó flotando mientras se vaciaba.

—Antes de que me vaya, vamos a dejar una cosa clara —dijo, clavando la mirada en *Sombra*—. Vivir en el fondo del océano te estropeó el cerebro a ti, no a mí. Yo solo traté de averiguar por qué.

—No dejó piedra sin remover —asintió el forajido—. Debió de ponerle furioso que después de tanta dedicación la Comunidad le convirtiera en el chivo expiatorio y dijera que era usted un farsante.

Sin hacerle ni caso, *Doc* apartó la soga de amarre del submarino.

—No debería haber escrito ese artículo, *Doc* —le regañó *Sombra* con burla—. Sabe que no es bueno desobedecer a la Comunidad.

Debió tocarle algún recuerdo sensible, porque *Doc* le dirigió una mirada asesina.

—Todo lo que escribí en ese artículo era verdad.

—Pero no pudo demostrarlo. —Los tatuajes de *Sombra* se movieron por su espalda como las serpientes de *Medusa*—. Se quedó sin pruebas cuando estas escaparon.

—Entra. —*Doc* empujó a *Gemma* hacia el casco del mini submarino.

Ella agitó los brazos para recuperar el equilibrio, luego trepó por el casco y se

metió por la escotilla abierta.

—¿Por eso volvió a Benthic? ¿Para recoger evidencias nuevas? —Sombra me señaló con un dedo—. ¿Para demostrar al mundo que usted tenía razón?

Noté que los dedos se me entumecían mientras toda la sangre de mi cuerpo se acumulaba en mi cerebro y entendía lo que significaban aquellas palabras. «Yo era la razón de que *Doc* hubiera venido al fondo del océano. ¿Para poder demostrar su teoría sobre los Dones Oscuros?».

—Yo no soy un huérfano —escupí—. Mis padres no habrían permitido que nadie me utilizara de esa forma.

—Puede que no hubieran tenido nada que decir —reflexionó Sombra—. ¿Cómo iba a quitárselos de en medio, *Doc*? Estoy seguro de que tenía un plan.

La sensación de entumecimiento se extendió más allá de mis brazos hasta casi pararme el corazón.

—¿Por eso ha llamado hoy negligentes a mis padres? —pregunté—. ¿Para poder denunciarles y que les declararan incapaces?

*Doc* me miró por espacio de un segundo y eso me bastó para ver su expresión culpable.

Sombra también debió de verla, porque resopló con desprecio.

—No te lo tomes como algo personal, chaval. *Doc* tiene una reputación que recuperar.

—Cállate —gruñó el médico.

Sin dejar de apuntar a Sombra, se subió en el armazón del mini submarino, y se encontró con que cabeceaba bajo sus pies.

A través de la ventana del submarino vi que Gemma estudiaba el panel de control con expresión decidida. Empujó la palanca de mando hacia delante y el submarino se puso en marcha, hundiéndose. El repentino movimiento hizo que *Doc* cayera de espaldas y que golpeará el agua con un sonoro chapuzón. Mientras salía a flote, la nave chocó contra el extremo más alejado de la piscina lunar y yo atravesé corriendo toda la habitación para ayudar a Gemma. Pero ella no parecía necesitar mi ayuda. Se levantó del asiento y se aupó por la escotilla, mientras el agua del mar caía sobre ella e inundaba la cabina.

Justo cuando el submarino se hundía bajo la superficie, Gemma saltó desde la escotilla al borde sumergido de la piscina. Llegué a tiempo de ofrecerle la mano para ayudarla a subir al vestuario y entonces oí que algo caía al agua detrás de mí.

Al darme la vuelta, vi que Sombra patinaba por el borde sumergido, hacia *Doc*, que se alejaba de la escalera de espaldas, lo más rápido que podía.

—La mayoría de los chicos no pueden dormir —murmuró Sombra, mientras se daba la vuelta para intentar atrapar a *Doc*, que se dirigía a nado hacia otra escalera—. Y cuando lo consiguen se despiertan gritando. Incluso ahora. Cada vez que cierran

los ojos, ahí está usted, con sus agujas y sus bisturíes...

Cada vez más desesperado, *Doc* sacó la pistola de arpones que llevaba a la espalda. Volvió a acercarse al borde, nadando de lado y apuntando el arma con una mano.

—Dispare —le provocó Sombra, separando los brazos—. Es la única oportunidad que va a tener.

El médico disparó y falló por unos centímetros. Sombra ni siquiera parpadeó, se limitó chasquear la lengua con desaprobación. Los movimientos de *Doc* eran cada vez más lentos. Me levanté de un salto, cogí una pértiga larga de la pared y volví para ayudarlo, pero el bandido, con sus tatuajes ondulando sobre sus brazos, me bloqueó el paso.

—¡Está a punto de ahogarse!

—¿En serio? —A pesar de su tono frío, no había forma de ocultar la ira que ardía en sus ojos—. ¡Qué pena!

*Doc* empezó a dar manotazos para alcanzar la botella de Liquigen que flotaba en la piscina lunar. Cuando la cogió, presionó los labios contra el agujero abierto en uno de los lados y succionó todo el Liquigen que pudiera quedar.

Detrás de mí, unos pasos resonaron en la escalera situada en el interior del conducto de servicio. Me giré y vi que mi padre salía por la escotilla, seguido de mi madre.

—¡Ayudadme a coger a *Doc*! —grité.

Pero cuando volví a mirar hacia la piscina lunar, *Doc* había desaparecido. Corrí hasta el borde y revisé las oscuras aguas, pero no vi ni rastro de él.

—Puede que haya absorbido Liquigen para diez minutos —dijo Sombra a modo de consuelo.

Gemma apoyó la frente en la ventana para mirar hacia abajo.

—Desde aquí no puede nadar hasta la superficie. —Seguí a Sombra por el vestuario, pasando por delante de los otros colonos que salían del conducto de servicio—. ¡Va a morir!

—De nada. —Sacó la tabla manta medio aplastada que había entre las puertas del ascensor y la tiró a un lado.

—No queda Liquigen —gritó mi madre desde la zona de rellenado de las botellas. Todos los soportes estaban vacíos—. No podemos ir a buscarle.

Mi padre se acercó a la ventana.

—El Muelle de Acceso está a más de sesenta metros de la superficie. Si nada de prisa puede que lo consiga. —Se volvió hacia mí—. ¿Se ha llenado bien los pulmones?

—No lo sé. —Ni siquiera sabía si quedaba algo de Liquigen en la botella después de que *Doc* la hubiera perforado.

—Sin aletas va a tener que ser un nadador de primera para llegar —dijo Jibby.

Mi madre sacudió la cabeza con tristeza.

—La ropa le arrastrará hacia abajo.

—Entonces iremos a por él —intervino Lars—. De todos modos, lo intentaremos.

—¿Crees que vas a poder contener la respiración hasta que le encuentres? —se burló Raj—. Buena suerte.

—Eso da igual —dijo mi padre con voz grave—. Sin Liquigen no podemos nadar a tanta profundidad. La presión nos mataría.

Sombra puso una mano en la puerta del ascensor para evitar que se cerrara.

—Os preocupáis demasiado por un hombre que quiere convertir a vuestros hijos en ratas de laboratorio. Os diré lo que voy a hacer: si le veo ahí fuera le subiré a bordo.

Mi madre le miró con extrañeza.

—¿Para que puedas hacerle algo peor?

—¿A bordo de qué? —preguntó mi padre.

Sombra señaló hacia un lugar detrás de nosotros y al darnos la vuelta vimos que el *Specter* asomaba a la superficie de la piscina lunar.

—Sentimos llegar tarde, Sombra. —Un forajido de pelo negro y sonrisa ancha salió por una escotilla lateral del *Specter* y se apoyó sobre la aleta del casco. Era Anguila.

—Pensaba que no ibais a aparecer nunca. —Sombra salió del ascensor—. Si hubierais llegado hace cinco minutos os podríais haber despedido de *Doc*.

—¡No! —protestó Anguila, decepcionado, al tiempo que saltaba al borde de la piscina lunar.

Por la escotilla salieron más forajidos, todos ellos poco mayores que yo.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Bonito, abriéndose paso entre los demás, con su larga trenza moviéndose de un lado a otro como una cuerda blanqueada por el sol.

—Dando un paseo por el fondo del mar —contestó Sombra.

Mi padre nos arrastró a Zoe y a mí hacia el grupo de colonos. Raj y Jibby se adelantaron con las armas preparadas, aunque si se producía un enfrentamiento tenían todas las de perder. Los forajidos estaban armados y se habían colocado sobre el *Specter* y a lo largo del borde de la piscina lunar. Bonito miró el agua oscura con el ceño fruncido.

—Ahogarse no es suficiente después de lo que hizo.

—Creo que lo que os voy a decir os pondrá de mejor humor —dijo Sombra con impaciencia.

Uno de los forajidos se rio por lo bajo, dejando a la vista unos dientes afilados. Le reconocí por haberle visto en la cámara de descompresión del submarino hundido y no me sorprendió ver que llevaba el brazo en cabestrillo. Una mirada de Bonito le borró la sonrisa de la cara. Supongo que no era tan temible como sus dientes hacían creer. O bien que Bonito era más peligroso, a pesar de su apariencia fría.

—¡Anguila! —Sombra señaló el videoteléfono de la pared—. Rómpelo.

Anguila pasó al lado de Gemma, que estaba apartada del grupo de colonos. Mientras apoyaba las manos en la pantalla le dirigió una sonrisa alegre.

—Tú eres Gemma. Te reconocería en cualquier parte. —Ella no le hizo ni caso—. Ya está —le dijo a Sombra.

—El ascensor también —contestó este—. Necesitamos tener ventaja.

Anguila miró a Gemma de reojo, como si quisiera decirle algo.

—¡Ya! —ordenó Sombra.

Anguila salió corriendo hacia el ascensor y apoyó las palmas de las manos en el panel de control. Sombra sonrió al ver la expresión de desconcierto de los colonos.

—Pulso electromagnético. Es muy útil. —Hizo un gesto con la cabeza y Anguila volvió al submarino—. La policía no tardará en llegar para sacaros a todos —les dijo

a los colonos. Se paró al lado de mi madre—. Si quieres que estén a salvo, quedaos en el océano. Si os trasladáis Arriba, la Comunidad encontrará una excusa para estudiarlos.

—Te equivocas —dijo ella.

—¿Sí? —preguntó él en voz baja. Mientras su piel se volvía blanca, inclinó la cabeza hacia ella. Al ver que retrocedía horrorizada, descubrí una fea cicatriz rectangular en el cráneo de Sombra. Como si alguien hubiera hecho una solapa para acceder a su cerebro—. ¿Me equivoco? —gritó, dirigiéndose a los miembros de su banda.

Todos a una se levantaron las camisas, se quitaron pañuelos y gorras y mostraron sus cicatrices. Cicatrices quirúrgicas. La de Anguila recorría todo su torso, desde el esternón hasta el ombligo. La de Bonito rodeaba su oreja y desaparecía por debajo del cuello de su chaqueta de seda.

—Vámonos —ordenó Sombra.

Gemma le salió al paso.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Te vas y ya está?

—Estoy harto de estar en el mismo sitio.

Al ver que los ojos de Gemma se entristecían, la expresión de Sombra se suavizó.

—Estarás bien. Tienes el instinto de los supervivientes.

—Yo no quiero sobrevivir. Eso es lo que he hecho toda mi vida, excepto cuando estaba contigo. —Se le quebró la voz—. ¿Por qué no puedo vivir...?

—No —la interrumpió él fríamente.

Estuve a punto de apartar a Gemma. Sombra no podía haber sido más claro y amenazador, pero ella se mantuvo en sus trece.

—¿Por culpa de ellos? —Gemma señaló a los forajidos, cuyas expresiones iban desde la diversión hasta el aburrimiento. El único que parecía preocupado era Anguila—. Podrías preguntárselo al menos —añadió, nerviosa bajo el peso de la mirada impasible de Sombra—. Puede que no les importe si yo...

—Me importa a mí —afirmó él, con tanta dureza que ella retrocedió como si le hubiera dado una bofetada—. A ver si te enteras, pequeña. Estos feos comedores de almejas son ahora mi familia. Tú no eres más que un viejo asunto del que tenía que ocuparme. Y así lo hice cuando te mandé ese dinero. De modo que, ahora —la apuntó con un dedo—, vas a mantenerte alejada de mí.

Ella asintió. Aunque mantenía la vista clavada en el suelo, la expresión de desconsuelo que percibí en sus ojos me llenó de rabia. Sombra acababa de confirmar los peores temores de Gemma. Que no la querían. Que no era especial.

A él pareció no importarle, porque dirigió su atención a los miembros de su banda.

—¿Estáis pensando en quedaros aquí? —preguntó con voz caustica.

Todos los forajidos se metieron en el *Specter*, excepto Anguila y Bonito, que se quedaron en la aleta pectoral. Anguila se quedó mirando a Gemma mientras ella se retiraba hacia la pared más alejada, hasta que Bonito le dio un capón para distraer su atención. Cuando desaparecieron por la escotilla, Sombra se dirigió hacia la piscina lunar sin decirle ni una palabra más a Gemma. Sin una sola mirada.

—¡Espera! —dije andando detrás de él—. Te he salvado la vida. Estás en deuda conmigo.

Él dejó de andar.

—¿Qué es lo que quieres?

—Tu palabra de que no atacarás ninguna granja más. La que cometió una injusticia con vosotros fue la Comunidad, no nosotros.

—¡Venga ya! ¡Como si pudiéramos fiarnos de la palabra de un forajido! —se burló Raj.

Yo miré a Sombra a los ojos.

—Me fiaré de la palabra de Richard Straid.

Él curvó los labios, pero levantó la mano derecha.

—Ni granjas ni colonos —prometió.

—Una cosa más. —Me acerqué hasta Gemma, que estaba con la espalda apoyada en la pared, con la cara inexpresiva.

Sombra puso un pie en el borde de la piscina lunar.

—Mi vida no vale dos favores.

—No lo vas a hacer por mí. —Saqué un papel y bolígrafo de la bolsa del cinturón de Gemma y anduve hacia él—. Lo vas a hacer por ella. Firma esto. —Le entregué las dos cosas.

Él no se movió.

—¿Qué es?

—Un impreso de emancipación. La libera de la tutela de la Comunidad.

Cuando levantó la mano, salté hacia atrás, temiendo que me diera un golpe que me dejara sin sentido. Sus ojos brillaron con diversión y me arrancó el papel de los dedos.

—¿Se va a quedar contigo? —preguntó mientras firmaba.

—Si ella quiere.

Recuperé el impreso y miré la firma mientras Sombra saltaba al parachoques del *Specter*. Había firmado como Richard Straid. Con letras muy grandes. Me di la vuelta para enseñárselo a Gemma, pero vi que se metía detrás de una enorme caja de herramientas, como si intentara hacerse invisible.

—Gemma puede vivir conmigo —afirmó Jibby.

Sombra le fulminó con la mirada. Jibby volvió a camuflarse de un salto entre los demás colonos.

—Solo intentaba ayudar —murmuró.

En el interior de la cabina, la banda de jóvenes forajidos dijo adiós con la mano, con una mueca irónica, mientras su jefe entraba y cerraba la escotilla. Cuando el *Specter* se sumergió Gemma se deslizó por la pared hasta quedar escondida detrás de la caja de herramientas.

—¿Y ahora qué? —preguntó Jibby.

—Lo han averiado de verdad —informó Shurl, que estaba parada delante de las puertas cerradas del ascensor—. La pantalla está negra y el botón no se enciende.

—En cuanto el *Specter* salga de la estación —dijo mi padre—, cogeremos nuestros submarinos y buscaremos a *Doc*.

—Todos tenemos los submarinos atracados en el muelle interior —contestó Lars—. Si el ascensor está estropeado no podemos subir a la superficie a por ellos.

Mi madre se reunió con mi padre junto a la ventana.

—Grimes ha dicho que mandaría un pelotón de policías. Si llegan pronto... —Dejó la frase en el aire. Mi padre y ella intercambiaron una mirada sombría.

Me encontré a Gemma detrás de la caja de herramientas, con los brazos alrededor de las rodillas.

—¿Estás bien?

Sacudió la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—Desearía haber nacido en otra familia.

—No necesitas nacer en otra familia para que alguien te quiera. Quédate con nosotros.

—Has confesado que tenías un Don Oscuro y ahora todos los colonos querrán irse de aquí.

Se me hizo un nudo en la garganta, pero hice un esfuerzo para encogerme de hombros como si no me importara.

—¡No va a haber más gente como tú! —Lo dijo como si yo fuera un animal exótico al borde de la extinción—. Debes odiarme.

Yo estaba muy lejos de odiarla, pero ella no esperó a que respondiera para continuar:

—Todos deben de odiarme. Tus padres; Zoe; Hewitt... Bueno, puede que Hewitt no.

A pesar de lo seria que lo dijo, sonreí.

—Pero en cuanto descubra lo horrible que es vivir Arriba, me odiará también. Y entonces...

Me incliné hacia delante y acaricié sus labios con los míos. Al instante, sus ojos se abrieron de sorpresa, pero como no se apartó presioné mi boca contra la suya, como había querido hacer desde que la encontré en aquel submarino abandonado. Cuando saboreé la suavidad de sus labios sentí un millón de chispas por dentro, como

si una medusa me hubiera picado. Cuando por fin me aparté y me senté sobre mis talones, Gemma parpadeó.

—Gracias —murmuró.

Eso no era lo que yo esperaba. Puede que no tuviera demasiada experiencia con las chicas, pero sabía que ese «gracias» quedaba muy raro después de un beso.

—Sé que lo has hecho para que me sintiera mejor —continuó ella—. Y ha dado resultado. Me siento mejor, pero si yo no fuera la única chica que hay aquí, la única de tu edad, sé que...

Esta vez le tapé la boca con la mano para que dejara de hablar.

—Lo he hecho porque quería hacerlo y me parece que esa ha sido la única oportunidad que he tenido.

—¿La única?

—Normalmente, tu boca no para de moverse.

Me dio un empujón y me caí de espaldas mientras reía.

—La próxima vez sabré que estás a punto de besarme y me callaré.

—¿Cómo vas a saberlo?

—Porque —contestó con una sonrisa maliciosa— brillas.

—¿Ah, sí? —Mis ojos volvieron a posarse en sus labios—. ¿Qué estoy pensando ahora?

Ella contuvo la respiración, pero esta vez, cuando la besé, me devolvió el beso.

—¡El *Specter*! —gritó Jibby desde la otra punta de la habitación.

Me levanté de mala gana. Gemma, sin embargo, dobló las rodillas como si fuera a quedarse detrás de la caja de herramientas para siempre. Le di un empujón suave.

—Sombra se ha portado así contigo para que se te quitaran las ganas de vivir con él.

—Ya lo sé —contestó ella con tono neutro.

—No ha sido porque no quisiera tenerte a su lado. —La puse de pie—. Quiere lo mejor para ti.

Nos acercamos a la enorme ventana. Al otro lado, el *Specter* se cernía sobre nosotros como un barco fantasma.

—Eso no lo sabes seguro —murmuró ella.

Una luz fantasmal parpadeó en el interior de la cabina oscurecida del *Specter*. Era Sombra, que brillaba como una aparición dentro del submarino. Sus ojos buscaron, y encontraron, a Gemma. Durante un momento ninguno de los dos se movió. Luego, con la mirada clavada en la de ella, Sombra levantó el puño, se tocó el corazón y se desvaneció como una llama.

—Sí, sí que lo sé —dije suavemente.

El *Specter* se alejó y lo único que quedó de él fue un rastro de burbujas. Un sonoro crujido rompió el silencio que reinaba en el Muelle de Acceso.

—¿Han disparado contra la estación? —jadeó mi madre.

—¡Mirad! —Jibby señaló hacia la ventana, donde temblaba un arpón pequeño, clavado en el plexiglás. A su alrededor había una serie de grietas en forma de telaraña.

—¿Cómo pueden haber disparado eso desde un submarino? —gritó Shurl—. Es demasiado pequeño.

Hewitt se acercó corriendo para verlo mejor.

—¡Está por dentro!

De repente lo comprendí.

—Cuando *Doc* cayó a la piscina lunar disparó a Sombra con una pistola de arpones, pero falló. Debió de darle a la ventana.

—Mientras la punta no haya atravesado las escamas exteriores no hay peligro.

Mi padre acercó la caja de herramientas a la ventana y se subió encima. Miró con atención la capa de escamas sintéticas de fuera a través del plexiglás roto y entonces soltó la retahíla de tacos más fuertes que había oído decir en toda mi vida.

—La ha atravesado —adivinó mi madre.

Hewitt se apartó de la ventana.

—¿Qué grosor tiene la capa de escamas? —preguntó. Al ver que mi padre tardaba en contestar, gritó—: ¿Cómo es de grueso el plexiglás? ¿Cuánto se ha clavado la punta?

—Las escamas exteriores tienen diez centímetros de espesor —contestó mi padre mientras bajaba de la caja—. El arpón ha penetrado dos centímetros y medio.

—No va a resistir —afirmó Hewitt con tristeza.

—No tiene que resistir para siempre —dijo Shurl mientras le abrazaba—. Con que aguante hasta que llegue la policía...

La escama de casi un metro explotó en pedazos. El mar entró a chorro por la brecha, lanzándonos en todas direcciones.

El océano inundó la habitación con tanta fuerza que el Intercambiador giró sobre sus cadenas de amarre. El agua de la piscina lunar se agitó por la vibración. La alarma de una sirena se elevó por encima del sonido de la inundación y de los gritos. Después se oyó una voz de mujer que decía con una calma irreal:

«Atención. Emergencia. La escama 2093 se ha visto comprometida. Evacuen inmediatamente la Estación Inferior».

—El conducto de servicio —gritó mi madre para hacerse oír por encima del estruendo—. ¡Deprisa!

Aunque todos estábamos dispersos por la habitación, corrimos hasta el conducto, luchando contra la corriente, con el agua hasta las rodillas.

—Tenemos que impedir que la escotilla se cierre. —Mi padre levantó la tapa de la caja de herramientas.

Volvió a escucharse la voz de mujer.

«Empieza el cierre al Muelle de Acceso».

—¡Raj! —llamó mi padre, a la vez que le tiraba una palanca.

Justo cuando Raj la atrapó, la escotilla se cerró con un siseo mecánico.

—¡No! —Raj golpeó la escotilla de acero con la palanca.

«Muelle de Acceso bloqueado», anunció el ordenador.

La sirena aulló a un ritmo demencial cuando otros dos chorros de agua de mar se abrieron paso a través de dos fisuras nuevas.

Luego, de repente, el Intercambiador dejó de moverse y todos tuvimos que hacer equilibrios para no caernos. Las cadenas de la estación estaban retorcidas al máximo. Antes de que me diera tiempo a dar la voz de alarma, las cadenas se desenroscaron; lentamente al principio y luego cada vez más rápido. Mi madre atrapó a Zoe cuando mi hermana perdió el equilibrio y la subió encima de una extensa hilera de taquillas metálicas. La estación protestó por la fuerza de la torsión y el mar entró aun más rápido. El equipo del Muelle de Acceso se hizo pedazos. Saltaron chispas. Las paredes temblaron.

Sujetándose a un tubo, Hewitt recitó por lo bajo unos números y después dijo a voces:

—¡El peso añadido del agua hará que el Muelle de Superficie se suelte dentro de dos minutos y treinta segundos!

Mi padre se movió por el agua, que ahora le llegaba a la cintura.

—Tiene que haber quedado algo. ¡Tabla mantas, motos acuáticas, cualquier cosa!

—No hay nada —dije—. Lo he comprobado. Ni siquiera queda una botella de

Liquigen.

Las luces parpadearon y se apagaron. Las luces de emergencia se encendieron, causando un efecto irreal. Por primera vez, sentí una punzada de miedo.

—El agua está helada —dijo Gemma antes de ponerse al lado de Zoe, encima de la hilera de taquillas.

Todos la imitamos; excepto mi padre, que le dio la vuelta a una de las cabinas. Comprendí que estaba comprobando si se formaba una cámara de aire, pero no: se hundió.

—Vamos a tener que salir nadando —dijo Jibby.

Al oír el jadeo de Gemma, la cogí de la mano.

—No vamos a dejarte aquí.

—¿Estás loco? —le preguntó Raj a Jibby—. Estamos a mucha profundidad. Sin aletas, ni siquiera yo podría llegar a la superficie sin respirar.

Mi madre contempló el nivel creciente del agua.

—Nadie puede nadar tan rápido.

—Tenemos que hacer algo —avisó Hewitt—. El Muelle de Superficie se va a desprender dentro de ciento setenta y tres segundos. Y luego nos hundiremos.

Aunque los demás no le prestaron atención, yo sí. Y no me quedó ni la menor duda de que sus cálculos eran exactos. Las sirenas aullaron. La estación empezó a dar vueltas por el peso del agua que entraba. Las luces de emergencia parpadearon. Raj y mi madre tenían razón: nadie era capaz de nadar tan rápido como para llegar a la superficie conteniendo la respiración.

Al menos, nadie que fuera humano.

Me levanté de un salto.

—Enseguida vuelvo —grité.

A pesar de los gritos de protesta de mis padres, me tiré de cabeza al agua revuelta. El agua helada me agudizó los sentidos; nadé por debajo de la piscina lunar y salí al océano, emitiendo chasquidos sin cesar. Chasquidos de miedo. Una imitación perfecta de la llamada de auxilio de los delfines.

Y, como ya sabía yo que pasaría, ellos respondieron a mi llamada.

Di media vuelta y volví a la estación.

—He conseguido transporte.

—¿Qué has...?

Mi padre dejó de hablar cuando un delfín asomó a mi lado. Detrás de él aparecieron más que recorrieron la habitación inundada sin dejar de lanzar chasquidos de nerviosismo.

Mi madre me miró como si no me conociera.

—Confía en mí —le dije.

Ella asintió, conmocionada. De pronto se echó a reír.

—Dinos lo que tenemos que hacer. —Parecía tan ilusionada como Zoe después de su primer paseo en ballena.

—Nada más que sujetaros fuerte —contesté—. ¿Quién quiere ser el primero? Zoe levantó la mano.

—¡Yo!

Mi padre le obligó a bajar la mano.

—Tú vendrás conmigo. Ese grande de ahí parece capaz de llevarnos a los dos.

Jibby se ofreció voluntario para ir el primero. Cuando saltó al agua, le llevé hasta un delfín.

—Nos vemos Arriba, palo brillante —se despidió, con una sonrisa nerviosa.

—No te pasará nada —le tranquilicé—. Tú deja que este chico haga todo el trabajo y olvídate de lo demás —añadí a la vez que le daba una palmada al delfín.

Jibby se sujetó a la aleta dorsal, respiró hondo y el delfín se sumergió en la piscina lunar. Los demás fueron haciendo lo mismo, uno detrás de otro, mientras Hewitt hacía la cuenta atrás de los segundos que quedaban para que el Muelle de Superficie se desenganchara.

—Tenéis noventa segundos para salir de aquí —me avisó, justo antes de que su delfín desapareciera bajo la superficie.

Gemma y yo éramos los únicos que quedábamos, junto con media docena de delfines. Cuando se metió en el agua, le temblaba todo el cuerpo.

—Nunca ha parecido tan buena la tierra firme, ¿verdad? —preguntó tiritando.

—No te sueltes pase lo que pase.

Rodeó con un brazo la aleta dorsal del delfín que tenía más cerca.

—Prométeme que me enseñarás a nadar si salgo viva de esto.

—Te lo prometo.

Me habría gustado darle un beso de buena suerte, pero tenía los labios entumecidos.

«El Muelle de Superficie se desprenderá dentro de cinco segundos», anunció de repente la voz de mujer.

—Gracias por el aviso —dije, haciendo sonreír a Gemma.

«Cuatro... Tres...».

La voz del ordenador tembló mientras la estación inferior se estremecía.

—Nos vemos en la superficie. —Elegí el delfín más grande que quedaba y me agarré a su aleta.

Gemma lanzó una risita de miedo y luego respiró hondo. Nuestros delfines se sumergieron juntos y salieron a través de la piscina lunar. Fuimos subiendo uno al lado del otro, siguiendo la curva de la estación inferior hasta que llegamos al cable del ascensor, situado en la parte superior. Hice que mi delfín se pusiera por fuera. Los delfines que no llevaban a nadie pasaron velozmente a nuestro lado, en dirección a la

superficie.

Lancé unos chasquidos mientras ascendíamos. Debajo de nosotros no parecía haber nada, excepto la enorme mole de la estación inferior. Los emití hacia la izquierda y tampoco recibí ninguna respuesta inquietante. Sin embargo, cuando repetí la operación hacia arriba, la imagen que se representó en mi mente no tenía sentido. A unos quince metros por encima de nosotros había algo colgado en el cable del ascensor. Algo no, alguien.

¿Uno de los colonos se había caído de su delfín? Antes de que me diera tiempo a ir a investigar, quien quiera que fuese soltó el cable y se lanzó hacia nosotros. El hombre apareció ante nuestros ojos agitando los brazos, con la cara roja y los ojos desorbitados. ¡Doc! Un segundo después chocó contra Gemma y ella soltó la aleta del delfín. Mientras caía, intentó desesperadamente encontrar algo a lo que sujetarse.

Mi delfín continuaba ascendiendo mientras yo echaba un brazo hacia atrás, intentando, inútilmente, alcanzar a Gemma, que solo era una mancha. Las burbujas que provocaba con sus esfuerzos hacían que mi sónar no funcionara. Lo único que veía eran unas sombras que se hundían con el telón de fondo del brillo del Intercambiador, mucho más abajo.

Cuando Gemma resbaló por la cola de su delfín, las aletas posteriores le golpearon en la tripa. «¡Sujétate!», grité en silencio. Y ella lo hizo. Rodeó con los dos brazos la cola del delfín y se sujetó con fuerza. Doc la rozó mientras caía y se las arregló para coger uno de sus pies. Poniendo una mano sobre otra, consiguió subir hasta su pierna. Gemma daba patadas y se retorció para intentar librarse de su peso. De su garganta salían un montón de burbujas. El delfín luchaba para mover la cola, mientras que el mío subía más y más, dejándoles muy atrás. Le tiré de la aleta para que se diera la vuelta. Lo intenté con chasquidos, pero no disminuyó la velocidad de ascenso.

De repente, otro delfín pasó velozmente a mi lado. El de Gemma. Sin jinete.

Me giré, lancé mi red de sónar y vi que caía como un peso muerto, con Doc todavía cogido a su pierna. La boca de Gemma estaba abierta en un grito silencioso.

Solté mi delfín y descendí hacia la estación hundida, pero no caía a la velocidad que necesitaba, sobre todo porque ellos dos juntos pesaban más que yo, lo que hacía que cayeran más rápido. Di una voltereta y nadé siguiendo el rastro de burbujas que dejaban tras ellos. El agua estaba tan fría que me dolía todo el cuerpo. Mi delfín me adelantó, dirigiéndose hacia abajo también. Yo iba más despacio y estaba mareado por llevar tanto tiempo conteniendo la respiración.

Busqué en el agua, emitiendo chasquidos, y sentí que mi delfín hacía esfuerzos para levantar a alguien. Salí a su encuentro con los oídos a punto de estallar. Lo que el delfín movía con el morro como si fuera una muñeca de trapo era Gemma. Extendí una mano y la cogí por la muñeca, mientras con la otra me sujetaba con fuerza a la

aleta.

Con los pulmones ardiendo, la miré, mientras el animal se lanzaba hacia arriba a toda velocidad. Gemma estaba boca abajo, pero me preocupaba que su otra mano flotara inerte, así que me concentré en las tenues señales de luz que había en el agua de arriba. Por fin rompimos la superficie del mar. Mientras una ola nos arrastraba, estalló un aplauso por todo el muelle y los colonos empezaron a gritar de alegría y a estrecharse las manos.

Demasiado cansado para nadar, dejé que el delfín me empujara hasta el muelle. Gemma no se resistió cuando la puse de espaldas. Sus brazos y piernas oscilaron como las algas en la corriente. Lars y mi padre se lanzaron al agua y se quedaron, hundidos hasta la cintura, en el escalón sumergido que rodeaba la plataforma del muelle. Entre los dos sacaron a Gemma del agua y la dejaron en el suelo. Mi madre me ayudó a salir, mientras Shurl esperaba a su lado con mantas del salón.

Me derrumbé al lado de Gemma, gruñendo cuando mis costillas rotas chocaron contra el suelo del muelle. Me castañeteaban los dientes y me temblaba todo el cuerpo. Era raro, pero Gemma no parecía notar el frío. Ni temblaba ni se encogía.

Mi padre le levantó un párpado y miró a mi madre.

—Ponla boca abajo —insistió ella, con una nota de pánico en la voz.

—La policía está de camino —informó Jibby, saliendo de la puerta abierta del salón. Luego vio a Gemma—. ¡No!

Hice un esfuerzo para sentarme, asustado por el tono de Jibby. Gemma rodó inerte entre las manos de mi padre, como un pulpo tirado a la basura. Le salía agua por la boca y por la nariz. Mi madre se sentó encima de ella y le apretó la espalda con las dos manos. De los labios inertes de Gemma brotó agua de mar. Mi madre apretó una y otra vez, hasta que dejó de salir; entonces mi padre volvió a poner a Gemma boca arriba. Tenía la piel más pálida que la cera y su pecho no se movía. Los dos empezaron a trabajar juntos, mi padre bombeando el pecho de Gemma y mi madre metiéndole aire en la boca. Shurl se volvió de espaldas con un sollozo y abrazó a Hewitt.

¿Cuánto tiempo había estado abajo? ¿Cinco minutos? ¿Más? No lo sabía. De pronto, mis padres se echaron hacia atrás. ¡Se rendían! Me arrodillé al lado de Gemma y puse mi boca sobre la suya. Sus labios estaban fríos y flácidos. Soplé con todas mis fuerzas en sus pulmones, intentando llenarlos de aire. Me incliné y le apreté el pecho con las manos, contando tal y como me habían enseñado.

—Ty —murmuró mi madre.

No le hice caso. Volví a respirar en la boca de Gemma. Volví a presionar su pecho.

—¡Vamos! —grité.

Pero ella no se movió.

Soplé en su boca hasta que tuve mareos. Cuando volví a poner las manos sobre su pecho, mi padre puso las suyas sobre las mías. Se había ido. Había tardado demasiado en encontrarla. Liberé las manos de un tirón y me senté sobre los talones. Mi madre cerró la boca de Gemma y le apartó el pelo mojado de la mejilla.

Pero Gemma era fuerte. ¿No decía ella eso cada vez que tenía ocasión? Le abrí de un tirón la camiseta, dejando a la vista su sujetador. Su pecho estaba frío e inmóvil.

—Zoe. —Indiqué a mi hermana que se acercara más—. Pon tus manos encima de ella.

—¡Ty, no! —exclamó mi madre.

Al ver que Zoe no se movía, le cogí las manos y le obligué a ponerlas sobre el pecho de Gemma, justo encima del corazón.

—Hazlo —ordené con suavidad.

Zoe sacudió la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Ty, no la obligues a hacerlo!

Rodeé a Zoe con un brazo, sin hacer caso a mi madre.

—No debería haberte dicho que lo guardaras en secreto. Es tu don.

—Hago daño a la gente —susurró ella—. Tú estuviste a punto de morir.

—A ella no puedes hacerle daño, Zoe, pero es posible que puedas ayudarla. —Me aparté para asegurarme de que no había nadie cerca de Gemma.

Zoe frunció el ceño y puso las manos sobre el pecho de Gemma, cuyo torso se elevó sin previo aviso. Mientras mis padres y los otros colonos lanzaban exclamaciones de asombro, el cuerpo de Gemma se relajó. Sin vida.

—Vuelve a intentarlo —insistí.

El torso de Gemma volvió a saltar y a caer, inerte. En el grupo se hizo el silencio. Zoe me miró con tristeza.

—Ya basta —dijo mi padre con firmeza.

—No hay nada que hacer, Ty —dijo Shurl con cariño, poniéndome una mano en el hombro.

Me aparté de ella, me acuclillé al lado de Zoe y volví a ponerle las manos sobre el pecho de Gemma. Me volví hacia los otros.

—¿Estáis seguros?

Mi madre no sabía qué decir.

—Es lo que parece. Ty, no es...

Me eché hacia atrás.

—¡Otra vez, Zoe!

Zoe volvió a intentarlo. Nada.

—Se acabó —dijo mi padre, poniéndose entre nosotros—. Ha muerto.

Me di la vuelta para discutir, para explicar que Gemma era fuerte, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta. Me levanté y vi que Hewitt miraba

boquiabierto algo que había detrás de mí. Giré sobre mí mismo, pero Gemma seguía tumbada en el muelle, tan inerte como antes. Y entonces lo vi... su mano se movió.

—¡Dadle calor! —gritó mi madre mientras se dejaba caer de rodillas al lado de Zoe.

Shurl empujó a mi padre, se puso al otro lado y empezó a frotar las piernas y los brazos de Gemma para activar la circulación de la sangre.

—¡Mantas! —gritó.

Al instante todos se quitaron las mantas que les cubrían y envolvieron a Gemma con ellas.

De rodillas junto a su cabeza, apoyé mis labios en los suyos y soplé hasta que mis pulmones se quedaron sin aire. Me aparté para respirar y Gemma tosió, débilmente al principio. Luego, de repente, volvió a la vida boqueando y llorando.

Alrededor de nosotros todo el mundo estalló en gritos y aplausos. Zoe se apartó con una sonrisa tan grande como una fosa oceánica.

El color asomó a las mejillas de Gemma mientras seguía tumbada, con los ojos cerrados y respirando con dificultad. Le aparté el flequillo de los ojos con mano temblorosa. Ella abrió los párpados. Se oyeron más aplausos. Parpadeó al vernos a todos gritando y sonriendo como si estuviéramos locos. Cuando intentó levantarse todos empezaron a gritar: «¡No!». «¡Quédate tumbada!». «¡No te muevas!».

Se incorporó sobre los codos y descubrió que tenía la camiseta abierta. A su lado, Zoe parecía más angelical que nunca, con su piel iluminada por los últimos rayos de la luna. Gemma se aclaró la garganta, tosió otra vez y se quedó mirando a Zoe.

—¿Me has electrocutado? —preguntó con voz cascada.

Zoe asintió, feliz.

—No vuelvas a hacerlo jamás —ordenó Gemma, haciendo que todo el mundo se riera.

—Ty me dijo que lo hiciera —dijo Zoe.

Las dos me miraron.

—Tenías razón —murmuré yo, porque tenía la garganta contraída por culpa de las lágrimas. Me incliné para hablarle al oído—. Eres fuerte.

Ella empezó a sonreír, pero al mirar más allá de mí contuvo el aliento.

—Es de día —dijo.

Los primeros rayos del amanecer empezaban a asomar por el horizonte, entre el cielo y el océano. Hizo un esfuerzo para sentarse.

—La policía vendrá a buscarme para llevarme a un reformatorio —añadió.

—No pueden. —Saqué el impreso de emancipación de la bolsa de mi cinturón y se lo enseñé—. Ya no estás bajo la tutela de la Comunidad. Sombra lo ha firmado.

—No lo hemos capturado exactamente, ¿verdad? —Shurl se sentó sobre sus piernas—. A ninguno de ellos. ¿Qué vamos a decirle a Tupper?

—Nuestro problema es Tupper, no la banda de los Seablite —dije enfadado.

—Eso es verdad —dijo Lars—, pero la Comunidad va a seguir presionándonos. Por lo que sea, el Gobierno quiere encerrar a esos chicos.

Contemplé el papel que tenía en la mano y se me ocurrió una idea.

—Necesitamos uno de estos. —Levanté el formulario—. Tenemos que entregarle a Tupper un impreso de emancipación a favor del Territorio de Benthic.

Shurl sacudió la cabeza.

—Dependemos demasiado de ellos para eso.

—No —la contradije—. La Comunidad es la que depende de nosotros. Si dejamos de pagar los impuestos con cosechas y pescado, tendrán escasez de alimentos.

Mi madre se contagió de mi entusiasmo.

—Si el Gobierno nos pagara un precio justo por las cosechas, no necesitaríamos subvenciones. Podríamos comprar nuestros suministros en el Continente.

—El Gobierno no nos va a dar nada —se rio Raj.

—¡Mirad! —exclamó Jibby—. La policía.

En el horizonte aparecieron dos barcos con alas. Sus velas giratorias de aluminio reflejaban la luz del sol del amanecer mientras se deslizaban sobre las olas.

Me puse de cara al grupo.

—Esa es la cuestión, no les vamos a pedir nada. Les vamos a informar que a partir de ahora nos vamos a gobernar solos.

Mi padre sonrió.

—¿Seguro que estás hablando de Benthic?

## Epílogo

En el agua turbia de los alrededores del Cañón del Sueño Frío, observé a Gemma mientras se acercaba poco a poco al borde del acantilado. Seguía sin verse ni un solo indicio de la Costa Este que, sin embargo, estaba ahí abajo, en algún lugar, escondida en la oscuridad. Ahora que mis padres me dejaban ir por donde quisiera, algún día la descubriría.

De repente, Gemma extendió una mano hacia mí. Al cogérsela y acercarme, percibí lo que ella había notado: un géiser de agua helada surgía desde el fondo del cañón. El suelo onduló bajo nuestros pies como una raya asustada. Nos apartamos del precipicio de un salto. Cuando volvimos a posarnos en el suelo, el fondo del mar había dejado de moverse. A pesar de eso, Gemma nadó como una loca hacia el mini submarino. La seguí, asombrado por su velocidad. Las lecciones de natación que le daba en la piscina lunar estaban dando sus frutos.

—Me dijiste que veríamos algo maravilloso ahí abajo —me acusó en cuanto se metió en la nave y recuperó el aliento—. ¡No dijiste nada sobre terremotos!

—Eso no ha sido un terremoto. —Estiré el brazo por delante de ella para guardar mi casco—. Ha sido un temblor.

—Si esta noche sueño que me caigo por un precipicio —me puso su casco en las manos—, te voy a meter una de las mascotas de Zoe en la cama.

—Caerse no siempre es algo malo. A veces es divertido.

—Estás como una cabra.

—La ladera que hay detrás de la granja de Hewitt no es una ladera. Es una caída a pico hacia la llanura abisal. Un descenso alucinante.

A Gemma se le desorbitaron los ojos de horror.

—No pienso hacerlo nunca.

—También decías que nunca te acercarías al borde del cañón —señalé.

—Me has engañado para... ¡Oh, Ty! —exclamó. Su forma de pronunciar mi nombre hizo que un hormigueo me recorriera la espalda.

Tenía los ojos clavados en la ventana que había detrás de mí. Seguro que por fin había aparecido alguna criatura marina que brillaba, pero no giré la cabeza para comprobarlo; me interesaba más mirarla a ella. Tenía la boca abierta de asombro, lo que me recordó que hacía semanas que no la besaba; desde que el Territorio de Benthic había solicitado tener la categoría de Estado. Tampoco lo había intentado porque, como vivía con nosotros, no me parecía bien hacerlo. Pero eso no quería decir que hubiera dejado de pensar en ello. Quizá cuando se hubiera adaptado más me enviaría una señal para decime que le parecía bien, pero por ahora me conformaba

con compartir el océano con ella.

—Ty, date la vuelta —insistió ella.

Al girarme sobre el banco acolchado vi algo que parecían fuegos artificiales en un cielo lleno de estrellas. Bolas de luz roja colgaban de las mandíbulas de un pez víbora, las medusas brillaban como si fueran nubes rosadas y unas anguilas pelícano, con sus puntos de neón, pasaron a toda velocidad, como cometas.

El temblor de tierra debía de haber inquietado a las criaturas que habitaban en el cañón, que ahora lo abandonaban, lanzando destellos y chispas en la oscuridad. Todas y cada una de esas criaturas era una gema del océano.

# Notas

[1] El kraken es un animal mitológico y gigante con aspecto de pulpo que se creía que se enroscaba a los mástiles de los barcos y los arrastraba al fondo del mar. (*N. de la T.*) <<

[2] Juego de palabras intraducible entre las palabras Sea (mar, océano) y Blight (plaga). Seablite se pronuncia igual que Seablight. (*N. de la T.*) <<